

A woman with long dark hair is shown from the chest up, wearing a dark blue lace bra and high heels. She is leaning forward, with her hands resting on her thighs. The background is dark and moody, with dramatic lighting highlighting her skin and the texture of the bra. The text is overlaid on the right side of the image.

MINERVA
HALL

ROLE
PLAYING

Un futuro inesperado

ROLE PLAYING 3
Un futuro inesperado



MINERVA HALL

Copyright © 2019 Minerva Hall

Copyright portada © Fotolia

Diseño portada: M.H.

Maquetación: M.H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados.

Para todos los que siguen creyendo en el amor.
Eso tan extraño y viejo como el mismo tiempo.

SINOPSIS

Roderick Hudson era uno de los Amos del club erótico más exclusivo de la ciudad, hasta que empezó a morir gente a su alrededor. Entonces, toda su vida empezó a derrumbarse lentamente y los viejos miedos recobraron la fuerza que el tiempo y su compañero de fatigas, Gabriel Grier, llevaban años acallando. Sin embargo, sus demonios están más dispuestos que nunca a resurgir de sus cenizas y reclamar toda su atención, especialmente cuando una noche la llegada inesperada de una mujer malherida, trastoca todos y cada uno de sus planes.

No soporta a la tímida y asustadiza Samantha Jefferson, que ha ocupado el antiguo apartamento de Kat y lo mira como si fuera el mismísimo diablo en persona, a la vez que lo tienta con su cuerpo, su ingenuidad y buen corazón. No le permitirá tocarla y no podrá evitar sentirse indigno una vez más.

Aún así, cuando su exnovio vuelve para acabar el trabajo que empezó, buscará refugio en sus brazos, condenándolo a una pena mucho mayor de lo que jamás habría esperado.

«Bienvenidos una noche más al *Pleasure's Club*, donde el amor es una ilusión y la sensualidad y el deseo los únicos medios para salvar tu vida».

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Septiembre 2018

Club Pleasure's.

Antiguo apartamento de Kat.

Cuando la miró todo su mundo se detuvo e incluso su corazón se saltó un latido, aturdido por la impresión.

Recordaba el momento exacto en que su invitada había llegado al Pleasure's por primera vez, una chica joven tan marcada por los golpes de la paliza que le habían dado, que ahora apenas la reconocía. Habían pasado solo dos semanas desde aquella noche, pero tiempo suficiente para que su rostro tuviera un aspecto más o menos normal, a pesar de las marcas ya amarillentas que lo cubrían. Y la segunda parte de su visión era, si eso fuera posible, mucho más perturbadora, pues resultaba más que evidente que iba a quedarse allí.

Gabe y Brenda la habían ayudado a instalarse en el apartamento de Kat y estaba claro que ya empezaba a sentirse como en casa. Llevaba tan solo un albornoz, supuso que acababa de salir de la ducha, y unas zapatillas rosas que, si mal no recordaba, en otro tiempo pertenecieron a la mujer que amaba.

Era consciente de que necesitaba un lugar en el que recuperarse y descansar durante las próximas semanas, pero eso no cambiaba los hechos: no quería tenerla allí, no quería que ninguna otra mujer se atreviera a masacrar los recuerdos que conservaba de aquel lugar con Katharina. Ella no volvería, se lo había dejado más que claro, sin importar la promesa de que volverían a verse, pero lo cierto era que no estaba listo para dejarla marchar.

Se maldijo por haber aceptado la propuesta de Gabe cuando le pidió permiso para ofrecerle aquel refugio, tampoco era que necesitara tener su beneplácito. Podía afirmar que Damien también habría votado a favor de la chica, porque en el fondo los dos tenían complejo de superhéroe.

Él se identificaba más con un antiguo guerrero salvaje cuyo cerebro no atendía a razones, cuando le tocaban el corazón. Y allí, lo quisiera o no, todas sus emociones estaban más que implicadas.

Era posible que, además de ayudarla, Gabe tuviera un motivo ulterior, porque le había dejado bastante claro que esperaba que se convirtiera en su guardián y que impidiera no solo que le hicieran daño, sino que ella misma se escondiera y se replegara en su interior tras la agresión; justo como le había pasado a Brenda.

Quizá esperaba que el contacto con la chica, lo ayudara a olvidar a otra mujer que seguía

hiriéndolo profundamente con su simple ausencia. Pero eso era lo malo del amor, ¿verdad? Que no te correspondieran.

Una auténtica putada.

Ojalá centrar su atención en esta chica, que no parecía tener ni treinta años, sirviera para ayudarlo a seguir adelante, pero los males no se desvanecían tan rápido como el humo, eso era imposible.

Algo que habría afirmado en cualquier momento hasta este preciso instante.

La miró y supo que toda su vida iba a cambiar de rumbo. No podía explicar el porqué, lo cierto era que no parecía otra cosa que una niña perdida. Era tan diminuta que apenas le llegaba a la altura del pecho y su largo pelo castaño, pegado a su cabeza por la humedad de la ducha, la hacía parecer un pequeño duendecillo, pero no de esos de belleza sin igual que aparecían en los cuentos de hadas, sino uno con cara de travesura. Sus rasgos eran bastante anodinos; como sus ojos: dos castañas resacas y asustadizas que tenían la facultad de atravesarle corazón, incluso en contra de su voluntad.

¿Cómo podía hacerlo de otra manera, cuando parecía encogerse, dentro de aquel enorme albornoz que debía de pertenecer a alguna de las mujeres que vivían o habían vivido allí? En cuanto lo miró, intentó esbozar una sonrisa de cortesía que acabó convertida en una mueca que gritaba: «tierra, trágame». Puede que le impusiera su estatura o la envergadura de su cuerpo, que no era moco de pavo, o puede que tan solo se tratara de que su sexo masculino. Un tipo grandote y tosco a simple vista. No lo conocía y no tenía por qué confiar en él.

—Esta es Samantha Jefferson —la presentó Gabe, aunque no era la mejor situación para presentar a nadie. Estaba más que seguro de que todo lo que llevaba puesto era aquel albornoz y las marcas que afeaban su rostro, además de la escayola del brazo y de algunos dedos. Un enorme moratón ocupaba su pómulo izquierdo y tenía una fea cicatriz, aún con los puntos de sutura, que se veía en las raíces del pelo. No quería pensar en lo que las había provocado, que resultaba más que evidente, porque la ira emergía profundamente en su interior cada vez que un hombre le levantaba la mano a una mujer, creyéndose superior—. Como te dije, va a quedarse un tiempo en el Club. Es algo temporal, hasta que pueda establecerse por su cuenta —explicó mirándolo con intensidad—. Vamos a mantener la seguridad extra que hemos contratado, aunque no hay de qué preocuparse, porque Lou no va a permitir que nadie traspase la puerta —informó, dirigiéndose más a Samantha que a él. Lo cierto era que el portero había desarrollado una curiosa debilidad por la dama, desde el día en que la llevó corriendo a él, tras recogerla en la calle cuando apenas respiraba, a escasos metros de las puertas del Pleasure's—, pero es bueno que todos los que vivimos aquí estemos al tanto de lo que sucede.

Sabía qué pretendía su mejor amigo. Esperaba que fuera ella quién hablara sobre sus asuntos, para no tener que dar información ajena.

Aunque lo cierto era que podía imaginarse exactamente qué había pasado. Cuando la chica se giró, pudo volver a ver las marcas en su cuello. Alguien había tratado de estrangularla.

—Mi novio... —carraspeó y apartó la vista, como si le diera vergüenza su situación—. Mi exnovio me pegó y estuvo a punto de matarme. No podía aguantarlo más, así que simplemente lo dejé. Estaba demasiado ocupado curándose los nudillos como para preocuparse por mi ausencia —alzó la vista y lo miró con algo parecido a la decisión— y aproveché para abandonarlo. Gabriel me dio la tarjeta de este club en una reunión de mujeres maltratadas y no sabía dónde más ir.

—Por eso va a quedarse con nosotros. Necesita un tiempo para recomponer su vida. Probablemente, ese malnacido no se atreverá a poner un pie aquí, pero es bueno que mantengamos los ojos abiertos. Mi hermano ya os ha enviado a todos la fotografía y los datos más relevantes. Tiene vetada la entrada, pero si lo veis merodeando...

Rod asintió, comprendía exactamente lo que implicaban sus palabras, aunque en voz alta tan solo añadió:

—Llamaré a Daniel, si veo algo.

—Estamos tramitando una orden de alejamiento, pero mientras tanto necesitamos mantener los ojos bien abiertos.

—¿Ya te han dado el alta, Sam? —preguntó acertando su nombre, como si tuviera algún derecho a hacerlo.

—Sí —afirmó brevemente. Después añadió—: y también lo he denunciado a la policía. Han tomado fotos de todas las marcas para el juicio, aunque no será fácil que lo procesen. Tiene buena posición y buen nombre, utilizará cualquier estrategia para librarse.

Rod sintió la ira emerger, al mismo tiempo que ese viejo sentimiento de protección aparecía con fuerza, exigiéndole que se ocupara él mismo de salvarle la vida a Sam.

Su necesidad de violencia se incrementó, pero se obligó a contenerla. No podría ayudarla si se dejaba llevar por esa pegajosa y desagradable emoción que lo devolvía a la época de las cavernas. Necesitaba cariño y protección, no a un oso salvaje en busca de venganza.

—¿Sabes qué tipo de establecimiento es este? —le preguntó.

Necesitaba estar al tanto de lo que se hacía allí, si iba a vivir y trabajar entre aquellas cuatro paredes.

—No tienes que preocuparte por eso, le he explicado todo al respecto. Tanto nuestras normas como el código de colores. Nadie va a hacerle daño aquí —decretó su mejor amigo.

Iban a cambiar unas cuantas cosas ahora que habían permitido a Damien tomar una parte en el club, los dos eran conscientes de aquello, pero había ciertos límites que nadie traspasaría.

Había un conjunto de normas fundamentales en el Pleasure's que debían ser respetadas y, por

tanto, habían quedado reflejadas de forma expresa en el contrato de adhesión.

Gabe había dejado su papel activo, iba a centrarse más en la organización de eventos y en la investigación de los clientes potenciales, además de la publicidad y un número especial en el que solo participaría con Brenda; un número que prometía grandes ingresos, si tenían en cuenta lo que habían logrado cada uno de ellos de forma individual y las primeras puestas en escena.

Verlos juntos conseguía encenderlo a él, sin importar que nunca más volviera a poder estar con los dos y compartir sus cuerpos, su pasión, casi su amor. Lo aceptaba, la vida evolucionaba y estaba seguro de que ese recuerdo en particular iba a permanecer eternamente en su memoria.

Nunca podría agradecerles lo suficiente por haber depositado en sus manos semejante confianza.

—No me asusta el sexo —decidió la florecilla marchita, haciendo un acto de valor—. Me asustan las malas personas que necesitan romper a los demás para sentirse superiores.

—¿En qué vas a trabajar? —inquirió. No parecía camarera o bailarina, más bien podía imaginarla rodeada de niños en una guardería o con ancianos en algún tipo de asilo para la tercera edad.

—Soy enfermera. He estado trabajando con un pediatra durante los últimos cinco años, hasta que ha cerrado la consulta y me he quedado en el paro.

Pareció encogerse cuando admitió la verdad: no solo la habían golpeado hasta casi matarla, sino que estaba en la calle, probablemente sin dinero suficiente como para buscar un buen lugar en el que vivir.

—¿Y tu familia?

—No tengo. Crecí en familias de acogida hasta que me hice mayor de edad, entonces empecé a trabajar en todo lo que podía para costearme mis estudios. Me costó el doble que a otras personas licenciarme, pero lo conseguí por mis propios medios.

¿El doble? ¿Cuántos años tenía?

—¿Cómo...?

—Creo que ya basta con el interrogatorio, Rod. Sam necesita descansar —pronunció Gabe utilizando el apelativo que él mismo había usado, lo que inexplicablemente le sentó mal. ¡Vaya gilipollez! Se estaba convirtiendo en un estúpido solterón sin ningún tipo de cordura.

Samantha suspiró, fue la primera vez que mostró un poco de emoción verdadera ausente de temor, más bien con el cansancio al que había aludido Gabe, porque se había limitado a responder a sus preguntas como algún tipo de autómatas hasta ese momento, como si las hubiera estado ensayando:

—Tengo treinta y cinco años, todo el mundo se sorprende. En serio, tengo canas y alguna que otra arruga, solo que no soy lo suficientemente despampanante como para que alguien lo note. No se fijan el tiempo necesario para detectarlas, exactamente como has hecho tú.

Se encogió de hombros y se arrebujo un poco más en la bata. La visión de las feas zapatillas rosas que solía usar Kat, cuando aún vivía allí, desataron su mal humor.

—Te va a costar adaptarte, pero tienes suerte, este apartamento está vacío. La dueña anterior salió huyendo a toda prisa, debo ser un vecino muy desagradable. —No pretendía asustarla, tan solo estaba rebotado por la decisión que Katharina había tomado. Dejarlo todo, dejarlo a él atrás, por un tipo que no se la merecía. ¡Se había vuelto loca! Y encima se había llevado al niño, ¿cómo iba a salir adelante sin él? Apenas habían pasado unos meses y ya tenía roto el corazón.

—Quizá no ha sido tan buena idea venir aquí —aportó dando un paso atrás. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de su reacción, pero sus manos estaban sobre su cuerpo de forma protectora y ante su arranque de malhumor se había encogido, había bajado la mirada y empezado a buscar algún rincón por el que escapar.

Gabe hizo el amago de tocarla, pero se encogió de dolor antes de que la alcanzara, probablemente el rápido movimiento había hecho que sus costillas rotas se resintieran.

—Lo siento —se apresuró a disculparse—. Le pediré a Bren que venga, te sentirás mejor con ella. Rod gruñe mucho pero es completamente inofensivo —le aseguró.

No pareció creerlo, no tenía por qué hacerlo. Iba a costarle un tiempo conseguir su confianza, pero iba a mantenerse lo suficiente cerca no solo para intentarlo, sino para echarle una mano y mantenerla a salvo, que al fin y al cabo era lo que Gabe pretendía cuando se la había entregado.

La había metido en el apartamento de al lado y esa era una señal alta y clara que decía: cuídala o me las pagarás.

Y nunca podía negarle nada a ese hombre; era más que un amigo, mucho más.

Y siempre lo sería.

—No tienes que trabajar en el club, resulta que soy médico y acabo de aceptar un puesto como ginecólogo en el hospital. Probablemente, necesitaré una enfermera que se ocupe de organizarme el trabajo. —Gabe no tenía ni idea de lo que estaba confesando, todavía no había tenido tiempo de hablarlo con nadie. Ni siquiera había aceptado la vacante que le habían ofrecido, esperaba que la doctora Montgomery no se la hubiera dado a alguien más y esperaba que hubiera un puesto extra para Sam, sino él mismo se ocuparía de su sueldo, de ser preciso, o buscaría alguna alternativa—. Necesito una enfermera de confianza. No son niños, pero quizá te interesaría.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó como si no pudiera creerlo.

—No tendrías que incorporarte a tu puesto hasta dentro de un tiempo, porque todavía no es algo concreto, pero tendrás un sueldo y podrás vivir aquí por tiempo indefinido. Al fin y al cabo el apartamento va a seguir vacío. Nadie más lo necesita.

Miró a Gabe que tan solo estaba frunciendo el ceño, como si le preocupara que lo abandonara, algo que jamás iba a hacer.

—Voy a seguir en el club, Gabe. No te preocupes tanto, no vamos a perder de vista a Damien.

—Ya hablaremos sobre eso en otro momento —miró su reloj—, ya voy tarde. Daniel llamó hace por lo menos veinte minutos, tenemos la prueba del menú de bodas y se me había olvidado. Brenda estará ya lista, así que tengo que marcharme.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—No podía dejar a Samantha sola, no te conoce y podría haberte visto como una amenaza.

—No me dan miedo todos los hombres —dijo reclamando su atención. Estaba batallando con la necesidad de esconderse, hacerse pequeña hasta desaparecer y tener voz.

Quería aplaudirla por su acto de valentía, a pesar de que se había vuelto a encoger en el momento en que los dos la habían mirado.

—Solo quería decir que... deberías irte —añadió en voz tan baja que apenas era perceptible—. Estaré bien.

—Márchate, Gabriel. No voy a asustarla, al menos no demasiado. —Aseguró mirándola con una sonrisa apaciguadora—. Ni yo soy el lobo feroz ni ella es caperucita.

Se dio media vuelta y los dejó en el pasillo. No quería mirarla otra vez ni pensar en aquella sensación, aquel calambrazo que le decía que Samantha iba a ser alguien muy importante para él, porque eso significaría dejar ir a Kat para siempre y todavía no estaba listo para hacerlo.

Escuchó cómo la joven cerraba con llave la puerta en el otro apartamento, utilizando todos los cerrojos que él mismo había instalado para Kat.

Se despidió de Gabe con un seco asentimiento y se metió en su propio salón. Necesitaba quemar un poco de energía, así que se montó en su máquina de correr y empezó a moverse a un ritmo agotador, hasta que perdió el aliento y se dejó caer sobre la cama. Si se dormía y se permitía descansar, mañana sería un día mejor y más brillante, porque el de hoy había sido otro jodido día de mierda lleno de oscuridad y depresión.

Sin Kat. Solo para toda la eternidad.

Con Sam, una mujer traumatizada que iba a suponer solo una traba más en su camino.

Y nadie iba a poder reemplazar a la primera. Sin importar cuán perdida estuviese y cuánto lo necesitara. Nadie podría convertirse en poseedora de ese amor que le había sido arrancado de cuajo y tirado a la cara.

Lo tenía muy claro e iba a grabarse a fuego esas dos palabras que le ardían en el alma y herían su corazón: Nunca más habría otra mujer en su vida.

Nunca más.

CAPÍTULO 1

Samantha estaba en el salón de su nuevo apartamento prestado, pegada a la pared y observando a escondidas por la ventana que daba a la puerta principal del club. Estaba vigilando, pues no se podía llamar de otra manera, quién entraba y quién salía, cuidando mucho de que nadie se percatara de que estaba mirando a través del pequeño hueco que había entre las cortinas y el cristal.

Era de día, así que el *Pleasure's* estaba cerrado. Llevaba allí dos largas semanas en las que solo había salido cuando Brenda la había obligado, no se sentía preparada para abandonar aquel refugio. Había ido al médico para que le quitaran los puntos y revisara su brazo roto. Todavía llevaba la escayola, aunque las marcas de su cara ya habían desaparecido y empezaba a tener un aspecto más humano. Los huesos iban a tardar en reponerse, así como las marcas que aquel malnacido le había dejado en el abdomen y la espalda, que probablemente no desaparecerían nunca. Se había ensañado con ella; la última vez había sobrepasado todos los límites que alguna vez había imaginado alguien rompería.

Carter Vaughn era un abogado de éxito, guapo, siempre trajeado y con una labia tan poderosa que no le había costado mucho llevársela a su terreno. La había elegido probablemente por su timidez, por su capacidad para obedecer sus órdenes y su ansia por ser querida. Le había entregado no solo su corazón o sus sueños, le había regalado su voluntad y le había permitido que la pisoteara una y otra vez como si no tuviera ningún valor.

Había llegado a creer que no merecía otra cosa que su desprecio y castigos constantes. Se había autoconvencido de que era una inútil incapaz de hacer nada bien. Ni siquiera guardar *una puta camisa* en el armario o colocar los documentos que su jefe le había enviado a casa, correctamente alineados con el borde de la mesa. Siempre encontraba algo que no fuera de su gusto.

No le había pegado al principio, habían sido acusaciones sutiles, menoscabando su amor propio y su confianza en sí misma.

Cerró los ojos, luchando contra las ganas de llorar. ¿En qué estaba pensando cuando le había pedido perdón por no llamarlo, cuando había sido él quién había apagado el teléfono móvil intencionadamente para que no pudiera hacerlo?

La había castigado por cosas como esa, impasiblemente. La había abandonado durante días y, cuando volvía, la obligaba a arrastrarse para obtener su perdón, para mantener su amor, porque no quería perderlo, estaba tan enamorada de él... ¡lo quería!

Maldito fuera Carter y maldita ella misma por haberse convertido en poco más que un felpudo sin voluntad. Había descubierto por el lado difícil que el amor era mentira. No existía. Nadie te

quería. No había ahí fuera cualquier persona que pudiera completarte; quizá sí en algunos casos, pero otros eran almas solitarias como ella, que si se atrevieran a intentarlo acabarían abrasadas, destruidas y hechas un guiñapo.

Solo tenía que mirarse al espejo para certificarlo.

Unos golpes en la puerta estuvieron a punto de hacerle expulsar el corazón por la boca. La fulminó con la mirada, como si quisiera obligar a quienquiera que estuviera al otro lado a marcharse por donde había llegado, sin necesidad de hablar con él.

Insistieron, para su disgusto. Se acercó y se asomó por la mirilla. Al otro lado estaba su nuevo vecino, Roderick, un hombre al que no le caía especialmente bien. Al menos, esa era la sensación que tenía.

Le había ofrecido un trabajo y lo cierto era que lo necesitaba, por más miedo que sintiera ante él. Era un hombre tan grande que solo con perder el control una vez, podría matarla. Estaba casi segura de eso.

Aún así, intentó simular entereza y fuerza y abrió la puerta con lentitud, tomándose su tiempo para manipular cada uno de los cerrojos que le daban seguridad.

—Hola —pronunció con un nudo en la garganta. Aferraba con tanta fuerza el pomo de la puerta que iba a quedársele clavado en la palma de la mano, si no se forzaba a relajarse.

—Hola, Sam —intentó simular despreocupación, pero pudo percibir las señales de tensión allí. No eran más que sutiles detalles, micro-expresiones; pero cómo había estado tan cerca de la fatalidad en otras ocasiones, había aprendido a detectar cosas tan minúsculas como un pequeño cambio en el tono de voz, en la forma en que se pronunciaba una palabra, en las miradas, la postura del cuerpo, hasta en la intensidad de la mirada, los párpados, la manera de respirar... No había hecho un curso sobre lenguaje corporal, porque no lo había necesitado, con el tiempo aprendió cómo leer a los otros, saber si estaban relajados o no, si estaban a punto de pegarle un puñetazo o insultarla.

Carter había hecho todo aquello, por lo que ya no se fiaba de nadie.

—¿Puedo saber qué necesitas? —Odió el titubeo en su propia voz. El cuidado con el que eligió las palabras, analizando cada una de ellas antes de pronunciarlas, curándose en salud para evitar que la otra persona se sintiera violenta o inconforme y tuviera una excusa para avasallarla o herirla de cualquier manera.

—Te he visto desde la calle —comentó con sequedad, se dio cuenta de que estaba a punto de hacer algo que no le apetecía especialmente, aún así esperó a que concluyera lo que quiera que fuera que iba a decir—: He pensado que quizá te apetece salir a dar una vuelta por el parque, algo rápido, puedo escoltarte.

¿Le apetecía salir? Sí, claro que sí, quería sentir los rayos del sol sobre la piel. El aroma de la hierba y ver a otras personas disfrutando del día. Quería conseguir un perro que le hiciera

compañía para no volver a sentirse sola nunca más, quizá podría pedirle que la llevara a la perrera, ¿haría él eso?

No, no podía obligarlo a nada. No quería hacerlo. Era más que evidente que le desagradaba a Roderick por alguna razón y eso le impedía confiar en él.

—No creo que sea una buena idea, además, tengo muchas tareas pendientes —mintió.

Había puesto dos lavadoras, limpiado varias veces todo el apartamento y cocinado para un regimiento. Había congelado la comida y se preguntaba para qué se había esforzado tanto, si casi nunca tenía apetito. Había visto todos los capítulos de Lucifer y se había sumergido en la lectura de una guía de viajes sobre Escocia, lugar al que quizá algún día consiguiera ir. Si encontraba el valor para hacerlo...

—Las harás más tarde. Coge un abrigo, hace frío fuera.

En su voz no había espacio para réplica alguna. No le molestó que fuera un mandón, podía convivir con ello.

No parecía haber maldad en su exigencia, pero sí obligación y la verdad era que eso no le gustaba nada. Le recordaba que estaba sola y que todos aquellos que estaban en su vida no lo hacían por propia voluntad.

Se odió a sí misma por aceptar la caridad de Gabe y Brenda. Estaba allí por ellos, porque se habían compadecido de ella por su situación. La ayudaban por lo que habían vivido, por su bondad y, quizá, la necesidad de sentir que estaban haciendo algo para cambiar el mundo.

Y, desde luego, su mundo lo habían trastocado completamente. Ahora podía dormir sin esperar que alguien la despertara con un puñetazo o tirándole del pelo y arrastrándola por el suelo de la habitación.

Parpadeó rápidamente, tratando de desterrar las lágrimas. No era buena idea estar cerca de Roderick, porque encarnaba el ideal de hombre que siempre había deseado y estaba destruida para cualquier tipo de relación romántica, sin contar que él no tenía interés alguno en ella. Ni como amiga ni como nada más. Le habían encargado vigilarla y lo estaba haciendo.

—No tienes que hacerlo —dijo sin pensar antes de darse cuenta de sus palabras. Eso podría haberle costado mucho dolor con la persona equivocada, pero su interlocutor no reaccionó, tan solo la miró—. Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer y no quiero molestarte.

—No me molestas —masculló el hombre, casi con fastidio—. Vamos, serán diez minutos, estás muy pálida y necesitas la vitamina del sol. Soy médico, deberías hacerme caso.

¿Había intentado hacer una broma? Sus ojos se habían suavizado un poco o quizá estaba evadiéndose a un mundo alternativo otra vez, dejándose llevar por sus propias fantasías y no por la realidad.

—Roderick —dijo pronunciando su nombre—. Me gustaría que me digas la verdad, ¿vale? He vivido durante dos años sin saber qué esperar de la persona con la que compartía mi vida y tú

y yo solo somos vecinos, pero sería más fácil si fuéramos sinceros.

—Soy sincero siempre. ¿Qué quieres saber?

—¿Me consideras una obligación?

—Sí —respondió mirándola a los ojos—. Eso no quita que no vaya a esforzarme en ayudarte. No somos amigos, no nos conocemos lo suficiente para serlo, pero si quieres podríamos llegar a un consenso. Salimos quince minutos al día a dar un paseo por el parque y el resto del tiempo no nos cruzamos en el camino del otro. Gabe y Brenda estarán satisfechos y yo podré continuar viviendo con mi conciencia.

No podía negar que la sinceridad le había hecho daño, pero era lo que había pedido y prefería conocer los términos con los que jugaba. Así podría comportarse de la mejor manera posible para no cruzar alguna línea invisible que la llevara por el mal camino y terminaran haciéndole daño.

Rod era un hombre íntegro, al menos en apariencia, pero su corazón podría salir destrozado si se permitía sentir algo incorrecto por una persona inadecuada.

Cogió una cazadora y aceptó la invitación. Las llaves del apartamento terminaron en el bolsillo de sus vaqueros y los nervios se aposentaron en su estómago. No había cogido su teléfono móvil, básicamente porque prefería no tenerlo cerca. No habían cesado las llamadas de amenaza desde que había salido del hospital y estaba más que cansada de todo aquel asunto. No quería a Carter en su vida y la decisión estaba más que tomada.

Rod no pronunció ni una sola palabra, pasaron por delante de Lou y le dedicó una sonrisa tranquila. Ese hombre silencioso conseguía hacerla sentir en paz. No entendía muy bien sus motivos, porque era enorme y no parecía nunca feliz, sino todo lo contrario, pero se había acostumbrado a sus tendencias gruñonas, habían desayunado y comido juntos durante su estancia en el hospital, pues la había velado durante todo el tiempo que duró su ingreso. Y no en su horario laboral, pues Gabe y Brenda habían enviado a un par de eficientes y muy agradables mujeres que, en turnos alternos, se habían encargado de vigilar su puerta las veinticuatro horas, sino porque se había preocupado sinceramente por su estado.

No habían hablado mucho, pero su presencia servía de medicina pacificadora, mucho más que los tranquilizantes que le habían inyectado en la vía.

—Hola, Lou. ¿Qué tal todo?

—Bien. ¿Sales a dar un paseo con el jefe?

Samantha intentó sonreír, el otro hombre le devolvió un seco asentimiento de comprensión, no dijo nada más y se despidió de él con la mano. Siguió en silencio a Rod, que parecía perdido en sus propios pensamientos. No le importó, no sabía qué decir o cómo relacionarse con él. Las relaciones sociales no eran lo suyo, no sabía integrarse en el grupo, como había demostrado en incontables ocasiones.

Suspiró. Ojalá fuera de ese tipo de personas que caía bien a todo el mundo con tan solo entrar

en una habitación, sin ni siquiera pronunciar una palabra.

Miró a su alrededor y todo pareció tenebroso y quizá un poquito amenazador. Hasta la pelota con la que jugaban al fútbol un grupo de niños de no más de ocho o nueve años.

Estaba completamente perdida si sus miedos se extendían hasta ese extremo. Negó para sí, sin mostrar sus amargos sentimientos, tenía que sobreponerse de una vez por todas y dejar atrás todo lo que la ataba y le impedía prosperar.

No tenía opciones, no si quería seguir viviendo.

Y quería hacerlo, todavía le quedaban muchas cosas por ver, por sentir y por conseguir en este mundo.

—Este lugar no está tan mal, ¿verdad? —inquirió Rod observando el parque y a aquellos que disfrutaban del día y de la buena compañía de sus mascotas.

Había perros de todos los tamaños, iguanas, gatos, algún conejo y hasta un hurón. Siempre lo sorprendía aquel lugar y, en cierta manera, le daba paz. Por eso había querido llevar allí a Sam.

La mujer parecía estar constantemente asustada. Llevaba dos semanas encerrada en el apartamento sin salir, desde que había vuelto del hospital.

Verla entonces le provocó un shock. No sabía qué tenía, porque en realidad no conocía a nadie que estuviera más lejos de la perfección que rozaban algunas de sus amantes ocasionales, pero aún así despertaba algo en él. Un sentimiento de protección muy peligroso. La necesidad de luchar contra su dragón y ofrecerle la paz y la seguridad que necesitaba tanto como el aire para respirar.

—Sí. Es un buen sitio para pasear.

—Mejor que el apartamento. No debes quedarte ahí dentro tanto tiempo. Si no te esfuerzas por afrontar tus miedos, vas a tener un auténtico problema.

Samantha rio, pero no hubo humor alguno en el gesto.

—Supongo que tienes razón.

—No necesitas hacerlo sola. Podemos acompañarte, si te preocupa que él se acerque a ti. Cualquiera persona del club lo haría.

—Odio ser una carga. —Lo que no dijo fue que la aterraba estar en compañía de la persona incorrecta. No necesitó preguntar, para saber que precisamente ese era el problema.

La falta de confianza en su propio juicio.

Lo había visto muchas veces antes y siempre lo había destruido un poco. Aunque nunca lo había afectado tanto como ahora.

—No lo eres.

—Admitiste que no te apetecía especialmente estar conmigo.

—Eso tiene fácil solución. Cuéntame algo sobre ti, hagámonos amigos y problema resuelto.

—No es tan fácil.

—Yo creo que sí lo es —la contradijo Rod—. Por ejemplo, me gusta la pizza con piña, a pesar de que mis amigos piensen que me he vuelto completamente loco.

Sam lo miró con incredulidad, parecía que iba a contestar algo, pero al final se lo guardó para sí y suspiró.

—No creo que esto funcione.

—Odio el alcohol, aunque he estado unos meses ahogando mis penas en él —añadió, tratando de probar con otro tema. No le preocupaba exponer sus trapos sucios.

—¿Te emborrachas para olvidar el dolor?

Rod negó. Nunca llegaba tan lejos.

—¿Cómo tratas tú con tu dolor y los malos recuerdos?

—No bebo. El alcohol embota tus sentidos, dejas de estar alerta y un segundo de descuido podría significar la muerte.

Hablaba como si viviera en un territorio en guerra y supuso que, en su caso, había sido precisamente así.

—¿Y qué haces para combatir la pena?

—Tengo un diario. Escribo todo lo malo... —se calló, ignorando todo lo que la ahogaba, todo lo que podía ver reflejado en su cara—. No siempre es fácil hacerlo, pero lo intento. Cuando Miles me regaló ese viejo ordenador portátil, lo vi como un medio para aliviar parte de la pena que arrastro.

—¿Escribes?

—Solo de manera terapéutica. No soy ningún tipo de escritora en ciernes.

Rod sonrió, no pudo evitarlo. Lo había dicho como si la simple idea de verse en ese papel la hiciera sentir un poco ridícula.

—Bueno, nunca lo he probado, pero si a ti te funciona...

—Lo hace. —Lo miró, quería preguntar algo y se preguntó si tendría el valor para hacerlo. Esperó con paciencia, tenía curiosidad por saber qué le intrigaba sobre él—. Brenda me ha hablado sobre Katharina.

Su buen humor se disipó, como si una nube negra hubiera opacado su día.

—Me preguntaba cuánto tardarías en sentir curiosidad por Kat.

—No es lo que piensas —se apresuró a interrumpirlo—. No quiero que escupas aquí tus entrañas y me abras tu corazón —advirtió—. Sé que la querías y que se fue, pero no es el fin del mundo.

Pareció arrepentida de sus palabras, incluso había miedo en su gesto cuando lo miró, como si estuviera esperando que le lloviera algún golpe.

Entonces recordó lo que había tenido que sufrir, a lo que había sobrevivido y todo el malhumor por la presencia de Kat en la conversación se desvaneció tan rápido como había llegado.

—¿Y qué sugieres? —inquirió con curiosidad.

—¿Una pizza hawaiana casera? —tanteó con un filo de ingenuidad y titubeo que le provocó ternura. Podría haberla abrazado en ese momento, solo porque sí.

—No sé si yo podría resistirme a ese tipo de sugerencia.

Sam sonrió con más tranquilidad.

—Podría intentarlo y traerla mañana, si es que sigue en pie lo de ese paseo diario de quince minutos...

—Hagamos una promesa —propuso Rod con decisión—. Nos reuniremos en el pasillo, a esta misma hora y comeremos al aire libre si no llueve y si lo hace, encontraremos otro lugar; conozco unos cuantos. Y tendrás que pensar en algo, un secreto, una afición, algo que quieras compartir conmigo, en este proceso de crear nuestra amistad.

—No soy nada interesante.

—¿Sabes un secreto, Sam? Yo tampoco.

Y le dio un pequeño toque en la punta de la nariz y le dedicó una sonrisa. Quizá estaba haciendo aquello no solo por ella, sino también un poco por sí mismo.

CAPÍTULO 2

En cuanto entraron por la puerta del club, Damien reclamó la atención de Roderick y se despidió de ella con un gesto distante, más concentrado en lo que quiera que el otro dueño del club le estuviera contando.

Samantha suspiró y dejó caer los hombros. No necesitaba ser valiente durante un solo minuto más. Miró el puesto que solía ocupar Mallory y lamentó no encontrarla allí, le habría gustado ver a Cole y hablar con la chica unos minutos. Era una de esas personas que sin importar la oscuridad de su mundo, tenían siempre disponibles una sonrisa. Uno de esos raros seres que no pensaba en lo que era políticamente correcto o incorrecto, sino que hacía lo que a su juicio era lo más sano. Se preocupaba por las otras personas y maldecía ante las injusticias.

La admiraba profundamente, parecía tener por lo menos cuarenta años, en vez de los dieciocho que había confesado.

—¿Todo ha ido bien? —inquirió Lou apareciendo tras ella y sobresaltándola. Se giró tan deprisa y con tanto horror que el hombre pareció azorado—. Lo siento, Sam.

—No te preocupes, tengo que aprender a relajarme.

—Estabas distraída. ¿Roderick se ha comportado como un caballero?

Samantha asintió. No podía acusarlo de no serlo, más bien al contrario, le habían otorgado una misión y estaba esforzándose para llevarla a cabo y hacerla sentir bien durante el proceso, a pesar de que parecía batallar consigo mismo y debatirse entre la simpatía y la indiferencia, casi como si tuviera tendencias bipolares.

—El paseo ha estado bien. ¿Todo tranquilo por aquí?

—Nada que deba preocuparte.

—¿Dónde está Mallory? —preguntó, no tenía nada que perder por hacerlo y confiaba en Lou. Le había demostrado que podía hacerlo.

—Ha salido.

No le dio más explicaciones y no se las pidió. Al fin y al cabo no era asunto suyo.

Miró de nuevo en dirección a la escalera que llevaba a su apartamento, pero estaba harta de estar allí encerrada y aunque fuera un refugio, le gustaba pasar tiempo con otras personas. Antes había sido tímida, pero siempre había estado rodeada de gente. No había descubierto la intimidad o lo sola que estaba en el mundo hasta que Carter llegó a su vida y la aisló.

—Lou, no quiero molestarte, pero ¿te importaría que me quedara un rato aquí contigo?

El otro hombre la observó con intensidad y terminó encogiéndose de hombros.

—Quédate.

Le hizo un gesto en dirección al mostrador en el que solía estar Mallory y la invitó a sentarse

en su silla, después encendió el ordenador y le indicó brevemente de qué manera podía echar un vistazo a las cámaras.

—¿En serio podéis ver todo el club desde aquí?

—Menos la mazmorra y las habitaciones temáticas —explicó con suavidad.

—No tengo interés por ser testigo de la intimidad de otras personas, confía en mí.

Lou sonrió.

—Mallory es curiosa, así que Gabe censuró algunas zonas. Necesitarías un código para verlo, es imposible que te topes con eso por error.

—Mejor —contestó con sinceridad. Había cosas que prefería no ver. Además, Mallory le había explicado que Rod solía hacer uso constante de aquellas habitaciones con sus muchas amantes y, por algún extraño motivo que no quería pararse a analizar, no quería verlo con sus mujeres. No había esperanza de una relación entre ellos, por muchas razones que no planeaba valorar, pero era mejor para todos los implicados que obviara esa parte de la vida privada del otro hombre.

—Tengo que hacer la ronda. ¿Estarás bien? La puerta está bloqueada, si quieres dejar pasar a alguien tienes que presionar este interruptor de aquí —instruyó—, pero los trabajadores tienen llave, es raro que llamen y los clientes no tienen permitido el paso hasta que yo se lo dé.

Le daba instrucciones como si temiera que pudiera meter la pata y dejar entrar a la persona equivocada. Nadie sabía lo cuidadosa que era precisamente con los desconocidos, porque ya había tenido su buena dosis de dolor.

—Voy a jugar al gran hermano, en serio, no tienes nada de lo que preocuparte.

Lou sonrió, no lo hacía mucho y verlo era muy gratificante. Sabía que le agradaba y que se sentía protector con ella, se estaba convirtiendo en un buen amigo.

—¿Cómo van tus dedos?

Se miró ambas manos. La izquierda seguía escayolada. Su dedo índice estaba roto e inmovilizado, pero iba soldando bien. El resto tan solo habían estado magullados, aunque aún tenía alguna que otra molestia. La mano derecha estaba solo dolorida, ya había perdido la hinchazón, pero su dedo medio seguía escayolado y aunque iba soldando bien, el médico le había explicado que tendría que mantenerla así una semana más.

No le resultaba fácil utilizar el ordenador, pero se las apañaba, porque de alguna manera tendría que entretenerse.

—Mejor. Puedo doblarlos sin problema, menos estos dos.

Levantó las manos y sonrió. Lou puso los ojos en blanco al ver su mano derecha y sacudió la cabeza.

—Recuerda hacerle ese gesto al jefe cuando se pase de listo, le encantará.

Samantha se rio con sinceridad y pudo escuchar un toque de alegría en su propia voz. Se

sentía mejor que en mucho tiempo, más relajada y casi como si estuviera en casa.

Estaba claro que el hogar lo formaban las personas que te rodeaban y no los lugares. Había encontrado a seres con quienes compartir pequeños momentos y no quería cambiarlo por nada.

—Gracias por tu buen humor, Lou.

El hombre solo la miró con incredulidad, nadie diría que era chistoso o extrovertido, pero Sam conocía la verdad. Era reservado, pero veía todo y era más que confiable.

Jamás le haría daño a nadie que no se lo mereciera y eso la hacía sentir segura y a salvo.

—Avísame si se produce algún disturbio.

Y con esa frase la hizo sentir necesitada, como si su presencia allí fuera algo más que una imposición.

Como si aquel fuera su lugar.

Y por un momento decidió que podía jugar a aquel juego, porque estaba harta de ser una extraña y ansiaba pertenecer a algo.

—Me sorprende verte con Samantha —comentó Damien mientras lo llevaba hasta la sala de máquinas. Supuso que pretendía enseñarle alguna grabación. Era posible que hubiera sucedido algo que se le había pasado por alto.

—Solo cumplo con mi papel en esta historia. Gabe quiere que la ayude a integrarse y lo estoy haciendo.

No iba a añadir nada más. No iba a hablar sobre la curiosidad que sentía por ella o la preocupación que surgía con ímpetu cuando la encontraba cerca o veía la manera en la que se encogía en su presencia. Cómo tenía cuidado con cada palabra o estudiaba cada uno de sus gestos y sus movimientos, preparándose para recibir el próximo golpe.

—Te recuerda a Angie.

—No es lo mismo —lo contradijo.

Angie era una de sus protegidas. La había rescatado de Prometheus, le había costado los estudios y había mantenido un ojo en ella, hasta que Strider estuvo tras las rejas. Había salido bien, hacía unos meses, después de que localizaran al tipo que había herido de gravedad a Damien en una cruzada sin sentido, la había visitado y había hablado con ella. Gabe había tenido razón cuando le dijo que tenía que cerrar ese episodio y lo había hecho.

Angie era una abogada brillante, con un futuro prometedor. Se dedicaba precisamente a trabajar con mujeres víctimas de violencia de género y de otro tipo de agresiones provocadas por el sexo opuesto. Era inteligente, decidida y feliz. Lo había abrazado como si de un viejo amigo se tratara y

no del tipo que había estado a punto de tomar algo que no había estado dispuesta a dar.

Iba a casarse muy pronto y le había enviado una invitación. Su novio era un hombre tan anodino que le sorprendió, pero era evidente que se amaban sinceramente.

En su opinión era demasiado joven para dar ese paso, pero se había limitado a darle la enhorabuena y a excusarse para no presenciar el enlace. Le deseaba lo mejor, pero estaba seguro de que a partir de ese momento, el lazo debía romperse. Estaba lista para afrontar un futuro sin él, así que lo había hecho tan bien como había podido en el momento en que se habían despedido.

Y Angie era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de sus intenciones. Lo había aceptado con entereza y resignación, lo había abrazado fuerte y le había asegurado que había sido uno de los grandes hitos de su vida, su salvador, el ángel que la había guiado por el camino correcto.

No se merecía nada de todo aquello y era más que consciente de ello.

—Angie es una mujer fuerte y decidida, que va a ser capaz de salir adelante y triunfar sin necesidad de ningún hombre. —Y nada tenía que ver su boda, porque el chico al que había elegido era más bien alguien a quien cuidaba y no al revés.

—¿Y Sam no? —preguntó Damien mirándolo con intensidad.

—No la conozco lo suficiente como para afirmarlo.

La risa de su viejo amigo lo molestó. No tenía ningún derecho a estudiarlo, a presionarlo con ese asunto, porque no iba a permitir que ninguna otra mujer se acercara a su corazón. Kat lo había destruido con su decisión de abandonarlo y no le quedaba nada para ninguna otra.

—Me resultas tan divertido, Roderick Hudson. Vas a caer en la red y ni siquiera te das cuenta de que ya estás condenado y con la soga al cuello.

—¿De qué cojones estás hablando, MacPherson? —espetó molesto.

No había ninguna red y Samantha no era para nada su tipo.

—Ya lo verás.

—¿Para qué estamos aquí? —preguntó, negándose a continuar con esa conversación—. Parecías muy apurado cuando me encontraste hace apenas unos minutos.

—No te preocupes, no hay otro asesino suelto —lo tranquilizó—. Al menos por ahora.

—¿Entonces?

—Miles está controlando los mensajes y llamadas que recibe Samantha —explicó—. Los ha estado grabando y tomando capturas de pantalla, por si son necesarios para el juicio.

—¿De qué hablas?

Su ceño se frunció y todo su cuerpo se llenó de tensión preparado para golpear a alguien.

—¿No te lo ha contado?

—¿Qué me tiene que contar?

—Las amenazas. Llama, amenaza, pero solo si ella le contesta. No quiere que queden evidencias.

Envía mensajes a sus redes sociales, comparte comentarios insultantes... ¿No te ha hablado de todas las personas que en nombre de ese cabrón la están insultando y amenazando a su vez para que retire la denuncia?

—No somos amigos, Damien —le recordó.

—Pues en mi opinión necesita un amigo —contestó con una seriedad que no parecía afin a él—. Y si tú no estás dispuesto o preparado para hacerlo, lo haré yo. No voy a permitir que esa pobre chica tenga que pasar sola por esto.

Presionó un botón y la sala se llenó con la voz de Samantha respondiendo a una llamada. Después de un minuto de espera, se escuchó la voz intencionadamente distorsionada del tipo en cuestión:

«Vas a pagarme todo lo que me estás haciendo. Nadie va a creerte, zorra. No eres nada. No vales nada. ¿Acaso no te has dado cuenta durante todos estos años de que no le importas a nadie? Prepárate, porque cuando esos ignorantes se hartan de follarte, van a tirarte a la calle como la basura que eres y, después, nada me impedirá matarte. Soy tu dueño y yo decido si vives o mueres. No lo olvides, Samy, porque no van a poder protegerte siempre».

Lo siguiente que se escuchó fue el pitido de la línea.

Rod sintió la ira emerger con fuerza y fulminó a Damien con la mirada.

—¿De cuándo es esta grabación?

—De hace unas dos semanas, cuando volvió del hospital.

—¿Por qué no me lo habías enseñado? —preguntó.

—Ni yo lo sabía. Gabe tampoco. Miles lo ha estado gestionando. Esos mensajes se repiten de forma constante, pero mira esto.

Un video de Carter Vaughn haciéndose la víctima llenó la pantalla más grande de la sala y su voz se escuchó alta y clara. Explicó la situación como si Sam fuera solo una arpía que pretendía aprovecharse de él, de su buena posición y de su generosidad. La pintó como una bruja que solo había ido detrás de su dinero y que ahora lo estaba chantajeando porque se había negado a casarse con ella.

Se preguntó qué habría visto la mujer en aquel desgraciado. No poseía ni un gramo de calidez en su gesto, parecía frío, distante y un hijo de puta manipulador. Todas las señales estaban allí, pero tenía que admitir que si no hubiera visto el estado en que se encontraba la mujer cuando llegó al Pleasure's, podría haberse creído su discurso.

Lo tenía todo preparado y casi podría hacerle dudar, si tan solo fuera un observador casual.

—Es bueno —comentó Damien con disgusto.

—Toda esta publicidad no es buena para Sam.

—Ni para nosotros —aportó el otro hombre cortando esa emisión y añadiendo una más.

Aparecía el club de fondo y el tipo iba haciendo un reportaje sobre los asesinatos que se habían asociado con ellos, la mala fama, las perversiones que se llevaban a cabo entre sus paredes y

cómo Samantha Jefferson se había ocultado en aquel lugar. La tachaba de puta y de buscavidas, entre otras cosas.

Roderick sintió cómo se apretaba su corazón, no por el club, sino por la forma en la que el hombre hablaba de su exnovia, como si fuera algún tipo de femme fatale.

Apenas la conocía, pero no había ni una pequeña similitud entre este relato y lo poco que él había descubierto sobre ella. ¿Se estaría equivocando?

—No me jodas, Rod —espetó Damien molesto—. Lo estoy viendo en tu cara, te lo estás creyendo. ¿En serio?

—No sabemos quién es, después de todo.

—Creo que sus huesos rotos y las marcas que lleva grabadas por todo el cuerpo son motivo suficiente para creer su versión. ¿O vas a darle crédito a ese malnacido, que está diciendo que se autolesionó?

No, era imposible que se hubiera hecho algunas de las heridas por su cuenta.

—¿Samantha está al corriente de todo esto?

—De algunas cosas sí, fue ella quien le pidió a Miles consejo.

—¿Y qué está haciendo al respecto?

—Sam eliminó sus cuentas de las redes sociales y con ayuda de Daniel han borrado todos los datos e imágenes que alguna vez compartió en internet. No es tarea sencilla, pero la policía cuenta con gente capaz de seguir el rastro casi a cualquier cosa.

Damien seleccionó otro vídeo, este era un compendio de fotos de pareja. Aparentemente una feliz Sam y Carter aparecían sonriendo a la cámara enamorados. No había ni una pizca de tristeza o miedo en aquel rostro femenino, sino esperanza e ilusión.

Las imágenes le golpearon con fuerza. Parecía más joven y más guapa de lo que era ahora, como si el tiempo de relación con aquel idiota le hubiera pasado una intensa factura.

—¿La policía se ha metido con un solo caso de violencia de género? No tienen efectivos para trabajar tan a fondo con solo una mujer.

—No, a Daniel le debían un favor. Eso es todo.

—¿Y...?

—Puede que le haya pedido un favor a Cam también. Tiene los medios y los contactos para hacer algo al respecto. Mi hermano es un tío legal y respeta por encima de todo a las mujeres. Odia la violencia en todos sus aspectos, así que...

—Y lo dices del tipo que se pasea por ahí con un fusil de asalto —ironizó Rod.

—Es un idealista muy inteligente, ¿qué quieres que te diga?

—¿Qué vamos a hacer si nuestros clientes se enteran de esto y deciden dejar de venir? —preguntó Rod, preocupado por la marcha del negocio. Quería mantener a salvo a Samantha, pero quizá deberían encontrar otra manera de hacerlo.

—Eso no va a pasar, nos conocen y saben lo que hacemos aquí. Todo el mundo está al corriente de la situación.

—Carter Vaughn tiene muchos contactos —comentó Rod, que había hecho una búsqueda superficial del tipo en Internet.

—Eso no quita que sea un malnacido capaz de golpear a una mujer hasta casi matarla. —Damien lo miró con molestia—. ¿Por qué estoy intentando convencerte, Rod? No debería ser necesario hacerlo. Has visto tan bien como yo, mejor de lo que ninguno de nosotros lo hemos hecho, el estado en que llegó aquí esa pobre chica. ¿Por qué dudas?

—Porque no quiero que esté en el Pleasure's. No la quiero cerca de mí. No quiero hacerme su amigo. No quiero ser responsable de ella. Joder, solo quiero que vuelva Kat.

La cara de incredulidad de Damien se le clavó en el alma y supo que estaba errando todos sus términos. La manera en la que se estaba comportando era la de un crío adolescente que no tenía ningún tipo de control sobre sus emociones.

—Creo que quizá deberías tomarte unas vacaciones.

—Estoy bien.

Pero ambos sabían que estaba mintiendo. No lo estaba y era posible que jamás volviera a estarlo. Sentía a Samantha como una intrusa en su vida, en el apartamento de Kat y que quería empujarse muy dentro en su corazón, en un lugar que ya estaba más que ocupado y no podía permitírselo. No podía sentir compasión por ella, porque eso lo llevaría a un lugar al que no le apetecía ir.

CAPÍTULO 3

Samantha estaba especialmente feliz esa mañana. No sabía por qué, en realidad. Le seguía doliendo el brazo y, a pesar de que había prometido hacer pizza con piña para Rod, no había contado con sus lesiones, que le impedían utilizar el rollo de cocina como debía hacerlo. Aún así se había esmerado y había salido un plato que olía muy bien, pero bastante deforme y feo, casi igual que ella.

Preparó el almuerzo y lo metió en una cesta de picnic que había encontrado en uno de los armarios. Colocó los cubiertos, los platos, los vasos, todo de forma cuidadosa y minuciosa. Le llevó más tiempo del que le hubiera gustado, pero finalmente, lo consiguió.

Abrió la puerta de su apartamento a la hora acordada y cargó como pudo, cuidando de no hacerse más daño en el dedo aún inmovilizado de su mano derecha con la cesta, mientras esperaba a que Rod se reuniera con ella.

Pasaron diez minutos y no apareció. Empezó a ponerse un poco nerviosa, quizá lo había olvidado, debería volver a entrar en casa y olvidar el paseo.

—¿Ya estás lista? —inquirió su voz a su espalda.

Parecía enfadado y logró sobresaltarla. Se estremeció sin querer y sintió el intenso pinchazo que atravesó su costado, justo en el lugar en el que se le habían roto tres costillas. Seguía doliendo respirar, cuanto más un movimiento brusco, pero intentó contener su reacción. En el pasado, mostrar debilidad le había supuesto una ración extra de dolor.

—Si estás ocupado...

—Deja que coja eso —comentó Roderick cogiendo con cuidado la cesta—. No me había fijado en que todavía tienes la escayola en las manos. ¿Cómo...?

—No tiene muy buen aspecto, pero te juro que es comestible —intentó bromear, aunque era posible que no le hubiera salido especialmente bien.

—Seguro que sí.

Solo había compromiso en su pose, resignación y obligación. Lo había admitido el día anterior, ¿por qué pensó que una escueta conversación la víspera habría cambiado su actitud al respecto? Era imposible, debía recordar que nunca caía bien a la gente. Carter se lo había dicho tantas veces que, en cierto modo, sabía que tenía razón.

—No tienes que comértela, si no te apetece —sugirió.

Rod se detuvo de forma instantánea y la miró. La estaba estudiando, estaba tenso y molesto y parecía estar valorando algún tipo de cuestión desconocida.

—¿Por qué no me dijiste que has estado recibiendo amenazas?

Sam bajó la vista avergonzada. Las lágrimas llenaron sus ojos, pero se forzó a contenerlas. No iba

a llorar delante de él, no lo haría delante de nadie.

—Estoy bien —dijo en cambio—. Ya no tiene poder sobre mí.

Rod rio sin humor, demostrándole que no creía ni una sola palabra de las que había pronunciado. Y era cierto, Carter siempre dominaría una parte de su vida y solo por eso se odiaba a sí misma. Había cosas que nunca jamás podría borrar o ignorar.

Reanudó la marcha sin ni siquiera mirarla y lo siguió. Toda la felicidad que había sentido mientras se esmeraba en preparar aquel plato, repentinamente desaparecida.

Era una completa idiota.

—Roderick —lo llamó—. No tienes que hacer esto, si no quieres. No estás obligado a pasar tiempo conmigo, en serio. No voy a quedarme encerrada, puedo salir a pasear sola. Seguramente, tendrás muchas cosas que hacer.

—Puedo dedicarte quince minutos —respondió conciso, pero no fue ni amable ni simpático. Como si hubiera sucedido algo que ignoraba entre ayer y hoy. ¿Tendrían problemas en el club? ¿Habría llamado Carter al hombre y habría creído todas sus acusaciones?

Era posible, porque mucha gente lo hacía. Daba igual que fueran hombres o mujeres, el abogado tenía la habilidad para poner de su parte a cualquier persona. Nunca había perdido un caso, quizá porque nunca elegía aquellos que podía perder o tan solo por su habilidad para librarse, hasta frente al mismo diablo.

—Gracias.

No la miró, pasaron por la puerta del Pleasure's. Lou no estaba allí, sabía que era su día libre, así que se sintió un poco desprotegida por ese hecho. Parecía menos hogar hoy que ayer y bastante más amenazador. Brenda y Gabe estaban de Luna de miel, con lo que no iba a encontrarse con ellos hasta su vuelta y Damien le imponía mucho respeto. Había intentado hablar con ella, pero en su presencia, se ponía a temblar como un flan. Quizá porque le recordaba en cierta medida a Carter.

Era una tonta. Quería aferrarse a Rod y él no la quería cerca. Fin de la historia, había fracasado otra vez.

—Este es un buen lugar.

Colocó la cesta sobre una mesa y se sentó en el banco. Sam no sabía dónde situarse, así que pensó que mejor frente a él. Cuanto más lejos, mejor. No quería un roce casual o que alguien más la acusara de propasarse con otro hombre.

—Espero que te guste, sé que el aspecto es bastante artesanal, pero...

Roderick sacó el resultado de una mañana entera de trabajo y esperó a que le gritara y le dijera lo inútil que era. Estaba preparándose físicamente para ello, para recibir los insultos y quizá algún puñetazo perdido, pero nada de eso llegó.

Al contrario, el gesto de Rod mutó en algo diferente, su rigidez dio paso a la sorpresa y la miró.

—¿De verdad lo has hecho tú?

—No soy cocinera, pero me gusta probar platos nuevos. Este no es nuevo, quiero decir, lo he hecho antes. Unas cuantas veces, pero hace años desde que... —lo miró y explicó—. Carter pensaba que la pizza es vulgar, así que me prohibió comerla o cocinarla.

Recordó su primer aniversario y lo ilusionada que había estado organizando una velada sorpresa. Había ido a clases de cocina italiana y estaba deseando mostrarle no solo lo bien que le había ido, sino lo mucho que lo amaba. Lo había hecho por él, para hacer algo especial, un regalo original y diferente a lo que todos los enamorados recurrían en esos días especiales.

Había sido un completo fracaso.

—Ese Carter es un auténtico idiota —espetó, dividiéndola en porciones y sirviéndola en sendos platos—. Toma, come. Estás muy flaca.

—Lo siento —se disculpó—. Intentaré engordar.

Había resignación en su tono, nunca era lo que debía ser. No podía hacer lo correcto, por más que se esforzara en hacerlo.

Roderick la observó como si no la comprendiera.

—¿Acabas de disculparte?

—Lo siento, no pretendía incomodarte.

—Sigues haciéndolo —reiteró él—. No tienes que darme explicaciones de ningún tipo, Sam. Ni a mí ni a nadie.

—Lo siento. Supongo que es costumbre.

—¡Deja de disculparte, maldita sea! Y come.

Tuvo que tragarse las lágrimas. Rod no estaba siendo hiriente a propósito, lo sabía, su voz no era maliciosa ni su postura agresiva, aún así era muy difícil abandonar viejos hábitos.

Decidió que era mejor no pronunciar palabra.

—¿Cuál es tu pizza favorita? —gruñó el hombre, como si en realidad no le interesara la respuesta a la pregunta. Como si estuviera batallando consigo mismo, intentando no ser amable, pero tampoco deseando ser antipático.

—Probablemente no me creerías, si te lo dijera.

—Prueba.

—Me gusta la pizza con piña —se encogió de hombros, sintiendo un dolor intenso atravesándole el costado y en acto reflejo se llevó la mano a la zona herida.

No debería haberlo hecho, porque la mirada de su acompañante se cerró aún más sobre ella.

—¿Intentas complacerme, Sam?

—No necesito hacerlo, no somos amigos.

Quizá sonó con un poquito de irritación, pero estaba dolorida, se había esforzado mucho para preparar un almuerzo decente y él aunque no estaba siendo agresivo con ella, sí un poco déspota y

distante. Le dejaba claro que preferiría estar en cualquier otro lugar que allí y eso dolía. Dolía mucho.

Por una vez le gustaría ser alguien con quien otras personas desearan estar. No hablaba de una gran historia de amor, solo un amigo al que no solo no le importara perder quince minutos de su día a su lado, sino que estuviera esperando con ansia que esa pequeña porción de tiempo, llegara. Rio sin humor, no pudo contenerlo, porque eso jamás sucedería.

—Esto ha sido una mala idea desde el principio —dijo sin mirarlo, armándose de valor—. No deberíamos estar aquí juntos. Tienes mejores cosas que hacer y no quiero interrumpirte.

Se levantó dispuesta a marcharse, Rod aferró su muñeca y la detuvo. No le hizo daño, en realidad fue bastante suave, pero sí desató un viejo recuerdo que lo hizo mirarlo con absurdo temor: «Te irás de aquí cuando yo diga y ni un minuto antes. Siéntate y cierra la boca, estúpida, vas a conseguir que tenga que darte una paliza. Me obligas a castigarte, Samy, y sabes lo mucho que odio hacerlo». Aquella vez había utilizado la hebilla de su cinturón y aún tenía marcas en la espalda de su cariño.

Tiró de su mano y Rod la dejó ir. Jadeaba, completamente aterrada por el recuerdo y miró a los lados, para asegurarse de que Carter no estaba allí. Se sentó y se dejó caer abatida, ocultando la cara entre sus brazos y no pudo evitarlo más, ni aguantarse, empezó a llorar.

—Ojalá no hubiera sobrevivido la última vez. Estoy tan cansada... —No lo dijo para Rod, en realidad solo lo dijo para sí misma. No se trataba de él, se trataba solo de su propio dolor y si eso la convertía en una mujer egoísta, que así fuera.

Sintió la enorme mano sobre su espalda y la calidez de su cuerpo acercándose a ella. Se había sentado a su lado, podía ver las robustas piernas desde la posición en la que estaba, no quería mirarlo, no quería que nadie la viera así.

—No digas eso.

—No sé qué ha pasado entre ayer y hoy, Roderick, pero lo siento. No quería enfadarte, sea lo que sea que haya hecho. Intentaré no volver a cruzarme en tu camino. Me marcharé del club, será lo mejor, así no tendrás ni que verme y se acabarán tus obligaciones conmigo. Nunca debí ir allí en primer lugar, esa es la verdad.

Rod la sostuvo con firmeza, la levantó con apabullante facilidad y la sentó en su regazo como si fuera una niña pequeña que necesitaba consuelo. Se quedó helada, sin saber qué hacer, más rígida que una tabla.

—Se supone que debes rodear mi cuello con tus brazos y utilizar mi pecho o mi hombro, lo que prefieras, como paño de lágrimas.

—No somos amigos —le recordó ella.

—Por mi propia estupidez y el que lo siento soy yo. En mi favor solo puedo argumentar que estoy pasando por un momento extraño.

—¿Carter te ha llamado? —preguntó, mirándolo ahora sí. No le importaba estar fea, porque era su estado habitual, ni con los ojos y la nariz rojos e hinchados. No pretendía convertirse en las fantasías de aquel hombre, porque eso era algo que jamás sucedería. Roderick Hudson era un diez en la escala de cualquier mujer y ella ni siquiera estaría presente en la de cualquier hombre.

—No, he visto algunos videos —reconoció, en cambio.

Y Samantha lo entendió todo.

—¿Ves lo que hace? —negó y trató de levantarse de sus piernas, Roderick no se lo permitió—. Lo creíste, lo veo en tus ojos. Cualquier cosa que haya dicho, solo porque lo dice él, es cierto. No importan las pruebas —levantó sus brazos para que pudiera ver los vendajes. Se levantó la camiseta para mostrar las terribles marcas de su vientre y las amoratadas costillas, así como al menos una decena de viejas cicatrices y eso por no hablar de su espalda—. ¿Qué argumenta? ¿Me lo hice sola porque quiero hacerle daño o solo soy tremendamente torpe y estúpida? Me ha dado tantos argumentos desde que empezó a pegarme que hasta yo me los he creído, pero ya no.

Ahora sí se levantó y avanzó en dirección al lago, justo después de volver a poner la camiseta en su lugar. Necesitaba respirar y luchar con sus propios demonios y eso iba a tener que hacerlo sola.

—Sam, espera —pidió Rod apresurándose a ir tras ella. El picnic olvidado sobre la mesa.

—Ya han pasado tus quince minutos, vuelve al club. Vuelve a tu vida y olvídate de mí. Puedo cuidar de mí misma.

Y si no podía hacerlo, tampoco importaba. Al final, ese malnacido iba a encontrar la manera de acabar con ella, estaba prácticamente segura al cien por cien de que así sería y, cuantas menos personas estuvieran involucradas en el asunto, mucho mejor.

—No voy a dejarte sola, te escoltaré al club —esgrimió, usando una baza que pensaba que no rechazaría, pero se había terminado vivir condicionada por los demás. Sin importar qué sucediera, era hora de que empezara a vivir por sí misma, sin importar a qué lugar la llevaran sus decisiones.

—Volveré después, necesito unos minutos a solas.

—La pizza está deliciosa, Sam —dijo Rod ofreciéndole aún su mano. Podría cogerla y dejar que otros lucharan sus batallas por ella, pero no le había traído buenos resultados en el pasado. Ahora era el momento de ser valiente.

—Me alegra mucho que te haya gustado.

Se dio media vuelta y se alejó por el sendero en soledad. Necesitaba reevaluar su posición, el rumbo que iba a tomar su vida. Tenía que encontrar algún tipo de luz en su futuro, porque de no hacerlo, no tenía sentido seguir respirando.

Y quería tantas cosas que no estaba dispuesta a rendirse sin luchar.

Rod sabía que había metido la pata hasta el fondo y no había tenido que ver con Sam, sino más bien con su propia estupidez.

Había debatido consigo mismo sobre salir o no hacerlo, dejarla plantada y no volver a cruzar ese puente. Podría haber hablado con Damien o con Miles, incluso con Stephen y ellos la habrían escoltado. Hasta Mallory podría acompañarla a dar un breve paseo por los alrededores, pero finalmente no había querido hacerlo. Era su deber y su obligación y estaba dispuesto a cumplir con su palabra hasta las últimas consecuencias.

Pero lo había hecho mal. Se había comportado como un cabrón sin escrúpulos. No había sido el Roderick que conocía el mundo, sino un tipo taimado y desagradable que se había portado como un sinvergüenza déspota y distante. Frío y con cierta dosis de maldad que odiaba en sí mismo.

No soportaba que le tuviera miedo y lo había visto en su cara, en su postura, en su mirada. Se había disculpado tantas veces que no había podido ocultar su temperamento, lo que había provocado que se encogiera, como si estuviera esperando a que la matara a golpes.

Recordó el video que le había mostrado Damien y cómo había dudado al escuchar a Carter hablar sobre lo que ella había hecho. Sobre sus intenciones.

Casi se había dejado convencer y en ese «casi» era donde se encontraba todo el significado.

Había observado de cerca las reacciones de Samantha y no podían ser fingidas, de hecho no lo eran. Había batallado contra el miedo y el dolor, contra la angustia y al final, cuando había descubierto que Rod había prestado atención a las palabras de su ex, se había desmoronado. Casi como si hubiera tirado la toalla y se hubiera rendido completamente.

Entonces, allí frente a él, había tomado una decisión y se había levantado, poniendo espacio entre los dos. La había echado de su lado, expulsado lejos de la seguridad de su compañía, solo por pura cabezonería y, sobre todo, por la rabia que sentía hacia Kat.

Y sí, estaba muy enfadado con la otra mujer. Sam solo había sido el chivo expiatorio.

Y no se lo merecía. Ya había sufrido bastante.

Recogió todo lo que había sacado y lamentó no seguir disfrutando de aquel manjar. La apariencia no era perfecta, pero estaba deliciosa y lo cierto era que le sorprendía que lo hubiera intentado, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba su pobre cuerpo.

Había sido un idiota de lo más egoísta.

Se aventuró, con cesta incluida, por el lugar en el que había desaparecido la mujer y siguió el sendero buscándola. No tardó mucho en verla, estaba sentada contra el tronco de un árbol, recostada con los ojos cerrados y un gesto triste y resignado en la cara.

—Siento haberme comportado como un capullo —se disculpó Rod, deseando sentarse a su lado y tratar de arreglar aquel lío.

Samantha abrió los ojos lentamente y lo miró.

—No necesitas hacer esto. Ya te lo he dicho. Estaré bien.

—No pareces estar bien. ¿Puedo sentarme?

Sam se encogió de hombros otra vez y, de nuevo, el gesto de su cara se torció en una mueca de dolor.

—Te duelen esas costillas, ¿verdad?

Un suspiro femenino llenó el espacio entre los dos.

—Si quieres que sea sincera, no sé qué me duele más. Puede que sí, las costillas, me duele respirar —volvió a cerrar los ojos y a apoyarse con suavidad en el tronco—, pero también la cabeza y los dedos, los brazos. Escoge un punto del cuerpo y estoy segura de que también me dolerá.

—He sido un gilipollas y lo lamento.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Soy yo, siempre tiendo a sacar la peor parte de las personas que me rodean.

Su voz estaba llena de certeza, como si creyera aquella idiotez.

—No eres responsable de la mala educación del resto del mundo.

—¿Entonces es eso, no? ¿Mala educación?

—Entre otras cosas —No dejó de mirarla, a pesar de que probablemente ni siquiera lo notaba. Todavía tenía marcas de los golpes, pero sobre todo, había una profunda tristeza grabada a fuego en cada rasgo de su rostro que le congeló el corazón—. ¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Unos dos años —contestó, dándole la información libremente, sin hacerle rogar. No era de ese tipo de personas.

Por lo poco que había podido observar, Sam parecía una mujer sincera y buena. Alguien que no tenía nada que perder, por lo que no perdía su tiempo tejiendo algún tipo de mentira.

—¿Cuándo empezó...?

—¿El maltrato o mi torpeza?

Rod apretó los dientes.

Sam no se inmutó. Hablaba tan desapasionadamente como si estuvieran hablando del tiempo.

—El maltrato —aclaró, decidiendo con su respuesta que creía en su versión.

No cambió ni la postura ni el gesto de su interlocutora.

—Lo cierto es que creo que empezó el primer día de nuestra relación —comentó con sinceridad. Lo miró entonces y asintió—. Cosas pequeñas, ¿sabes? Sugerencias absurdas sobre qué debía tomar cuando salíamos a pasear, qué no debía ponerme, con quién debería dejar de relacionarme porque no era bueno para mí o para nuestra emergente relación. —Suspiró como si estuviera rememorando aquellos días—. Me encantaba que me prestara atención y que fuera posesivo, porque eso dejaba claro que me quería. Le importaba quiénes eran mis amigos, porque se preocupaba por mí y me ayudaba a librarme de las personas tóxicas de mi vida —se burló de lo

ingenua que había sido, estaba completamente seguro. Se reía de aquella chica que había amado a un monstruo, porque no podía llamarse de otro modo y Rod se odió a sí mismo por haber creído, aunque hubiera sido por un instante, que Sam mentía—. Entonces hubo gestos sutiles, que podían ser confundidos con muestras de cariño. Por ejemplo, cuando me agarraba la mano mientras paseábamos y apretaba un poco más de la cuenta, hasta que me hacía daño. Era una actividad que anhelaba y temía a partes iguales, porque era tan bueno sentirse querida y, a la vez, tan doloroso... —Lo siento mucho, Sam. Nadie tendría que pasar por algo así.

—La única culpable de lo que me ha pasado soy yo —decretó con decisión—. No te lamente por la pobre chica ingenua que creyó que por fin había encontrado a alguien a quién amar, porque ese deseo profundo de querer pertenecer a algún lugar y tener una familia, se convirtieron en mi propia pesadilla. Una que mucha gente cree es producto de mi imaginación o que quizá confunden con una mentira basada en mis aspiraciones de ascender socialmente y convertirme en una mujer rica —se burló de la idea—. ¿Sabes cuál es mi auténtico sueño, desconocido Rod? —inquirió, aunque sabía que ni siquiera estaba hablando con él, sino consigo misma—. Poder ser libre y sentirme a salvo.

Roderick se quedó mudo por la impresión. Su forma de hablar, su postura, todo en ella gritaba que estaba tan herida que nunca jamás podría reponerse. Había sido un egocéntrico estúpido, creyendo que lo que él estaba pasando era un infierno, porque en comparación con la experiencia de la mujer que estaba sentada frente a él, su ruptura con Kat era un juego de niños.

—No dejaremos que te suceda nada, confía en mí.

Samantha suspiró, miró hacia el horizonte y habló con tanta resignación que su corazón se rompió por ella.

—Estoy muerta. Solo es cuestión de tiempo. Carter no va a detenerse hasta que suceda y estoy siendo solo una estúpida alargándolo. Debería enfrentarlo y dejarlo terminar el trabajo de una vez por todas, así el dolor se desvanecería.

Roderick dejó caer la cesta, que rodó por el césped. No le importó. La tomó en sus brazos y la miró a los ojos con intensidad.

—No mientras yo viva, Samantha.

Y lo dijo convencido y determinado. No le importaba que fuera una virtual desconocida, que estuviera ocupando territorio prohibido o que estuviera acercándose a él tan rápido como Kat lo había hecho.

Gabe le había entregado una misión: cuidarla.

No tenía planeado fracasar.

CAPÍTULO 4

Damien estaba en la sala de máquinas revisando algunas cifras. Las cosas habían mejorado mucho en los últimos meses. Una vez resuelto el problema principal, que de alguna manera lo había terminado implicando directamente con su experiencia cercana a la muerte, la implementación de los nuevos espectáculos se había concretado en un incremento de los beneficios de un setenta por ciento, lo que les auguraba no solo buenas cifras, sino un futuro prometedor.

Sin embargo, la publicidad negativa que Carter Vaughn estaba haciendo no iba a ayudar a mantenerse en la línea. Sabía que no tenían ningún problema con su clientela, porque los conocían perfectamente y eran conscientes de lo que hacían. No obstante, sí podían empezar a encontrarse con trabas legales, tales como la inesperada visita de sanidad que habían recibido esa misma mañana.

Dio gracias en silencio a Gabriel por ser tan metódico y tan escrupuloso con todas las reglas, porque el inspector no pudo encontrar nada negativo que poner en su informe, es más, los felicitó por el buen trabajo.

Había sido solo una molestia, no una auténtica preocupación, pero lo que le producía un estallido de malhumor era el hecho de que estuviera mintiendo tan vilmente, todo para salirse con la suya. No se trataba solo de que quisiera librarse de los cargos, había una intención maliciosa allí. Pretendía destruirlos legalmente por atreverse a darle asilo a Samantha.

Odiaba a los matones, incluso a aquellos que no utilizaban sus puños e iban de frente. Le gustaría encontrarlo y decirle un par de cosas, pero Cam lo había convencido de que no era una buena idea. Perdería los nervios, le daría una paliza y al final quien acabaría pagando el plato roto sería el club y quizá también Sam.

Estaba furioso y le vendría bien retomar su vieja afición. Un par de asaltos en el ring deberían ser suficientes para mantener su ira bajo control. En vista de que el sexo no estaba logrando distraerlo.

—Papá —apeló Warren, asomándose por la puerta entreabierta—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Qué sucede?

Esperaba que no hubiera más problemas, porque no estaba seguro de poder lidiar con nada más. Aún así, se le revolvió el estómago y se preparó para lo peor.

—Quiero pedirte consejo.

No sabía qué era mejor, una catástrofe que resolver o prevenirlo sobre lo que podría pasar. ¿Desde cuándo Warren acudía a él para resolver un problema y no a Cam?

—Soy todo oídos.

—¿Te acuerdas de Julie? —preguntó con timidez. Estaba bailoteando, completamente nervioso, sin ser capaz de detener ese molesto movimiento un solo instante.

Intentó no fijarse en ello, para no desconcentrarse del motivo de la conversación.

—Sí. La chica que te gusta.

—Bueno, papá, he evolucionado. Ya no me gusta.

—¿De verdad? —inquirió arqueando una ceja.

—Estamos mejor como amigos, además, sus padres se han trasladado y se la han llevado a la otra punta del país. Seguimos en contacto por las redes sociales y por teléfono, pero no es lo mismo.

—No entiendo qué es lo que pretendes, hijo. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Quieres un billete de avión para ir a visitarla?

Estaba completamente perdido en esta conversación.

Warren se rio.

—Estás tan incómodo, papá. Puedes relajarte, de verdad. El consejo que necesito es sobre sexo y sabes todo sobre ese tema.

Entonces sí que se sorprendió. ¿Sexo? ¿A su edad? ¿Todavía tenía dudas?

—Mmm, supongo que podría explicarte los rudimentos...

—¡No es eso!

—¿Entonces...?

—¿Recuerdas lo que me dijiste? —preguntó azorado.

—¿Por qué no vas directamente al grano, Warren? Tu viejo padre tiene demasiados problemas en este momento como para ser inteligente. Créeme, estoy en modo hibernación y me está costando seguir tu ritmo.

—Julie y yo al final... ya sabes... antes de que se fuera. No sé por qué cambió de opinión, pero lo hizo y fue genial. Entonces me di cuenta de que estábamos mejor como amigos, los dos lo hicimos y fue un poco raro.

—¿Está embarazada? —Estaba en estado de shock, no podía ser que Warren hubiera cometido ese desliz, cuando se había atrevido a aconsejarle sobre la necesidad de «tomar precauciones» cuando lo había visto en plena faena en su mazmorra.

—¡Por supuesto que no! —Warren se rio, lo hizo el muy cabrón y casi tuvo ganas de zarandearlo. Sin embargo, era su hijo y lo quería, tuvo que recordárselo vehementemente para contener su propio temperamento.

—¿Entonces?

—Mira, si te parece bien, me gustaría colaborar contigo en uno de tus shows. En la mazmorra. Probar... a ver si me va, antes de tomar una decisión que me puede cambiar la vida para siempre.

—No puedes estar hablando en serio. Warren, necesitarías meses de instrucción antes de estar

listo para entrar en mi mazmorra. Podría invitarte, pero ¿sabes lo que implica? Eres demasiado joven.

—No me importa estar con más de una chica. No soy tan malo en el sexo, Julie y yo lo hicimos bastante bien, la verdad.

—No se trata de eso, Warren. La mazmorra no es... —¿Cómo podía explicárselo sin que sonara pervertido y oscuro?—. Hay gente que sufre miedo escénico o que se agobia. Se producen muchas situaciones, casi todas controladas, pero aún así, si no estás preparado para hacerlo con nuestras condiciones, puede ser traumático para los implicados.

—Dijiste que tenía madera de amo, como tú.

—Dije que podrías tenerla, pero lo descartaste casi sin pensarlo. ¿Acaso has cambiado de opinión?

No sabía qué había detrás de aquella oferta, pero estaba claro que había algo más profundo y más importante.

—Si no pruebo ahora, no lo haré nunca.

—¿Por qué tanta prisa de pronto? ¿Ha pasado algo que quieras contarme?

—Creo que siento algo por una chica —confesó—, pero no te va a gustar y dar ese paso significa olvidarme de todas las demás para siempre.

Damien lo miró, no le preocupaba que se enamorara o que pensara que una vez diera ese paso no podía retroceder, porque lo cierto era que todos los hombres del mundo habían pasado por algo similar alguna vez.

—Eso lo piensas ahora, dentro de unos años...

—Han pasado muchos años desde que mamá murió y no veo a otra mujer en tu vida o que lo hayas superado.

Aquello era un golpe bajo, pero lo cierto era que tenía razón. No debería estar dándole ese argumento, porque él mismo no lo había tenido en cuenta.

—Lo siento, no pretendía...

—No pasa nada, estás en lo cierto. No he superado la muerte de tu madre y, probablemente, nunca lo haré. Dudo mucho que pueda haber otra mujer en mi vida, hijo. Sin embargo, tú eres muy joven para pensar de esa manera. Julie parecía ser la única mujer para ti y ahora...

—Lo sé, papá, pero la situación es diferente. Mallory tiene un hijo, no es una chica para un rato.

—¿Mallory? —Si le hubiera dicho que iba a abandonar la música para dedicarse a tejer jerseys para gatos no se hubiera sentido tan descolocado como en este momento. Nunca había pensado que pudiera surgir algo entre esos dos. Parecían tan diferentes como el día y la noche, sin contar a Stephen.

—No me mires así. No lo puedo evitar. Es preciosa, divertida, cariñosa, confiable, leal...

Sí, el chico estaba enamorado. Maldito fuera, nunca debería haberlo llevado allí, porque por su culpa iba a tener que matar a Stephen y realmente amaba, en la manera en la que un amo lo hacía, a su más reciente mascota.

—¿Y qué planeas hacer con su hijo? —inquirió, más por curiosidad que por otra cosa.

—Quererlo, papá.

Qué respuesta tan sencilla y a la vez tan compleja. Warren no sabía lo que estaba diciendo.

—¿Y crees que si vienes a la mazmorra, Mallory tendrá más interés en ti?

—No. Mallory cree que soy demasiado joven para comprometerme, así que me ha hecho una propuesta, tengo que tener al menos tres relaciones antes de que piense en la posibilidad de que nosotros tengamos un romance. ¿Qué me aconsejarías mejor que una noche en la mazmorra? No sería tan difícil hacerlo con tres mujeres diferentes en ese entorno, ¿no crees?

Damien lo miró, preguntándose si su hijo estaba hablando en serio o solo pretendía tomarle el pelo.

—No se refería a eso, cuando te dijo lo de las relaciones.

—No soy idiota, papá. Lo que pasa es que Mallory cree que todavía me falta mucho mundo, cosa que no entiendo, porque sigo siendo mayor que ella.

—Y te gusta mucho, ¿verdad?

—Y me gusta muchísimo, creo que estoy enamorado —confesó—. ¿Podrías ayudarme a conseguirla, papá?

Damien resopló. Sabía que no estaba pidiéndole que hablara con la chica, sino que seguía concentrado en su plan inicial de participar con él en su show.

Puede que debiera dejarle ver qué pasaba exactamente allí, pero no desde la barrera, sino en primer plano.

—¿Sabes? Creo que podría hacer algo por ti, pero antes de que vengas a mi mazmorra, tendremos que dar unas cuantas lecciones.

—¿Tú y yo? —Parecía un poquito horrorizado, lo que le resultó más que divertido. Contuvo la risa y se mantuvo muy serio.

—Claro, es mi mazmorra, no permitiría que otro amo entrara en ella y menos para instruir a mi hijo.

Warren lo pensó durante un momento, vio la duda y el titubeo en su mirada, pero terminó asintiendo.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar para poder hacerlo?

—Empezaremos mañana, deja que llame a un par de clientas que van a estar más que encantadas de ayudarme con esto.

No sabía en qué acabaría todo aquello, pero antes de hacer nada más iba a hablar con Cam. Quizá quisiera aportar algún tipo de comentario o propuesta para mejorar su plan.

Dudaba que su hijo fuera capaz de llevarlo hasta el final, tendría que acabar dándose cuenta de que era demasiado pronto para pensar en una relación formal con una chica que tenía el rumbo más que marcado en su vida.

Pero no iba a ser él quién le llevara la contraria.

—Voy a contárselo a Mallory.

Y salió tan rápido que no tuvo tiempo de decirle que aquello era muy mala idea. Las mujeres no tendían a reaccionar bien a ese tipo de comentarios.

Warren MacPherson era un ingenuo y todavía le quedaban muchos palos que recibir en la vida.

¿Y quién mejor que su padre para ayudarle a encontrarse con el primero?

Samantha estaba sentada con Mallory y tenía a su bebé en brazos. Al principio había intentado rechazar su oferta para sostenerlo, escudándose en sus lesiones, pero su subconsciente no le permitió hacerlo. Lo acomodó en su regazo y el niño le dedicó una desdentada sonrisa que le robó el corazón.

—Está haciendo conquistas —dijo la emocionada madre—. Es muy simpático, nunca se asusta y le sonrío a todo el mundo.

—Es muy guapo y se porta estupendamente —estaba intentando alcanzar su nariz—. Tienes mucha suerte de tenerlo.

—¿A ti te gustaría tener hijos? —preguntó Mallory con inocencia.

Procuró no dejar que la pena que sentía se reflejara en su rostro. Durante un tiempo pensó en dar el paso con Carter, pero lo cierto era que su subconsciente se lo había impedido. Había estado tomando la píldora de forma minuciosa, completamente concentrada en no perderse ni una toma, quizá había sabido que dar el paso la pondría en un peligro mucho mayor y que tendría todo que perder, si eso sucedía.

Además, Carter había dejado más que claro que los niños no formaban parte de su futuro, al menos por el momento. Si hubiera habido un embarazo por sorpresa, estaba segura de que la habría hecho abortar a golpes o algo peor, con lo que ahora estaría arrastrando todavía más dolor.

Se alegraba muchísimo de no haber sido tan estúpida como para hacerlo, al menos había mantenido intacta una pequeña porción de su instinto de conservación.

Y en estos momentos...

Estaba más que claro que no iba a pasar, porque no iba a vivir el tiempo suficiente como para intentarlo. Y tampoco estaba dispuesta a comprometerse con un hombre otra vez.

—Sí, claro. Me habría gustado mucho.

—Podrías hacerlo todavía —la consoló la joven—. No eres nada mayor.

—No puedo. En este momento mi vida es caótica y no sería seguro... —sonrió y besó la frente del bebé con ternura—. Me alegro mucho por ti.

—Hola, Lory —saludó un chico al que no había visto antes. Era atractivo y se parecía mucho a Damien, el otro socio de Gabriel y Roderick. Puede que fuera su hermano pequeño o su hijo—. Ya he hablado con mi padre, va a instruirme.

El rostro de la chica mostró no solo estupefacción, sino también alivio, si era posible que esas dos emociones estuvieran al mismo tiempo reflejadas en una persona. Por su parte, Sam no tenía idea de qué estaban hablando exactamente, aunque sospechaba que no iba a gustarle demasiado estar al tanto de los detalles.

—Son grandes noticias, Warren. Me alegro por ti.

—Lo hago por nosotros —aseguró el chico.

La miraba como si la quisiera, como si estuviera enamorado y estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para tenerla.

Por el contrario, Mallory no parecía interesada en él. No en ese sentido.

—Recuerda lo que acordamos, ¿vale?

—Lo haré. Voy a hacer cualquier cosa para demostrarte que puedo ser bueno para ti y para Cole —hizo una carantoña al pequeño, que empezó a llorar como si lo estuvieran matando—. Nos llevaremos mejor con el tiempo —aseguró mientras Mallory lo tomaba entre sus brazos con paciencia y cariño. Lo consoló con cuidado y la miró diciéndole un montón de cosas sin emitir ni una sola palabra.

Lo cierto era que la pareja no podía ser más diferente. Warren era el típico chaval universitario. Muy joven, casi un adolescente, al que le faltaba crecer y madurar para poder tener una relación adulta. Mallory era lo contrario, su edad quedaba desmentida por la sabiduría que reflejaban sus ojos y las experiencias que le había tocado vivir.

Y también estaba Stephen, que en el momento en que Warren hizo acto de aparición, estuvo tras ella como un perro guardián. Protegiendo su honor o quizá tratando de evitar que se acercara demasiado o la hiciera sentir mal.

Samantha sintió celos, no debería haberlo hecho pero no podía evitarlo, ojalá alguien se preocupara por ella de esa manera. Al menos por una vez y no solo porque se sintieran mal por haber dicho algo mezquino, solo porque estaban rebotados con sus propios problemas, como había hecho Rod hacía tan solo unas horas.

—Creo que va siendo hora de que me vaya a descansar. Gracias por la charla —le dijo a la chica y sonrió a Stephen manteniendo las distancias.

—Sam, ¿conoces a Warren? Es hijo de Damien —dijo entonces Mallory, como si acabara de caer en la cuenta de que no los habían presentado.

Samantha se encogió apenas un poco, no quería que el otro chico centrara su atención en ella. No parecía violento, pero era alto, bastante grandote y era más que evidente que estaba en forma. Podría ser un peligro para su integridad.

Y ni siquiera alcanzaba a describir cuánto la desagradaba que su primer pensamiento fuera siempre ese. Valorar si le resultaría fácil matarla o no, solo si perdía los nervios.

—Adiós, Warren. Me alegro de conocerte. Tengo prisa.

Y salió a toda velocidad sin darle tiempo a responder nada o incluso a escuchar su nombre completo.

Como le había dicho a Rod, cuanto menos gente estuviera implicada con ella, mejor para todos.

Corrió escaleras arriba y cerró con firmeza la puerta. Corrió todos los cerrojos, se aseguró de que todo estaba en su sitio antes de quitarse los zapatos y dirigirse directamente a la ducha.

Necesitaba un descanso y lo necesitaba ya.

CAPÍTULO 5

El día al completo había sido una enorme mierda. La noche había mejorado solo sutilmente, pues había conseguido encontrar a un par de compañeras de cama que lo habían dejado completamente exhausto y saciado.

Estaba contento con la decisión que había tomado, porque esa noche lo había necesitado y la larga sequía que se había impuesto estaba a punto de llevarlo por el mal camino. Ahora, libre ya de la tensión provocada por la frustración sexual, podía comportarse como un hombre decente en lo que respectaba a Sam.

Se había confundido desde el minuto uno. La había culpado de algo de lo que era inocente; Kat no se fue por el hecho de que llegara, simplemente lo había abandonado como si nunca hubiera habido algo entre los dos. Algo intenso y complejo que él había tomado por amor.

Cerró los ojos y dio media vuelta en la cama, tratando de encontrar postura. Estaba completamente desnudo, no se había tomado ni diez minutos en ponerse un pantalón de pijama, tan solo quería dormir y apagar su mente durante algunas horas antes de mirarse al espejo y recriminarse los errores que había cometido esa mañana en el parque.

Cerró los ojos, procurando relajarse y fue entonces cuando Brenda entró en su cama.

No se suponía que estuviera allí. Sus amigos seguían de luna de miel y no entendía cómo podía haber llegado y por qué ni siquiera los había escuchado entrar. A no ser que esto fuera algún tipo de sueño.

—¿Qué...? —Antes de que pudiera prever sus intenciones, se acurrucó a su lado y lo abrazó, mirándolo con una sonrisa comprensiva y cariñosa en la penumbra.

—Todo va a estar bien —le aseguró.

—¿Quieres decir después de que tu marido me mate, por ponerle la mano encima a su mujer?

—No voy a matarte —espetó Gabe, levantando el nórdico—. Apártate, no me dejas espacio.

—¿Qué coño estás haciendo?

Desde luego esto era muy real, no estaba soñando.

—Dormir contigo —informó—. Muévete, vamos a tener que comprar una cama más grande, si seguimos haciendo esto.

—No vamos a hacer esto —replicó Rod—. Era cosa de una sola noche, ¿recuerdas?

—Esto no va sobre sexo —explicó Brenda y le dio un beso en la mejilla—. Cierra los ojos y descansa, vamos a quedarnos contigo, quieras o no, porque no estás solo.

Sabía qué era lo que estaban haciendo y el porqué de esta extraña conducta. Había estado comportándose como un auténtico idiota desde el abandono de Kat, porque lo cierto era que se había largado y lo había dejado atrás, como si no significara absolutamente nada para ella.

Y eso dolía y lo hería profundamente.

Esperaba que no fuera Damien el que hubiera orquestado su vuelta, porque no merecía semejante sacrificio.

—No tenéis que hacerlo. Estoy bien y, desde luego, no tendríais que haber acortado vuestra luna de miel.

—Apesta a alcohol, Rod. No estás bien.

Y eso que había terminado no hacía más de diez minutos de darse una larga y cálida ducha. No había sido tan reconfortante como le hubiera gustado, pero al menos se había limpiado los excesos de los encuentros sexuales de los que había disfrutado.

—No puedo hacer mucho por vosotros hoy. Estoy extenuado.

—No necesitamos tomar nada de ti —replicó Gabe casi enfadado—. Deja que te cuidemos.

—Gabe ha prometido mantener las manos quietas, aunque no es su estilo.

Ambos rieron como si fuera algún tipo de broma personal, aunque podía entender su significado perfectamente.

—En serio, hoy no estoy de humor para juegos.

Gabriel lo abrazó, también lo hizo Brenda lo que provocó que sintiera sobre su piel desnuda la fricción de la suave tela de felpa de sendos pijamas y no pudo contener una carcajada.

—Habláis completamente en serio, ¿verdad? ¿Desde cuándo utilizas pijama, Gabe?

—Cállate, me pica todo. Odio dormir con ropa, pero Bren piensa que no seré capaz de proteger tu virtud, si me quedo en pelotas.

—¡Gabe! —Lo regañó la mujer y le dio un pequeño golpe por encima de él. Más jugueteo que cualquier tipo de agresión real.

Levantó los brazos.

—¡Tiempo muerto! Esta es mi cama y quiero paz.

Sin embargo, se rio. No pudo evitarlo. Esto sí que era como estar en casa. No podía negar que los había echado muchísimo de menos.

—Ya no eres nada divertido —se quejó Gabriel apoyándose sobre un codo y mirándolo—. Siento haberme largado y haberte dejado solo con tus demonios y miserias. Deberíamos haber pospuesto nuestro viaje.

—No deberíais haber vuelto —lo contradijo él—. Puedo salir adelante por mis propios medios.

—Sí, claro —ironizó Brenda—. Bebiendo más de la cuenta y siendo un gruñón total. Damien nos ha contado cómo has estado actuando últimamente y nos hemos preocupado por ti.

—¿Cómo he estado actuando? —preguntó como si desconociera el tema. Era mejor disimular que abrir la boca y reconocer que estaba siendo un idiota tozudo que no era capaz de entrar en razón.

—Como un tipo medieval que ha perdido de vista sus prioridades —dijo Gabe, sin morderse la lengua—. Los tres sabemos que querías muchísimo a Kat, pero déjame iluminarte: no estás enamorado de ella.

—Yo discrepo —admitió Brenda al otro lado—. Creo que lo estás, pero no puedes hundirte en la miseria por el mero hecho de que haya decidido marcharse. No podemos mandar en el corazón de otras personas.

—Estoy empezando a comprender que tengo que seguir adelante —aceptó para los dos, sin entrar a valorar ninguna de sus opiniones. Al fin y al cabo sus sentimientos eran cosa suya y de nadie más.

—Te queremos y no vas a pasar solo por esto —reivindicó Brenda una vez más consiguiendo enternecer su corazón—. Tienes que sonreír y disfrutar como hacías antes de Kat.

—Y lo dice alguien que no me ha conocido durante tanto tiempo...

—Tiempo suficiente para identificar a un buen hombre que merece ser feliz.

—Ahora sí que voy a golpearlo, Rod. Deja de fascinar a mi esposa.

Los dos se miraron con una sonrisa de satisfacción ante aquel apelativo. Nunca había visto dos personas más felices de haberse echado el lazo mutuamente.

Hacían una pareja espectacular.

—Por favor, dejad de vomitar arco iris de colores en mi cama. No estoy de humor.

—Pues entonces cierra los ojos y duérmete —sugirió Gabe rascándose el pecho con desgana—. Brenda, ¿estás segura de que no puedo...?

—Nos conocemos, Gabe. Esto es por una buena causa.

—No haré nada delante de Rod —prometió.

Rod y Brenda se rieron al mismo tiempo.

—Como si no te conociera bien, tío —espetó Roderick con satisfacción—. ¿Por qué no os quedáis con la cama? Puedo dormir en el sofá.

—Ni hablar, vamos a dormir contigo y no se hable más —decretó la mujer.

—Supongo que tú y yo no tenemos ni voz ni voto en esta decisión —aportó Gabriel, acomodándose—. Ni con esta mierda de pijama, que me va a provocar un sarpullido.

—Deja de quejarte y duérmete, Gabe —indicó Brenda bostezando sonoramente—. Estoy agotada —se acurrucó más cerca de Rod y le dio un beso en el pecho, no necesitó mucho tiempo para quedarse dormida. Tan solo unos diez minutos de silencio.

—Ya está —susurró Gabe con alivio, lanzando su pijama tan lejos como le fue posible—. Esa mierda pica como el infierno.

—Brenda va a regañarte.

—Está fuera de combate —murmuró con una sonrisa en la voz—. Desde que estamos juntos, no le cuesta nada conciliar el sueño. Es lo mejor que me ha pasado en la vida y creo que, por

suerte, soy algo bueno para la suya también.

—No deberías haberla traído tan pronto. Os merecéis el descanso después de todo lo que habéis tenido que soportar los dos últimos años.

Y no mencionó el pasado de Gabe, que también había sido complicado. Él mismo había tenido que recomponerlo en más de una ocasión.

Su mano izquierda acariciaba casi sin darse cuenta la espalda de Brenda, mientras que intentaba discernir los rasgos de su amigo en la oscuridad.

—No podía dejarte aquí solo y Brenda tampoco. Sabemos que estás pasando por un mal momento. Además, acogimos aquí a Samantha y la hemos abandonado a su suerte...

—¿Te ha contado Damien lo ruin que he sido con ella?

—No has sido... —suspiró—. No debería haberte pedido que la cuidaras. Es mi responsabilidad, yo le ofrecí refugio y yo debo encargarme de su seguridad.

—Siempre has podido confiar en mí... hasta ahora —se lamentó Roderick—. He sido un auténtico capullo, más de lo que puedas imaginar. En vez de ayudarla para que se sienta integrada aquí, la he hecho sentir como una intrusa y una carga.

Suspiró apenado, estaba disgustado consigo mismo y con su egoísmo. No se merecía que su mejor amigo lo perdonara o volviera a confiar en él en cuanto a Sam se refería, pero iba a pedirselo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque sentía que estaba sustituyendo a Kat. Intentándolo... o yo que sé.

—¿Te sientes atraído por Samantha? —preguntó con sencillez su amigo.

Y Rod iba a responder con un rotundo «no» o quizá un «jamás en la vida», pero no pudo hacerlo.

—No sé qué me pasa con esa mujer, me irrita. La veo y me siento bipolar. Es como si el hombre que sabes que soy y ese ser despreciable que al parecer vive también en mi interior lucharan todo el tiempo y ganara una versión miserable que solo sirve para provocarle aún más dolor del que ya ha sufrido —confesó.

—¿Por qué, Rod? No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—¿Es porque vive en el antiguo apartamento de Kat?

—Es por todo —decidió—. Su manera de mirarme, como si esperara que fuera a golpearla si dice algo inoportuno. Cómo se disculpa casi cada tres palabras que pronuncia, el miedo que parece profesarme. ¿Cuándo le he inspirado miedo yo a alguien?

—Más veces de las que imaginas —respondió Gabriel en voz queda. No querían despertar a Brenda, por lo que sería mejor que dejaran esa conversación para otro momento.

—Duérmete, Gabe. No es el momento de encontrar soluciones.

—No tienes que relacionarte con Sam, ¿sabes? Deja que Damien y yo nos ocupemos de este asunto. Lou también está dispuesto, ha desarrollado un afecto especial por la chica. No quiero que sea otro peso en tus espaldas, Rod. Ya has sufrido suficiente.

—He sido un idiota y soy capaz de reconocerlo. No voy a alejarme de Sam, porque le he prometido que voy a protegerla hasta mi muerte y, como bien sabes, cumplo mis promesas a rajatabla. Puede que no tenga muchas virtudes, pero mi honor y mi palabra son algo que nunca jamás voy a poner en entredicho.

—Está bien, si estás seguro...

—Lo estoy.

—Entonces acepta un consejo de tu viejo amigo. Protege tu corazón, porque una vez que entre en tu alma, Samantha es de las que no la abandonan. Se va a quedar para siempre a tu lado y su ausencia no es algo a lo que un hombre pueda sobrevivir entero. Para muestra, Damien.

El hombre había perdido a su mujer hacía años y no había sido capaz de reponerse y encontrar una nueva pareja. El sexo acallaba sus recuerdos y le daba fuerzas y paz para continuar adelante, pero su corazón había quedado completamente sellado y destruido para sentir cualquier tipo de amor o compromiso romántico con cualquier otra.

—No soy Damien y Samantha no es Piper.

Gabe no le respondió, pero lo conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que no iba a cambiar de opinión.

Y lo peor era que su amigo casi nunca solía equivocarse cuando de identificar sentimientos se trataba. Era algún tipo de psicólogo del amor malditamente bueno, lo que no le auguraba nada bueno.

Primero, porque ya había entregado su corazón a Kat y no planeaba recuperarlo.

Segundo, porque Samantha estaba tan destruida que jamás permitiría a otro hombre conquistarla.

Y finalmente, porque ninguno de los dos tenía semejante interés en el otro, cuanto más hacer el esfuerzo de plantearse la posibilidad de un futuro juntos.

No, Gabe tenía que estar equivocado. La opción correcta solo lo llevaría por una senda de destrucción aún más peligrosa que la actual, porque en el fondo sabía que podía tener razón. Su nueva vecina no era de las mujeres que tocaban la vida de un hombre y la dejaban impune. No era una amante casual, era de las que tendían a quedarse para siempre en tu memoria.

Y no quería pasar por eso, con el dolor por la ausencia de Kat, tenía más que suficiente.

Gabe estaba sentado en el sofá del apartamento de Rod con Brenda en su regazo, mientras

esperaba a que su mejor amigo terminara de tomarse el café y se despertara lo suficiente como para ponerlos al día con todo lo que había sucedido en su ausencia.

No había sido larga, pero sí aprovechada. Su breve luna de miel había consistido en un viaje a París, un lugar con el que Brenda había fantaseado más de una vez, y el resultado había sido espectacular. Nunca pensó que podría gustarle tanto la ópera, pero había disfrutado a lo grande de una representación que iba a quedarse para siempre en su memoria y se lo debía a su mujer, que lo incitaba a abrir su mente a nuevas experiencias sensoriales.

Sonrió, formaban una pareja espectacular. Brenda no tenía miedo de decirle qué quería y de hacerle ver las cosas a su manera y tampoco temía someterse a su voluntad una vez traspasaban las puertas de su dormitorio, lo que hacía que su mente, su corazón y sí, ¿por qué no decirlo?, también su polla estuvieran completamente felices y satisfechos.

—Quita esa sonrisa de satisfacción de tu cara, Gabe. Todavía es muy pronto para ahogarme con tanta azúcar —espetó Rod frotándose los ojos.

Se había puesto unos vaqueros, pero llevaba el torso descubierto e iba descalzo. Se había quedado de pie, mientras se tomaba su rutinario café y estaba despeinado. Estaba seguro de que no había pegado ojo en toda la noche, aunque ignoraba por qué. Quizá por su inesperada invasión o quizá por algo que estaba dando vueltas en su cerebro, poniéndolo nervioso.

—¿No te ha sentado bien nuestra compañía? —La preocupación en el tono de Brenda era más que evidente. Gabriel la acarició con intención de tranquilizarla y miró a su amigo, esperando su respuesta.

—Me ha sentado estupendamente, Brenda. No te preocupes.

—Solo es su conciencia jodiendo sus «buenos días» —explicó Gabriel con seriedad.

—Pues lo cierto es que sí, no voy a negártelo. No estoy satisfecho con mis acciones de los últimos días. Tengo que hacer algo, pero ignoro qué.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Brenda.

—Anoche cuando te quedaste dormida, Rod me explicó que Sam y él no han empezado con muy buen pie.

—¿Estuvisteis hablando a mis espaldas?

—No, lo hicimos justo delante de ti y ni siquiera te enteraste —arguyó Gabe con diversión.

—Espero no haberme perdido nada interesante —se lamentó.

Rod se rio, no pudo evitarlo.

—Eso sería imposible, Gabe ha aprendido a mantener sus manos reservadas solo para ti, a pesar de que le cueste mucho mantenerlas quietas —expresó mirando con evidencia la caricia aparentemente disimulada que llevaba haciéndole un rato a Brenda. Estaba siendo discreto, después de todo; si Rod no lo hubiera señalado, solo él habría sido consciente de ello.

Le estropeaba toda la diversión.

—Me las vas a pagar por esto —le aseguró al otro hombre.

Brenda se levantó y se sentó en la otra punta del sofá, privándolo de su deliciosa compañía.

—¿Y cómo te has portado con Samantha? —inquirió volviendo al tema que les ocupaba.

—Mal, dejémoslo ahí.

—¿Ese gilipollas de su ex sigue amenazándola? —preguntó Gabriel.

Roderick asintió.

—Y ha empezado a desacreditar nuestro club, para intentar incidir más profundamente en los pecados de Sam.

—¿En serio? —inquirió Gabe arqueando una ceja, después miró a Brenda, comunicándose con ella sin palabras. Algo que habían hecho los dos hace tiempo y que, de vez en cuando, seguían compartiendo. Aunque no como antes.

—Voy a ponerme a trabajar en la campaña. Supongo que mis vacaciones se terminaron —lo besó en la mejilla y se preparó para marcharse. Gabriel no planeaba permitirle hacerlo tan deprisa.

La atrajo a sus brazos y la besó como le apetecía. Sobre todo teniendo en cuenta que no le había permitido ponerle la mano encima esa mañana y que estaba completamente frustrado.

Más tarde la buscaría y se tomaría la revancha, los dos eran conscientes de ello, ahora tenía que hablar con Rod y planear una nueva manera de afrontar aquello.

—No tienes remedio —lo regañó su mujer, aunque con infinita satisfacción.

—Ya me conoces, arco iris, no soporto estar lejos de ti.

Brenda también besó a Rod en la mejilla y el hombre se conformó con eso. Más le valía, lo que había recordado la noche anterior era totalmente cierto. Su juego de compartir se había terminado aquella noche, la única en la que se había permitido ceder parte de sus derechos a su mejor amigo, todo por una buena causa, mantener a su chica cuerda y lejos de sus demonios.

Sus pesadillas se habían moderado, quizá algún día conseguirían desvanecerlas por completo.

Roderick esperó a que Brenda saliera antes de advertirle:

—No te metas en lo que no te concierne.

—No sé de qué me estás hablando —disimuló, como si no estuviera a punto de darle consejos de amor.

—Me ocuparé de Samantha a mi manera, es asunto mío y es mejor que no te entrometas, porque solo podrías empeorar las cosas.

Gabriel no estaba de acuerdo con eso, había elegido muy bien a su pareja y podría enseñarle un par de cosas al tozudo Rod.

—Podrías intentar aprender de mi experiencia.

—¿Has hablado con Damien sobre los vídeos de desacreditación que Carter Vaughn ha estado emitiendo en sus redes sociales?

—Sí, también he contratado a un abogado que va a presentar una demanda por difamación.

Roderick se sorprendió. Hace tiempo habría consultado aquello con él, antes de dar el paso.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque ya tienes suficiente con todo lo que arrastras, además, decidimos que me ocuparía de los asuntos más aburridos del club, mientras te lo pasas estupendamente con tus habitaciones temáticas.

—Ya no soy lo que era, me estoy haciendo viejo.

—Vamos Rod, no es para tanto.

—Soy mayor que tú y se nota.

Gabriel se rio abiertamente.

—Damien es más viejo que tú y el tipo está en forma.

—Damien y yo somos muy diferentes —le recordó, después se sentó en un sillón frente a él y negó—: La marcha de Kat me ha pasado factura.

—Yo diría que los excesos con el alcohol, te han pasado factura.

—No me emborracho —le recordó.

—Lo sé, eso no impide que estés machacado. Sé lo mucho que odias beber y lo mucho que odias el descontrol, casi tanto como yo. ¿Qué te está pasando? Katharina nunca fue una opción a ama de casa y esposa, los dos lo sabemos.

—Me dolió su rechazo y su abandono. Me siento culpable de que se haya marchado. No responde a mis mensajes o llamadas, a no ser cuando le pregunto por Duncan y no quiere darme su nueva dirección. Creo que tiene miedo de que me presente allí y rete a duelo a su mafioso o algo así.

—Creo que lo único herido aquí ha sido tu ego y lo único que ha destrozado es tu fantasía de vida ideal. No era algo real, Rod. Te quiero, joder, y lo sabes. Te conozco desde hace mucho tiempo y quiero lo mejor para ti, pero Kat no es lo mejor. A la larga, estar con ella de esa manera, te habría destruido, porque no es una mujer de un solo hombre y tú necesitarías que lo fuera.

—No se puede decir que sea hombre de una sola mujer —arguyó, pretendía convencerlo de algo que no era posible.

Sí, tenía amantes. En ocasiones más de una al mismo tiempo. Disfrutaba de su buena dosis de perversión y le gustaba el sexo. No había nada malo en ello, eran hombres, al fin y al cabo y tenían la oportunidad de satisfacer todos sus deseos con personas dispuestas a compartir esos momentos con ellos.

Él se había retirado por Brenda y también por sí mismo. Aquella vida ya no era suficiente para él y, en el caso de Rod, empezaba a ver exactamente las mismas señales.

Estaba cansado de la superficialidad de las relaciones ocasionales y de aquel trabajo. Quería retomar la medicina, pero no estaba en el camino correcto para hacerlo.

O se recomponía de una vez por todas o perdería su oportunidad.

—Tienes que centrarte en el presente y dejar marchar el pasado.

—Tengo demasiados traumas en mi pasado como para olvidarlos de un plumazo.

—Perdiste a una paciente que llegó a ti sin posibilidades y conseguiste salvar al bebé, eso debería contar en tu marcador, Rod.

—Nunca podré perdonarme aquello.

—No, tienes que perdonarte. Lo que no harás será olvidarlo y está bien, pero tienes que intentar que deje de doler.

—Y no fue la única pérdida.

—No siempre podemos salvar a todo el mundo. Conseguiste hacer milagros con tu talento y la gente recuerda eso, las revistas de medicina que te entrevistaron lo pensaban. ¿Por qué no eres capaz de verlo desde el lado positivo y olvidar los fracasos? Todos hemos fracasado. Lo hice y tú me recogiste de mi mierda y me ayudaste a salir adelante y montar el Pleasure's. Mierda, este sitio ha sido mi hogar durante cinco años, mi refugio y sucedió gracias a ti. Soy un hombre entero gracias a ti y si tengo que ir por Kat y traerla para que vuelvas a sentirte bien contigo mismo y afrontar un futuro que realmente deseas, regresando a lo que de verdad anhelas en ese hospital, juro que lo haré.

—No puedes obligarla a amarme.

—No, pero puedo obligarte a afrontar la verdad. Rod, no la amas de esa manera. Todos la amamos como la extraordinaria persona que es, pero nunca va a ser algo más para cualquiera de nosotros que una querida amiga. Incluido tú.

Sabía que no podía convencerlo. No con palabras, pero cuando llegara el momento lo haría con hechos.

Por ahora, tenía que empujarlo en dirección a Sam. No era una celestina, no era psicólogo, pero algo en su corazón le decía que era el camino correcto para matar dos pájaros de un tiro.

Roderick no permitiría que le sucediera nada a Samantha, es más, cuando dejara a un lado su obsesión y empezara a comportarse como el hombre que era, la ayudaría a salir de su propia oscuridad.

Por su parte, Samantha estaba destruida, mucho más de lo que Kat había estado alguna vez y, tenía que admitirlo, Rod era un héroe en potencia. Sin capa y sin superpoderes, pero no podía resistirse a una misión de ese tipo. Una mujer en peligro que necesitaba a un hombre que velara por ella.

Sí, iba a llegar el momento en que podría ayudarles a encontrarse. Podían ser exactamente la pieza que encajara en la vida del otro, pero por ahora iba a tener que actuar como si eso fuera la último que esperaba.

—¿Puedes hacerme un favor, Rod?

Lo miró de forma instantánea. Estaba un poco enfadado por lo que le había dicho, lo conocía lo suficiente como para saberlo, pero también tenía la certeza de que haría cualquier cosa por él.

—Lo que necesites.

—¿Puedes llevar a Bren y a Sam de compras? Brenda quiere acompañarla para que compre algunas cosas nuevas, está utilizando ropa prestada de otras mujeres y mi esposa cree que todas las chicas necesitan su propio armario.

—Eso suele gustarles, supongo.

—Cree que la ayudará a mejorar su autoestima y Damien me ha pedido ayuda con algo... — Lo miró—. Va a instruir a Warren —explicó, no quería ocultarle nada, nunca lo había hecho y no iba a empezar ahora—. Creo que se equivoca, pero me ha pedido ayuda...

—¿Qué piensa Brenda al respecto?

Gabriel puso sus ojos en blanco.

—No va a ser ese tipo de instrucción, Rod. Brenda y yo lo hemos hablado, está de acuerdo en que alguien tiene que meter un poco de sentido común en esos dos.

—Podría ayudaros con el chaval —aportó.

—Sí, lo sé. Lo cierto es que vas a tener que ayudarnos con él, pero antes me gustaría hacer una valoración general de la situación. Ver no solo si tiene lo necesario para dar ese paso, sino también si desea de verdad darlo o lo hace por los motivos equivocados.

—No recuerdo que nadie nos preguntara en nuestros tiempos.

—Quizá ese fue el primer error.

Ambos sabían que el entorno era diferente y que si había algún lugar bueno para acercarse a este complejo mundo, ese lugar era el Pleasure's. Quizá estaba llegando el momento de instruir a una nueva generación y dar un paso a un lado de forma definitiva.

—¿Lou no ha querido escuchar a las mujeres?

—Ni siquiera me he atrevido a pedirselo —confesó—. ¿Has visto el tamaño de Lou y sus puños?

Rod se rio, no pudo evitarlo.

—Está bien, supongo que he sacado la pajita más corta.

Gabe se rio.

—No te quejes, vas a estar acompañado de dos mujeres preciosas. ¿Qué más quieres?

—¿No tener que ir de tiendas, arrastrando bolsas, mientras me vuelven completamente loco con sus grititos de felicidad? Odio los centros comerciales.

Gabriel le dedicó una sonrisa brillante, él también los odiaba.

—Mala suerte, viejo.

—Esta pienso cobrármela —le advirtió, pero lo hizo con resignación. Al fin y al cabo, sabía que Roderick siempre estaba dispuesto a echarle una mano.

—¿Ya has hablado con la doctora Montgomery? —preguntó, cambiando completamente de tema. Necesitaba saber que estaba haciendo algo por él mismo.

—Lo he hecho, lo que me recuerda que tengo una propuesta para Samantha.

—¿Deshonesta? —inquirió con diversión.

—De trabajo —lo contradijo muy serio.

—Pensé que ibas a contratarla como ayudante personal.

—Hay una vacante en pediatría. No es tan bueno como trabajar en una consulta, porque el ala infantil en el hospital suele ser bastante dura, pero podría ser una buena opción.

—¿Mejor que estar cerca de ti?

—Cualquier cosa será mejor que estar cerca de mí en estos momentos —aceptó—. De todos modos, creo que lo preferirá. Acordé con ellos una prórroga, hasta que le den el alta médica y lo cierto es que con su currículum, ni siquiera he tenido que sacar la artillería pesada. La jefa de enfermeras de la zona la conocía y ha estado más que dispuesta a contratarla.

—¿Tan buena es? —preguntó con sorpresa.

—Creo que hay gente ahí fuera que realmente lo cree.

—Excepto el malnacido que la golpeó.

—Sí, excepto él —se lamentó—. No estoy seguro de que esa publicidad no afecte a este trabajo, pero por intentarlo...

—Encontraremos la manera de ayudarla, sea como sea.

Se levantó y se despidió con la mano:

—Voy a reunirme con mis polluelos. No pueden vivir sin mí ni una semana, ¿te has dado cuenta?

Roderick tan solo se rio.

Y cuando cerró la puerta tras él, se preguntó si algún día podría ver a su amigo completamente feliz y sano.

Físicamente estaba más que bien. Hacía ejercicio y comía de forma saludable. No tenía ningún tipo de enfermedad fatal y gozaba, habitualmente, de buen humor, pero su cabeza todavía seguía estando llena de oscuridad y dolor. Había luchado a su lado muchos años para ayudarlo y, en cierta manera, lo había hecho, pero todavía tenían que sanar viejas cicatrices y estaba convencido de que la única persona que podía ayudarlo era alguien con más dolor y más oscuridad que él.

Alguien que lo necesitara, como una vez lo hizo Kat. Alguien que lo deseara a él y a nadie más sobre la tierra. Alguien que lo amara de una manera en la que no importara otra cosa que su bienestar.

Y estaba convencido, a pesar de que no conociera a la mujer a fondo, de que la única capaz de conseguirlo podía ser Samantha Jefferson.

Su necesidad y la de Roderick encajaban, ahora solo tenían que ser capaces de verlo.

CAPÍTULO 6

Brenda había insistido tanto en ir de compras que no había podido negarse. No le apetecía especialmente. No era fanática de ir de tiendas, solía cansarse pronto y aburrirse. Iba directa al grano: vaqueros, camisetas básicas, ropa interior de algodón y zapatos cómodos. No necesitaba demasiado tiempo ni demasiadas visitas a diferentes establecimientos para conseguirlo.

Aunque tenía que admitir que le apetecía comprar algo que le perteneciera. Agradecía la ayuda que le habían ofrecido, pero estaría bien llevar su propia ropa interior para variar.

Suspiró, tampoco tenía demasiado dinero en su cuenta. Por suerte, no había sido tan estúpida como para confiar sus finanzas a Carter, pero tampoco había ganado tanto como para mantener el nivel de vida que llevaban, costeadando el cincuenta por ciento de todo lo que consumían.

—Por mí, podemos ir a un supermercado. Compraré unas cuantas cosas rápido y volvemos — le aseguró a su acompañante mientras bajaban en el ascensor.

—Quiero llevarte a un lugar especial. Tasha es una buena amiga mía, diseña ropa interior y es una pasada. Nos hará buen precio. Confía en mí, vas a querer llevarlo siempre. No encontrarás nada más bonito y cómodo en un supermercado ni en ninguna otra tienda de marca. Garantizado.

—¿Ropa interior? Me vale con lo más básico. Cómodo y económico. No tengo muchos ahorros...

—No te preocupes por el dinero, tengo más que de sobra para comprar ropa para un regimiento.

Pero Sam no quería que otros pagaran por ella, la hacía sentir vulnerable.

—No, Brenda. Por favor, necesito sentir que puedo ocuparme de mí misma. Es importante para mí.

—No te preocupes, no te obligaré a nada. Mirar es gratis —le recordó.

—Vale.

Salieron del ascensor y ahí estaba él. Roderick, su vecino, el hombre más guapo que había visto nunca. Parecía más relajado y en su rostro había una sonrisa que parecía sincera mientras hablaba con Mallory y jugaba con el bebé que tenía en brazos.

Se quedó completamente quieta mirándolo. No le importaba el color de su pelo o sus ojos, no le importaba su estatura o su musculatura. Ni siquiera ese sexy trasero enfundado en unos interesantes vaqueros o ese aspecto casual y a la vez moderno y serio, lo único que vio de él fue la manera en la que sostenía al bebé, con infinito amor y cuidado. Una ternura que jamás había imaginado que vería en un ser del sexo opuesto. Había tantas emociones allí, tanta verdad en aquel hombre que tuvo que recordarse que debía seguir respirando.

Su corazón se paralizó y su estúpida cabeza se llenó de viejas fantasías que aún anhelaban

hacerse realidad.

Roderick sería un gran padre algún día, con la mujer adecuada. Lástima que no podía ser ella.

Parpadeó, tratando de desterrar las lágrimas. No quería que nadie pensara que no estaba cómoda con él, porque podía haber sido un poco desagradable en los días pasados, pero no era una mala persona y solo porque consiguiera sacar el lado oscuro de los demás, no tenía por qué poner una marca en su dirección delante de sus amigos. Todos allí lo querían y era por algo.

—Es guapísimo, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Sin embargo, la belleza de Rod no estaba en su aspecto, estaba en la manera en que trataba a los demás.

A cualquier persona excepto a ella. ¿Cuán maravilloso habría sido ser el objetivo de aquella delicadeza? Un sueño que jamás se haría realidad.

—¿Qué relación tiene con Mallory? —le preguntó a Brenda. Sabía que no podía escucharla, todavía no, así que aprovechó para indagar un poco más sobre él.

—Creo que la quiere como a algún tipo de hija adoptiva. Adora a Cole, pero está demasiado bueno para que lo llamen abuelo. ¿No crees?

Samantha estaba de acuerdo. Además no era tan mayor como para recibir aquel apelativo.

—Supongo que sí.

—¿Te gusta? —le preguntó directamente, sin andarse por las ramas.

—¿A quién no? Sin embargo, no es el momento adecuado y tampoco soy su tipo —se encogió de hombros con resignación. No necesitaba que nadie le explicara la situación de los hechos, los conocía perfectamente—. Ni siquiera está seguro de confiar en mi palabra. Carter es muy persuasivo.

—Rod no es de ese tipo de hombres y cuando se compromete con algo o con alguien lo lleva hasta el final.

—Dijo que no dejaría que me haga daño, pero... —No quería que nadie sufriera por su culpa y aquel guaperas menos que ningún otro—. Carter es un hombre peligroso y mezquino, no quiero que se quede atrapado en medio.

—No hace nada que no quiera hacer. Confía en mí, si te ha dicho que va a apoyarte, lo hará sin importar que estés o no de acuerdo. Es un caballero de brillante armadura —comentó la mujer con cariño. Era más que evidente que lo quería—. Ayudó a Gabe a ayudarme sin pedir nada a cambio.

—Sé que es una buena persona, pero no le caigo especialmente bien.

No se disculpó, porque no era algo que pudiera evitar. Le gustaría ser de esas personas cercanas a todo el mundo, que nada más que entraban en una habitación destacaban por encima del resto.

No era algo que pudiera fabricar, así que no iba a esforzarse por hacerlo.

—Ya estáis aquí —dijo Mallory con una sonrisa—. Rod dice que vais de compras. ¿Queréis compañía extra? Porque Cole y yo estamos más que dispuestos a dar una vuelta, se le ha quedado toda la ropa pequeña.

—Y eso que siempre te quejas de que no paramos de hacerle regalos... —comentó Rod sin soltar al bebé. Lo sostenía con experiencia y emoción. Sam sabía que, sin importar qué pensara sobre él o cómo pudieran llevarse, aquel hombre tenía un gran corazón. Los niños sentían esas cosas y Cole estaba más que feliz en sus brazos.

Le agarró con fuerza de la nariz, pero no se enfadó. Al contrario, le hizo una pedorreta en el cuello, consiguiendo que el chiquitín se riera feliz y exigiera más atenciones.

—Eso es porque me gusta elegir su ropa por mí misma —le recordó—. Casi nunca puedo hacerlo, porque con todo lo que le traéis me siento mal gastando más dinero de la cuenta sin necesidad.

Ninguno habló de las dificultades económicas por las que estaba pasando la chica, porque, al fin y al cabo, allí todos formaban parte de una gran familia.

Todos no, ella vivía aislada e incapaz de integrarse en este grupo. Esa era su tara, su defecto, sería imposible cambiarlo a estas alturas de la partida.

—Otro día —comentó Rod—. Sé que querrás estar presente en el club para cuando tu amigo Warren acabe tocado, después de lo que le tienen preparado Damien y Gabe.

—Creo que prefiero no preguntar —comentó la joven madre.

—No te preocupes —intervino Brenda tranquilizándola—. Gabe me ha dicho que va a ser algo sutil y que no va a presionarlo demasiado.

—Se ha vuelto loco y es por mi culpa. No sabía de qué manera explicarle que no voy a convertirme en su novia. Es un crío.

—Es mayor que tú —le recordó Roderick—. Los hombres odian que las mujeres digan que son críos, eso solo conseguirá que te desee más y que haga más tonterías para acercarse a ti.

—La verdad es que no me interesa ningún hombre. No voy a olvidarme del amor de mi vida y ahora menos que nunca, así que por favor dejemos el tema.

—Aún así vas a querer estar aquí para apoyarlo. ¿O me equivoco?

Por un momento el rostro de Mallory se llenó de dudas, pero tan rápido como aparecieron se desvanecieron con un suspiro.

—Ojalá lo hicieras —murmuró—, pero no. No quiero dejarlo solo. ¿Crees que va a darse cuenta de que el Pleasure's no es lugar para él?

—Creo que puede que todos estemos juzgándolo mal y que se parezca más a Damien de lo que pensamos —aportó Brenda, impidiéndole intervenir a Rod—. Es su hijo y los genes no perdonan.

—Dudo mucho que tenga madera de amo —expuso Roderick—. Ni siquiera yo que llevo años en todo esto, me siento del todo cómodo en la mazmorra.

Samantha escuchó el intercambio en silencio. No era nadie para intervenir. No solo no quería interrumpirlos, sino que tampoco entendía muy bien la dinámica de aquel lugar. Estaba lejos de su área de experiencia, por más que Carter dijera que aquel era su entorno habitual.

—¿Qué es una mazmorra? —preguntó en susurros a Brenda.

Rod la escuchó y la miró con intensidad, ante lo que se encogió como si la hubieran golpeado. No pudo evitarlo.

—Una mazmorra es un lugar en el que un grupo de personas tienen sexo sin fronteras —explicó Rod—. BDSM. Bondage. Dominación. Sumisión y Masoquismo —aclaró.

—¿Cómo *Cincuenta sombras de Grey*?

Rod puso los ojos en blanco y negó.

—No.

—Lo que Roderick quiere decir es que el *Pleasure's* es muy diferente. Es una especie de santuario para las personas que necesitan refugio. Ya sea como tú o Mallory, que necesitáis un lugar donde quedaros hasta que podáis encontrar vuestro camino por vuestros propios medios o un lugar para personas que disfrutan de una vida sexual un poco especial. Es un entorno seguro y controlado para todos. Gabe te habló de ello cuando llegaste, ¿recuerdas?

—Sí, pero no se me ocurrió preguntar por los detalles.

—Y te arrepientes de estar aquí, ¿verdad? —Roderick parecía molesto al respecto.

—Me alegro de haber encontrado a Brenda y Gabe y haber venido hasta aquí. Lou me salvó la vida y este lugar se ha convertido en mi refugio. No podría estar más agradecida, a pesar de que mi presencia a veces os perturbe. Lo siento mucho por eso, no es mi intención.

Roderick le entregó el bebé a su madre y sacó las llaves del coche del bolsillo.

—Vámonos, parece que va a llover y cuanto antes salgamos, antes estaremos de vuelta.

—Solo necesito ir a un supermercado —volvió a repetirle a Brenda—. No quiero ser una molestia.

—Ya he llamado a Tasha, va a estar esperándonos.

Y Sam sabía que sin importar qué dijera, aquella salida estaba más que organizada y no iba a poder librarse de toda esa tentación que iba a ser colocada frente a ella.

Pero al final la realidad era la que era y no podía quedarse a un lado, solo podía afrontar los hechos y tratar de sobrevivir mientras le quedaran fuerzas para hacerlo.

Casi a diario pensaba que había llegado a ese punto en el que no podría más, pero mirando a su alrededor, a la gente que le había tendido la mano y con mejor o peor humor trataban de ayudarla, y sabía que les debía al menos intentarlo.

Así que era lo que iba a hacer. Sonreír, reunir valor y llegar hasta el fondo de todo esto.

Y si al final tenía que sufrir un poquito más para hacer que sintieran que estaban cambiando su vida, merecería la pena.

Estaba en deuda con ellos y lo estaría eternamente.

Roderick estaba harto de seguir a las dos mujeres. Lo cierto era que ninguno de los tres parecía estar disfrutando con la salida. Brenda se esforzaba al máximo por animar a Sam, mientras que esta se conformaba con mirar alrededor y valorar cada una de las posibles amenazas. Algo que, por otra parte, ya estaba haciendo él. ¿O si no, para qué había ido? Estaba un poco molesto por la falta de confianza y también por la situación: por un lado, no le apetecía estar allí y, por otro, quería zarandear a Samantha hasta hacerla entrar en razón. Ayudarla a darse cuenta de que no todo el mundo era su enemigo. Algo que estaba completamente fuera de su alcance.

—¿Todavía queda mucho? —gruñó con fastidio—. Ha empezado a llover.

—Aquí no vas a mojarte —se burló Brenda, aunque había un regaño en su mirada—. Las chicas necesitamos ropa bonita.

—¿A cuántas tiendas es necesario ir para comprar unas bragas? —inquirió malhumorado.

—Tiene delito que seas precisamente tú quién diga eso. No me digas que no eres capaz de valorar un buen encaje o seda o...

—A mí me vale con algo más básico como el algodón —la interrumpió Sam, tratando de mediar entre los dos.

Estaba un poco alterada, ¿era posible que tuviera miedo de que intentara golpear a Brenda? Jamás lo haría. Primero, porque nunca había sido un maltratador y jamás agrediría de esa manera a una persona y, menos que a nadie, a Brenda. La quería y la respetaba como pareja de Gabe y como amiga.

—Eres muy graciosa, Sam —dijo Brenda con una sonrisa—, pero las dos sabemos que a toda mujer le gusta sentirse sexy.

—No soy sexy —respondió la aludida—. Más bien lo opuesto.

Rod habría estado de acuerdo con ella en cualquier momento, pero su sincera aceptación le hizo fruncir el ceño.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó molesto.

—Lo sé. No necesito que nadie me lo diga.

Brenda lo miró con diversión. Sabía exactamente en qué estaba pensando y se equivocaba. No había ningún interés por su parte en la chica, no iba a surgir nada entre Samantha Jefferson y él. Jamás sucedería.

—Está bien —claudicó—. Una más y nos vamos.

—Me vale con el supermercado, por favor. —Había un tono de súplica en su voz y su pose

estaba igualmente marcada por la emoción, lo que logró provocarlo un poco más.

—Solo un intento más. Si no te gusta lo que Tasha te ofrezca, iremos al supermercado — advirtió a Brenda, sin dirigirse a Samantha, ni tener en cuenta su petición.

—Pero yo... —intentó intervenir la mujer.

—Iremos igualmente —le prometió Brenda—; pero antes dale una oportunidad a mi amiga. Te prometo que no te arrepentirás. Nunca habrás llevado nada tan cómodo.

—¿Después podemos ir a la sección de lencería del...?

—Sí —la cortó—. Después lo haremos.

Rod vio su intención. Sabía que guardaría silencio y se dejaría arrastrar para complacer a Brenda, pero no planeaba darle una auténtica oportunidad a nada de aquello, así que supo que tenía que tomar cartas en el asunto, si pretendía que la tortura terminara más pronto que tarde.

Tomó una decisión instantánea.

—Voy a compraros un conjunto de ropa interior a cada una. Yo mismo los elegiré, si me obligáis.

Sam tenía toda la pinta de querer discutir, pero no lo hizo. Bajó la mirada y entró tras la otra, que había esbozado una enorme sonrisa.

—No pienses que vas a poder resarcirte de tu promesa.

—No planeaba hacerlo.

La propietaria estaba atendiendo una llamada, mientras algunas clientas observaban la nueva colección de saltos de cama. Tuvo que admitir que se le fue la mirada hacia un camisón verde esmeralda bastante discreto y elegante con una bata a juego. Recordó la ropa de segunda mano que solía utilizar Sam y por algún extraño motivo pensó que la prenda había sido creada pensando en ella.

No prestó atención a la conversación de las mujeres ni se preguntó los motivos que lo llevaron a avanzar en dirección del perchero para poder observarlo más de cerca. Sus dedos rozaron la suave tela, cogió la percha y la llevó hasta el mostrador, donde esperó paciente a que su creadora, dejara a ambas mujeres en el probador.

—Dame una talla adecuada para Samantha —solicitó.

Tasha, una belleza rubia y de ojos azules, casi una barbie, de esas mujeres que solían quitarle el aliento a la mayor parte de los hombres, sonrió y coqueteó descaradamente con él.

Incluso posó una mano en su pecho con descaro.

No debería haberle importado, muchas eran las damas que se atrevían a propasarse con él, pero eso era dentro del club. Ahora no estaba trabajando y no tenía por qué ser amable con nadie, ni siquiera con las amigas de Brenda.

La apartó con suavidad y señaló una vez más sendas prendas.

—La talla.

—¡Qué suerte tiene esa chica! —suspiró con descaro—. ¿No hay nada más que pueda ponerte?

Era más que evidente que estaba ofreciendo a sí misma, pero lo cierto era que hoy no estaba necesitado de sexo. En otra ocasión, podría haber tomado en cuenta su oferta.

Se preguntó si Bren era consciente del carácter de su amiga, supuso que sí, si eran tan amigas como había pretendido hacerles creer.

—No necesito nada más que esto. Además, dudo que tengas algo que pueda servirme.

No le apetecía ser ofensivo, pero tampoco quería darle alas.

Ella rio abiertamente.

—No tendré nada que puedas ponerte, pero sí algo que tu novia pueda ponerse para ti —añadió, tomando la prenda—. No hay tallas en este modelo, pero debe servirle. Por lo que he visto ahí atrás, no va a tener problema para llevar esto.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Me da pena esa chica —añadió mientras empezaba a empaquetar las prendas—. Parece un poco asustada la pobre. Ni siquiera me ha dejado que la ayude a cambiarse, teniendo un brazo roto y la otra mano en esas condiciones...

—¿Necesita ayuda? —inquirió mirando hacia la cortina que separaba la tienda de la zona trasera en la que se encontraba el probador.

—¿Te estás ofreciendo? —preguntó la mayor con diversión—. Somos una tienda seria y hay más clientas. No podéis acaparar mi probador.

Entonces supo que tenía que aclarar la situación.

—Samantha no es mi novia —lo dijo con convicción, porque no había una verdad más rotunda que esa, pero como no pretendía animar una posible relación con su interlocutora apostilló—: Todavía.

—Deja el juego preliminar para otro momento.

Brenda apareció con una sonrisa complacida y un par de sujetadores en la mano.

—Me llevo estos, Tasha. Él paga —señaló a Rod y le tiró un beso—. Me llaman por teléfono, ¿te importa quedarte con Sam un instante? No voy a tardar mucho.

No esperó respuesta, estuvo fuera antes de que tuviera tiempo de responder. Sacudió la cabeza, solo esperaba que no estuviera intentando emparejarlos.

Le indicó a Tasha que sumara las nuevas prendas a su cuenta y pasó a la parte del probador. Se sentía fuera de lugar, pero no iba a abandonarla. No era que corriera peligro, pero ¿y si necesitaba ayuda y pensaba que la habían dejado sola? No podía permitir que tuviera un ataque de angustia en un establecimiento público.

—Samantha —dijo en voz alta, con la intención de avisarla de que estaba allí.

La mujer se asomó, solo la cabeza, cubriéndose el cuerpo con la cortina y tuvo una

panorámica perfecta de su espalda, que se reflejaba en el espejo.

Sintió que todo su mundo se concentró en su estómago y sintió ganas de vomitar, no por el aspecto que presentaba, sino por el horror de lo que había tenido que soportar para tener unas marcas como aquellas. Sabía que tenía que hacer algo, pero no sabía qué, así que disimuló. Si no se daba cuenta de lo que había visto sin querer, no se sentiría violenta.

Habló como un autómata, con la garganta cerrada por la ira contra el cabrón que la había golpeado.

—Brenda ha salido un momento, tenía una llamada. Si necesitas algo, estaré aquí.

—Estoy terminando —se apresuró a decir.

—¿Bren tenía razón? ¿Son tan buenos como prometía?

Cualquier cosa sería un buen punto para distraerse de la situación actual. Del dolor y la angustia que le había provocado aquella visión.

—Sí, pero no importa. Se escapa de mi presupuesto y no voy a permitirte que tú lo pagues o Brenda. En serio, solo necesito comprar en la sección de lencería del súper. Está bien para mí.

—Entonces te llevaré allí —prometió mirándola a los ojos con intensidad—. No te preocupes por eso, Brenda lo entenderá.

Y en cuanto se quitara aquella prenda, le pediría a la creadora que lo envolviera también para llevar.

—No tardo —prometió.

Tasha entró entonces y le preguntó si se sentía cómoda. Sam la alabó, la hizo sentir bien y le explicó que le gustaba tanto que tenía que pensar muy bien qué modelo comprar y en qué color.

La mujer y él se miraron, los dos entendieron que estaba dándole una excusa, pero tuvo que reconocer que la amiga de Brenda era bastante amable y comprensiva. Antes de salir le pidió a Sam que le entregara la prenda para colocarla de nuevo en su lugar, pero fue la mano de Rod la que atrapó la tela.

Pudo sentir la calidez de su piel por un instante y su mente se llenó de imágenes que debía desterrar. No había sexo allí o, mejor dicho, no todo era sexo. Había mucho más, una necesidad desconocida de besar, acariciar, abrazar y recomponer los pedazos que había perdido en el pasado, al hacer una elección incorrecta.

Sabía que Samantha no se había dado cuenta de este momento, porque ni siquiera estaban frente a frente, mirándose, y lo agradeció. Lo cierto era que no quería sentir lo que sentía, la necesidad de protegerla, de cuidarla y ayudarla a sanar. No tenía nada que ofrecerle, ya no, y se merecía todo.

Aunque solo fuera por su valentía y la lucha a la que había sobrevivido.

Salió tras Tasha y colocó la prenda en el montón.

—Me la llevo.

—Esa chica tiene mucha suerte —repitió la mujer.

—No, yo la tengo.

Y de verdad lo creía. Tenía la oportunidad de hacer algo bueno por alguien, de ayudar a curarse a un ser humano que había sido destruido y que ya no esperaba obtener ni un gramo de bondad de nadie.

Pero estaba dispuesto a ofrecerle todo lo que tenía a ella, porque le gustaba la persona que era, porque, si se lo permitía, podría llegar a convertirse en una buena amiga.

Y porque, si era sincero y lo admitía, estaba muy cansado de estar solo y tenía la sensación de que Sam lo entendería.

Si pudiera confiarle su miedo y su dolor a alguien, quizá pudiera ser esa mujer rota que se negaba a rendirse del todo. Esa chica que parecía haber renacido, llena de remiendos, huesos rotos y músculos doloridos.

Esa mujer que había intentado confiar en él, en Gabe, en Brenda, en Lou, en el Pleasure's, en un mundo que él había ayudado a crear y que se alegraba de haber mantenido aunque solo fuera para llegar a este momento y tener la oportunidad de abrirle las puertas de su amistad.

Era todo lo que podía hacer por ella, pero quizá eso fuera suficiente para demostrarle que la vida merecía la pena ser vivida.

Y que nadie tenía el derecho de decirle cómo hacerlo.

CAPÍTULO 7

El intento de adiestramiento había sido un éxito completo. Damien sabía que dejarlo en las manos de Gabe era un acierto, lo supo en el minuto en el que la idea pasó por su cabeza.

No había habido mujeres ni hombres implicados. Tampoco piel desnuda o sugerentes posiciones sexuales. Tan solo había hablado con él y le había explicado los rudimentos de la mazmorra.

Era cierto que la había modificado a su gusto y que no era exactamente el lugar que Gabe había controlado durante el tiempo que había sido la estrella principal del *Pleasure's*, pero se había desenvuelto con facilidad en la sala y había animado a Warren a darle su opinión sobre todo aquello.

Sabía que si hubiera quedado en sus manos, se habría contentado con llamar a sus clientas favoritas y permitirles tener un pedazo de su hijo, lo que habría sido un craso error. Cam le había sugerido involucrar a Gabriel, alguien imparcial, y había estado en lo cierto. Siempre sabía qué era lo mejor para su hijo, por más que le molestara admitirlo.

Lo quería y confiaba en su hermano mayor. No estaba de acuerdo con la petición de Warren pero había aceptado que el plan de Damien no estaba errado y que si le prohibían algo como esto, sería mucho peor y podría acabar involucrado en un lugar más peligroso y sin ningún tipo de censura, que podría acabar convirtiéndolo o bien en un tipo sin conciencia o bien en una víctima. Cualquiera de las dos opciones sería una tragedia.

A una parte de él le gustaría mucho que el chaval siguiera sus pasos, este mundo era su refugio, lo que lo mantenía en marcha y, a pesar de la pequeña dosis de oscuridad que acompañaba todo lo que tenía que ver con esta profesión, había algo especialmente beneficioso en todo ello. El conocimiento que una persona tenía sobre sí misma cuando se adentraba en la sombra era tal que resultaría muy difícil que alguien pudiera manipularlo. La posición de poder, sin importar el papel que desempeñaras, que te otorgaba el pasar tus días en la mazmorra, te entregaba las llaves no solo de tu propia sexualidad, sino una seguridad en ti mismo que te daba alas para afrontar cualquier otra cosa en la vida.

—¿Contento con el resultado? —inquirió Gabe, una vez que se quedaron los dos solos en el bar.

Warren se había despedido para regresar al apartamento y practicar la pieza que tenía que interpretar en su próxima clase. Esperaba que el aturdimiento y la euforia que se habían mezclado en él no le impidieran concentrarse en la tarea que tenía por delante.

—¿Qué padre en su sano juicio estaría satisfecho de que su hijo se interese por todo esto? —Negó aceptando el botellín de cerveza que Gabe le tendía y tomando asiento en uno de los

mullidos taburetes—. Es como si me hubiesen lavado el cerebro...

Gabriel se rio abiertamente.

—No me digas que estás preocupado por la posibilidad de que el chaval te robe el puesto.

Se sentó a su lado y se apoyó con un brazo en la barra.

—No me importa. Cuando esté listo, yo mismo se lo cederé en bandeja de plata.

—¿Tan cansado estás? Si apenas acabas de empezar.

—No estoy cansado, me gusta el *Pleasure's*. No te habría comprado una parte, si no estuviera satisfecho con el trabajo.

—¿Pero...?

—No, no hay peros. Lo que pasa es que tengo esa vocecita en mi cabeza recordándome que los padres deben guiar a sus hijos en la dirección correcta y no empujarlos derechos al infierno.

Gabriel arqueó una ceja ante su aseveración. Puede que no lo comprendiera, porque todavía no había tenido un bebé propio en brazos, pero él sabía exactamente a qué se refería.

—Hubo un tiempo en el que todo esto me habría parecido una muy mala decisión.

—No es para tanto. Mis padres siempre me apoyaron, sabían que era un tipo muy sexual y nunca coartaron mi libertad. Mi madre sabía que terminaría haciendo algo así —tomó un trago de su propio botellín y lo saboreó antes de terminar—. Me hubiera gustado que viviera para ver lo que hemos conseguido con el *Pleasure's*. Habría estado orgullosa.

—Puede que sí, quizá estoy equivocado.

—¿En qué estás equivocado? —preguntó Roderick acercándose a ellos.

Había estado tan sumido en sus pensamientos y en la valoración de las opciones que se abrían ante él, que ni siquiera lo había oído llegar.

—Con mi hijo. Permitiendo que sea instruido.

—Si lo haces de la forma correcta, no tiene por qué ser algo malo. ¿Ha pasado algo que yo deba saber? —preguntó a Gabriel.

El aludido se encogió de hombros, como si no tuviera nada que decir.

—¿Qué tal tu salida con las chicas? —preguntó mirando alrededor, buscando a su mujer. Sin embargo, no estaban por ninguna parte.

Damien imaginó que Brenda habría acompañado a Sam, para hacer lo que todas las mujeres hacían cuando compraban ropa nueva, observarla juntas y hablar de chorradas femeninas que aburrían a tipos como ellos.

—Al fin ha terminado. ¿Qué pasa con las mujeres que tienen tantos problemas para decidirse? ¡Solo es ropa!

—Supongo que es lo habitual —comentó Damien—. ¿Por qué no te tomas una cerveza con nosotros y despotricas sobre la desagradable misión que el jefe te ha encomendado?

—Gabriel no es mi jefe —espetó sin decoro alguno— y no quiero ingerir más alcohol del

necesario. Llevo pasándome con la bebida un tiempo, mi nuevo propósito consiste en tomar gaseosa cada vez que me sienta tentado.

—¿En serio? —Damien se burló, no pudo evitarlo—. Parece una bebida decimonónica, para mujeres con tendencia al desmayo.

—Que te jodan —espetó Rod, saltando por encima de la barra como si no le costara nada y preparándose la bebida—. Tenemos que estar alerta, especialmente después del último vídeo que ese abogado ha subido a su cuenta de *Instagram*. ¿Lo habéis visto?

—¿Qué vídeo? —preguntó Gabe sin darle demasiada importancia.

Damien ya estaba tecleando en su *iphone* la dirección de ese malnacido para verlo con sus propios ojos y maldijo en silencio una vez terminó de reproducir los cinco minutos de mentiras que había publicado.

Rechinó los dientes. Odiaba que hubiera gente con tan pocos escrúpulos como ese abogado. No le importaba acabar con la reputación de los demás, si con ello lograba arrastrar por el lodo al objeto de su locura.

Samantha tenía problemas más serios de los que Damien había imaginado al principio. Nunca pensó que ofrecerle asilo, convertiría el *Pleasure's* en objeto de investigación criminal.

—Sam no tiene la culpa de que ese idiota intente difamarnos. Nuestro abogado se está ocupando de todo el asunto, no va a salirse con la suya —aportó Gabe.

—La publicidad negativa va a provocar, otra vez, que nuestros clientes abandonen. Todos sabemos que ya ha sucedido en el pasado y que va a volver a pasar. Muchos de nuestros habituales no quieren estar en el objetivo de la cámara.

—No hacemos nada malo —les recordó Gabe.

—Lo sabemos y nuestros clientes lo saben, pero ¿qué hay del resto del mundo? —inquirió Rod—. Si alguno de ellos perdiera su trabajo por nuestra culpa o fueran señalados y expuestos a la opinión pública, ¿qué crees que pasaría?

—Sé que estás cabreado porque has pasado la tarde de compras y que tienes algún tipo de amor-odio en relación a la idea de tener aquí a Sam, pero no podíamos darle la espalda. Tú mejor que nadie sabe eso. De haber sucedido en otro momento, habríais sido Kat y tú quién la habríais acogido bajo vuestra ala —Damien observó a Rod, que recibió las palabras de Gabe con entereza. No había intención en ninguno de los dos hombres de herirse, pero puede que, de alguna manera, Roderick hubiera sentido dolor.

—No voy a discutir eso —respondió en cambio—. Solo me preocupa nuestra gente.

—Quizá podríamos intentar ayudarla de otra manera —aportó tratando de instaurar la paz entre los dos amigos. No se le daba bien actuar como mediador, pero ese era el papel que le tocaba realizar hoy.

—¿Queréis echarla? —inquirió Gabe con indignación.

—Nadie ha dicho eso —lo tranquilizó Damien.

—Sé que, cuando la miras, recuerdas a Brenda y todo lo que pasó, pero quizá tenemos que plantearnos la posibilidad de que en esta ocasión debamos tratar de protegerla de otra forma —Roderick los miró con preocupación. No era inmune a la chica, estaba más que claro que se preocupaba por ella—. Me gustaría ayudarla.

—¿Vas a ofrecer tu casa, Rod?

—¿Por qué no?

—Porque sería como darle la razón —explicó Gabriel con preocupación—. Creo que lo mejor es que habléis con Michael y que os aclare la situación.

—¿Crees que algo de lo que predica en relación a Samantha es cierto? —preguntó Damien a Rod directamente—. Has pasado con ella más tiempo que nosotros. ¿Cuál es tu opinión?

—Ambos sabéis que ese cabrón es un maltratador y un mentiroso, pero también podréis daros cuenta de que su discurso convence y ese es precisamente nuestro problema.

—¿Crees que por acusarnos de violar a una chica van a cerrarnos el club? Necesita pruebas y como eso nunca ha sucedido, no pasará nada —les recordó Gabe—. Tenemos un equipo de seguridad magnífico y buenos contactos con la policía. Saben que tienen acceso a nuestro sistema de vigilancia veinticuatro horas y que no tenemos nada que ocultar.

Damien estaba tranquilo al respecto. Era imposible que pudieran encontrar pruebas en su contra. El mayor problema que podría surgir era que permitieran el paso a alguien vinculado a Carter que pudiera intentar fabricarlas a su costa. Y no eran inmunes a las malas intenciones de alguna gente.

—Tenemos que ser muy precavidos con nuestros clientes, sobre todo con las nuevas incorporaciones.

—Pues entonces cerremos filas hasta que todo esto se resuelva —ofreció Gabe—. No necesitamos incorporar a nadie más, solo con los habituales estamos más que servidos. El club marcha muy bien, no tenemos por qué arriesgarnos a que algún desconocido intente destruirnos en nombre de ese manipulador.

—Si Sam se marchara, quizá...

—Sam no va a irse a ninguna parte —espetó Lou apareciendo tras ellos. Tenía el ceño fruncido y parecía bastante malhumorado—. ¿Por qué queréis echarla?

—Nadie quiere echarla, grandullón —lo tranquilizó Damien—. Estamos hablando de ser más cautos con nuestros visitantes, eso es todo. Rod está preocupado por el negocio.

—Ha sufrido bastante —espetó Lou mirando en la dirección del otro hombre—. Deberías comportarte mejor con ella.

Los tres se mostraron sorprendidos ante sus palabras. Era muy raro que él interrumpiera una reunión de los tres hombres y mucho más raro que ofreciera su opinión de forma tan directa y

ligeramente agresiva.

—¿Va todo bien en casa? —inquirió Roderick con un punto de preocupación—. Si necesitas algo...

—Todo bien. Cuida de Sam o tendré que hacerlo yo —advirtió y no hubo dudas de que en su voz había suficiente violencia como para enfrentarlo si se atrevía a salirse de la línea que habían marcado, en cuanto a su protección se refería—. Solo quería avisaros de que ese idiota anda por los alrededores. Mallory lo ha visto en la cámara exterior, aunque no se ha acercado a la puerta. ¿Queréis que haga una ronda?

Apretó los puños, en señal de que estaba dispuesto a hacer mucho más que una ronda. Tenía toda la intención de romperle la cara, algo que tampoco los favorecería y Damien lo sabía.

—Por ahora, deberíamos ignorar su presencia. Siempre que no haga algo ilegal, tiene todo el derecho a estar donde le dé la gana.

—Ya ha hecho algo ilegal —lo contradujo Lou.

Roderick lo miró.

—Todavía tenemos que demostrarlo.

Gabriel intervino entonces, había estado escuchando, extrañamente callado.

—No podemos prohibirle que nos observe y tampoco podemos evitar que suba a sus redes sociales lo que le apetezca, pero eso no significa que no podamos hacer algo —observó a sus socios—. El club ha gozado de buena fama desde que se abrió y Brenda está trabajando para conseguir que todos aquellos que alguna vez han pensado que somos un lugar macabro, sean capaces de comprender los rudimentos de nuestro trabajo.

—¿Piensas que una campaña publicitaria va a acabar con todo esto? —inquirió Roderick con incredulidad.

—Pienso que tenemos a gente con mucho talento trabajando para que así sea. No solo está Brenda, Michael es un magnífico abogado que ya ha vencido en una ocasión al señor Vaughn —dijo las dos palabras con desprecio, algo extraño en él. Era difícil que Gabe desarrollara cualquier tipo de desagrado contra otro ser humano, pero no soportaba el abuso de poder o las injusticias. En parte, por eso se habían llevado tan bien en el pasado y por eso había acudido a él y a este lugar en el presente.

Era un hombre decente y Damien lo admiraba y respetaba por ello.

—Lou, creo que necesitas tomarte un descanso —propuso en voz alta, sabiendo que su portero estaría completamente en desacuerdo—. Todos sabemos que te sientes responsable de Samantha, porque fuiste tú quién la encontró malherida, pero no estás solo en esto. Todos vamos a velar por su seguridad.

—Menos él que la quiere echar —señaló a Rod. El ceño fruncido de su rostro era síntoma de que no estaba conforme con el otro hombre. Es más, si le hubieran preguntado a él, habría dicho

que tenía ganas de golpearlo hasta hacerlo entrar en razón.

—Nadie quiere echarla —se defendió Rod—. Solo pienso que quizá otro lugar podría ser más seguro para ella.

—Y eso no va a pasar —lo tranquilizó Gabe—. Porque ninguno de nosotros va a darle la razón a ese idiota.

—Confío en tu palabra, jefe —aceptó Lou ignorando a los demás—. Me quedaré en la puerta, pero si se acerca a mí, haré lo que considere oportuno.

Estaba claro que no iban a obtener nada mejor de él.

—Supongo que necesita que alguien lo vigile —posó el botellín medio lleno sobre la barra y soltó un largo suspiro—. Me encargaré de eso y tú ten cuidado —advirtió a Rod—, parece que nuestro matón te tiene ganas.

—Lou no es un matón —aclaró Gabe—. Solo es un exagente de las fuerzas especiales del ejército.

—Gracias por recordármelo —ironizó Roderick—. Ahora voy a dormir mucho más tranquilo.

Los tres sonrieron, porque a pesar de la evidente fuerza del hombre sabían que su nobleza era aún más enorme que él, con lo que era imposible que pudiera atacarlos.

Carter no iba a tener tanta suerte y ninguno de ellos quería que Lou acabara en la cárcel, por lo que iba a convertirse en su niñera, al menos hasta que el tipo se largara de los alrededores.

—Supongo que hoy trabajaré horas extra.

Se dirigía ya a la puerta de entrada cuando Gabriel lo llamó. Se acercó a él, dejando a Rod perdido en sus pensamientos:

—Si vuelves a necesitar apoyo con Warren, avísame. Rod y yo vamos a estar aquí para ayudarte en lo que necesites.

—Lo sé.

Y es que contar con sus viejos amigos era fácil, demasiado sencillo y estaba convencido de que un tipo como él no se lo merecía, pero igualmente lo había obtenido.

—Ten cuidado con que Lou no te cace, si lo hace va a darte un buen meneo y no de los que disfrutas.

Damien se rio y lo dejó allí con aquella sonrisa de colega que había roto las viejas barreras y le había dado la bienvenida a su vida.

Una muy sincera que había marcado la diferencia para bien. Incluso las viejas heridas habían empezado a sanar y la supervivencia vacía en la que había tratado de concentrarse durante años para dar un paso cada vez, iba llenándose de buenos momentos e incluso de esperanza de alcanzar, en algún momento, una vida mejor y más feliz.

Algo que ya había empezado a hacer y que no planeaba permitir que nadie destruyera.

El Pleasure's era su hogar, su refugio y el lugar que lo estaba ayudando a resurgir de las

cenizas cual Fénix abrasado en el dolor de su propia y vieja destrucción.

CAPÍTULO 8

Samantha se despertó con los primeros rayos del sol. Había olvidado bajar la persiana la noche anterior, lo que terminó interrumpiendo su sueño.

La tarde de compras había sido ligeramente estresante, pero también agradable. Nunca había esperado hacerlo de nuevo. No podía negar que había estado asustada y pendiente de toda la gente a su alrededor, pero, en el fondo, saber que Roderick y Brenda la escoltaban, le había permitido recordar cómo era su vida antes de Carter Vaughn y lo mucho que disfrutaba comprando ropa interior bonita.

Acarició la suave tela de su camión nuevo. Brenda se lo había entregado en el momento en que subieron a su apartamento, así como el maravilloso conjunto de lencería que se había probado sabiendo que jamás podría comprarlo. Escapaba de su presupuesto actual y tampoco lo necesitaba. Podía conformarse con algo más barato.

Descubrir en el interior de la bolsa un segundo y tercer juego del mismo modelo en sus colores favoritos, le hizo preguntarse quién había sido capaz de deducir que esa chica era ella o lo había sido en un tiempo muy lejano.

Intentó pagar la cuenta a Brenda y entonces le explicó que Roderick había sido quién había cubierto el coste. No sabía cómo lo haría sin que se le cayera la cara de vergüenza, pero tenía que devolverle cada céntimo que había invertido en ella.

Porque ya no estaba dispuesta a deshacerse de esas cómodas prendas.

Se levantó y se puso la deliciosa bata por encima, sintiéndose como una de esas mujeres de la alta sociedad que disfrutaban por las mañanas de un delicioso desayuno servido por un mayordomo guapo y sexy, dispuesto a resolver cualquier problema o necesidad que surgiera.

Se rio en voz alta, fue casi una carcajada, como si no tuviera ningún problema en el mundo. Su vida parecía ser un poco menos oscura, a pesar de que estaba claro que sus problemas no iban a desvanecerse por el hecho de llevar ropa bonita.

Lamentó no poder meter el brazo izquierdo en la bata, a causa de su escayola, por lo que finalmente la posó con suavidad sobre la cama y miró el tosco albornoz que solía utilizar.

No iba a cometer semejante barbaridad. Allí dentro no hacía frío y tampoco era como si esperara visita. El único que podría llegar para su cita diaria era Rod y para cuando eso sucediera, ya estaría más que lista.

Entró en la cocina y se preparó un café rápido. No tenía demasiado apetito, después abrió su portátil y abrió el explorador de internet. No debería estar atenta a las palabras de Carter y sus desvaríos, pero no podía evitarlo. En su móvil había catorce llamadas perdidas, todas de él, ninguna amenaza grabada. Prefería hacerlo cuando respondía, le gustaba amedrentarla, herirla y si

sus palabras no obtenían el resultado que buscaba no servían de nada, por lo cual no se molestaba en hacerlo.

Los vídeos estaban hechos para desacreditarla. No era que le importara mucho su reputación, sinceramente. La única pega era que pudiera influir para obtener un trabajo y todavía tenía que conseguir recuperarse antes de dar ese paso.

Lo que peor llevaba era el hecho de que hubiera apuntado su maldad hacia sus protectores, que no tenían culpa de que sus malas decisiones hubieran terminado salpicándolos.

Vio la última hazaña de Carter en cuanto abrió su cuenta y se preguntó si debía reproducirlo antes de terminar su café o esperar a estar bien despierta.

Una vez lo viera todo el buen humor se deslizaría como el humo y volvería a convertirse en la asustada y rota Sam. Sin embargo, tenía que ser valiente. Lo había decidido en el parque, no importaba qué hiciera, si quería matarla encontraría la manera de conseguirlo. Lo había asumido y también tenía claro que no estaba dispuesta a pasar lo que le quedara de vida escondida.

»Veamos qué mentiras han salido por tu viciosa lengua hoy.

Posó la taza medio llena sobre la mesa y pulsó el play. La pantalla se llenó con el rostro del hombre que había sido lo mejor y lo peor de su vida en un período de tiempo muy corto.

«El club *Pleasure's* —empezaba su discurso— es un lugar lleno de criminales, que se escudan en la discreción y la preselección de clientes, para llevar a cabo violaciones y agresiones no consentidas. Sus muros ocultan vilmente la prostitución, se venden drogas y alcohol y muchos de los hombres y mujeres que participan en sus noches lo hacen forzados por el contrato que han firmado para poder distraerse de sus duras jornadas laborales diarias. Son víctimas, como la pobre Samantha. Mi novia me ha denunciado por malos tratos a mí, ¿podéis creerlo? Solo me he preocupado de cuidarla, protegerla y darle todo mi amor ¿y cómo me lo ha agradecido? Acusándome de algo tan ruin y despreciable como eso. Jamás he golpeado a una mujer, jamás la he golpeado a ella. Podéis hablar con cualquiera de las mujeres de mi vida y podrán garantizaros que soy un tipo íntegro y decente. Samy solo ha elegido mal a sus amigos, pero, si se disculpa y me ayuda a encerrarlos en la cárcel que es donde deben estar, la perdonaré y volveré con ella, porque la amo. Siento tanto haber hablado mal sobre mi mujer, estoy arrepentido, no quise hacerle daño. Estoy convencido de que fueron los dirigentes del *Pleasure's* quienes la han manipulado y quiénes la han puesto en mi contra. ¿No os parece una injusticia? ¡Solo quiero recuperarla! Voy cada noche y espero en la calle, sin importarme el mal tiempo que ha estado haciendo, para poder verla y explicarle lo mucho que la necesito y que estoy dispuesto a perdonarla por haberme abandonado y por las mentiras. Samy, mi amor, si me estás escuchando, solo tienes que retirar la denuncia y volver a casa. Estaba furioso por tu ausencia y por cómo me has tratado, pero si me pides perdón, te abriré mis brazos de nuevo. Podemos arreglar lo nuestro. Sabes que te amo y que me amas, no tienes por qué permitir que otras personas te digan qué hacer».

Lo cerró antes de permitirse escuchar ni una sola palabra más. Había cambiado su estrategia. Había sido la bruja malvada en sus emisiones anteriores, ahora estaba atacando a sus protectores. Sabía por qué lo hacía, para aislarla una vez más. ¿Cuánto tiempo tardarían en evaluar las complicaciones que este ser podría originarles a sus tranquilas vidas? No merecía semejante sacrificio. Ni siquiera la conocían.

Siempre había sabido que Carter era un buen mentiroso, no podría ser abogado de causas perdidas, si no lo fuera. No con su nivel de éxito. Sin embargo, jamás había visto ese lado tan ruin y malvado. ¿Por qué había estado tan ciega en lo que respectaba a él? Necesitaba hacer algo. ¿Un video? Tenía que hablar con Miles y pedirle consejo. Le caía bien, se había portado estupendamente con ella y sin conocerla.

Se levantó y fue a la puerta, sin pensar en nada más, sin importarle a quién se llevara por delante o a qué.

Roderick fue la primera víctima en su necesidad de hacer algo. Estaba al otro lado de la puerta y la detuvo justo a tiempo para evitar la colisión.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

La calidez de su piel en contacto con la de ella envió un escalofrío a zonas dormidas de su cuerpo haciéndolas despertar con una necesidad abrasadora. Sus ojos se encontraron con los de él y pudo ver una preocupación profunda en ellos. Probablemente, no por su estado emocional o físico, sino preguntándose qué diablos estaba haciendo saliendo de esa manera de casa, como si la persiguiera el mismo demonio.

—Tengo que hablar con Miles, es importante —aclaró entre jadeos.

No podía negar que la había asustado, pero también le provocaba esa reacción visceral, que la inundaba de deseo y fantasías tontas que jamás se harían realidad.

—Podrías querer vestirte antes de bajar esas escaleras y encontrarte en medio del club rodeada de gente.

El hombre la soltó, dando un paso atrás y marcando las distancias mientras contemplaba su cuerpo. Samantha se encogió bajo su escrutinio, dándose cuenta de que había estado tan agitada por las palabras de Carter que ni siquiera se había vestido y aquel maravilloso camión no era una prenda apta para recibir visitas.

Menos la de su vecino, que estaba acostumbrado a ver la perfección femenina, mientras que ella solo era Sam: sin curvas donde a los hombres le gustaban y con ellas donde no debían estar.

Suspiró, pero no hizo amago de cubrirse o salir corriendo. El daño ya estaba hecho.

—Tienes razón —aceptó y se dio media vuelta, dirigiéndose al interior—. Será mejor que me vista, antes de que haga que todo el mundo se escandalice.

La sonrisa que apareció en el rostro de Rod estaba teñida de diversión.

—No creo que puedas hacer que ninguno de los presentes en el *Pleasure's* se sonrojen por

pasearte con ese precioso camisón. Están acostumbrados a ver a todo el mundo ligero de ropa.

Su mirada parecía devorarla y su postura le resultaba intimidatoria. No porque pensara que iba a golpearla, sino porque era consciente de la capacidad de aquel hombre para seducirla con tan solo respirar en su dirección y su propia incapacidad para ser lo que él desearía de cualquier compañera de cama.

No era su tipo y, sin importar cuántas dietas milagrosas hiciera o a cuántas cirugías se sometiera, jamás podría llegar a los estándares mínimos para entrar en su lista de aspirantes.

Suspiró con resignación, por suerte le estaba dando la espalda y no podía ver su gesto, aunque recordó demasiado tarde que podía ver todas las marcas que los finos tirantes dejaban al descubierto.

No le importó. ¿Por qué iba a hacerlo? No era como si pudiera cambiarlo y la repugnancia que probablemente le producirían era algo contra lo que no tenía las armas para luchar.

Tenía la mano en el pomo de la puerta del dormitorio cuando se giró, lo pilló mirándola con una mezcla de furia y lástima que le dieron ganas de llorar. No quería ser un polluelo herido a sus ojos, no quería que el resto del mundo le siguiera recordando que era incapaz de cuidar de sí misma, tenía que dejar de esconderse, ser más valiente, cambiar de actitud y recuperar a esa mujer independiente y fuerte que una vez había sido.

—Voy a cambiarme y después iré hablar con Miles. ¿Te importaría esperarme? También me gustaría hablar contigo sobre algo.

No importaba cuánto le costara, tenía que dejarle claro que ya habían hecho suficiente por ella y que estaba muy agradecida, pero no tenía por qué seguir haciéndolo. Tampoco tenía por qué costear sus facturas.

—Precisamente, tengo una oferta para ti —aclaró Rod—. Si no te importa me serviré un poco de ese café que huele tan bien mientras te espero.

—Estás en tu casa —respondió y se apresuró a entrar en el dormitorio y cerrar tras ella. Se apoyó en la puerta y dejó salir un aire que ignoraba haber estado conteniendo.

No podía desearlo, no debía hacerlo. Era consciente de que no podría salir nada bueno de aquel sentimiento y que él nunca permitiría que surgiera algo entre los dos. Además, el hombre estaba completamente enamorado de Kat. Eso le había quedado claro y tras ver una imagen de la mujer en cuestión, no pudo menos que aceptar que tenía toda la razón para estarlo. Era condenadamente hermosa y perfecta. Algo que ella jamás había sido, algo que jamás sería.

Rod observó la puerta cerrada y sacudió la cabeza con toda la intención de borrar esa imagen de su cerebro. En cuanto vio el camisón el día anterior, supo que iba a sentarle muy bien y no se había equivocado.

No había podido evitar bromear, apenas un poco, lo suficiente para que ella se percatara de que algo sucedía entre los dos. O que algo podía llegar a suceder.

No era su tipo, pero tenía algo que llamaba su atención y no podía negarlo. Quería recordarse todos los motivos por los que una relación con Samantha sería un error, pero sin importar qué sucediera, estaba decidido a ser un amigo con quien pudiera contar. Sí, había intentado conseguir que sus amigos lo respaldaran para sacarla de allí y así proteger sus intereses, pero cuando Gabe, el hombre que mejor lo conocía en el mundo, le había recordado que de haber sido otro momento él mismo estaría luchando por su causa, con el apoyo de la que era su único y verdadero amor, se dio cuenta, una vez más, de que se había estado comportando como un gilipollas.

Y que seguía haciéndolo.

Se sirvió una taza de café y se sentó en el sofá. Tenía el ordenador abierto, aunque había saltado el protector de pantalla. Tocó el ratón, no quería invadir su intimidad, pero sí tenía curiosidad por saber qué había estado viendo y, entonces, apareció la imagen del desgraciado que estaba haciendo su vida un poco más difícil de lo necesario.

La pantalla de su móvil parpadeaba a su lado. No tenía sonido, tan solo se iluminaba ante la llamada entrante. Se preguntó qué diría Sam si supiera que tenía toda la intención de responder por ella, pero no lo hizo, sino que descolgó antes de valorar las posibles consecuencias.

—Ya era hora de que respondieras, Samy. ¿Crees que vas a librarte de mí escondiéndote en ese club de mierda? Voy a hundirlos en la miseria y, cuando acabe con ellos, no van a volver a mirarte a la cara. Habrás destruido todo lo que han construido solo con tu presencia, como haces con todo. Lo que tocas lo destrozas, no sirves para nada. Es mejor que vuelvas a casa, donde puedo cuidarte hasta de ti misma. ¿Acaso no puede un hombre indicarle el mejor camino a su mujer? Sabes que si te golpeé fue por tu culpa, porque me empujaste demasiado. Deberías haber seguido las indicaciones que te dejé al pie de la letra, así no habría tenido que castigarte.

Roderick lo dejó hablar, estaba asqueado ante las palabras llenas de violencia del hombre. ¿Samantha habría tenido que aguantar todo eso durante su relación? ¿Por qué lo habría hecho? Quería decir algo, cualquier cosa, pero también deseaba seguir escuchando. Ver hasta dónde podría llegar.

—Ni tu propia madre pudo quererte, te abandonó cuando solo eras un bebé. Solo me tienes a mí y, cuando te des cuenta de eso, volverás arrastrándote y suplicándome que te perdone y quizá, cuando decidas hacerlo, ya sea demasiado tarde.

—Samantha no está sola —gruñó Roderick con furia, evidentemente sorprendiendo a su interlocutor—. Si te atreves a hierirla, de la manera que sea, vas a vértelas conmigo.

—¿Y quién eres tú? Una de las putas del Pleasure's —el otro hombre se rio—. ¿El asesino, el violador o el sádico? Cuéntame.

—Soy tu peor pesadilla, pelele, y cuando estés dispuesto a enfrentarte a alguien de tu tamaño,

ya sabes dónde encontrarme.

No iba a entrar en su juego, no tenía por qué hacerlo. Lo que sí iba a hacer era demostrarle al mundo que nadie, sin importar quién fuera, cuánto dinero tuviera o cuánta fuerza, tenía el derecho de herir a cualquier otra persona. Dejó el móvil en la mesa y se pasó la mano por el pelo.

—No deberías haberle dicho eso —pronunció Sam sobresaltándolo—. Es un hombre muy peligroso.

—Es un cobarde —la contradijo, mirándola y anotando cada detalle en una milésima de segundo.

Su melena suelta, sus vaqueros que se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel y la bonita blusa con pequeñas mariposas que le daban un aire juvenil y casi despreocupado. Se había puesto unos pendientes brillantes con forma de diminutas estrellas y aunque no llevaba maquillaje, su piel parecía brillar bajo los rayos del sol de esa mañana, que se colaban por los cristales del salón.

—Es un hombre peligroso —repitió—. Es poderoso. Tiene la posición y el dinero que necesita para haceros mucho daño y no puedo permitir eso.

—¿Y sí puedes permitir que te hiera? —estaba furioso en su nombre, ¿por qué no se ponía a gritar o a llorar o a hacer algo? La calma que veía en ella le resultaba desconcertante. Era como si hubiera asumido que todo estaba escrito, hecho, que no iba a poder cambiar nada.

—Hace tiempo que descubrí que no podemos hacer nada para cambiar las acciones o los pensamientos de los demás. No soy responsable de Carter, tan solo lo soy de mí misma y de mi manera de comportarme al respecto.

—¿No te gustaría golpearlo?

Samantha sonrió con tristeza.

—Lo he pensado muchas veces, pero no poseo ni la fuerza ni la capacidad física para hacerle frente.

—Quizá yo pueda hacer algo para cambiar eso.

Sabía exactamente a quién acudir para ayudarla en ese proceso. Lou iba a estar encantado de enseñarla a defenderse. Gabe también podría ayudar, había entrenado durante años y él mismo había enseñado a su esposa a ser capaz de salir de una situación complicada, pero estaba convencido de que su portero era la opción más indicada en esta ocasión.

Samantha parecía confiar en él.

—Primero quiero hablar con Miles. Tengo que hacerle una propuesta —aclaró ella.

—¿Qué tipo de propuesta?

—Tú no eres Miles —le respondió mirándolo con confianza en sí misma y dejándole claro que no iba a tratar el asunto con él. Le escoció, pero se lo tenía merecido, no eran lo que se decía buenos amigos, aunque en su opinión se dirigían en esa dirección.

—No, no lo soy —Señaló el portátil—. No deberías ver los desvaríos de ese loco y voy a

comprarte un nuevo teléfono móvil. No quiero que pueda llegar a ti de ninguna manera.

—Hablando de comprarme cosas... Voy a pagarte por todo lo que compraste ayer, porque no soy tu responsabilidad y puede que Brenda sea tu amiga, pero tú y yo apenas somos dos desconocidos.

—No voy a aceptar tu dinero, en lo que a mí respecta, era mi obligación. Tenía que disculparme de alguna manera por mi comportamiento y como no voy a comprarte flores, que no te sirven para nada, me parece mejor opción ofrecer algo que puedas usar y disfrutar. Sin contar con lo bien que te sienta esa pieza que llevabas puesta cuando intentabas salir de casa.

Samantha se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Gracias —murmuró con apenas un hilo de voz—, pero insisto en pagarte. No tienes por qué comprarme nada. No te has portado tan mal conmigo, aunque haya sido tan tonta como para ponerme a llorar delante de ti. Nunca lo hago, no sé qué me pasó.

Roderick lo sabía. Había pasado por un auténtico infierno y no había sido capaz de resistirlo más. No la culpaba, se había portado como un idiota prepotente y debería haber sido el Rod de siempre, el que apoyaba a los demás sin importar el costo. El hombre capaz de cuidar de todos los que lo rodeaban.

Por eso se hizo médico, para salvar vidas, aunque hubiera sido negligente en lo que respectaba a Sam.

Lo que le recordó el motivo de su visita.

—La jefa de enfermeras de la planta de pediatría del hospital me ha llamado esta mañana, quiere que te reúnas con ella para una entrevista.

—¿En serio? Pero pensé que iba a ser tu recepcionista...

—Sí, pero teniendo en cuenta que todavía falta un tiempo para que Susan se jubile...

—¿Susan?

—La doctora Montgomery. Es su puesto el que me han ofrecido, estuve hablando con ella al respecto. Es un hecho que volveré a ejercer la medicina, voy a tomármelo con calma por ahora y a hacer algunos cursos de reciclaje, asegurarme de que mis seguros están en orden y todo el papeleo necesario antes de incorporarme a la plantilla. Por lo que a ti respecta, me informaron de esa vacante y me pareció que la preferirías antes que dedicarte a anotar citas en una base de datos.

El rostro de Sam se había iluminado en cuanto habló del trabajo, se dijo que debería advertirle sobre las dificultades que entrañaba.

—La planta de pediatría no es un camino de rosas, Sam.

—Lo sé. He trabajado con un pediatra durante años.

—No es lo mismo, confía en mí.

Sam asintió, como si entendiera exactamente lo que le estaba diciendo. Aún así parecía emocionada por la idea.

—¿Cuándo tengo que presentarme?

—Te acercaré. La reunión es esta tarde a las cinco, después iremos al cine —no supo por qué dijo eso, pero no planeaba retirarlo. Quería que hiciera algo más que estar encerrada en el club. No se trataba de alejarla de allí, para que el idiota de Vaughn los dejara en paz, sino porque quería ver en su cara algo diferente de la preocupación y el miedo que parecían acompañarla a todas partes.

—¿Al cine?

—¿Algún problema con los espacios cerrados?

Sam negó.

—Ninguno.

—¿Algún problema con la compañía?

La respuesta a esa segunda pregunta se la pensó un poco más. Era más que evidente que estaba preocupada por él. O por su forma de relacionarse o por la reacción que había tenido cuando se había tropezado con él. Le gustaba, podía notarlo, pero también pensaba que era demasiado bueno para acercarse a ella.

Nunca había sido un idiota narcisista, pero parecía haber demostrado algo semejante ante la mujer, algo que necesitaba erradicar de su mente a la velocidad de la luz. Necesitaba liberarse de la etiqueta que él mismo se había colgado, al comportarse como un tonto egoísta y demostrarle quién era en realidad.

El hombre que estaba disponible para todos aquellos que lo necesitaran y que se preocupaba sinceramente por el bienestar de los demás.

—No tengo un problema con la compañía —explicó—, solo espero no convertirme en una imposición para ti. No me gustaría que me arrojaras al saco de tus obligaciones. En mi opinión, ya tienes bastantes.

—¿De qué hablas? —inquirió Rod sin comprender.

Samantha se encogió de hombros.

—He visto cómo cuidas de todos aquí, puedo ocuparme de mí misma. Llevo haciéndolo toda mi vida. Puede que incluso tú necesites más que yo a alguien que se preocupe por ti.

Pareció arrepentida de sus palabras en el momento en que abandonaron su boca y pudo percatarse del miedo que apareció en sus ojos, cuando lo miró como si esperara una reacción violenta por su parte.

Nunca llegó.

—Samantha —pronunció obligándose a mantenerse calmado—, nunca tengas miedo de expresar tus opiniones delante de mí. Incluso si no me gustan, jamás te golpearé. Puede que grite, eso no lo voy a negar, pero hasta ahora no he pegado a nadie por ser un poco bocazas, especialmente, cuando tienen razón.

La mujer le dedicó una titilante sonrisa que caldeó inexplicablemente su corazón.

—Entonces seré sincera contigo y me esforzaré en evitar reaccionar desproporcionadamente.

—Estaría bien, me gustaría que pudiéramos ser amigos. Sinceramente —añadió, para intentar dejarle claro que estaba hablando completamente en serio. Puede que no tuviera amor para darle a otra mujer después de Kat, pero la amistad era algo tan valioso como la otra emoción e infinitamente más sincera.

—Será bueno volver a tener amigos —agradeció un instante antes de señalar la puerta y recordar—: Tengo que hablar con Miles.

—¿No puedo sobornarte para que me digas qué es lo que quieres de él?

—Imposible. No estoy en venta —expresó con convicción, a pesar de que lo miró de reojo ligeramente encogida.

Roderick sabía que iba a llevar un tiempo que confiara en él, pero podría hacerlo. Tenía más de un as en la manga y esperaba que toda su propia idiotez en lo que se refería a la dama se esfumara y no hiciera acto de presencia en ningún momento.

Katharina había hecho una elección mucho antes de que Samantha desembarcara directamente en su vida y ahora le tocaba ser lo que siempre había sido el colchón acogedor que rescataba criaturas heridas y las ayudaba a sanar.

Quizá cuando Sam volviera a sentirse a salvo y recuperara toda la confianza en sí misma y en su capacidad para defenderse y tomar sus propias decisiones, cuando volviera a confiar en su criterio para evaluar a la gente que la rodeaba, pudiera devolverle sus alas y su libertad.

Y puede que no sintiera un vacío tan grande cuando eso sucediera o puede que solo se convirtiera en alguien más solitario y triste, pero fuera como fuese no podía ignorar su necesidad de cuidar de la gente y tenía que dejar a un lado toda su estupidez.

Había llegado la hora de demostrar de qué estaba hecho.

Y esperaba estar a la altura de las circunstancias. No le gustaría que Gabe lo mirara con decepción.

Puede que necesitara hacer una visita a ese abogado después de todo y dejarle muy claro los términos en los que esta batalla legal iba a llevarse a cabo.

CAPÍTULO 9

Damien estaba sentado en la sala de máquinas hablando con Miles de la situación actual de la seguridad del club. Teniendo en cuenta que estaban sufriendo algunas amenazas y desacreditaciones por tercera vez en un periodo bastante corto de tiempo, estaban seguros de que necesitaban actuar de manera firme y unida. Presentar un frente común para mantener el club a flote y a todos sus integrantes a salvo de las malas intenciones de un criminal.

Porque lo cierto era que Carter Vaughn no era otra cosa que un maltratador violento que podría cruzar la línea hacia el asesinato con un pequeño empujón y ninguno de ellos estaba dispuesto a permitir eso.

No solo porque querían mantener a Samantha a salvo, sino porque podría haber muchas víctimas colaterales que no se merecían tal destino.

Damien no había llegado hasta este momento para permitir que ahora todo se desmoronara. No cuando se había librado de la muerte en dos ocasiones, cuando ya lo tenía atrapado entre sus brazos.

—Parece que tenemos una visitante —anotó Miles señalando el monitor principal.

Una mujer estaba asomándose por la puerta del club, evidentemente buscando cualquier señal de vida al otro lado.

—¿Dónde está Lou?

—Apenas son las diez de la mañana. El pobre hombre necesita dormir.

—Pensé que los gigantes eran inmunes al sueño —bromeó—. Creo que tengo mi reloj interno un poco alterado. Nunca madrugo tanto...

Miles rio abiertamente.

—Tienes un problema, hombre. ¿Qué piensa tu hijo de que su padre viva de noche?

—Está encantado, porque nunca llega lo suficientemente tarde como para superarme, así que no tengo autoridad moral para imponerle toque de queda —se lamentó.

—Tienes suerte, Warren es un buen chico. Responsable y confiable, sabes que no va a darte grandes problemas.

Damien no comentó lo mucho que lo había hecho sufrir cuando había desaparecido y no podía encontrarlo. Aquella noche en la que llegó a pensar que estaba muerto y que había deshecho su mundo tan rápido como un puñado de mantequilla al fuego.

—Sí, soy afortunado —respondió en cambio.

—Mallory abrirá a la chica, mira —demostró señalando cómo la joven se acercaba a la puerta. No podían verle el rostro, pero se estaba dando tanta prisa para llegar hasta allí que se preguntó si habría visto algo extraño.

Habían estado hablando precisamente la noche anterior sobre la necesidad de no dar la bienvenida a extraños.

—Quizá sería una buena idea que me acerque para asegurarme de que todo va bien.

—¿Estás seguro? Puedo enviar a alguien si quieres ir a dormir una pequeña siesta —soltó la pulla como si llevaran años siendo amigos y no solo unos cuantos meses.

Lo hacía sentir integrado con facilidad.

—Podré distraerme un rato y, si tengo suerte, quizá pueda llevármela para una ronda rápida —bromeó.

No era ni de lejos una posibilidad. Cuanto menos se implicara con extrañas mucho mejor. Podría ser algún cebo de Carter para hundirlos aún más en la miseria y jamás expondría a sus amigos a una catástrofe por un calentón.

Sin contar que estaba más que servido en ese aspecto de su vida.

Abandonó la sala con una buena sensación, bajó las escaleras silbando bastante más feliz de lo que debería estar y alcanzó a Mallory en el instante en el que estaba presionando el botón para desbloquear la puerta.

—Yo me ocupo, preciosa —advirtió con una sonrisa y abrió con suavidad para permitir que la visitante entrara en el área de recepción.

Mallory se encogió de hombros, como si no tuviera importancia y volvió corriendo al almacén, donde había estado en primer lugar organizando algún tipo de mercancía, mientras el pequeño Cole dormía una de sus largas siestas.

Damien la observó abandonar el lugar un instante antes de centrar su atención en la inesperada visita.

—¿En qué puedo ayu...? —su pregunta se vio interrumpida de forma instantánea por el reconocimiento. Si hubiera prestado suficiente atención antes de acercarse, podría haberse dado cuenta de quién era su visitante.

—Hola, Damien —lo saludó uno de los puñales que llevaba profundamente clavados en su vieja y apaleada conciencia—. Te veo bien.

No sabía muy bien qué decir. Seguía aferrándose al pomo de la puerta y mirándola como si acabara de abrirse el suelo y haber dejado escapar a un viejo fantasma de la tumba.

—¿Tan mal aspecto tengo? —inquirió la mujer mirando a su alrededor incómoda y evitando hacer contacto visual con él.

—No... no te esperaba.

¿Ahora iba a ponerse a tartamudear? ¿En serio? No era de ese tipo de hombres. La seguridad en sí mismo lo había acompañado desde que era un crío y no era momento de dudar de su habilidad para afrontar cualquier situación o hablar con cualquier persona.

—Debería haber llamado antes, pero no he tenido ocasión. Ha sido una decisión de última

hora. Quizá no debería estar aquí...

Tampoco ella había tenido dudas jamás. Si el pasado no les hubiera dado un golpe tan fuerte y tan profundo, no estarían tratándose como dos desconocidos en una situación intensamente incómoda.

—Discúlpame, Gwyneth —comenzó cerrando la puerta y asegurándose de que había quedado perfectamente bloqueada—. No es un buen momento para una visita, estamos teniendo algunos problemas con un pirado que está lanzando acusaciones falsas...

Estaba empezando a balbucear como un chaval recién salido del instituto ante una chica que tenía la capacidad de dejarlo mudo con su mera presencia. No se trataba de atracción sexual, sino de algo mucho más peligroso. De un pasado compartido lleno de dolor, decisiones apresuradas y secretos oscuros.

—Sí, lo sé. Cameron me lo ha advertido. Lo llamé para que me diera tu dirección, cuando descubrí que te habías mudado.

Parecía cohibida ante su presencia, como si en realidad no quisiera estar allí más de lo que él mismo lo deseaba.

—¿Puedo servirte una copa? —preguntó mientras con un gesto la invitaba a entrar en el bar—. Creo que este reencuentro será más fácil después de que ambos tomemos un buen trago.

—No tomo alcohol —se excusó—. Sin embargo, no rechazaría una botella de agua fría. Tengo la garganta seca y hace calor fuera.

—Bien —respondió—. ¿Por qué no te sientas en uno de los reservados? Ahora mismo me reúno contigo, en cuanto tenga listas nuestras bebidas.

—Sí, claro —lo miró como si se estuviera preguntando si planeaba una huida rápida y limpia y puede que, por un momento, la idea hubiera pasado por su cabeza.

—No voy a dejarte tirada —indicó, necesitando garantizarle que iba a estar allí.

Quizá porque en el pasado la había dejado a su suerte en más de una ocasión y aún seguía pesándole en su conciencia. Probablemente, nunca podría librarse de ese sentimiento de culpabilidad.

—No voy a quitarte mucho tiempo —respondió a cambio y se dirigió hacia el lugar que le había indicado.

Gwyneth Brennan había sido una agente de policía de primera. Se había esmerado en su trabajo más que nadie que conociera, había aceptado misiones peligrosas, asociadas a su necesidad de vivir aventuras y siempre había estado en el límite entre lo correcto y lo incorrecto, aunque sin traspasar las barreras de lo legal. Tenía fuertes principios y era bastante más idealista de lo que alguien con su trabajo debía ser. Creía en la justicia y había hecho todo lo que estaba en su mano para llevar a un buen puñado de criminales ante la ley. Nunca la había visto dudar, ni en los momentos más bajos.

Había sido su contacto con la policía mientras duró su misión en Prometheus y habían trabajado codo con codo, rompiendo cualquier tipo de límite que fue impuesto por los superiores a los que ella respondía. No conocía la negación, estaba dispuesta a llegar hasta el final para lograr sus objetivos y así lo habían hecho.

Sabía que el coste emocional había sido muy alto y que, poco después de que el club cerrara, Gwyneth se había trasladado a otro departamento de policía, bastante lejos de él y de los recuerdos que compartían juntos. El amigo de su hermano que aún tenía contacto con ella, le había confesado que hacía un par de años había abandonado el cuerpo y se dedicaba a la investigación privada. Lejos de las calles, trataba directamente con espionaje empresarial. Cam había intentado explicarle algunas cosas sobre la mujer, pero Damien no había estado listo para hablar sobre su vieja amiga durante todo aquel tiempo.

Y seguía sin estarlo. Tenerla allí, delante de él, traía a la vida recuerdos amargos que se esforzaba diariamente por esconder bajo llave y tratar de ignorar para seguir adelante con su vida.

Y, lamentablemente, muchos de los más oscuros tenían una relación directa con ella y con la manera en la que había tenido que tratarla en el pasado.

Cogió la botella de agua y estuvo a punto de servirse un whisky, pero se conformó con una cerveza. Tampoco era una gran opción a esa hora de la mañana, pero el amargor lo ayudaría a concentrarse en algo diferente a lo que fuera que tuviera que decirle Gwyneth.

—Espero que todo esté bien —empezó rompiendo el hielo, tomando asiento en el sillón opuesto. No podía poner mucha distancia entre los dos, pero sí la suficiente para mantener en el control sobre sus propios nervios.

Le tendió la botella de agua y se forzó a sonreír, aunque estaba convencido de que solo la había obsequiado con una extraña mueca.

—Mira, Damien, sé que no te apetece nada hablar conmigo —empezó, tras agradecer la bebida y abrir sin dificultad el tapón para dar un corto sorbo—, pero tengo que decirte algo importante. No lo habría hecho en otra situación, pero me ha pasado algo últimamente que ha cambiado mi manera de ver la vida.

—¿Estás bien? —empezaba a preocuparse. No recordaba haberla visto tan seria antes. Su pelo castaño claro evidenciaba la presencia de algunas canas que hacía cinco años no habían estado allí, sus ojos estaban llenos de preocupación y el apósito en su frente le indicaba que había sufrido algún tipo de accidente. Seguía siendo tan hermosa como la recordaba. Su cuerpo había sido una oda a la perfección y seguía siéndolo. Estaba en forma, el deporte era su medio de vida, casi una obsesión para ella, que contrastaba con la preciosa manicura que solía llevar.

Hoy no era el caso. De hecho sus uñas casi rapadas y sin color le hicieron fruncir el ceño, como previniéndolo de que cualquiera que fuera el motivo que la había llevado a contactar con él iba a trastocar de alguna manera su vida.

—Estoy bien. Tuve un accidente hace tres días. Me salí de la carretera cuando volvía a casa del trabajo —aclaró—. Mi coche quedó destrozado, por suerte me libré milagrosamente con apenas una conmoción leve y una pequeña brecha en la cabeza.

—¿Te saliste de la carretera? —inquirió con incredulidad.

Gwyneth era una experta conductora, es más, había participado en rallyes y tenía un dominio absoluto del volante, sin importar la situación de estrés en la que pudiera encontrarse.

—Sería más acertado decir que me sacaron de la carretera, pero lo cierto es que no puedo probarlo —aclaró, encogiéndose de hombros.

—¿En qué problema te has metido ahora?

No podía mantenerse alejada de las situaciones de riesgo, ese era un hecho y ponía su vida constantemente en peligro. Quizá debería haber estado más pendiente de ella, haberla protegido una vez que todo acabó en Prometheus, pero lo cierto era que había necesitado mantener las distancias y se había largado sin ni siquiera despedirse o darle su nuevo número de contacto.

Dudaba que Gwyneth hubiera tenido más interés que él en contactar y retomar su amistad plagada de dolor, pero quizá había sido negligente al respecto. Otra cosa que sumar a su ya vapuleada conciencia.

—No ha sido a propósito —le aclaró bebiendo de nuevo, como si necesitara un instante, quizá para batallar contra las lágrimas—. Mira, Damien, no estoy aquí por eso. Simplemente, esta situación me ha hecho pensar en lo egoísta que he sido durante los últimos cinco años y en lo cobarde... —Suspiró, se frotó los ojos como si estuviera agotada y apoyó ambas manos sobre la mesa, empujando, como si estuviera ejerciendo presión que le ayudara a armarse de valor para decir lo que quiera que planeara compartir con él.

—Nunca te has andado por las ramas conmigo.

—Es cierto, pero hace mucho que tú y yo no tenemos contacto y las cosas han cambiado. Mi vida ha cambiado mucho, ha dado un giro de ciento ochenta grados y no soy la misma persona que creías conocer.

—Prometheus nos cambió a todos.

—A mí más —explicó con decisión.

En sus ojos batallaba la angustia con la determinación y quizá también el miedo ante la confesión que estaba lista para hacer. Lo veía y empezaba a tener un mal presentimiento, Gwyneth le había ocultado algo importante. Quizá algo que lo implicaba.

—Mira, va a ser más sencillo si vas directa al grano y hablamos sin rodeos. Di lo que hayas venido a decir y ya está.

—Es posible que haya un par de tipos detrás de mí y aunque no es raro en mi vida tener unos cuantos enemigos a mi alrededor, después de la profesión que he elegido, sí es cierto que ahora no puedo permitirme el lujo de actuar de forma inconsciente y sin valorar el peligro y las opciones.

Mi familia... —empezó—. Sabes que mis padres están bastante lejos y acudirán si los necesito, pero la verdad es que están muy mayores, no puedo confiar en que sean capaces de afrontar con entereza esta situación, estoy sola, no tengo un marido a quién acudir y desde lo de Prometheus tengo un problema real para confiar en la gente... —Estaba hablando tan deprisa que le estaba costando seguirle el hilo, aún así iba a esperar a que dijera cuanto quisiera y luego empezaría con sus preguntas—. No sabría a quién más acudir. Tengo viejos conocidos en el cuerpo y sé que cualquiera me echaría un cable para esconderme una temporada, pero no es mi estilo. No voy a huir asustada con el rabo entre las piernas, voy a encargarme de este problema, pero para poder hacerlo necesito que alguien cuide de mi familia.

—No te entiendo, belleza. O empiezas a desgranar claramente la situación o va a ser imposible que pueda seguirte el ritmo.

—Sí, será lo mejor. Directa al grano —abrió su bolso y sacó su móvil, después jugueteó con la pantalla un rato hasta que encontró una foto y arrastró el móvil hacia él—. Damien MacPherson te presento a Daniel y a Iris, mis hijos.

—Dios mío —masculló Damien para sí aferrando el aparato como si le fuera la vida en ello. Daniel parecía una copia exacta de Warren cuando tenía su edad y la niña...

Parecían felices mientras abrazaban a un enorme perro mestizo que no podía ser más feo.

La miró incapaz de creer lo que estaba viendo. No podía ser cierto, aquello era imposible. Un jarro de agua fría sobre su corazón, sobre su mente, sobre toda su vida. ¿Tenía dos hijos y no había podido buscarlo para informarlo al respecto?

—No me mires como si hubiera cometido un asesinato —le advirtió—. No hace tanto tiempo que empecé a pensar en la posibilidad de que tú fueras su padre. No es que fuera precisamente discreta con mis relaciones en aquella época, como bien sabes —había vergüenza y dolor en su voz, ambos viejos conocidos para él.

Sabía que estaba en lo cierto y estaba bastante seguro de que no lo había hecho a propósito. Aún así, escocía. En primer lugar, debido al desconocimiento; en segundo, porque tenía la sensación de que no podían ser los únicos MacPherson que andaban perdidos por el mundo cuya existencia desconocía.

Ojalá nunca hubiera pisado Prometheus en primer lugar.

—¿Qué esperas que diga? —inquirió con voz ronca. Se había tenido que esforzar en pronunciar las palabras. Lo cierto era que no tenía ni idea de qué decir, qué hacer o cómo actuar. ¿Pegarle un puñetazo a la pared sería inteligente? ¿Gritarle por haber ocultado esa información sensible, cuando estaba bastante seguro de que de haberlo sabido se habría limitado a ofrecerle apoyo económico y se habría desentendido del cuidado y la crianza de los niños? Gwyneth le había hecho un favor manteniéndolo al margen.

—Puede que no entiendas mis razones para venir a ti justo ahora, pero después de ese

accidente empecé a pensar en los peligros de mi trabajo y en lo que pasaría con mis hijos si algo me sucediera o si, por mala suerte, hubieran estado en el coche conmigo cuando sucedió el accidente. Si yo muero, nadie tendría idea sobre la posible identidad de su padre. No hay certeza de que tú lo seas, pero...

—¿Bromeas? Ese crío es idéntico a Warren cuando tenía su edad. En mi cabeza no hay dudas.

—No quiero cargarte con una responsabilidad que no has pedido, pero no tengo a ninguna otra persona a la que acudir en busca de ayuda. Solo hasta que resuelva el problema que tengo entre manos.

—¿Dónde están ahora?

—Con una vecina que los cuida de vez en cuando. Es una mujer mayor, muy agradable, como una abuela postiza. La adoran, pero si hubiera problemas...

Lo que quería decir era mucho más macabro que eso. Si la mataban, los niños no podrían quedarse con la anciana, entrarían en el sistema, sin un padre conocido y sin un tío o tía que pudiera ocuparse de su educación o unos abuelos en condiciones físicas y mentales para continuar con su crianza.

Si mal no recordaba, Gwyneth no tenía hermanos.

—No creo que yo sea el más indicado para estar a cargo de un par de críos.

—No te lo pediría, si no fuera necesario. Créeme, ha sido muy difícil tomar la decisión de venir hasta aquí después de todo este tiempo.

—¿Quién está trabajando contigo en este caso?

—Estoy sola. Soy autónoma, así que yo hago mis trabajos limpiamente y sin apoyo.

Se había vuelto completamente loca.

—¿Cómo se te ocurrió...?

—Me deja mucho más tiempo libre para ejercer mi papel como madre y económicamente es bastante lucrativo. No tuve opción, no es que tenga muchas habilidades, además de las obvias.

—¿Qué harás cuando resuelvas este problema?

Gwyneth no respondió de inmediato, recuperó su teléfono y lo guardó en el bolso. Después tomó una profunda bocanada de aire y lo dejó salir lentamente, como si estuviera armándose de valor para decir lo que sea que estuviera pasando por su cabeza.

—Voy a dejarlo. Nunca había pensado que podría poner sus vidas en peligro, he sido demasiado egoísta durante tiempo suficiente, así que buscaré algún trabajo alternativo. Quizá en una tienda en algún centro comercial como vigilante o algo parecido.

—Te morirás del aburrimiento.

La mujer se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—A veces hay que hacer lo que hay que hacer.

Damien se levantó, no podía estar quieto y empezó a dar paseos de un lado a otro, sin saber

qué decir.

—Trae a los niños, veré lo que puedo hacer.

—El club no es un lugar muy adecuado para un par de activos niños de cuatro años.

—Tengo un apartamento en el edificio anexo, donde vivo con mi hijo Warren. Puede hacer de canguro mientras yo trabajo y encontraré la manera de ocuparme de ellos sin causar un gran daño. Al menos, te debo eso.

—¿Me odias? —inquirió la mujer, había hecho un enorme acto de valor al formular la pregunta.

Había tanta angustia en su tono que su corazón se ablandó y negó con la cabeza un instante antes de decir:

—No podría odiarte. Tú y yo somos muy parecidos, asumimos riesgos en el pasado que nadie más estaba dispuesto y conseguimos algo bueno cerrando Prometheus. Tú perdiste mucho más que yo por el camino.

—Creo que los dos conservamos pesadillas de aquella época.

—Siento que tengo que disculparme, puede que yo sea la estrella de algunas de ellas.

Gwyneth negó.

—No, en realidad no. Siempre hiciste muy bien tu papel para el mundo, pero yo siempre pude leer la verdad en tus ojos. No necesitaba palabras ni acciones que lo demostraran.

—Lo que sucedió la última noche...

—Me lo llevaré a la tumba, jamás podré borrarlo, pero eso no significa que pueda albergar algún odio en tu contra. No tomaste la decisión voluntariamente y pude soportarlo. ¿No me ves? Aquí estoy.

—Temblando ante mí, como si tuvieras miedo. Nunca lo hiciste en aquel entonces.

Gwyneth lo miró con intensidad.

—No te tengo miedo, Damien. Es otra emoción la que siempre latió con fuerza entre nosotros dos.

La atracción sexual había sido tan intensa entre ellos que podrían haber prendido fuego no solo a la mazmorra en la que se habían relacionado en el pasado, sino al edificio entero, quizá incluso a la ciudad. Y había habido también una relación de amistad sincera entre los dos, cuando se habían reunido como supuesta pareja, cuando en realidad estaban trabajando en dismantelar la organización de Strider.

Habían formado un buen equipo, cuando él se largó sin devolverle la mirada, se había roto algo de forma inevitable.

Pero aquella mujer no era Piper y haberse planteado la posibilidad, ya entonces, de que ocupara su lugar, le había hecho sentirse ruin y un traidor.

No había estado listo para estudiar lo que aquellos sentimientos le habían provocado.

—Encontraré una solución para mantenerlos sanos y a salvo hasta que terminemos con este asunto.

Lo había decidido justo en ese instante. No iba a permitir que vagara a su suerte. Un frente unido siempre era más fuerte que un eslabón solo.

No quería que la mujer muriera, no solo por los críos, sino porque sería un gran desperdicio para el mundo.

Y sabía que alguno de sus amigos podría ocuparse de los gemelos. Quizá Gabe o Miles, que vivían en las afueras y, en el caso de Miles, tenía experiencia con niños.

O Cam, en última instancia, aunque prefería evitar que Amber tuviera relación con los que, sin duda, eran sus hermanastros.

Qué palabra más fea, ¿no? Le traía feos recuerdos de cuentos antiguos que habían utilizado para asustarlo cuando era un crío.

Piper se habría burlado de él, pero habría estado de acuerdo con la decisión que acababa de tomar. Tenía un corazón generoso y siempre se preocupaba por los demás.

—¿Terminemos?

—Recuerdo que fuimos buenos juntos una vez.

—Es mi problema, no estoy aquí por eso. No puedo permitir que te involucres —rechazó abiertamente. Sus ojos se habían plagado de oscuridad y desasosiego, si hubiera sido otra persona, habría jurado que había lágrimas pugnando por salir. Sin embargo Gwyneth siempre había sido muy fuerte, por lo que debía ser un efecto de la luz.

—Es nuestro problema. Si el club no es el lugar adecuado para ellos, entonces tampoco yo seré el mejor guardián. Pero puedo ser un ayudante de primera, incluso podría seguir alguna que otra orden, si es preciso.

—¿Seguir órdenes? ¿Tú? —Por un instante pudo ver la risa en sus ojos, como si no pudiera creer ni una sola de sus palabras.

—Con la motivación adecuada, soy capaz.

—Eso habría que verlo.

—Permíteme hablar con un par de personas y te daré una respuesta clara en un par de horas. ¿Por qué no los recoges, preparas su equipaje y los traes aquí? —inquirió—. Stephen te acompañará por si surge algún problema.

—¿Stephen? —preguntó aturdida su vieja amiga.

—Mi nueva mascota, es muy efectivo en todos los aspectos de la vida. Te gustará —le guiñó un ojo mientras enviaba un rápido mensaje al chaval, siempre dispuesto a obedecer sus órdenes.

Sabía que, de alguna manera, lo había fascinado, pero también se había convertido en algún tipo de figura de referencia para él. No un padre, eso sería completamente morboso, pero sí una autoridad que respetaba y admiraba, aunque no se lo mereciera.

Lo apreciaba, eso tenía que admitirlo, y sabía que podía confiar en él. Al fin y al cabo, Stephen se había criado en la calle y conocía todo tipo de trucos para librarse de lo peor.

Además, se le daban bien los críos. Cole lo adoraba, igual que la hija de Miles, que en cuanto lo veía exigía estar con él. Si había una buena manera de darles la bienvenida a sus nuevos vástagos, sería a través de su gato negro.

—Puedo cuidar de mí misma —le recordó.

—Lo sé, Gwynie, pero ¿quién te ha dicho que tienes que hacerlo? Has venido a mí, permíteme ayudarte.

Y no tenía nada que ver con su sentimiento de culpabilidad... bueno, quizá un poco, pero no todo se trataba de su conciencia.

—No sé si he hecho bien viniendo aquí.

—Ha sido la mejor decisión que has tomado en tu vida.

Y entonces Stephen llegó corriendo y la conversación terminó. No tardaron mucho en salir por la puerta y Damien se preguntó qué más conflictos le deparaba la vida y si estaba preparado para hacer frente a todos ellos.

Tenía que hablar con Warren sobre las buenas nuevas y prepararse para el sermón que era más que probable fuera a soltarle su hijo.

Y se lo permitiría, porque alguien tenía que ponerlo en su lugar y recordarle que no era un tipo decente, que vivía en las sombras, se alimentaba de la oscuridad y jamás, ni en un millón de años, podría volver a enamorarse.

Nadie podría devolver su viejo y apaleado corazón a la vida. Ni una mujer ni un par de niños con rostros angelicales o la promesa de familia que parecía estar palpando en el aire.

Aquel barco ya había zarpado para él, el *Pleasure's* era todo lo que tenía.

Y así debía ser.

CAPÍTULO 10

Sabía que no debería haber aceptado su propuesta. Una cosa era dar un paseo rápido por el parque y otra pasar juntos cuatro o cinco horas en una salida al cine que, en realidad, no le apetecía demasiado.

Había sacado su entrada por internet, aprovechando su visita a Miles y la charla que habían tenido respecto a su idea de grabar su propio video mostrando parte de sus lesiones, para que todo el mundo pudiera ver lo ruin y mentiroso que era Carter.

Sin embargo, tanto Miles como Michael, el abogado con el que habían contactado por videoconferencia, le habían explicado que no cambiaría nada. Probablemente, lo utilizaría en contra del club y seguirle el juego podría hacer más mal que bien.

Sam se preguntaba por qué el mundo estaba hecho de esta manera, para los ruines y malvados, ¿qué pasaba con la gente decente? ¿Acaso estaban destinados a ser víctimas de su propia bondad? Era una injusticia y quería gritar por pura frustración.

Tenía la sensación de que debía hacer algo. Según Miles, había dado un paso muy importante, estaba enfrentándose a su miedo, quitándole poder a Carter. En el instante en que fuera capaz de dejar de ocultarse y de mirar a todos los demás como enemigos en potencia, estaría lista para seguir adelante con su vida.

Luego estaba la entrevista que había tenido en el hospital esa misma tarde, que la había ayudado a recuperar la confianza en sí misma y le había ofrecido un panorama alentador.

Uno no se daba cuenta de lo importante que era la independencia económica para tomar las riendas de tu vida, hasta que te encontrabas en la situación de abuso y desventaja que le había tocado vivir.

Ahora estaba desesperada por conseguir el puesto, incluso se incorporaría antes de que su recuperación fuera plena, si se lo permitían. Podía pedir el alta voluntaria y convertirse de nuevo en la mujer que, en un pasado muy lejano, había sido.

Necesitaba sentir la seguridad de no depender absolutamente de nadie, especialmente de un hombre. Sobre todo después de lo que él ya había hecho por ella.

Rod había sido quién había concertado la entrevista de trabajo. Le había hecho un regalo tan grande que jamás podría pagárselo. Darle la posibilidad de defenderse por sus propios medios y sin depender de nadie era como abrirle las puertas del cielo y concederle la libertad plena.

También estaba la salida del día anterior, las compras de ropa interior, que podría haber resultado muy embarazoso pero que él había hecho sentir normal.

Tan normal que cuando esa mañana la había visto llevando el camisón que él mismo le había comprado, había provocado un deseo irrefrenable de abrazarlo y dejarse llevar por la pasión del

momento. Algo impensable en este momento de su vida, con todos los miedos y los traumas que ya arrastraba.

Lástima que no fuera su tipo y que jamás fuera a fijarse en ella, para aliviar sus necesidades más básicas o liberarla de sus propios deseos.

No tenía la capacidad de fascinarlo en la vida real, pero en sus fantasías... Ese era terreno peligroso y personal, su intimidad que le pertenecía solo a ella y que no tenía por qué detectar o saberlo.

—¿Estás bien? —Le preguntó Roderick sin mirarla directamente. Parecía estar observando a su alrededor, como si le preocupara que alguien lo viera sentado con ella, esperando a que el acomodador los dejara pasar.

Tenía que eliminar esos pensamientos negativos. Probablemente, tan solo se aseguraba de que Carter o alguno de los locos que seguían su estela, pudieran tener oportunidad de acercarse a ellos para hacerle daño.

Estaba allí para ayudarla y protegerla, le había demostrado que era un buen hombre y que se estaba esforzando para hacerla sentir a salvo. Incluso para convertirse en su amigo. Alguien en quien confiar, sin esperar dobles raseros.

—Bien —respondió.

—Solo es una película, estarás de vuelta en el apartamento en unas horas y no tienes por qué tener miedo. Nadie sabe dónde estás, no puede encontrarte fácilmente.

Estaba malinterpretando su reacción. Vivía con el miedo, pero en este preciso momento tan solo estaba pensando en él y deseando que estuviera allí por placer, a su lado, y no como mera obligación. Quería que disfrutara en su compañía, aunque sabía que no era ni demasiado divertida ni apasionante.

En realidad, parecía aburrido. Quizá debería romper el hielo diciendo algo interesante.

—Siento mucho haberte involucrado en esto.

No, no. Fallo, no debía recordarle el motivo por el que estaba allí.

—No te preocupes, no tenía nada mejor que hacer.

¿En qué estaba pensando? ¿Aspiraba a que realmente disfrutara pasando el tiempo con ella? No era de ese tipo de mujeres, la gente no se quedaba extasiada mirándola cuando entraba en una sala o esperaba con ansias la siguiente palabra que fuera a decir. Carecía de ese tipo de apabullante presencia y era algo que de verdad lamentaba.

—¿Has vuelto a recibir amenazas? —le preguntó, supuso que tratando de llenar el pesado silencio.

—No. —No iba a implicarlo en sus problemas más de lo que ya lo había hecho. Lou y Miles estaban ocupándose de eso y a Rod ni siquiera le caía bien. No del todo, quizá... quizá empezaba a verla de otra manera. ¿Podía tener esperanza?

—Tienes que relajarte, no van a atacarte por sorpresa.

Le sostuvo la mano y la miró, ahora sí, prestándole toda su atención. Un hormigueo se aposentó en su estómago, era un hombre muy atractivo y sabía que también era muy bueno.

Sin embargo, Sam era consciente de que poseía la extraña habilidad de sacar lo peor de otras personas. Rod no era una excepción.

—Es extraño volver a salir. Hace mucho que no hago algo así.

—¿Ver una película?

Sam asintió.

—Mi ex pensaba que las películas metían ideas extrañas en mi cabeza. Decía que mi ingenuidad iba a terminar matándome.

Y había tenido razón. Las películas habían sido otro detonante más. Una excusa para hacerle daño. No podía evitar estar nerviosa.

—¡Rod! —Dos enérgicas y alegres voces femeninas lo llamaron captando su atención.

Se dirigían hacia ellos, pero el hombre se apresuró a levantarse y las recibió a medio camino.

Con el ruido, no podía entender lo que estaban diciendo, pero resultaba evidente que tenían una relación más íntima que la que tenía con ella.

Suspiró y esperó. Ni siquiera miró una sola vez en su dirección. Cuando las mujeres la señalaron, la descartó como si no estuviera, con un encogimiento de hombros.

Le dolió. La había abandonado, dejándola sola y a su suerte. Probablemente, avergonzándose de estar junto a ella.

No debería sentir tan profundamente aquel desplante, porque no significaban nada uno para el otro, pero no podía evitarlo. Le traía a la memoria recuerdos oscuros de un tiempo no tan lejano.

Hubo otra ocasión en un restaurante; su ex se había comportado exactamente de la misma manera al encontrarse con unos compañeros del trabajo.

Se levantó, necesitaba salir de allí antes de derrumbarse.

Se acarició la muñeca que Carter le había roto y el frío, el dolor y la oscuridad reclamaron su atención completa. Estaba a punto de empezar a hiperventilar y no podía permitirse eso.

Dio gracias a Dios por el hecho de que le permitieron entrar en la sala y ocupar su asiento. Miró la pantalla aún en blanco y las atenuadas luces y trató de recuperar el ritmo de su respiración.

No debía comparar a los dos hombres, porque eran tan diferentes como el día y la noche y no debían significar lo mismo para ella.

—¿Dónde te habías metido? —Había cierto reproche en su tono de voz y la asustó. Lo había visto acercarse, pero no esperaba que estuviera molesto por su desaparición.

—Necesitaba sentarme antes de que apagarán las luces. Es una manía. —Forzó una sonrisa completamente artificial con su excusa.

Rod se dejó caer a su lado, casi con fastidio y sacó su teléfono móvil, tecleó un mensaje rápido y lo apagó.

—No pretendía ignorarte antes. Esas mujeres son clientas del Pleasure's —explicó—. No quería que dijieran algo que te hiciera sentir incómoda.

Se estaba disculpando y lo estaba haciendo de forma completamente sincera, lo que consiguió sorprenderla.

—No necesitas darme explicaciones, Roderick. Ya bastante estás haciendo por mí. Siento que te haya tocado cargar con la pobre Sam.

Rod sonrió, sus ojos brillaron con diversión un instante provocándole una calidez casi desconocida para ella.

—¿De verdad te refieres a ti misma como «la pobre Sam»? —Tomó su mano con suavidad y enlazó sus dedos con los de ella, por suerte ya no había un vendaje en su dedo medio. En su visita al hospital, tras una nueva radiografía para comprobar que había soldado bien, habían terminado por quitárselo. Estaba completamente curado y aunque todavía tenía esa extraña sensación de hormigueo, pensó que el contacto con el hombre que estaba a su lado lo opacaba todo. Su otra mano tendría que esperar, pero ni siquiera le importaba. Ahora no. Se aferró a Rod, tratando de no mostrar lo mucho que necesitaba ese pequeño pilar al que agarrarse—. Siento haber sido un capullo engreído las últimas semanas. He estado muy preocupado lamiéndome mis propias heridas, pero ya lo he superado.

—Siento ser tan distante con todo el mundo. —No se sentía cómoda con el contacto, pero se aferraba a él deseando que jamás terminara.

Rod tocó sin querer la cicatriz de su muñeca y llevó la mano más cerca de su rostro, hasta que pudo sentir el cálido aire de su respiración, mientras la observaba directamente.

—¿Y esto?

—Una vieja rotura. Me tuvieron que operar... Soy muy patosa.

La mirada de Rod se cerró sobre ella, interrogándola en silencio. Le estaba pidiendo la verdad y no tenía sentido ocultársela.

—Salimos a cenar una noche y por casualidad nos encontramos en el restaurante con algunos de sus compañeros de trabajo. No sé si dije o hice algo mal, seguramente fue así, por lo que nos levantamos, nos fuimos y le obligué a que me rompiera la muñeca. Debí haber sido más cuidadosa, sabía lo que iba a pasar y aún así fui una estúpida.

Las lágrimas querían salir, pero no iba a permitirselo. Había terminado de llorar por ese malnacido.

—Solo quiero decirte una cosa, Sam —instruyó Rod, parecía furioso, así que no pudo evitar encogerse un poco—. No dijiste ni hiciste nada malo y, desde luego, no lo obligaste a romperte la mano.

—Lo peor de todo no es lo que él hizo, sino lo que hice yo —explicó, mirándolo a los ojos.

Rod no había apartado su mano, la acariciaba con suavidad con el pulgar. Recorriéndole la cicatriz.

—¿Por qué piensas eso?

—Todo el mundo se apresura a señalar al agresor como culpable, pero eso no es totalmente cierto, porque yo se lo permití. Lo hice y además le pedí perdón. Le supliqué que no se enfadara conmigo, juré que jamás lo volvería a hacer.

—¿Qué hizo él? —le preguntó.

Samantha bajó la vista avergonzada. Había sido una completa idiota.

—Me dijo que como yo lo había provocado, yo debía arreglarlo y que no merecía ni su apoyo ni su compañía. Se montó en su coche y me dejó tirada en medio de la noche, sin medio de transporte y sin dinero suficiente para pedir un taxi —negó, riéndose de sí misma—. La mano ni siquiera me dolía, me dolía más el corazón, apenas podía respirar, me estaba ahogando en la pena y en mi propia estupidez, porque lo amaba tanto que... ¿Cómo podía haber sido tan idiota como para estropearlo todo?

Roderick se levantó y la llevó con él; la dirigía con suavidad. Abandonaron la sala y salieron del edificio en dirección al coche, sin decir ni una sola palabra.

Una vez dentro, tomó una bocanada de aire y la miró con incredulidad y también con ira.

—¿Cuánto tiempo tardaste en abandonarlo después de eso?

—Un año y medio, aproximadamente. Lo sé, fui una idiota, pensé que el amor lo vence todo y todas esas sandeces que te hacen creer los cuentos de hadas.

Podía ver que estaba enfadado, no con ella, sino con su pasado. Lamentablemente, no podía hacer nada para cambiarlo.

—¿Volvemos a casa? —preguntó sin poder ocultar del todo su decepción.

—No —respondió conciso Roderick—. Todavía no, pero el cine no es el mejor lugar para mantener esta conversación.

—¿Hay algún lugar bueno para hablar sobre las mujeres estúpidas que creen que cualquier cosa vale solo para conseguir unas migajas de amor?

—Sea lo que sea lo que ese hijo de perra te dio, no era amor. Está enfermo, debería estar ingresado en una institución mental de alta seguridad para el resto de su vida, donde no pueda hacerle daño a nadie más. —Se mantuvo apenas un instante en silencio, pensando bien en lo que planeaba decirle a continuación y cuando lo hizo, desdibujó los bordes del miedo que todavía le provocaba el gigante que estaba a su lado cuando la miraba con seriedad—. Si pudiera hacerlo, cambiaría todo el dolor de tu pasado, pero no puedo arreglarlo.

—Estás haciendo mucho por mí, Rod. Más de lo que deberías. Ayudarme a conseguir el trabajo... no sabes lo que eso significa para mí.

—Puede que no me lo agradezcas cuando tengas que hacer dos turnos seguidos y no puedas mantenerte de pie.

Samantha sonrió, no pudo evitarlo.

—Creo que será un dolor bueno, por una vez. Voy a acostumbrarme fácilmente, me muero de ganas de empezar.

—¿Te gustaría que hiciéramos una parada en McDonald's para comprar un par de menús gigantes? Así llenaremos el estómago mientras hablamos de todo esto.

—No sé si queda mucho de qué hablar. Casi todas mis historias competirían en la lista de lo más tenebroso con los libros más oscuros de Stephen King.

Roderick sonrió, casi como si acabara de hacer un buen chiste. Algo completamente desconocido para ella.

—Voy a llevarte a un lugar al que no suelo llevar a nadie.

—¿Qué lugar?

—Ya lo verás —comentó misterioso, mientras tomaba el desvío hacia la ventanilla del McAuto.

Hizo el pedido sin preguntarle qué quería y aunque era algo que Carter también habría hecho, no había ningún tipo de imposición en él. Es más, le ofreció elegir el postre para los dos y lo hizo.

No quería caer en viejos hábitos, porque si lo hacía podría empezar otra relación tóxica que acabara definitivamente con las migajas de su confianza, incluso si se trataba solo de amistad, pero Roderick y Carter no tenían nada en común. Ni física ni intelectualmente. Eran opuestos, algo que agradeció en silencio.

—Carter solía elegir lo que podía o no podía comer —confesó cuando le entregó las bolsas de papel y salía del estacionamiento para permitir que otros vehículos ocuparan el lugar—. Aunque no tomaba comida rápida, según su opinión no era lo suficientemente elegante para alguien como él.

—¿Te he hecho sentir mal, Sam? —inquirió Rod con cierto desconcierto—. No pretendía imponerme, podemos volver y pedir otra cosa.

—No, no. Está bien. Puedo encontrar grandes diferencias entre los dos. ¿Sabes? Odio hablar de Carter.

—Entonces hágame de otra cosa.

—O mejor —lo interrumpió armándose de valor—. ¿Por qué no me hablas de ti? Sé que eres uno de los socios del Pleasure's y que es un club selecto para adultos, pero ¿cómo pensaste en dedicarte a eso?

—Si por eso te refieres a «tener relaciones sexuales por dinero», que es lo que parece pensar casi todo el mundo ajeno a nuestro entorno, te diré que estás equivocada —no había ningún tipo de rechazo en su voz, tan solo cansancio—. La gente se apresura a sacar conclusiones precipitadas

sobre nosotros, por eso es tan fácil que tipos como Carter tengan oportunidad de desacreditarnos.

—No pretendía insultarte... —volvía al punto de partida. Pide perdón, no vayas más lejos de lo que debes, no pongas nervioso a tu acompañante no sea que te rompa la nariz. Carter se la había roto una vez y había sido horrible. Tanto dolor...

—Tranquila —dijo sin mirarla, con voz suave. ¿Podría haber notado que había un ataque de pánico forjándose a toda velocidad?—. No te estoy haciendo una recriminación ni estoy enfadado y, repito, jamás te golpearía. Tienes que aprender a confiar en tu criterio y en que no todo el mundo es malvado o ruin por naturaleza.

—Siento que necesites tener tanta paciencia conmigo.

No le dio importancia a su comentario, sino que continuó con su explicación como si el inciso no hubiera tenido lugar.

—El Pleasure's es un lugar de encuentro. Tenemos algunos shows especiales, como la mazmorra; ofrecemos servicios de hospedaje para adultos, como las habitaciones temáticas y también tenemos la zona del bar donde la gente puede sentarse tranquilamente a tomar algo. Tenemos normas muy claras que mantienen a todos nuestros visitantes a salvo y los que deciden romper sus límites e ir un poco más allá, experimentar algunas de las actividades que se desarrollan en nuestro club, firman un contrato de conformidad y tienen diversas cláusulas que le permiten romperlo en cualquier momento. No sé hasta qué punto estás informada sobre las reglas que rigen algunas de las prácticas que llevamos a cabo en el club, pero te puedo asegurar que se cumplen a rajatabla y que todo el mundo está a salvo. El Pleasure's, como su propio nombre indica, fue creado para procurar placer en un entorno seguro. Somos discretos y nos preocupamos por nuestros clientes. Por eso disponemos de un dispositivo tan elaborado de seguridad.

—No pretendía decir que estuvieras haciendo algo ilegal.

—Lo sé —corroboró él.

Entonces estaba distrayéndola a propósito.

—¿Te gusta lo que haces?

—Gabe y yo tomamos la decisión de sacar adelante el proyecto y no me he arrepentido nunca de haberlo hecho. Es más, en las mismas circunstancias, volvería a dar el paso. El club ha sido nuestro refugio y nos ha dado paz y grandes satisfacciones.

—Gabriel es un buen hombre. Si no hubiera sido por él, probablemente estaría muerta. Fue quien me dijo que no tenía por qué seguir aguantando, que si necesitaba ayuda, habría alguien para ofrecérmela —comentó en apenas un susurro.

—Gabe es un buen tío —concordó él—. Ya hemos llegado —informó aparcando frente a una bonita casa en un barrio residencial.

—¿Vives aquí? —preguntó un poco aturdida.

—Vivía aquí, hace tiempo que no vengo.

Había un sentimiento de pena en su voz que no había escuchado nunca, se libró del cinturón de seguridad y abrió la puerta para salir con las bolsas de papel llenas de comida caliente que, en realidad, no le apetecía comer.

—Es preciosa.

—Espera a verla por dentro.

Abrió la puerta principal y tecleó el número de seguridad de la alarma, después le hizo un gesto para indicarle que ya podía pasar.

—¡Vaya! —exclamó mirando el recibidor. No era enorme, pero si estaba decorado con buen gusto. Había una puerta a la derecha, probablemente un pequeño armario empotrado y un arco al frente que daba paso a la parte central de la casa.

—Siento el desastre. Normalmente viene una empresa de limpieza un par de veces al año para librarse del polvo y mantener la casa habitable, pero hace un par de meses desde entonces así que...

Encendió las luces de la sala de estar y se adelantó para encender la chimenea. Tan solo tuvo que pulsar un botón y las llamas, probablemente artificiales, iluminaron la estancia, dándole un aspecto encantador, casi mágico.

Era un lugar acogedor, un hogar esperando a que una familia lo llenara. Los enormes sofás tenían aspecto de ser bastante cómodos, así como la alfombra, en tono azul celeste, que parecía ser esponjosa y suave. No se atrevería a pisar en ella calzada, así que la evitó deliberadamente.

Los suelos de madera rojiza brillaban perfectamente pulidos y algunos de los cuadros y las imágenes que adornaban las paredes le hicieron mantener la boca abierta.

—Mi hermana es tratante de arte. También pinta, se encargó de elegir todo lo que ves — indicó señalando las paredes—. Su marido es fotógrafo. Se dedica principalmente a fotografiar animales salvajes, pero hizo algunos retratos familiares como regalo de inauguración cuando compré esta casa.

—Son impresionantes, me encanta.

Nunca había visto un lugar que le gustara tanto.

Roderick se limitó a encogerse de hombros, como si no fuera importante. Ojalá tuviera un hogar como este, era su sueño más disparatado. La casa, los muebles, el hombre y un par de niños que rieran y jugaran haciendo mucho ruido en aquella preciosa casa familiar.

Lo que habría dado por la posibilidad de que su fantasía se hiciera realidad...

—Ven, sentémonos a la mesa. Traeré platos y cubiertos.

Samantha dejó la comida sobre la enorme mesa de madera, en la zona del comedor y, mientras su anfitrión se aventuraba en la cocina para recoger la vajilla, observó una divertida foto de dos niñas y un niño que hacían muecas con un Roderick muy despreocupado, que ocupaba gran parte de la pared, en un lienzo.

—Son mis sobrinos. Luna y Will son hijos de mi hermana —informó con una nota de emoción en la voz—. La sacamos el verano pasado, en uno de esos raros encuentros familiares a los que hay que asistir por compromiso. La niña de la izquierda es hija de una amiga de mi hermana que falleció durante el parto. Suele pasar parte del verano con ellos, es una más de la familia.

—Te quieren mucho, se nota.

—Y yo a ellos —confesó colocando ambos servicios y haciéndole un gesto para que se sentara—. Es fácil conocerme a través de esta casa. No hay ni un solo rincón que no hable sobre mí, sobre la persona que soy y aquellos que me importan.

—Pareces feliz, pero también triste —comentó, quizá no debería haberlo pronunciado en voz alta, pero había una dualidad en el hombre que no llegaba a entender. Parecía vulnerable, incluso más que ella. Quizá era por el hecho de que la hubiera llevado a su refugio.

—Hay muchas cosas en mi vida que no han salido como esperaba que salieran.

—¿Te refieres a Kat? —preguntó, se arrepintió de inmediato, en cuanto la atravesó con la mirada, casi como si hubiera dado un golpe inesperado y doloroso—. Olvídalo, no tienes que responder a esa pregunta. Ha sido muy irresponsable por mi parte...

—No. Tienes derecho a preguntar, al fin y al cabo los amigos no guardan secretos.

—No necesito que me confies todos ellos, puedo apreciar que eres una buena persona y este lugar es un reflejo de ello. Si vieras el apartamento de Carter, me entenderías.

La casa de su ex era fría y elegante, igual que él, la de Rod estaba llena de calidez. El hogar al fin y al cabo era un reflejo de las personas que lo habitaban o que deberían habitarlo.

—Me alegro de no tener nada en común con ese desgraciado —pronunció dándole un bocado a su hamburguesa, que ya había acomodado ordenadamente en su plato—. Nunca traje aquí a Kat.

La confesión la sorprendió, no supo por qué. ¿Acaso iba a empezar a sentirse especial por el mero hecho de estar allí, compartiendo esta velada con él?

—Estoy invadiendo tu territorio, ¿no?

—En realidad, me apetecía venir aquí. Me recuerda a otro momento de mi vida, en el que pensaba que cualquier cosa se conseguía con el suficiente esfuerzo, pero jamás pensé que las emociones eran autónomas y a menudo esquivas. Kat no encaja en esta vida prediseñada, de hecho cuando le dije lo que sentía estuve tentado de ponerla a la venta.

—Pero no lo hiciste —aportó Sam.

—No, no lo hice. Katharina es un alma libre, siempre lo ha sido, no sería feliz en este tipo de hogar o eso pensé entonces. Se ha establecido con Tony y supongo que su mansión es mucho mejor que esto, pero... tampoco va con ella. No va a aguantar mucho tiempo.

—Y volverá cuando menos te lo esperes —comentó con apenas un hilillo de voz.

Era un hecho. Si la mujer era lista, volvería y, cuando lo hiciera, Rod ya no tendría tiempo para dedicarle a esta incipiente amistad. Moriría antes de haber tenido tiempo de empezar.

—No lo sé, quiero pensar que lo hará.

—¿La quieres mucho? —inquirió, no quería hacerle daño, pero necesitaba escucharlo para ahogar todas las esperanzas que habían empezado a tomar forma en su corazón.

—Muchísimo. Quería casarme con ella, tener una familia con ella... —se levantó y abrió uno de los armarios de robusta madera que decoraba una de las paredes. Sacó un álbum de fotos que abrió ofreciéndoselo abierto por una página específica—. Esta es Kat —explicó, señalando su foto— y este es Duncan, su hijo.

Sam aceptó el libro, la encuadernación era preciosa y las imágenes demostraban momentos de felicidad absoluta. Había imágenes de ellos juntos, como si formaran una familia y la verdad era que hacían una pareja encantadora.

—Encajáis —comentó—. Kat es muy guapa y su hijo parece muy simpático.

Dos personas perfectas con un niño risueño y feliz. ¿Por qué Kat no habría aceptado su propuesta de inmediato? Aquello era el sueño de cualquier mujer.

—Kat no piensa lo mismo —comentó encogiéndose de hombros, como si ya no tuviera importancia.

—Pues es una auténtica pena, porque creo que podríais haber tenido hijos maravillosos —se esforzó en que su sonrisa fuera sincera y no le temblara la voz.

Podía soñar con un hombre como Roderick y con un hogar como aquel. Incluso con una familia con sobrinos y sobrinas, con reuniones anuales obligatorias y compañía para superar el día a día, las rutinas, los momentos bajos y compartir los buenos, pero necesitaba ser realista, esto no era para ella. No tenía padres, ni siquiera conocía el nombre de su progenitor masculino y su madre, aunque conocida, la había abandonado al poco de nacer en un contenedor de basura. Había vivido en acogida durante la mayor parte de su vida, pero nunca habían llegado a adoptarla. Había tenido dificultades de aprendizaje al principio y le había costado un gran esfuerzo llegar a convertirse en enfermera, pero el logro le había resultado muy satisfactorio.

Si hubiera tenido con quién compartirlo de forma sincera, habría resultado mucho mejor. Parte de su soledad tenía la culpa de que hubiera elegido tan mal a su pareja. Necesitaba sentir que formaba parte de algo, que compartía intereses comunes con alguien, por eso le había permitido traspasar todas las líneas de lo normal y se había convertido voluntariamente en una mujer maltratada, incluso si no se había dado cuenta de ello al principio.

—Te envidio, Rod. Puede que Kat y tú ya no estéis juntos, pero mira esto. Habéis tenido una relación sana y feliz, sin importar cuánto tiempo haya durado. Además, dudo que pueda mantenerse mucho tiempo lejos de un hombre como tú.

NO tenía apetito. No quería comer ni seguir hablando. Quería ocultarse en un rincón y lamentarse por su mala suerte.

—¿Estás bien? —había preocupación en su voz.

—Lo estaré, no te preocupes por mí. Necesito tomar un poco el aire, ¿puedo...? —hizo un gesto hacia las puertas francesas que daban acceso a un hermoso jardín.

Rod asintió.

—Por supuesto, pero ¿estás segura de que no quieres comer un poco más?

—Siento estropear tu velada, es solo que...

No pronunció nada, la ayudó a salir y le dio espacio. Nadie iba a molestarla allí, porque nadie sabía dónde se encontraba, estaba más que a salvo en aquel rincón del mundo y necesitaba preguntarse cómo había llegado hasta este preciso momento y qué iba a esperar de ahora en adelante de la vida.

No podía depender de Rod ni de ninguna otra persona, tenía que empezar a forjar su propia vida sin ayuda y si el miedo seguía empeñado en paralizarla, iba a tener que hacerle frente y cargarlo en una mochila a su espalda, pero sin permitirle dirigir su rumbo.

Puede que no consiguiera a Rod, que estuviera tan lejos de su alcance como la luna, pero observando todo aquello se había dado cuenta de que no era la única que estaba sufriendo. El hombre también tenía un enorme vacío en su vida y parecía estar a la espera de que su elegida regresara para llenarlo.

Deseó en silencio que pudiera conseguirlo, sin importar que eso implicara que volvería a estar sola. Las buenas personas merecían buena suerte y eso era todo lo que estaba dispuesta a aceptar.

La soledad iba a ser su regalo, la libertad, si conseguía librarse del loco que pretendía destrozar su vida.

Y estaba más que dispuesta a hacerle frente. Respetaría las opiniones de Miles y del abogado, pero iba a dejar de ocultarse en el apartamento. Iba a empezar con el pie derecho en su nuevo trabajo y también iba a esforzarse por disfrutar de la vida.

No sabía cuánto tiempo le quedaba por delante, pero fuera el que fuera, estaba cansada de vivir a medias.

Era hora de hacer realidad sus sueños y dar un paso al frente, sacando toda la artillería pesada.

Roderick observó la silueta de su nueva amiga, porque ya lo era, incluso si se había mostrado un poco reacio al principio, iluminada por el tenue reflejo de la luna. Aquel lugar había sido su orgullo en otro tiempo. Había dedicado horas a reformar la vieja casa, con ayuda de un amigo que tenía contactos en todas partes. Había conseguido hacer real la imagen que vivía en su mente.

Su antiguo trabajo no le había permitido mucho tiempo libre para disfrutarla o para encontrar

una compañera con la que compartir su sueño, pero nunca había sido capaz de rendirse al respecto. Durante unos meses estuvo tentado de venderla y seguir adelante, pero al final, la había conservado. Tenía que admitir que su hermana había tenido mucho que ver con la decisión.

Arrastró el álbum con las imágenes de Kat y Duncan y observó los recuerdos que aparecían reflejados en sus páginas. Quiso reprocharle a la sonriente mujer su ausencia y reclamarle que volviera y que, finalmente, le permitiera convertirla definitivamente en su compañera.

Estaba listo para dar un paso fuera del Pleasure's, del mismo modo en que lo había hecho Gabe, y dejar el control absoluto a Damien y la nueva generación que, poco a poco, iban preparándose para tomar el relevo.

Ojalá tuviera una oportunidad con la mujer que amaba. Ojalá dejara a un lado su tozudez y su necesidad de hacer todo a su manera, para permitirle entrar en su corazón y compartir su vida.

Su cerebro le decía que Katharina no era una aspirante a esposa y dirigir esta casa mientras él iba al hospital a traer nuevas vidas al mundo y cuidar de que el proceso siempre resultara un éxito para todos los implicados, pero una parte de sí le recordaba constantemente que esa fantasía en particular era un imposible.

Su corazón no quería escuchar a su cerebro. No le apetecía aceptar de forma definitiva que se había marchado para imponer distancias y que no tenía ninguna intención de volver con él.

Observó de nuevo a Sam. No se había movido del lugar, estaba tan quieta que se preguntó si se encontraría bien. No hacía calor, más bien al contrario, las primeras nevadas comenzarían pronto y la temperatura estaba apenas un par de grados sobre cero.

Se preguntó si era el momento de salir y rescatarla, pero tampoco quería imponer su presencia. Dios sabía que la pobre chica necesitaba un momento para debatir consigo misma, sin que nadie a su alrededor la hiciera sentir cohibida o presionada.

Había visto el anhelo en su gesto al entrar en el que siempre soñó su hogar y se había sentido bien, pero también culpable por traerla aquí. Como si estuviera sacudiendo un caramelo frente a ella, dejándole claro que no iba a permitirle tenerlo.

Le gustaría pensar en ella como lo hacía en Kat, que la asustadiza mujer fuera su tipo, pero no podía ser. El corazón no tenía un interruptor que pudiera presionarse para cambiar de parecer y, según sus mejores amigos, era un poco tozudo en lo que a sus decisiones se refería.

Tampoco era responsabilidad suya hacerla feliz, estaba allí solo para protegerla y si bien era cierto que había empezado a desarrollar un sentimiento empático y afectuoso hacia Sam, no quería que pudiera entender mal sus intenciones y empezar a desear algo que jamás podría darle.

Además, sentía lástima por ella y estaba seguro de que no era la mejor de las emociones en las que fundamentar una relación duradera.

Recogió los restos de la improvisada cena, no había sido algo especial, la hamburguesa estaba reseca y el sabor era muy mejorable, pero la comida rápida no era para paladares selectos,

de eso no había ninguna duda.

Se preguntó, mientras su cuerpo trabajaba con el automático, si podría ofrecer algo que marcara la diferencia en la vida de la mujer que estaba allí sola, de pie, en su jardín trasero, inmóvil y quizá pensando en todos los golpes que le había dado la vida.

Más allá de ayudarla con el trabajo y convertirse en una especie de escolta y tosco amigo, ¿qué más podía hacer un médico retirado que dedicaba a matar sus horas con sexo sin sentido?

La miró cuando comprendió que quizá esa ocupación suya, que se había convertido en rutina, más que en algo especial, podría ser un modo de ayudarla a recuperar la confianza en sí misma. No sería la primera vez que ayudara a alguien a romper con sus fronteras y darle una patada a cualquier tabú o miedo. Podría demostrarle lo poderosa que era, lo fuerte que podía llegar a ser. Podía permitirle llevar las riendas de una relación sexual sana y satisfactoria plagada de camaradería entre los dos.

Se preguntó cuál sería su reacción ante una propuesta de sexo sin compromiso. Había percibido la forma en que lo miraba, como si se sintiera atraída por él y no sería la primera vez que se dejaba llevar por el placer con una amiga.

Además, tenía que admitir que, aunque no era exactamente su tipo, tenía algo que captaba su atención de una forma inexplicable y que le llevaba a preguntarse si podrían estar juntos de esa manera aunque solo fuera una vez.

¿Se sentiría insultada por su oferta? Había intentado explicarle que no era ningún tipo de prostituto, pero eso no significaba que en su mente pudiera llegar a identificarlo como algo muy parecido. ¿Qué excusa podría poner para entregarle algo auténtico y despreocupado como el sexo más satisfactorio?

Avanzó en su dirección, atravesó las puertas de cristal y se detuvo justo a su lado. No meditó demasiado en lo que hacía, se limitó a pasar un brazo por sus hombros y acercarla a él.

—Aquí fuera hace frío. ¿No quieres volver dentro?

—Me gusta el frío, me recuerda que soy capaz de sentir cualquier cosa además de dolor y miedo. —Su voz fue apenas un ronco susurro cargado de lágrimas sin derramar—. ¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Por qué nos arrebatara aquello que más deseamos, cuando parece que por fin hemos logrado alcanzarlo?

No lo miraba, sus ojos estaban fijos en las estrellas que titilaban tímidas en el cielo nocturno. La luna brillaba en todo su esplendor y la brisa helada azotaba sus rostros y mecía el cabello de Sam dándole un aspecto casi místico.

—Mientras estemos vivos, habrá esperanza.

—No puedo seguir escondiéndome —dijo la mujer dirigiendo una intensa mirada hacia él. Estaba completamente decidida, pudo verlo, a pesar de que el terror amenazara con engullirla—. No puedo permitir que se salga con la suya, incluso si al final consigue matarme. No quiero que

sea consciente de que vivo con miedo por su causa. Me encantaría mirarlo a los ojos y demostrarle que soy feliz, que estoy viva y que tengo un futuro sin él. Uno bueno y que soy capaz de cualquier cosa, que no lo necesito y que no lo quiero.

—Entonces, hazlo. Vive, Sam. Nadie sabe cuándo va a morir, nadie. No importa lo bien que te vaya la vida, no es un seguro, confía en mí. Sé de lo que hablo.

—Quiero el sueño completo, Rod. Una casa preciosa, un perro, algunos niños y quizá alguien con quien compartirlo, pero la verdad es que a estas alturas, no me importa no tener un hombre en mi vida. Hay otras opciones, solo tengo que superar este bache. Librarme de ese idiota que ha jugado a ser Dios y que ha desbaratado mi autoestima y ha jugado con mi mente.

—No estás sola en esto, vamos a ayudarte.

—Ya habéis hecho más que suficiente. Ahora me toca a mí.

Roderick quería lanzar su propuesta, tenía que hacerlo, porque sentía que sería algo beneficioso para ambos. Quizá estar con él, compartir sus cuerpos, la ayudaría a recuperar parte de la confianza en sí misma.

—Me gustaría invitarte a pasar una noche conmigo en una de las habitaciones temáticas —pronunció buscando su mirada en la quietud de la noche—. Sin compromisos, solo placer.

—¿Me ofreces sexo por lástima? —preguntó como si acabara de soltar una bomba de relojería sobre ella.

—No. Te propongo pasar un buen rato juntos, tengo experiencia suficiente como para conseguir que los dos nos olvidemos del dolor que nos desgarró el alma durante unas cuantas horas de placer compartido.

—No soy del tipo de mujer que tiene sexo porque sí. Necesito una conexión emocional...

Roderick acarició su espalda y la acercó un poco más a él. Quizá no fuera una buena idea, pero lo cierto era que según iba tomando forma en su mente, le apetecía darse ese pequeño gusto.

Sí, estaba furioso con ella, al menos una parte de su ser lo estaba, pero no era culpable de nada. Era solo un idiota anhelando a una mujer que ni siquiera le había dedicado una segunda mirada cuando se había largado, dejándolo atrás sin remordimientos. Samantha solo era el chivo expiatorio y no era justo.

Además, tenía algo que captaba su atención y lo intrigaba. Una mezcla de fragilidad y fuerza que no llegaba a comprender. Vagaba entre ambos extremos, a la espera de ver cuál de ellos resultaba vencedor.

—¿Qué conexión puede ser más fuerte que la de dos amigos que están sufriendo porque otras personas han decidido desgarrarles el corazón? No te estoy ofreciendo consuelo sin recibir nada a cambio, también lo estoy buscando.

—¿Por Kat? —preguntó casi con rebeldía.

Rod no pudo evitar una sonrisa.

—Nunca os confundiría. No quiero que la sustituyas. No quiero follar con Kat, no ahora. Lo único que pretendo es librarme del dolor que arrastro, de los errores de mi pasado, durante unas cuantas horas.

Samantha empezaba a titubear, podía verlo.

—No quiero tener sexo en el club. Lo siento, pero tengo la sensación de que eso solo serviría de munición para el idiota de Carter.

—No puedes dejar que siga controlando tu vida.

—Y no lo quiero hacer, pero tampoco voy a permitir que me utilice para haceros daño, cuando habéis sido las únicas personas que me han ofrecido refugio sin pedirme nada a cambio.

Rod acarició su mejilla con el dorso de su mano libre, al tiempo que la acercaba a su pecho y sonrió un instante antes de bajar a su boca para besarla con una ternura que no solía compartir con la mayor parte de sus amantes ocasionales.

Sam se derritió contra él. Al principio estaba tan rígida que temió que pudiera romperse, pero en cuanto empezó a jugar con su lengua y a acariciarle con las yemas de sus dedos la nuca, fue relajándose poco a poco y disfrutando de su contacto.

Incluso gimió en su boca. Solo necesitó un beso para desarmarla.

O eso pensó, hasta que sintió cómo se alejaba de él y ponía al menos un metro de distancia entre los dos rompiendo el contacto.

—No tienes que hacer eso, Rod.

—Los dos lo deseamos. No tiene por qué ser en el club —hizo un gesto hacia la puerta entreabierta—. Vamos dentro, tengo una cama, alfombras mullidas, un sofá amplio... Incluso puse moqueta en la escalera, aunque no es un lugar tan cómodo o atractivo como parece en teoría, confía en mí.

Lo miró como si le hubieran salido cuernos y alas o echara fuego por la boca.

—¿Te has vuelto loco? ¡No soy tu tipo! Ni siquiera te caigo bien.

—Eso no es verdad. Creía que habíamos dejado claro que...

—No hay nada claro. No tengo nada para ofrecerte. Mírame, el único hombre de mi vida me destrozó en todos los sentidos. Emocional, física y psicológicamente, ¿de verdad crees que estoy preparada para esto?

—Es solo sexo, Sam, y buen humor. Amistad.

La vio morderse el labio, incapaz de ocultar su nerviosismo. Se movía de un lado a otro y se pasaba las manos por el pelo, como si estuviera tratando de decidir o de encontrar un motivo para desanimarlo.

Sin embargo, cuando Rod tomaba una decisión hacía lo que fuera para salirse con la suya. No iba a ser esta una excepción.

Se acercó a ella y tiró de las solapas de su abrigo, para acercarla más a él.

—Deja de pensar, disfruta del momento. Solos tú y yo, lejos de todo, en una burbuja de fantasía que terminará cuando concluya la noche.

—¿Una sola noche?

—Sin compromisos.

—Me odiarás por la mañana, sentirás que te he arrebatado algo más, además de lo que ya le he quitado a Kat.

—El apartamento estaba libre, no le has quitado nada.

—Pero...

—No soy virtuoso, nena. Soy un tipo que respira sexo y buen humor, siempre lo he sido. Pregúntale a cualquiera.

Bien, eso no era completamente cierto, pero no importaba. Esta noche sería cualquier cosa que Sam necesitara, porque sentía que así debía ser.

—Si te decepciono... —empezó armándose de valor para devolverle la mirada.

—No vas a hacerlo.

Samantha levantó una mano, acallándolo. Veía que esto era importante para la chica, así que le permitió terminar su aseveración.

—Si te decepciono, te lo guardas para ti. No quiero que compartas conmigo lo inútil que soy en la cama y lo poco que te satisfago, ¿está bien?

Sintió un nudo en la garganta y un profundo pinchazo en el corazón. ¿El idiota de su ex le habría dicho esas cosas?

—Si no te doy lo que necesitas —respondió él—, tienes mi permiso para exigírmelo tanto como desees. Personalmente creo que un tipo que se siente decepcionado es porque no es capaz de encontrar la manera de llegar a su mujer. Demasiado rápido, torpe y egoísta.

—Rod...

—¿Sam?

—Solos tú y yo, como si el pasado no existiera y el futuro no tuviera importancia.

Roderick asintió.

—Una noche de placer y consuelo mutuo —aseguró ofreciéndole una mano.

Los dos sabían que una vez que se aferrara a él, la decisión estaría tomada.

Pasaron unos segundos en los que su propio corazón pulsaba con fuerza, podía sentirlo en cada dedo, en la garganta, su pecho parecía a punto de explotar, entonces sucedió. Sus dedos se enlazaron y supo que el reto había sido aceptado y que esta noche iba a ser diferente y especial.

Un calambre atravesó su brazo diciéndole sin palabras que este momento iba a cambiar algo en su vida, quizá de forma radical.

CAPÍTULO 11

Damien intentaba concentrarse en conducir y no en la mujer que iba a su lado en el asiento del copiloto. Parecía un poco incómoda, el silencio entre los dos se había extendido demasiado y ninguno sabía muy bien cómo romper el hielo.

Los niños iban a quedarse con Miles en el campo, acababan de dejarlos allí y estaba claro que Gwyneth no se sentía del todo bien con la decisión. ¿Quizá tenía dudas sobre su palabra?

—Estarán bien. Miles es de fiar y Warren va a quedarse para echar una mano durante unos días. No tiene clases y le vendrá bien la tranquilidad de la casa de campo para ensayar y preparar los exámenes de la universidad. No hay nada de lo que preocuparse.

—No es por eso... —respondió con un suspiro—. Es que... va a sonarte ridículo, pero siento como si hubiera dejado atrás una parte de mi cuerpo. No suelo separarme durante más de unas horas de ellos y ahora van a ser unos cuantos días, quizá un par de semanas, siento un vacío profundo en el corazón y me duele.

No lo miraba, su mirada estaba fija en la luna delantera, pero no parecía estar mirando nada concreto, tan solo vagando demasiado concentrada en sus propios pensamientos.

—Sé cómo te sientes. Cuando Piper murió... —Se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se forzó a callarse. Hablar con Gwyneth siempre había sido muy sencillo, abrir su corazón y contar aquello que debía guardarse solo para sí, como si la otra mujer fuera su confidente. No debía ni quería hacerle aquello—. Perdona, no debería estar hablando de eso.

—No me molesta, nunca lo hizo. Piper fue el amor de tu vida, tú y yo tuvimos una intensa aventura. No es lo mismo.

No, no era lo mismo, pero ambos sabían que había habido algo a lo que se habían negado a ponerle nombre. Algo incluso más intenso que lo que había sentido una vez por Piper y eso lo había asustado tanto que lo había forzado a salir huyendo.

Gwyneth lo sabía, porque lo conocía, y jamás lo había presionado.

—Tienes a Warren, entiendes lo que te digo.

—Hace unos meses pensé que lo habían asesinado y fue el peor momento de mi vida.

—¿Qué sucedió? —preguntó con preocupación.

Aferró con más fuerza el volante, sin apartar la vista de la carretera.

—Fuimos objetivo de una mente perturbada. El hijo de Strider se obsesionó con Brenda, la esposa de mi amigo Gabriel. Lo conociste en Prometheus —aclaró—, aunque su verdadero objetivo era yo. Todo el tiempo pretendió destruirme, así que eligió algunas herramientas erróneas para hacerlo. Aunque se perdieron algunas vidas, Brenda y yo sobrevivimos. Estuve cerca de no hacerlo —comentó—, pero soy duro de matar.

—La segunda vez que vences a la muerte, ¿eh? —intentó bromear, aunque no había mucho deseo de diversión en este momento, por parte de ninguno de los dos—. Ha tenido que ser duro para ti.

—¿Qué me cuentas de tu situación? ¿Tienes alguna idea de quién pudo sacarte de la carretera? Cambió de tema, no tenía ganas de seguir hurgando en las viejas heridas del pasado.

—Sé exactamente quién fue, pero no puedo probarlo.

—¿Vas a compartir la información conmigo en algún momento?

—Voy a contarte mis planes, sí. Te diré todo lo que necesitas saber.

—¿Estás segura de que es una buena idea quedarnos en tu casa?

Gwyneth lo miró, pudo sentir la intensidad de ese lejano contacto sobre su piel, lo que incendió su sangre como nada más podía hacerlo.

—Voy a recoger todo y a deshacerme de la casa, pero mientras termino con la mudanza, quiero que nos quedemos allí. Tiene que pensar que se ha salido con la suya, que crea que estoy tan asustada que voy a largarme sin presentar batalla. No voy a dejar que ese malnacido siga delinquiendo impunemente.

—¿Supongo entonces que es un hombre?

—Un tipo con bastante poder en el mundo de las nuevas tecnologías. Creó una aplicación que le ha reportado bastante dinero, pero ha estafado y mentido para quedarse con todos los beneficios y con la patente. En realidad, no es el creador, sino que robó el proyecto a un par de chavales universitarios, a los que amedrentó cuando fueron a la policía para denunciarlo. Mi deber consistía en sacar sus mentiras a la luz y demostrar que es un ladrón. La verdad es que no esperaba que la situación se complicara. Teníamos las pruebas y parecía un caso que caería por su propio peso, pero no fue así. Cuando empezaron las amenazas, me preocupé. Cuando apalearon a Mich, supe que tenía que cambiar mi proceder, ser más sutil y discreta. Le rompieron una pierna y lo machacaron a conciencia. Robert me dijo que lo dejara, porque sus vidas eran más importantes que unos cuantos millones, que si habían creado una, crearían otra mucho mejor, de hecho ya estaban en ello. Se asustaron, pero...

—Tú nunca te rindes. Siempre has sido una justiciera.

—No soporto a los criminales de ningún tipo. Pensé que esta rama de la investigación estaba libre de agresiones y amenazas, me equivoqué. Mich y Robert hicieron las maletas y se trasladaron a otra universidad, pero seguí investigando por mi cuenta y descubrí que no son los únicos estafados. Tyler Elliot ha robado la mayor parte de sus supuestas creaciones, hay denuncias para probarlo y también agresiones a los denunciantes que, en la mayor parte de los casos, quedaron como ataques fortuitos. No pudieron relacionarlos. El malnacido de su abogado es tan malo como él, no tiene escrúpulos, ni tampoco los tienen sus matones.

—¿Por qué no lo dejas?

—Porque ya ha jodido la vida de suficientes personas. El dinero no...

—Respira profundo y relájate. No va a servir de nada que te alteres. Creo que te vendría bien una buena sesión de sexo.

—No, gracias —se apresuró a contestar Gwyneth—. Me va mucho mejor la vida desde que practico la abstinencia.

Damien enarcó una ceja.

—¿En serio te crees esa patraña?

—No me lo creo, lo sé. Estoy más feliz, más tranquila y más satisfecha que nunca antes. Que a ti te funcione, no significa que para el resto de nosotros valga dos mierdas.

Estaba irritada, cansada y dolida por todo lo que estaba viviendo. Además, acababa de dejar a sus niños a cargo de unos desconocidos tan solo fiándose en su palabra, estaba claro que no podía tomar en cuenta ninguna de sus palabras. No pretendía hacerle daño, solo estaba desahogándose.

—Podría hacerte cambiar de idea.

—No quiero arriesgarme a quedarme embarazada y resulta que sé que no hay ningún método infalible. ¡Estaba tomando la píldora y tuve gemelos! —negó con la cabeza, como si todavía no pudiera creerlo—. Adoro a mis hijos, pero la mayor parte de los días me arrastro de un lado a otro. Me duplican la energía y no creo que pudiera sobrevivir a un tercero. En serio.

—¿Cuánto tiempo llevas disfrutando de la ley seca? —inquirió tratando de aliviar la seriedad que parecía haberse instalado en la íntima atmósfera del coche.

—Eso no importa.

—A mí sí me importa. Vamos, satisface mi curiosidad. ¿Cuánto tiempo?

Gwyneth soltó un largo suspiro y se removió en el asiento, al final, cuando pensó que tendría que presionarla un poco más para sonsacarle la información, habló:

—Desde la última vez que tú y yo estuvimos juntos —lo miró con una advertencia, lista para pelear—. Que no se te suba a la cabeza.

—Me temía que fueras a decir eso —maldijo en voz baja y detuvo el coche, aparcó a un lado de la carretera, en la oscuridad. Por suerte era de noche, con lo cual no tenía que preocuparse porque los vieran haciendo algo indebido.

—¿Qué estás haciendo?

—Reparar un viejo error del pasado —La miró a los ojos y gruñó—: Sal del coche.

—Te recuerdo que hay un loco siguiéndome que quiere matarme, no voy a salir del coche.

—Voy a acabar con las imágenes de la última noche —le aclaró. Estaba decidido, había sido un cabrón con ella, no había tenido otro remedio, pero... en realidad, sí podía haber hecho las cosas de otra manera. Podía haberse quedado a su lado y no haber desaparecido—. Sal del coche para que pueda compensarte.

—No voy a follar contigo sobre el capó en medio de ninguna parte, Damien. No soy aquella mujer, ya no. Ahora he crecido, tengo responsabilidades y no pienso tener sexo con un amante de otros tiempos que encima parece ser que me dejó embarazada. Aleja tu arma de mí —advirtió señalando su entrepierna, que estaba más que lista para salir a dar batalla.

—Gwyneth...

—Ya vale, Damien. Esto es serio.

—No puedes seguir empeñada con eso de la abstinencia, no es bueno para nadie y es por mi culpa. Tengo que resolverlo.

—No —negó con convicción—. Arranca el puto coche y llévame a casa, sabía que pedir tu ayuda no podía ser una buena idea.

—No podría dejarte embarazada, ya no. Me hice una vasectomía en cuanto me largué de Prometheus.

—¿Qué?

—Pocos meses después dejaron a una criatura en mi puerta, Amber. Supe que tenía que cortar por lo sano, ya que no estaba dispuesto a abandonar el sexo y tampoco a esparcir por ahí un montón de hijos no deseados.

Gwyneth se apartó todo lo que pudo de él, como si la hubiera golpeado.

Damien maldijo por su torpe intervención.

—No hablo de tus hijos. Solo...

—No fueron deseados, es cierto, pero no me he arrepentido ni una sola vez de haberlos tenido. Son mi vida y no cambiaría nada de ellos, nada —negó y se rio, pero no había diversión, sino resignación—. Nunca te pediría nada para ellos, si no fuera por...

—Te juro que jamás los abandonaré. Si algo te sucediera, encontraré la manera de que permanezcan a salvo.

—¿Lo juras? —inquirió, parecía ser lo único que la preocupaba.

—Lo juro. También juro que voy a romper con tu promesa de abstinencia, cuando menos te lo esperes.

—No va a pasar.

—Tú deja al experto, cariño. No lo verás venir...

CAPÍTULO 12

El teléfono de Roderick los despertó poco después del amanecer. Samantha no había sido capaz de dormir demasiado, tras la noche de diversión, risas y sexo que acababa de compartir con el hombre que gruñó al teléfono medio dormido.

Quizá por costumbre, quizá porque seguía sin creer que hubiera sucedido aquello que jamás se habría atrevido a imaginar, pero los nervios y la extrañeza de compartir la cama con alguien, sin esperar que ese alguien le hiciera daño de alguna manera, la habían mantenido con los ojos abiertos y fijos en las pequeñas franjas de luz que atravesaban las elegantes cortinas de la ventana del dormitorio principal.

La noche anterior no se había fijado demasiado en lo que había a su alrededor, pero ahora se dio cuenta de las fotos, los muebles, algunos adornos pintorescos y la esencia que desprendía cada detalle de la estancia.

Se levantó mientras Roderick le daba la espalda y se ocultó en el baño. No quería que la viera a la luz del día. La fealdad de sus cicatrices la avergonzaba, ojalá nunca se hubiera dejado llevar por la necesidad y el deseo tan ajenos a ella como la agradable compañía de la que había disfrutado.

Había sido solo una noche, pero vaya noche. La atesoraría para siempre en su memoria.

En el momento en el que tomó su mano, Roderick la atrajo hacia él y la levantó en brazos como si no pesara nada. Todavía le dolían las costillas, pero apenas si lo sintió. Fue delicado en extremo y su experiencia consiguió que disfrutara del sexo por primera vez en su vida. No hubo dolor, solo placer y buena compañía. Hubo risas y besos ardientes. Se compartieron mutuamente y una parte diminuta de su ser, se llenó de esperanza y sueños imposibles.

Imágenes que jamás se harían realidad.

Deseos que no podrían cumplirse.

Promesas silenciosas que se desvanecerían en cuanto el sol brillara en lo más alto y estaba conforme con eso, lo entendía y lo aceptaba. Había sido especial y lo atesoraría como el tesoro que era en sus recuerdos.

Se duchó lamentando deshacerse del aroma de Rod, pero sabiendo que tenía que enfrentarse al mundo como la nueva y renacida Sam. No tenía nada que ver con el hombre que estaba al otro lado de la puerta y todo con lo que era en realidad ella. Se había dado cuenta de que poseía el mismo poder que cualquier otra mujer. Podía poner de rodillas al hombre adecuado en el momento preciso y compartir una experiencia especial y equitativa, una relación equilibrada, tan solo eligiendo al compañero apropiado.

Roderick le había entregado algo especial y único y jamás podría pagárselo.

Tres toques en la puerta le indicaron que Rod tenía algo que decirle. Tomó la toalla y se envolvió en ella, abrió la puerta apenas una rendija preguntándose si recibiría un beso de buenos días o una repetición de la noche anterior, con las expectativas dándole un vuelco al estómago, pero no sucedió nada de eso.

Roderick la miró adormilado y dijo:

—Vístete, tenemos que volver al club.

—¿Ha pasado algo? —La preocupación que surgió en su voz fue más que genuina. Estaba claro que las noticias que había recibido no le habían alegrado el día.

—Solo vístete, saldré a comprar algo para desayunar mientras te arreglas.

Toda la ternura que habían compartido durante la noche se había esfumado como si jamás hubiera existido. Pero... ¿qué esperaba? Ese hombre hacía esto a diario, con más de una mujer, quizá hasta con algún hombre. ¡Quién sabía! No lo conocía lo suficiente como para afirmar algo.

Asintió.

—No tardaré, no necesitas comprar el desayuno. Podemos desayunar de camino.

Roderick se encogió de hombros.

—Como quieras.

Sam cerró la puerta y se apoyó en ella conteniendo un sollozo. No era el momento de lamentos, tenía que salir de allí con la cabeza muy alta, porque no había hecho nada malo.

—¡Sam! —escuchó la voz de Rod desde el otro lado de la puerta, así que volvió a abrir. El hombre la miró con intensidad y negó, con un suspiro entró en el baño junto a ella y la atrajo a sus brazos, la besó, a la luz del día, como si deseara hacerlo—. No me arrepiento de lo de anoche, fue increíble. Tú estuviste magnífica y debes saber que pase lo pase entre nosotros de ahora en adelante, no será por tu culpa.

—¿De qué hablas, Rod? —preguntó, la excitación y el miedo se mezclaron en su interior y no supo muy bien cuál de los dos había ganado.

—De nada. Vístete, te esperaré abajo.

—Sí, vale.

No lo entendía, pero lo deseaba. No solo físicamente, sino que su corazón anhelaba compartir su vida con este hombre. ¿Qué clase de mujer era? Después de la pesadilla que había vivido con Carter, se había lanzado sin paracaídas a los brazos de otro tipo que no tenía más interés en estar a su lado del que había tenido su ex. La única diferencia era que Rod no se escudaba en su tamaño o en su fuerza superior para hierla, había compartido placer con ella y buenos momentos, pero eso había quedado atrás. Había dejado claro que las cosas iban a cambiar, incluso si no lo había dicho directamente.

«Los cuentos de hadas no son para ti», dijo al espejo al tiempo que dejaba caer la toalla y observaba el feo tono de la piel amoratada y las marcas de lo que parecían garras en su estómago,

recordó el momento en que Carter había utilizado su cuchillo, advirtiéndole que iba a dejarla marcada para que recordara a quién pertenecía.

Tenía que desterrar esos pensamientos. Ya no tenía poder sobre su vida o sus miedos, no iba a permitirle vencer.

«Eres una mujer fuerte y sexy », repitió con toda la convicción que fue capaz de reunir.

Y si no empezaba a creerse esas palabras, estaba perdida. Como no se quisiera un poco más ella misma, los demás seguirían pasándole por encima y pisoteándola, como si no sirviera para nada.

Rod le había demostrado que podía conseguir cualquier cosa que deseara y estaba lista para presentar batalla.

Roderick se sentía como un tigre enjaulado. La noche anterior habían pasado cosas que no tenía previstas. Venir a la casa que había formado parte de su doloroso pasado, mostrársela a una mujer que no debía quedarse en ella, porque no tenían un futuro juntos y compartir su cama con alguien tan diferente a él y con unas aspiraciones tan distintas que le hacía preguntarse en qué había estado pensando.

No se arrepentía, no le había mentado cuando había pronunciado esas palabras. Nunca el sexo había sido tan dulce, tan emocional. No había amor entre ellos, pero había existido una delicadeza y una manera especial de compartir un momento tan íntimo que se preguntó cómo era posible que a pesar de todas las veces que había hecho eso mismo, no hubiera sentido nada parecido.

Ni siquiera con Kat.

Katharina era apasionada y divertida. Sus intercambios sexuales eran calientes y entre ellos no existían los límites o tabúes. Habían roto con cualquier tipo de complejo entre ambos y se entendían. Sabían exactamente qué le gustaba al otro y cómo darse placer. Kat y él conectaban como no lo hacía con nadie, ni siquiera con Sam, que parecía temerosa de hacer algo incorrecto que lo llevara a molerla a palos.

Lo había visto en sus ojos, pero había conseguido eliminarlo bastante rápido. Una vez rotos los diques y los recuerdos pasados, cuando logró que se concentrara en este momento y en él, se dio cuenta de que el sexo con Sam no tenía nada que ver con el resto de su vida y lo asustó y lo satisfizo y le hizo darse cuenta de que todavía le quedaba mucho por aprender.

Por extraño que pudiera parecer.

Estaba nervioso y la llamada de Gabriel no había ayudado. Le había explicado que las cosas se iban complicando otra vez. Damien había tenido que salir de la ciudad, Miles y Warren tenían un serio encargo y Stephen acababa de llamarlo para informarle de que una mujer que aseguraba que formaba parte del Pleasure's había hecho acto de presencia y se había instalado sin escuchar

sus advertencias en el apartamento que estaba ocupando Sam.

Katharina estaba de vuelta y eso suponía un gran problema y quebradero de cabeza. ¿Qué iba a decirle a la mujer que había compartido esa noche su cama? ¿Qué podría convencer a Kat para que no instigara un problema con su llegada?

Sabía que el enfrentamiento no iba a ser agradable y todo eso le ponía los pelos de punta. Tenía que llegar a Katharina antes de que Sam se diera cuenta de lo que estaba pasando.

No tenía ni idea de cómo lograr semejante hazaña sin herir a alguno de los implicados.

—Podemos marcharnos cuando quieras —comentó Sam a su espalda.

Se giró y la observó. Había un aura diferente rodeando a la mujer esa mañana, como si hubiera desatado algo en su interior. ¿Era posible que hubiera estado allí siempre y simplemente no hubiera prestado la suficiente atención como para verlo? Siempre había sido un hombre observador, pero con ella había metido la pata más de una vez. Se daba cuenta de ello y no podía dejar de repetirse que tenía que volver a ser el Rod de siempre. Eso si lograba recordar alguna vez, cómo era el de siempre.

Porque lo cierto era que estaba bastante perdido, incluso ahora. En el lugar que había elegido para crear su familia, el lugar que había llenado con las imágenes que habían poblado en otro tiempo sus sueños. El hogar en el que Samantha parecía encajar perfectamente, lo que provocaba que un escalofrío bajara por su espalda y lo alertara.

Si Kat estaba de vuelta, las cosas estaban a punto de complicarse y no tenía ni idea de cómo comportarse.

Había días en los que un hombre, solo debía quedarse en la cama un poco más, hasta que todo se arreglara por sí solo.

—He recogido el cuarto de baño y he hecho la cama —comentó Sam—. Espero que no te moleste. Encontré sábanas limpias en el canapé y las sucias las he dejado en el cesto de la lavandería.

—No tienes por qué... —guardó silencio. Estuvo a punto de decir que no tenía por qué cuidar de él, como si alguna mujer alguna vez hubiera intentado hacerlo. Habitualmente las féminas que llegaban a su cama se convertían en seres dependientes que hacían cualquier cosa que él exigiera, cuando la fantasía terminaba se largaban sin mirar atrás. No recordaba que nadie hubiera hecho por él algo tan sencillo como ocuparse de la cama. Y la ocasión se había dado, de eso estaba seguro.

—Es una vieja manía. No puedo abandonar una habitación sin dejarla ordenada.

—¿Por qué?

La seguridad recién adquirida pareció retroceder un grado y el rostro de la chica se sonrojó, bajó la mirada avergonzada y negó.

—Lo siento, no debería haberme entrometido.

—No estoy reprendiéndote, Sam. Lo que pasa es que sigo sin entenderte. Ninguna de las mujeres de mi vida se parece a ti.

—Ninguna es tan normalita como yo, querrás decir. Te agradezco mucho el regalo que me has entregado. Nunca lo olvidaré —se mostraba nerviosa, se retorció las manos y evitaba mirarlo directamente—. Ahora deberíamos irnos. Me pareció entender antes que teníamos prisa.

Se moría por besarla, lo deseaba tanto que sentía cómo le cosquilleaban los labios, sin embargo, no lo hizo. Era una mala idea, no podía darle alas, sabiendo que una relación entre los dos era imposible.

Y estaba Kat. Si había regresado...

¿Por qué no tenía tanta prisa por ir a ella? ¿Quizá estaba resentido y esperaba que sufriera un poco por todo el dolor que le había causado con su marcha?

—Sí, tienes razón —aceptó recogiendo las llaves del coche del cesto que su hermana había colocado en el pequeño aparador que su cuñado había encargado de forma específica para su entrada—. Siempre me cuesta marcharme de este lugar —confesó en voz alta, porque era cierto, pero también porque pretendía hacer un poco más de tiempo.

—¿Por qué no vives aquí?

—Porque no soy digno de hacerlo —las palabras escaparon antes de que pudiera contenerlas; Samantha reaccionó como si le hubiera dado un golpe.

—Eso es imposible. No hay nadie más... bueno.

—No sé si esa calificación es de mi agrado —sonrió—, pensé que ibas a decir sexy, atractivo, inolvidable...

—Prueba con leal, confiable, honorable, inteligente, generoso... podría seguir, pero estaríamos aquí toda la mañana y según creo nos están esperando en otra parte.

Los ojos de Roderick brillaron emocionados, a pesar de que no había sido demasiado generoso con Sam. De hecho se había comportado como un tipo egoísta y desagradable en más de una ocasión.

—Vas a conseguir que me sonroje —admitió tomando su mano para guiarla fuera.

Programó la alarma de la casa y se aseguró de cortar la luz y cerrarla. No quería que hubiera accidentes en su ausencia, aunque no tenía por qué suceder, no estaba convencido de que volviera aquí pronto.

Ni siquiera estaba seguro de volver alguna vez...

—¿Qué tal tus costillas y el brazo?

Samantha observó la escayola y sonrió.

—No me he vuelto a acordar de eso en toda la noche.

—Entonces, ¿has dormido bien?

Apartó la mirada, no supo muy bien si porque pretendía ocultarle algo o porque no quería

recordar las horas que habían pasado juntos.

—No soy dormilona, con cuatro o cinco horas tengo suficiente.

—Me alegro, porque dudo que hayamos logrado dormir hoy cuatro horas seguidas.

En cuanto perdieron de vista el barrio, supo que no iba a ir directamente al club. No quería que este intermedio en su vida, este momento en el que no tenía que preocuparse por ningún problema pasado ni el enfrentamiento con Kat futuro, terminara tan pronto.

—Vamos a ir a desayunar a un lugar especial, no nos desviaremos demasiado de nuestro camino. ¿Te parece bien?

—Estás al mando, Rod. Tú eres quién tiene prisa. No tengo otros planes que sentarme a darle vueltas a la cabeza y fustigarme por mis malas decisiones del pasado, aunque planeo mirar hacia el futuro con un cristal más optimista. Me lo debo —aseguró. No parecía estar hablando con él, sino más consigo misma y le agradó ver la decisión en su voz.

No era que una sola noche con él hubiera acabado con sus miedos y la vergüenza, pero era más que evidente que algo había ayudado. Parecía empezar a encaminarse por la senda correcta.

Sintió una gran satisfacción por haber sido el causante de ese minúsculo cambio.

—Todos tenemos que aprender del pasado, sin permitir que nos bloquee. Tenemos que arrastrar el conocimiento y el dolor, pero podemos hacerlo de una forma sana y saludable, asumirlo y avanzar.

—No soy tan valiente como tú.

—¿Valiente? Te equivocas, Sam. Llevo siete años huyendo de mi vida.

No había dicho nunca esas palabras en voz alta, pero siempre habían rondado su subconsciente. Sabía que era así, incluso si se negaba a admitirlo ante cualquier otro.

—Pareces satisfecho con lo que haces —respondió con decisión. Parecía más tranquila en su presencia, lo que ayudaba a que se sintiera más cómodo hablando con ella.

—No digo que mi vida en el *Pleasure's* sea mala, porque no lo es. Durante años ha sido muy estimulante, pero si te digo la verdad, empiezo a aburrirme. Quizá solo me estoy haciendo viejo. Una vez que sobrepasas la barrera de los cuarenta, la tercera edad empieza a quedar malditamente cerca y los sueños sobre una familia, una carrera respetable y un San Bernardo que se alegre cada vez que llegas a casa, queda cada vez más lejos. Como un deseo lejano y frustrado de juventud, que ya nunca se hará realidad.

—Creo que te equivocas, Rod —dijo Sam con valentía—. Lo que pasa es que no ves que has conseguido todo lo que mencionas. Tienes una familia maravillosa: Gabe y Brenda, Mallory, Stephen, Damien, Lou... No importa que no sea lo que esperabas, todos ellos van a dejar cualquier cosa que estén haciendo para acudir en tu ayuda, cuando los necesites. Incluso cuando no lo haces. Estoy segura de que son capaces de meterse en tus asuntos cuando te gustaría que nadie más lo hiciera. Tienes el hogar perfecto, una casa preciosa que es una fantasía hecha

realidad, está esperando a que des el paso en cualquier momento. Está llena de vida y de promesas. A veces no nos ofrece exactamente el cuadro de la manera en que lo habíamos soñado, pero no significa que no hayamos conseguido nuestros propósitos. Quizá de una manera diferente. ¿Y tu carrera? Eres un importante hombre de negocios. El Pleasure's tiene buena fama y siempre está lleno, ¿por qué crees que Carter se esfuerza tanto para desacreditaros? Porque no hay nada que se os pueda reprochar. Es un club elegante, sofisticado y legal. La gente se siente segura y sabe de forma instintiva que puede confiar en vosotros. Has conseguido todo lo que deseabas, solo que no como imaginabas que sucedería.

—No he tenido mujer ni niños, ¿y dónde está mi San Bernardo?

Sam sonrió y por una vez lo hizo de verdad.

—Te equivocas. Tienes todas las mujeres que quieres para pasar el rato y cuando el día termina, está Kat. Siempre estará, presente o no, siempre va a formar parte de ti. Volverá y cuando lo haga estaréis juntos y te sentirás completo. Tiene un hijo, he visto las fotos ¿recuerdas? Sé lo mucho que lo quieres. Son tu familia y lo han sido durante años. Lo del San Bernardo tiene fácil solución: adopta un cachorrillo en la perrera o en algún refugio, están deseando encontrar una familia. Si tuviera la certeza de que mi vida es segura, no dudaría en hacerlo.

Había hablado con tanta sinceridad que se vio forzado a tragar el nudo que tenía en la garganta, sobre todo por el anhelo que había en cada una de sus palabras. No aspiraba a nada para sí misma, pero estaba convencida de que él debía aferrarse a la felicidad.

—Echo de menos el hospital, por extraño que parezca. Hablé con Susan hace unos días y voy a reincorporarme en un mes, aunque supondrá que abandone mi actividad en el club. No tengo tiempo para un perro.

—Ojalá dejáramos de pensar que no tenemos tiempo, ¿no crees? Seríamos más felices.

Se removió en el asiento y miró por la ventana el lugar en el que se habían detenido, cuando sus miradas se encontraron la de ella estaba llena de sorpresa.

—¿De verdad me has traído a ver a Madame Gacela?

—¿La conoces? —inquirió sorprendido.

—Es una mujer entrañable. Me encanta su estilo alternativo, es una crack con la medicina natural y tradicional. ¿Sabes que suele hacer cursos para novatos?

—Lo sé —sonrió complacido.

Había conocido a la anciana hacía un par de años, cuando había sido capaz de reunir el valor para charlar con un grupo que apoyaba el parto natural en casa. Era muy escéptico al respecto, especialmente después de lo que había sufrido por una mala práctica, pero gracias a Madame Gacela consiguió comprender que si las cosas seguían el ritmo natural y se contaban con una serie de habilidades como las de la mujer, no era algo necesariamente abocado al fracaso.

—Sus desayunos son famosos —comentó Samantha.

Sí, lo eran, pero no la había traído aquí por eso. El pequeño café era un lugar de encuentro para almas perdidas. Madame Gacela hacía un poco de todo. Desde medicina alternativa, hasta leer el futuro en los posos del café o crear auténticas obras de arte en forma de pastel. Naturales y deliciosos. El té tampoco estaba nada mal y teniendo en cuenta lo mucho que lo odiaba, eso significaba algo.

—No le dejes tu mano —advirtió—. Predecirá media docena de niños y al menos dos o tres maridos. Seguramente, te quedarás viuda y vivirás sexualmente satisfecha hasta el último día de tu existencia.

Samantha se rio y lo hizo de verdad. Ni siquiera la noche anterior había parecido tan feliz, algo que le escoció pero también le satisfizo. Al fin y al cabo esa sonrisa la había conseguido él.

—Lo sé. Le gusta hacer creer a los estirados que es una vidente loca, nada más lejos de la realidad. Es la mujer más inteligente que he conocido en mi vida, la admiro y la respeto. Solía venir en mi día libre a visitarla, solo para escucharla hablar.

—¿Antes de Carter? —inquirió guiándola al interior.

—Oh, sí. ¿Sabes que intentó cerrar el local? Había algún pez gordo interesado en el edificio, para hacer apartamentos de lujo. La zona es estupenda y el mercado está subiendo. Habrían sacado unos cuantos millones.

—No me lo digas. Madame Gacela resistió.

—Lo hizo y aunque no lo diría delante de Carter, me alegré mucho de que pasara.

—Pensaba que tu ex nunca perdía un caso.

—Y no lo hace, esto fue una excepción. No perdieron, simplemente tuvieron que retirarse, órdenes del bufete para el que trabaja. Imagínate.

—Siempre he sabido que nuestra anfitriona es una princesa india perdida, los millones los guarda en las macetas.

Los ojos de Sam brillaron por la diversión y el peso que siempre llevaba sobre sus hombros, se aligeró visiblemente.

—¿Qué ven mis ojos? ¡Dos almas gemelas finalmente reunidas! —los saludó la mujer. Deberían haberse sentido un poco incómodos al respecto, pero el lugar era tan hogareño y la mujer tan agradable que no le dieron importancia a sus palabras.

—Tienes que dejar de decir esas cosas, mi señora, porque al final voy a creérmelo y Samantha no va a tener opción alguna de librarse de mí.

La dama lo abrazó y lo hizo sentir muy bien, como si hubiera llegado a casa de su abuela y estuviera a punto de ser muy consentido.

—Ha pasado un tiempo —comentó Sam repentinamente insegura.

—Ven a mis brazos, joven. El tiempo no significa nada, son las acciones lo que cuenta. Me alegra ver que has recuperado el sentido común. Esa sanguijuela que habías elegido no era para ti.

—Había enfado en su voz, algo que no recordaba haber visto alguna vez—. Venid, sentaos conmigo y contádmelo todo. ¿Ya hay fecha para la boda?

Roderick puso los ojos en blanco.

—Eso no voy a pasar.

—No tenemos ese tipo de relación —acotó Sam casi al mismo tiempo.

—Eso no está bien —aseguró Madame Gacela—. Nada bien. Recordad que nosotros lo vemos todo y vosotros dos estáis destinados a estar juntos. Confíad en mí, sé de lo que hablo.

—Ahora me vas a decir que en realidad te llamas Afrodita y has bajado a la tierra para reunir a dos pobres almas perdidas —ironizó Rod.

—Ni yo misma lo habría explicado mejor —comentó con una sonrisa—. Voy a traeros el especial de la casa y mientras desayunáis me gustaría pedirte un favor —indició dirigiéndose a Rod.

—Lo que necesites.

—No te comprometas antes de saber a qué me refiero. ¿Y si estuviera a punto de pedirte el alma?

—Confío en ti, Madame Gacela. Sé que no llegarías tan lejos.

La anciana sonrió y asintió. Desapareció tras el mostrador. Sam no dejaba de mirar todo a su alrededor, como si estuviera intentando memorizar el lugar.

—Me gusta tanto este sitio, lo había echado de menos.

—¿Por qué no has venido los últimos años?

—Durante mi relación con Carter no era exactamente una persona libre. No quería que me relacionaran con este tipo de opciones, porque consideraba que empañaría su nombre en el bufete. Lo peor es que fui tan tonta como para creerlo, nadie sabía de nuestra relación, no de forma oficial. Era su oscuro secreto, al menos durante un tiempo, hasta que me dio forma a su manera. — Se miró las manos, como si algo en ellas hubiera cambiado o si necesitara fijarse en algo conocido para enfocar su dolor—. ¿Sabes qué era lo que pretendía realmente? Aislarme. Madame Gacela ha sido una de las pocas personas que sentía como familia, casi como una abuela, y fui tan tonta como para darle la espalda.

—Eso no es cierto, querida —dijo la mujer dejando la bandeja sobre la mesa y sentándose a su lado. Pasó una de sus arrugadas manos por la espalda y su gesto se llenó de pena. Estaba seguro de que había notado los irregulares bordes de sus marcas—. ¿Te gustaría que te diera un remedio para las cicatrices?

—¿Cuáles, Madame Gacela? ¿Las visibles o las invisibles?

El corazón de Rod se rompió cuando escuchó el sentimiento que había tras aquellas palabras.

—Me temo que solo puedo hacer algo por las visibles, las demás dependen exclusivamente de ti y de tu alma gemela.

Lo miró con intención, como si estuviera comunicándose con él sin palabras, pero no logró comprender el mensaje. Le preguntaría más tarde.

—Quizá no sirva de mucho.

—No me gusta lo que estás pensando —advirtió la anciana.

—¿Cómo sabe usted lo que pienso?

—Me gustaría decirte que soy una lectora de mentes, pero la única habilidad especial que tengo son muchos años. Ochenta y dos para ser exactos. Debería empezar a pensar en retirarme, pero me siento como si tuviera cincuenta y ¿quién puede decidir hasta cuándo puedo vivir y ser eficiente? Solo yo, lo mismo para ti. No dejes que nadie te arrebatte la vida, te quedan muchos años por delante para hacer realidad tus deseos.

Samantha guardó silencio. Rod sabía que estaba preocupada por Carter y que había estado suficientes veces cerca de la muerte como para asumir que sería el paso siguiente.

Era mejor ir por otro camino.

—¿De qué querías hablarme? —inquirió Rod.

—Tengo una oferta laboral para ti.

—¿Perdón? —No estaba seguro de que hubiera entendido bien sus palabras.

—No pongas esa cara de susto, joven. Todavía no chocheo.

—No pretendía ofenderte.

—Lo sé. —La anciana sonrió—. He escuchado que estás planeando regresar al hospital, pero ese ya no es tu lugar.

—¿Por qué? —inquirió completamente confuso. Todo el mundo parecía pensar que debía volver, incluso él. Se sintió bien trayendo al mundo a un bebé, la última vez que surgió la oportunidad. Salvó dos vidas y eso siempre era un chute de energía.

—Tienen suficientes médicos disponibles en la lista de espera y solo tú podrás hacer lo que necesito que hagas.

—¿Y eso sería...?

—Medicina alternativa, Doctor Hudson.

Samantha guardaba silencio, aceptó el té que le ofreció la mujer y el bizcocho de nueces. Cuando todos estuvieron servidos, la observó tomar un sorbo y cerrar los ojos. Casi logró distraer su atención, pues su rostro parecía un reflejo nostálgico del pasado.

—No estoy seguro de seguirte el ritmo, preciosa.

—No coquetees conmigo, soy demasiado vieja para creer tus mentiras —bromeó y lo señaló con un dedo—. Tú eres mi sucesor. Quiero que alguien en quien confío se quede al mando de mi negocio.

—No creo que sea el apropiado para dirigir un salón de té.

—No te hablo del salón de té, por Dios, a veces eres duro de mollera, doctor. Estoy hablando

de mi clínica.

—¿Qué clínica?

—La que he habilitado en las plantas superiores de mi edificio —informó—. Podría hacerlo funcionar sin meter a uno de los tuyos en mi casa, pero lo cierto es que ya no eres el médico prepotente y desagradable que conocí hace años. Has entendido que lo que hacemos es bueno, solo diferente, y que no tomamos riesgos estúpidos. La mayor parte del edificio está habilitado para hacer sesiones de preparación al parto y curas naturales de todo tipo, pero en la primera planta he habilitado un pequeño quirófano con el instrumental apropiado y hasta una incubadora.

—¿Vas a cambiarte de bando?

—No es lo mío, pero sé que no aceptarías mi propuesta sin ello y necesito que lo hagas.

—¿Por qué? —preguntó aturdido.

—Porque no confío en nadie más para que respete fielmente mis deseos y porque eres de los pocos médicos con los que me he cruzado en la vida que ha sido capaz de sentarse y escuchar de verdad, sin entrar en juicios de valor o tratar de cerrarme el negocio. No va a ser fácil, pero sí muy gratificante y estoy segura de que tu presencia ayudará a que el ambiente se relaje.

—Me honra tu confianza, pero...

—No necesito una respuesta en este momento. Piensa en ello, medítalo, puede que sea algo bueno para el mundo, ¿no has valorado eso? Quizá de esta manera puedas realmente cambiar algo.

—Me he comprometido con Susan...

—Susan lo entenderá —le aseguró.

—¿Desde cuándo la conoces? Estaba más que convencida de que mi lugar estaba en el hospital.

—Eres muy bueno en tu trabajo, por eso te quieren allí, pero regresar solo logrará que vuelvas a sumergirte en el ajetreo del hospital y dejes de lado la vida que te mereces vivir. Todos tenemos que hacer sacrificios, de uno o de otro lado. En mi opinión, la familia siempre es lo primero y en tu futuro hay felicidad, amor y una docena de niños.

—Me conformo con uno o dos.

—Ni tú mismo te lo crees —se burló Madame Gacela—. En cuanto a ti —añadió la mujer dirigiéndose a Samantha—. Siempre tendrás un refugio al que acudir mientras viva. No vuelvas a olvidarlo, niña. Mi casa es tu casa.

Aquellas palabras dejaron helada a su acompañante, lo pudo notar, como si ni siquiera fuera capaz de comprender lo que la anciana le estaba diciendo. Como si no pudiera procesar aquel desinteresado acto de bondad.

—Gracias.

—Lo digo de verdad, no es una manera de quedar bien. Además, ¿sabéis que toda la manzana es de mi propiedad? —susurró orgullosa—. La gente tiende a pensar que soy una hippie que no

tengo dónde caerme muerta, pero las apariencias engañan, no lo olvidéis jamás. Si necesitas refugio, llámame. —Le tendió una tarjeta con su número de teléfono—. Además, piensa en lo que tú y yo lograremos juntas. Haremos que ese demonio se cueza en su propio jugo cuando sepa que estás completamente fuera de su alcance.

—Soy muy afortunada de poder contar con usted, gracias.

—Tutéame, niña. Ni se te ocurra hacerme sentir tan vieja como probablemente soy en realidad —le guiñó un ojo y señaló hacia la puerta, por la que entraba un pequeño grupo de mujeres embarazadas—. El deber me llama, invita la casa, pero no tardéis tanto en visitarme otra vez. Mandy se encargará de servirlos lo que os apetezca.

Samantha miró a la mujer y pareció dudar, pero finalmente se levantó y le dio un tímido abrazo. Sabía que aquello era especial, porque no solía mostrarse tan cercana. Casi sintió la necesidad de apartar la mirada, como si fuera algo íntimo que no tenía derecho a presenciar.

—Siento mucho no haber venido mientras estaba con Carter.

—No eres culpable y no te pongas sentimental. No puedo llorar.

—Eres como la abuela que siempre deseé y nunca tuve —pronunció con decisión—. Pase lo que pase, no quiero que lo olvide nunca, Madame Gacela. Me ha dado esperanza muchas veces y me ha mostrado otras maneras de mirar el mundo, la admiro mucho.

—Ya basta de sentimentalismos, chica —se inclinó sobre su oído y susurró algo que supuso no debía haber escuchado, pero que escuchó igualmente—. No lo dejes escapar, Roderick es un alma antigua y es tu destino.

Era posible que tuviera razón o quizá no, pero no le importaba. La anciana lo había ayudado en el pasado, en un momento de oscuridad, y aunque solo fuera por eso, tendría que tomar en cuenta su proposición.

Hablaría con Susan y compartiría con ella esta nueva situación. También acudiría a Gabe, ese hombre conseguía ayudarlo a aclarar sus ideas mejor que cualquier otro.

Pero antes de pensar en el futuro iba a tener que arreglar en el pasado y eso suponía volver al club y enfrentar a Katharina.

Esperaba hacer lo correcto y, sobre todo, esperaba no herir a Sam en el proceso.

CAPÍTULO 12

Sthepen se sentía molesto. No tenía ningún derecho a estarlo, pero no podía evitarlo. No era nadie en el club, un refugiado y nada más; sin embargo, la llegada de aquella mujer a la que no recordaba haber visto antes, empezaba a sacarlo de sus casillas. Algo realmente difícil de hacer, teniendo en cuenta cómo y dónde se había criado.

Estaba muy agradecido a Roderick, a Gabriel, sobre todo a Damien, que le había ayudado a encontrar un camino en su vida y ahora, con la llegada de la despampanante mujer que lo miraba como si quisiera darle un bocado, todo su mundo empezaba a tambalearse.

Prefería no enfrentarse a ella, pero no podía evitarla. Gabe y Brenda estaban reunidos con el abogado, Damien se había marchado con Gwyneth, incluso Warren y Miles estaban fuera, tratando de mantener a salvo a las dos criaturas que acababan de aparecer como por arte de magia en la vida de todos ellos.

Sin duda, Damien había esparcido amor en el club anterior. Conocía a otros que habían repartido hijos por doquier, pero a nadie cuyas acciones pasadas le pesaran tanto sobre los hombros.

No era homosexual, ni siquiera le interesaban los hombres, pero su amo (sonrió para sí, por el apelativo), era completamente diferente para él. De alguna extraña y retorcida manera, lo necesitaba. Le había dado un giro de ciento ochenta grados a su vida y eso era algo que jamás podría olvidar.

También respetaba a Gabe, que le había ofrecido un refugio sin pensar demasiado en ello. Era un hombre generoso y dispuesto a cuidar de todo el mundo a su alrededor. Y Roderick, el gigante bonachón, experto en satisfacer a todas aquellas mujeres que llegaban reclamando atención exclusiva o casi.

Sí, los quería a todos ellos, por lo que habían hecho por él, pero sobre todo por lo que habían hecho por Mallory, el amor de su vida.

Jamás lo admitiría ante nadie, ni siquiera ante ella, pero la había querido desde que era una cría y se aferraba a él en busca de consuelo. Al principio, no había deseo sexual, pero fue surgiendo a medida que crecía. Cuando aquel cabrón la había seducido y la había dejado embarazada en nombre del amor, estuvo a punto de matarlo, no lo hizo porque sabía el dolor que le provocaría. Sin embargo sus propias acciones y estupidez lo habían llevado al agujero en el que había terminado.

Daba gracias a Dios todos los días por el hecho de que hubiera mantenido a su chica a salvo.

Cole era como su hijo, pero sin el cómo. No importaba la biología, solo el corazón. Lo quería más que a su vida y lo mantendría a salvo, sin importar qué tuviera que sacrificar.

—¡Hola, guapo! ¿Puedo hacer algo para cambiar esa expresión en tu bonita cara? —preguntó Katharina.

Estuvo tentado de responderle: «sí, desaparecer»; pero no se atrevió a hacerlo. Se limitó a negar y a darle la espalda mientras seguía colocando las cajas con las que estaba trabajando en el almacén. Mallory le había pedido ayuda y había acabado moviéndose de un lado a otro cargando con pesos pesados. Hacía apenas quince minutos que su amiga se había retirado para alimentar y cambiar a Cole. Le habría gustado acompañarla, pero le gustaba hacerlo en la intimidad y él respetaba sus deseos.

Si fuera un hombre más valiente, le habría explicado cómo se sentía, pero no estaba dispuesto a hacerlo. No quería incomodarla. Además, estaba seguro de que no comprendería que disfrutara de su papel en el show. Ser una mascota en la mazmorra y permitir que otros tomaran todo el control sobre él, podría llegar a resultarle repugnante, lo que provocaría que no lo tocara ni con un palo.

Podría renunciar a ello, si fuera necesario. Por ella lo haría, pero hasta que ese momento llegara, pensaba disfrutarlo. Necesitaba sentir que todo lo que había pasado quedaba difuminado por la satisfacción de haber encontrado un lugar en el que encajar.

Damien le había pedido como favor ayuda para instruir a Warren. El chaval creía que tenía que convertirse en un amo para seducir a Mallory, pero estaba muy equivocado. Podría ayudarlo, si así se lo pedían, aunque no estaba seguro de ser capaz de hacerlo de corazón. Había cierta animadversión entre ellos, un enfrentamiento esencial, por el simple hecho de que ambos deseaban a la misma chica.

Y lo cierto era que no tenía similitud alguna el deseo de Warren con el suyo. El universitario estaba convencido de que podía ser lo que ella necesitaba, era hermosa y su corazón tan grande que conquistaba a todos con facilidad, solo él veía el dolor, la pena y la fragilidad que tan bien se le daba ocultar al mundo. Solo él la conocía de verdad.

—Vamos, no me ignores. Incluso podría invitarte a mi show esta noche. Podríamos pasarlo muy bien juntos, con público o en privado.

Estaba demasiado cerca, invadiendo su espacio personal. Dio un paso a un lado para alejarse sin ser maleducado. No necesitaba emplear palabras, a menudo le habían dicho que su gesto adusto era suficiente para conseguir que un hombre se retirara, esperaba que la fórmula funcionara también con una mujer muy pesada que empezaba a sacarlo de quicio.

—¿Eres mudo? Puede que no te des cuenta de algo importante, pero Gabe y Rod son buenas personas. Te dieron refugio y les molestaría profundamente que hicieras un desprecio a su chica favorita. Confía en mí, no quieres hacerlo.

Stephen la miró con atención, concentrándose en ella. No estaba mal, era una mujer guapa, sus rasgos elegantes quedaban aderezados por la fantástica confianza que tenía en sí misma. Sabía que era hermosa y lo explotaba. Su largo cabello caía ondulado hasta media espalda y era de un brillante tono rubio con mechas. No parecía natural, pero la verdad era que resultaba atractivo y enmarcaba su rostro de forma adecuada para conseguir la fórmula perfecta. El top rojo marcaba perfectamente sus generosos senos y era más que evidente que no llevaba sujetador. Los vaqueros se amoldaban a su trasero como una segunda piel, llamando la atención de cualquier hombre e incluso de algunas mujeres. Era atracción fatal y un peligro para cualquier persona que se atreviera a tocarla.

Aún así, no tenía interés en ella. Le gustaba jugar con sus gatitas, más de lo que debería. Incluso le gustaba jugar con Damien y seguir sus órdenes. Disfrutaba del sexo sin tapujos, ¿para qué lo iba a negar? Pero algo le decía que Katharina y él no debían cruzar sus caminos y mucho menos follar como posesos.

Nunca había ignorado a su instinto y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Además, la primera discusión del día había sido por lo inapropiado de que la mujer entrara en el apartamento de Sam como si le perteneciera. No le gustó y así se lo dijo. Kat lo arregló señalando que cuando Gabe y Rod llegaran se lo explicarían e instalarían a la otra mujer en otro lugar. Aquella era su casa y parecía haber vuelto para quedarse.

—No me interesa —dijo en voz alta, esperando que esas tres palabras fueran suficientes para desanimarla—. Y no creo que puedas hacer un show esta noche, sin preparación. Tenemos los programas del mes completos y las entradas vendidas.

—Siempre hay lugar para mí en el Pleasure's, cachorro. No lo olvides.

La aparente amabilidad y despreocupación estaba aderezada de algo más, algo que un espectador casual ni siquiera notaría. Katharina no era lo que parecía. Preciosa, sexy, perfecta, pero tenía un núcleo oscuro que lo repelía. Había conocido antes a otras chicas como ella. Podía casi asegurar que provenía de un entorno similar al suyo y la picardía e incluso la malicia que exudaba si mirabas una segunda vez, te advertía que no era trigo limpio y que iba a pensar primero en su propio beneficio y después, tal vez, en el de los demás. No confiaba en Kat y no iba a hacerlo a ciegas solo porque sus jefes lo hicieran.

Sabía que estaba allí por compasión, pero también era consciente de que nadie podía obligarlo a nada que no deseara hacer. No lo habían intentado y no lo harían. Eran tipos decentes, pero en la calle seguía prevaleciendo la ley del más fuerte y Katharina lo sabía.

Lo vio en sus ojos. Lo reconoció como un igual, en cuanto pronunció las palabras y sonrió de forma despectiva.

—Podrías estar fuera de aquí en cuanto quiera, tenlo en cuenta.

—No eres mi jefa, pero si quieren que me vaya, solo tienen que decírmelo —aclaró—. Tengo

siete vidas, recuérdalo.

Dejó las cajas y se dio media vuelta, iba a abandonar el almacén, porque no le apetecía discutir y menos con una virtual desconocida, pero no pudo evitar girarse para hacerle una última crítica:

—No deberías haber asaltado el apartamento de Sam, lo necesita mucho más que tú.

—Cuidado, cachorro, elige bien tu bando, porque yo siempre juego en el ganador.

Suponía que eso era cierto, pero en realidad no le importaba. Estaba preparado para cualquier cosa, desde que había llegado al Pleasure's, había trabajado casi hasta la extenuación y había ahorrado cada céntimo que había ganado. Tener una noche en exclusiva para desarrollar sus deseos y jugar con sus gatitas e invitadas ocasionales, le había puesto en un buen lugar. No se haría rico, pero sí podría pagar un alquiler y solicitar trabajo en cualquier otro club, de ser necesario. Damien lo había enseñado bien y había creado su propia cartera de clientes, que sabía que lo acompañarían a cualquier lugar que fuese.

Sin embargo, había encontrado refugio aquí. Un lugar al que pertenecer, una familia y lamentaría mucho perder todo eso por una mujer que no parecía tener claro lo que quería en la vida.

El capricho y el egoísmo no iban con él. Sin olvidar que no podía con las injusticias.

Era posible que tuviera que acoger bajo su ala a Sam, como hiciera con Mallory tantos años atrás, pero no tenía dudas al respecto. No había intercambiado demasiadas palabras con la mujer, pero la había observado en silencio y estaba más que dispuesto a tenderle una mano amiga en el momento en que fuera necesario.

Las buenas personas debían ayudarse mutuamente, sin importar lo mucho o lo poco de lo que pudieran disponer para salir adelante. La lealtad y el respeto, el honor y la valentía, la justicia... todos ellos principios que regían su vida.

Y moriría por aquellos que merecían su protección, sin dudarlo.

Damien no había tenido mucho tiempo de sopesar las consecuencias de la decisión que había tomado en un impulso. Gwyneth y él siempre habían compartido una atracción salvaje, una química que era imposible de negar, una chispa que, incluso ahora, estaba colgando entre ellos, exigiendo su atención.

Quería follársela y no había ningún sentimiento altruista en ello. Simple y llano deseo, podría convencerla, hacerlo por los viejos tiempos, estaría más que dispuesta. Lo notaba en su forma de moverse, en la manera de mirarlo, en la forma en que su respiración se atascaba en sus pulmones y su corazón latía más apresurado.

Y, en cambio, no había hecho un movimiento en ese sentido. Podría haberla tenido y los dos lo sabían, pero finalmente se había echado atrás, tras su rechazo en el coche, y se había dado cuenta de que no era la manera más apropiada para afrontar la situación a la que se estaban enfrentando.

La vida de la mujer estaba en peligro y él no lograba pensar más que con su polla.

Era un maldito sádico. Un amo hambriento de placer que había dejado a un lado la prudencia y los sentimientos.

Paseó por la casa. Era mucho más pequeña de lo que debería. Una mujer, dos niños y un perro necesitaban espacio. Más espacio. El supuesto jardín trasero era tan diminuto que estaba repleto con una caseta para el perro y tres bicicletas apiladas una junto a la otra. Ni siquiera había espacio para un cubo de basura, una mesita con unas cuantas sillas o una hamaca y, desde luego, sería imposible colocar una piscina. Ni siquiera una hinchable de esas que vendían en temporada en los supermercados.

Tenía dos plantas, pero no podía decirse que eso marcara la diferencia. En la de abajo había un baño, una pequeña sala de estar y una cocina tan minúscula, que en cuanto que podía entrar. Era un hombre alto, por lo que tenía que agacharse para atravesar las puertas si no quería quedarse sin cabeza. En la planta superior, había dos habitaciones, un armario empotrado y un aseo. Ni siquiera tenía una ducha en condiciones, por suerte, había sido capaz de entrar en la bañera de la planta baja en cuanto se despertó esa mañana, sorteando juguetes de goma, un Hulk con cara de malas pulgas y un bote de champú de Minie que lo hizo sentir incómodo. Parecía obsceno que un hombre como él se metiera en aquel santuario infantil.

No había nada femenino, masculino o sexy en el lugar. Era el hogar revuelto de una familia en la que los niños eran el tema principal. No se podía decir que la decoración fuera de alto *standing*.

Ahora estaba preparando café, necesitaba una taza mientras esperaba a que Gwyneth terminara de hablar con la anciana que vivía en la casa de al lado, para explicarle que iban a mudarse y que si veía a alguien extraño por los alrededores, llamara a la policía. No quería dejarla desprotegida, por si acaso, aunque en principio la mujer no debía verse implicada en todo el asunto.

O eso esperaban.

Cuando abrió el armario para sacar una taza y rebuscó algo que no atentara contra su hombría, terminó dándose un golpe en el codo tan fuerte que masculló una maldición. Se estaba ahogando, empezaba a temerse que antes de terminar aquí iba a desarrollar claustrofobia.

—Deja que te ayude —dijo Gwyneth apareciendo tras su espalda.

—No creo que puedas entrar aquí mientras estoy... Dios, Gwynie, ¿cómo puedes soportarlo? Apenas queda espacio para respirar.

La mujer no se lo tomó a mal, sino que sonrió con diversión.

—Déjame a mí, don-soy-demasiado-grande-y-fuerte-como-para-soportar-esto, estoy acostumbrada.

Dio un paso atrás, porque hacía muchos años había aprendido que jamás iba a ganar una discusión frente a una mujer y miró ceñudo la esquina de la nevera que lo había agredido hacía apenas un minuto.

—¿Dónde está el perro?

Mejor cambiar de tema, antes de que empezara a maldecir y la ofendiera profundamente.

—Recibiendo entrenamiento con la policía —explicó sacando una taza blanca con las palabras «Hoy va a ser un buen día» grabadas en ella, la llenó de café y lo miró—. ¿Dos cucharadas de azúcar?

Damien asintió ante su pregunta.

—¿Qué tipo de entrenamiento?

—No va a convertirse en un perro de ataque, solo necesitamos que sea capaz de discernir una amenaza y proteger a los niños. Ser capaz de guiarlos en caso de incendio o de algún tipo de catástrofe... Un amigo me debía un favor y lleva años entrenando a los perros de la unidad. Sobre todo para detectar drogas, pero trabaja con todo tipo de adiestramientos. Su mujer tiene una empresa que se dedica a los perros, cuidados e incluso peluquería canina. Son buenas personas y nos llevamos bastante bien. Cuando empezaron las amenazas, le pedí ayuda y no dudó en ofrecerla, así que...

—Así que estás más asustada de lo que yo creía.

—Mi vida es estupenda, Damien. En serio. Tengo a mis hijos, tienes a Warren, sabes de lo que hablo. Nada se le compara y es imposible que cualquier otra cosa sea tan importante como ellos. Te roban el corazón y jamás te lo devuelven. Tengo esta casa, lo sé, no es una mansión, pero es nuestra. Conseguí pagar la hipoteca completa, así que no pueden arrebatarnos nuestro hogar, eso significa algo para mí. No necesito trabajar tanto como antes y lo hago desde la mesa del salón, lo que me deja mucho tiempo libre para dedicarme a lo que verdaderamente me importa, mis niños. Confía en mí, no necesito más.

—¿No te gustaría una casa más grande? ¿Una piscina para los niños en el jardín trasero? ¿Un hombre con el que compartir tu vida?

—Soy feliz. ¿Me gustaría tener más espacio? A veces, como todo el mundo, pero tener una casa pequeña me obliga a contener mi necesidad de gastar más de lo que debo, porque no tendría dónde colocar todas esas cosas extra. Salgo ganando —le aseguró—. Lo de la piscina podría ser un incentivo para los niños, pero la verdad es que no me gustaría tener una en casa. A Daniel y a Iris no les va bien la humedad, por lo que tendría que eliminarla o mantenerla vacía. Sería un desperdicio, ¿no crees?

—¿Y el hombre? —deseaba acercarse a ella y recordarle lo bien que estuvieron juntos y lo

mucho que marcaba la diferencia tener un apoyo en el día a día y alguien que te calentara la cama por la noche, pero se mantuvo a distancia, conformándose con dar un sorbo de su taza de café.

—¿Echo de menos el sexo? No tengo mucho tiempo para pensarlo, la verdad. Además, no creo que eche de menos a los hombres en general, puede que a veces te eche de menos a ti. Porque lo cierto es que en otro tiempo fuiste muy importante en mi vida. ¿A veces me pregunto qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes? Sí, Damien.

—¿Piensas en mí?

—Más de lo que debería, pero no te preocupes. Te conozco, sé que nunca vas a superar lo de Piper, con lo cual, no vas a comprometerte con otra mujer. Tu vida encaja perfectamente con tu situación sentimental. Disfrutas del sexo sin compromiso que te ofrece el club y estás acompañado siempre que lo necesitas. Fue tu elección y siempre la he respetado.

Aún así en este momento de necesidad había acudido a él. Una parte de su alma desearía haber estado a su lado, pero otra... no podía traicionar de esa manera a su esposa. Salió huyendo en el mismo instante en que sintió que se estaba convirtiendo en algo más importante para él que una simple compañera de juegos y no había vuelto la vista atrás ni una sola vez.

Había sido un completo egoísta, como tantas otras veces.

—Me gustaría decirte que he pensado en ti, pero la verdad es que me he esforzado mucho en olvidarte. Siempre fuiste peligrosa para mi salud mental y emocional.

—A pesar de eso, estás aquí. En mi caja de zapatos, ayudándome y rompiendo con tu propia cordura. Gracias, significa mucho para mí —confesó con voz temblorosa. Era dura, siempre lo había sido, pero indudablemente la presión y el miedo hacían mella en ella, necesitaba alguien en quién apoyarse y planeaba cumplir con ese cometido sin dudar. Iba a estar a su lado hasta que todo terminase y después... pensaría exactamente en qué hacer, pero no hasta que llegara el momento. Podía jugar a que ese momento no llegaría y que esta era su vida.

—¿Caja de zapatos? Más bien caja de cerillas, diría yo.

Gwyneth rio, fue algo ligero y auténtico que lo hizo sentir bien. Lo había conseguido él, había eliminado de sus ojos las sombras, al menos durante un instante.

—Me muero por besarte —dijo en voz alta, antes de poder contenerlo.

—Puede que yo también tenga deseos de suicidarme emocionalmente, otra vez.

—¿Eso me consideras? —inquirió, tenía que admitir que le molestaba en cierta medida que tuviera tan claro que iba a hacerle daño. Probablemente, lo haría, pero ¿no podía darle una oportunidad para cambiar? Quizá podría conseguirlo.

—Los dos sabemos que no te comprometes. No puedes hacerlo y lo entiendo.

Avanzó hacia él y rodeó su cuello con sus brazos, se puso de puntillas y lo besó. No fue algo apasionado, más bien una caricia juguetona que pretendía tentarlo para hacerlo caer en la perdición y vaya si lo consiguió.

Cuesta abajo y sin frenos. La empujó contra la encimera, posó la taza de café y la devoró, dejando que todo el ansia que sentía por ella estuviera allí presente, todo el deseo que siempre había palpitado entre los dos atrayéndolos con fuerza y exigiéndoles que dejaran a un lado la prudencia y se entregaran mutuamente.

Ninguno de los dos tenía nada que perder o puede que tuvieran que perderlo todo para comprender que, en realidad, se necesitaban.

Nada pasó por su mente mientras la besaba, sus manos bajaron hasta su cintura y exploraron la breve franja de piel expuesta, para colarse bajo la camiseta y subir por su espalda en una lenta caricia.

Tenía hambre de Gwyneth, quería devorarla.

—Tenemos que parar, la cocina no es lo suficientemente grande para los dos, ¿recuerdas? — No necesitó una nueva amonestación, tenía razón, pero no la soltó, sin dejar de besarla salió en dirección a la escalera.

Gwyneth se aferró a él con fuerza. Damien valoró la posibilidad de colocarla sobre los escalones, pero no quería que acabara con dolor de espalda después de su nueva primera vez y, desde luego, no le apetecía exponerse a darse un nuevo golpe desagradable en el estrecho espacio.

Rompió el contacto el tiempo suficiente para mirar hacia arriba y maldijo en voz baja. La cama estaba muy lejos, pero no tenía otra opción.

—Maldita sea, voy a comprarte una casa más grande, Gwyneth —gruñó y subió con ella tan rápido que podrían haberse roto el cuello en cualquier momento.

No pensó en nada más que en estar dentro de ella, había estado imaginándolo toda la noche sin permitirse hacerlo, pero no planeaba contener su necesidad ni un instante más.

En cuanto la dejó en la cama, la observó y pudo recordar exactamente su aroma, su sabor, el tacto de su piel y la imagen de su cuerpo. No había habido ningún secreto entre ellos en el pasado y no iba a permitir que los hubiera ahora.

Habían sido amantes y amigos, confidentes, habían encontrado a esa pieza perfecta que conseguía encajar en el lugar correcto, en todos los sentidos excepto en uno. Damien estaba roto, deteriorado, lo que impedía que la comunión entre las dos almas pudiera completarse y consolidarse, Gwyneth era la única mujer en este mundo con la habilidad para sanar las viejas heridas, aunque aportando unas cuantas a la ecuación.

Le había hecho daño, probablemente, hasta había roto su corazón y aquí estaba entregándose a él. ¿Acaso se lo merecía?

—Dime que me vaya, Gwyneth. Mientras todavía puedas.

—No quiero que lo hagas. Ha pasado mucho tiempo, Damien, pero sigue ahí.

Entendió perfectamente lo que estaba diciendo. La pasión, la conexión, la confianza implícita, el conocimiento mutuo, eran dos partes de un todo que se habían reencontrado y cuya atracción

resultaba imposible de soportar.

—No vas a poder deshacerte de mí, una vez que rompamos las barreras del tiempo.

—¿Vas a hacer que saltemos a la velocidad de la luz?

—Creo que eso ya lo hemos hecho.

Y sonrió. ¿Cómo era posible? Solo existía una mujer que consiguiera hacer que se divirtiera con el sexo. Normalmente era todo sobre pasión y satisfacción, sobre ahogar el dolor y conseguir olvidar el pasado y su soledad presente, pero con Gwyneth siempre había estado plagado de risas y bromas.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintió más joven, quizá hasta más ingenuo, pero sobre todo más liviano y feliz.

Como si ante sus ojos se abriera la posibilidad de encontrar la paz que durante tanto tiempo había estado buscando.

CAPÍTULO 13

Cuando llegaron a la puerta del *Pleasure's*, Sam sintió que Rod se tensaba, como si fuera consciente de que algo desagradable estaba a punto de pasar.

Le había preguntado mientras venían si Carter había vuelto a hacer algún tipo de video malicioso o si les había amenazado directamente. Quizá algún tipo de demanda para cerrar el local o cualquier cosa legal que pudiera hacer para herirlos y obligarlos a echarla a la calle, donde estaría completamente desprotegida y a su merced.

O, al menos, eso sería lo que él pensaba.

—Rod, ¿te encuentras bien?

No estaba segura de que la hubiera escuchado, abrió y miró a Lou que estaba apoyado en el mostrador charlando con Mallory y Stephen. Los tres parecían ceñudos, quizá disgustados, se preguntó si era por su causa.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Roderick mirando directamente a Lou.

El aludido se encogió de hombros, como si no fuera nada importante.

—Estábamos decidiendo quién va a acompañar a Mallory al hospital —aclaró Stephen— y quién va a quedarse con Cole.

—¿Puedo ayudar? —inquirió Samantha con sinceridad—. Trabajé durante varios años como enfermera de un pediatra, podría cuidar del bebé. No es como si tuviera muchos compromisos.

Mallory y Stephen se miraron, Lou frunció el ceño. Quizá era una mala idea después de todo. No debería olvidar que no formaba parte de aquel lugar. No eran su familia, por mucho que se hubieran esforzado en hacerla sentir bienvenida.

Suspiró y se esforzó por disimular la pena que la embargaba, no quería hacerlos sentir mal.

—No importa, será mejor que suba al apartamento y...

—¡No! —dijeron los tres a la vez, asustándola.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría que vinieras conmigo, Lou puede llevarnos. ¿Verdad?

Roderick observó a Stephen y parecieron comunicarse en silencio. Se preguntó cómo era posible hacer eso, nunca lo había conseguido. ¿Sería algún tipo de poder extrasensorial del que carecía o simplemente no tenía la suficiente confianza con alguien como para compartir algo tan personal?

—Lou mantendrá a las mujeres y a Cole a salvo, tú y yo tenemos un asunto del que ocuparnos —instruyó, miró a Sam y casi parecía arrepentido por algo, esperaba que no por lo que habían compartido esa noche.

Ojalá ninguno de los demás notara que su relación había cambiado, aunque no fuera nada más que algo temporal. Breve y sin importancia.

En realidad, en su vida aquel intercambio había marcado la diferencia. Siempre estaría agradecida al hombre por compartir un momento de la inmensidad de su existencia con ella.

—Gracias por el desayuno. Ha sido reconfortante volver a ver a Madame Gacela y no habría sido capaz de ir por mis propios medios.

Roderick le dedicó un asentimiento, breve y carente de emociones, después agarró a Stephen por el brazo y se perdió en el club. Como el día del parque, una vez que estaban en terreno seguro, se la quitaba de encima como si no fuera más que una molestia.

Supuso que las cosas no significaban lo mismo para él. Lo que habían compartido había sido importante en su existencia, pero en la de él, una mera mota de polvo que muy pronto olvidaría.

Suspiró y se concentró en Lou, que la miraba con el ceño fruncido.

—No te merece —masculló con molestia, sorprendiéndola.

No era un hombre de muchas palabras y no parecía el típico macho que emitía juicios y valoraciones sobre los demás. Solía concentrarse en su trabajo y no involucrarse, al menos eso era lo que todos decían sobre él, incluso Brenda.

Con ella se había comportado como un amigo y, cuando trató de explicárselo a la otra mujer, no la creyó.

Lo cierto era que sabía que a veces el silencio era el mejor regalo que alguien podía hacerle a otra persona. Estar a tu lado y dejar saber a los demás que pueden contar contigo era un premio en sí mismo.

—No merezco tener amigos tan maravillosos como todos vosotros —respondió en cambio.

Mallory le sonrió, empujó el carrito del bebé hacia la puerta, que Lou abrió para ellas y salieron fuera.

De nuevo lejos de aquellas cuatro paredes, ¿podía ser que pretendieran mantenerla a distancia segura para poder hacer control de daños? Quizá sería una buena idea que se marchara, podría aceptar la propuesta de Madame Gacela, aunque se sentiría muy violenta y fuera de lugar.

Una vez que empezara a trabajar en el hospital, podría tener suficiente dinero para alquilar un pequeño apartamento para ella sola, en un barrio tranquilo y lo más lejos posible de Carter. Sí, ese tenía que ser su propósito de futuro. Cercano al hospital, para no arriesgarse a sufrir algún tipo de asalto y al alcance de su bolsillo.

—Odio ir al médico —se quejó Mallory una vez que estuvieron colocados en sus respectivos asientos—. Si por mí fuera, no volvía a ninguna revisión. Nunca antes he ido y he sobrevivido. Superé la infancia sin ponerme nada más que las vacunas obligatorias y aquí estoy. ¿Por qué tengo que ir? No me duele nada.

Lou no pronunció sonido alguno ni la convenció de que era lo mejor. Sam no estaba segura de

qué se esperaba de ella.

Se asomó por el hueco entre los asientos delanteros y observó la silla en la que Cole iba dormido. Como a muchos otros niños, el trayecto en coche le resultaba calmante, se relajaba y se quedaba dormido cual angelote.

—Tantas revisiones no pueden ser buenas, en serio. Supongo que los médicos quieren tener clientes. Al final, son ellos mismos quiénes te estropean partes del cuerpo para ser necesarios. ¿No creéis?

Mallory divagaba en voz alta, pero no parecía estar hablando con ninguno de los dos.

Sam miró a Lou con curiosidad. Conducía con facilidad, su concentración era innegable y el silencio era algo habitual en él. Quiso preguntar algo, pero no se atrevió.

—No te lo guardes —dijo el hombre, que era mucho más sensitivo de lo que cualquiera habría pensado.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Las manos del gigante se estrecharon sobre el volante, pero tan pronto como llegó se desvaneció. Se forzó a relajarse y explicó:

—Hemos tenido una visita inesperada.

—¿En serio? —inquirió sospechando de lo que podría haber pasado—. ¿Carter se ha colado en el club y ha destrozado mi apartamento?

No sería la primera vez que destruía sus pertenencias. Lamentablemente, el apartamento no era suyo, lamentaría que destruyera algo que tan solo le habían prestado.

—No se trata de Carter.

Solo había otra persona en la que pudiera pensar. Alguien que podría cambiar el comportamiento de Rod hacia ella, convertirlo en un desconocido y distante protector, sin interés alguno en su persona.

Luchó con las lágrimas que se agolpaban en su garganta. Por eso había dejado claro que iba a ser temporal y esa mañana le había recordado que no había nada entre los dos, aparte de un poco de sexo consentido sin importancia.

Aunque hubiera encontrado mejores palabras que esas para explicarlo.

—Katharina ha vuelto, ¿verdad?

Lou pareció sorprendido ante su deducción, pero no se lo negó. De hecho, asintió con sequedad.

—No significa nada. El *Pleasure's* sigue siendo tu refugio.

—Pero no es completamente cierto, ¿no te parece? Estoy ocupando su apartamento. Su llegada...

—Puede trasladarse a una de las habitaciones temáticas —acotó Mallory—. Stephen y yo tenemos una y es una maravilla. Casi como una pequeña casa. En serio, son geniales.

—No quiero causar problemas, ya habéis hecho todos mucho por mí.

—No causas problemas —dijo Mallory—. La palma en ese aspecto me la llevo yo —sonrió casi con inocencia.

Sam se sintió bien. La joven, más niña que mujer en ocasiones, era un alma buena. Hacía sentir bien a todos e iluminaba cualquier estancia con su mera presencia. Se preguntó cómo podía ser tan optimista teniendo en cuenta de que estaba criando a su hijo sola.

—Está claro que una mala elección te puede cambiar la vida —lo dijo en voz alta, pero era más un recordatorio para sí misma que para ilustrar a sus compañeros. No pretendía ser sabia ni dar lecciones a nadie, aunque sí le habría gustado poder vivir tranquila. No aspiraba a encontrar a nadie con quien compartirla, pero ¿continuar adelante sin miedo? Eso era algo que le apetecía y mucho. Su auténtico sueño. La libertad.

—Ya hemos llegado, señoras.

—¿Me llevo a Cole? Me da pena despertarlo.

Lou se bajó del coche y la ayudó a salir.

—Voy a quedarme aquí, le daré un par de vueltas para que siga dormido mientras terminas con la consulta, pero deja que avise a un amigo para que os eche un ojo.

Lo vieron llevarse el teléfono a la oreja y se alejó apenas un par de metros de ellas, para mantener su conversación privada. Samantha no podía evitar sentir que todo iba a derrumbarse de nuevo y que, más pronto que tarde, volvería a encontrarse sola y en peligro.

No tenía nada en contra de Kat, ni siquiera podía desear que Rod le diera la espalda para estar con ella. Eran tan diferentes que nunca podrían formar una pareja. Los hombres con la apariencia y el éxito que tenía su guardián no se conformaban con mosquitas muertas. Esa era la vida, su realidad. Roderick le había obsequiado una noche y eso tendría que bastarle.

—Pareces distraída —dijo Mallory mirándola con preocupación—. Todo va a ir bien.

—¿No debería ser yo quien te diera ánimos en este momento?

La joven sonrió restando importancia a los nervios que era más que evidente que sentía.

—Todo estará bien. Conozco a la doctora Montgomery, es genial. Siempre me explica todo bien y me va avisando de lo que sucederá para que no me ponga nerviosa.

—Te entiendo, ¿sabes? También odio ir al médico.

Lo que no dijo era que odiaba el sentimiento de impotencia y fracaso que la embargaba cada vez que pisaba el hospital. Estaba agradecida a Rod por haberle conseguido un trabajo, también sentía un gran entusiasmo por retomar su trabajo con los niños, pero no podía ignorar los recuerdos que llenaban su mente, despiertos con el aroma, los ruidos y el traqueteo de la sala de urgencias que tendrían que atravesar para llegar hasta el ascensor que las conducirían a su destino.

Cada vez que había ido al médico durante los últimos dos años había sido resultado de una paliza especialmente fuerte y había tenido que fingir y mentir.

Como nunca había denunciado a su pareja, los médicos no pudieron hacer nada para ayudarla. Había tenido la esperanza de que Carter cambiara, de que su amor fuera suficiente para que se diera cuenta de lo bien que estaban juntos y de lo mucho que estaba dispuesta a sacrificar para hacerlo feliz.

Había sido una idiota, esa era la palabra exacta para su desorden mental.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Mallory quedamente, para evitar que Lou, que se dirigía de vuelta, pudiera escucharla.

Sam asintió. No tenía nada que ocultar, así que esperó a que la chica hablara.

—¿Alguna vez te has fijado en lo guapísimo que es Lou?

No pudo evitar sorprenderse, incluso esbozó una sonrisa.

—Lo es, tienes razón.

—No es mi tipo, demasiado viejo, pero podría ser bueno para ti. Roderick es como un padre o algo así, pero está muy tocado de aquí —se tocó la cabeza y después el corazón—, por culpa de esa arpía.

—¿No te cae bien Kat?

—No la conozco, en realidad. Lo que pasa es que no me gusta lo que ha hecho, no me parece decente.

Teniendo en cuenta el lugar en el que vivía y trabajaba, le resultó curioso que empleara esa palabra.

—No conocemos sus circunstancias...

—Me da igual. No importa lo mal que lo estés pasando, nadie tiene derecho a herir a alguien que se supone que quiere, solo porque pueda hacerlo.

Ojalá hubiera tenido tan clara esa verdad absoluta en el pasado. Su vida habría sido muchísimo más sencilla.

—Eres sabia.

—En realidad, solo soy una chica ingenua sin formación académica que tiene problemas para leer —sonrió en dirección a Lou y se fijó en el guardia de seguridad con el que se había reunido—. ¿Vamos a tener un guardaespaldas personal?

—Este es Thomas, va a escoltaros durante vuestra visita al hospital y esperará con vosotras hasta que yo regrese con Cole. Si sucede cualquier cosa, estaremos en contacto y vendré de inmediato.

El hombre les dirigió un saludo respetuoso y distante, para apresurarse a mirar alrededor, valorando las posibles amenazas.

Samantha tenía claro que Carter no la atacaría a plena luz del día donde tuviera testigos. Era un cobarde y como todos ellos, usaba la oscuridad y la soledad para atormentarla. La había aislado completamente durante el tiempo que duró su relación y estaba bastante segura de que por

más que quisiera acabar con ella no lo haría.

Y era lo suficiente cobarde como para no pegarle un tiro. Además de que estaba segura de que le excitaba golpearla con sus puños hasta dejarla fuera de combate.

Sus recuerdos llenaron su mente de dolor y vergüenza, provocando que le resultara difícil respirar.

—Creo que será mejor que entremos —dijo Mallory—. Cuando antes termine todo esto, mejor.

Le dio la mano y apretó de modo consolador. Supuso que, de alguna manera, había sentido el pánico agazapado muy cerca de la superficie y listo para hacerse con el control de sus actos. Sentía que estaba al borde de un profundo precipicio y que si se deslizaba solo un milímetro hacia delante, caería en el profundo abismo y quedaría relegada al olvido.

—Todo saldrá bien —le aseguró, aunque no fuera la mejor persona para animar a nadie.

La enorme mano de Lou se posó en su hombro un instante y la miró con intensidad. No pronunció una sola palabra, no necesitó hacerlo. Sabía lo que había dicho, le había dejado claro que estaba allí, no iba a largarse a ningún sitio. Ese maravilloso hombre iba a mantenerla a salvo y si alguien intentaba herirla de alguna manera, sería su campeón y lucharía la batalla por ella.

Era su ángel de la guarda y había empezado a quererlo por ello. A pesar de su enorme envergadura y la fuerza que irradiaban sus músculos, en ningún momento había tenido miedo de él. Al contrario, surgía en su cercanía la extraña sensación de seguridad que le aseguraba que siempre la mantendría a salvo.

Ojalá sintiera por él, lo que había empezado a sentir por Rod. Sin embargo, parecía incorrecto, fuera de lugar.

Lou era para ella ese hermano con el que había soñado desde niña y que finalmente la había encontrado.

Y siempre iba a dar gracias por ello.

Cuando siguió a Mallory dentro, con Thomas cuidando las espaldas de ambas, se dijo que iba a ser valiente, porque había personas ahí fuera que iban a estar para ella. No importaba que nunca hubiera pensado en esa posibilidad, la única verdad era que estaba ahí y que al fin tenía personas a las que llamar familia.

Nunca volvería a estar sola y no permitiría que Carter le hiciera pensar que no valía nada.

Lo cierto era que poseía un valor incalculable y estaba más que convencida de que una vez fuera capaz de creérselo y asimilarlo, sin importar su fuerza o las armas que utilizara, ya no podría volver a hacerle daño.

Incluso si le costaba la vida, porque su alma sería completamente libre.

Y ansiaba más que nada y nadie, esa libertad.

Después de hablar con Stephen, Rod subió al apartamento de Sam. La puerta estaba abierta y Kat iba de un lado a otro metiendo cosas en una pequeña maleta bastante destartada. Estaba descolorida y le faltaba una rueda. Recordaba haberla visto en el almacén en algún momento, ignoraba por qué no la habían tirado ya.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sonó como si estuviera enfadado y quizá lo estaba. No esperaba volver a verla jamás, pero encontrarla allí, moviéndose de un lado a otro como si estuviera en su casa y el tiempo no hubiera pasado se sintió como un puñal retorciéndose en sus tripas.

—¡Roderick! —dijo un grito de alegría y corrió a sus brazos, se aferró a él y lo besó con hambre. No dijo nada mientras empezaba a arrancarle la ropa y a morderle el cuello, el hombro, los botones de su camisa volaron y la femenina mano llegó al botón de sus vaqueros antes de que tuviera tiempo de asimilar lo que estaba pasando.

Tenía que parar esto, tenía que detenerla. No importaba lo mucho que la hubiera echado de menos o cuánto la deseara. Hasta él se daba cuenta de que esto no estaba bien.

La sostuvo con firmeza y la apartó de él, mientras se pasaba una mano por el pelo y caminaba de un lado a otro evitando mirarla. Tenía que recomponerse y pensar, sin importar que su cuerpo ya estuviera dando señales de lo mucho que deseaba a Kat.

También la amaba y ella le había roto el corazón. Lo había abandonado, se había largado sin mirar atrás.

—¿Qué pasa? No me digas que te has vuelto rencoroso.

—¿Dónde está Duncan? —inquirió mirando a su alrededor, buscando al pequeño.

—En la cantina con los chicos, ¿qué te pasa? ¿Acaso no te alegras de verme?

La verdad era que en este momento preferiría que no estuviera allí. Se sentía confuso y ligeramente enfadado. Con ella, pero sobre todo consigo mismo, por seguir reaccionando a su presencia de la manera en que lo estaba haciendo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tony está fuera y hemos venido de vacaciones.

—¿Vacaciones?

Quiso maldecir y dejarle claro que el *Pleasure's* no era una maldita atracción turística, pero se concentró en mantener su malhumor controlado. Tomó una bocanada profunda de aire y comentó.

—Katharina, no puedes quedarte aquí. Te instalaré en una de las habitaciones temáticas mientras duren tus vacaciones. Este apartamento pertenece a Sam.

—¿Quién es Sam? No me digas que tenemos otro guaperas viviendo aquí. No me importa compartir mi cama, si es que merece la pena.

—¿Qué te pasa? —esta mujer no parecía la Katharina que conocía. Era como si le hubieran hecho un lavado de cerebro o algo parecido.

No se trataba de que estuviera hablando sobre tener sexo con otro, porque eso era lo normal en ella, estaba fijándose en la manera en que había reunido las cosas de Samantha, por lo que estaba seguro de que conocía perfectamente la identidad sexual de la persona que había ocupado su lugar.

No era la mejor definición, nadie ocuparía el lugar de Kat, pero... ¡Se estaba volviendo loco!

—Es una mujer y lo está pasando mal. No deberías haber entrado aquí, no tienes ningún derecho a irrumpir en su casa y hacer lo que sea que estás haciendo.

—Necesito espacio para mis cosas y las de Duncan. Esa chica apenas tiene un puñado de ropa, no le importará trasladarse. Además, ¿acaso pretendes que nosotros nos aglutinemos en una de esas habitaciones y que mi hijo tenga que escuchar los gemidos de las mujeres que te llevas todas las noches a la cama? Al menos aquí estará libre de todo tipo de perversión.

Había algo en su tono de voz que lo molestaba, aunque no podía entender qué era. ¡Vamos! ¡Esa mujer era Kat y la amaba! No sentía nada por Sam, solo se habían acostado una vez y habían hablado. El desayuno había sido entretenido y el sentimiento de culpa que colgaba en su pecho lo había llevado por un camino que, probablemente, jamás debería haber pisado.

Samantha y él nunca serían una pareja, pero seguía sintiendo incorrecta la presencia de Kat en el apartamento y el hecho de que estuviera tocando las pertenencias de la otra mujer.

—Deja sus cosas donde estaban.

—No voy a hacer eso, Roderick. Esta es mi casa y he venido para recuperarla.

—Samantha ha sobrevivido a un infierno. Te conozco, Kat. No eres así. ¿Qué te ha hecho ese malnacido para que te estés comportando como una arpía?

—Nada. Tony no me ha hecho nada. Me ha tratado como a una reina y ha puesto su mansión a mi nombre. Tengo varios coches a mi disposición. Un tutor para mi hijo con el que tengo sexo regularmente y comparto a sus amantes conmigo. Mi vida es perfecta.

Rod apretó los dientes, odiando cada palabra que salía de su boca, pero se obligó a mantenerse firme y procurar no demostrar ni uno solo de los sentimientos y pensamientos homicidas que cruzaban por su mente.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí?

—Echaba de menos el Pleasure's, ¿vale? Mi mazmorra. El ambiente. Los chicos. A ti... —se acercó a él y lo agarró por la cintura de los pantalones. Una de sus manos se coló dentro y lo acarició.

Se excitó de forma instantánea. La deseaba, la echaba de menos y quería acostarse con ella de nuevo. Así de sencillo y así de incorrecto. Le apartó la mano, aunque casi con desgana y Kat se dio cuenta de que ya había ganado.

—Sabes que me deseas, siempre lo has hecho. Y yo te deseo. No hay otro como tú, Rod.

—El problema es que siempre hay otros.

—También tú te acuestas con otras mujeres. Siempre. No somos tan diferentes.

En eso tenía razón. Pensó en la noche que había pasado con Sam y observó las escasas pertenencias de la mujer que Katharina había reunido para trasladarlas.

Quizá no le importaría ir a una de las habitaciones. Estaría bien allí, había seguridad...

También había cámaras de video que invadirían su intimidad. No eran tan confortables como el apartamento y podría sentirse violenta.

Sin embargo, no necesitaba mucho espacio. Estaba sola, no había niños revoltosos que resultarían agobiantes en una sola habitación. Estaba convencido de que Sam aceptaría el cambio, tenía buen corazón y, además, no interferiría con la necesidad de mantenerla a salvo.

Tendría que hablar con sus socios y explicarles los motivos que acababa de recopilar para sugerir el cambio.

No, no para sugerirlo, para llevarlo a cabo.

Kat no iba a salir de este lugar y no planeaba obligarla a hacerlo. No había nada que fuera capaz de negarle y ambos lo sabían.

—Me gusta por dónde van tus pensamientos —comentó Kat con una sonrisa, mostrando su satisfacción.

Su mano regresó al interior de sus pantalones y la dejó hacer. No tenía resistencia suficiente para ignorar lo que le provocaba. No solo su cuerpo anhelaba perderse en ella, como en los viejos tiempos, sino su alma, su cabeza y su corazón. Todo su ser en comunión la deseaba y Sam, más rápido de lo que debería ser posible, desapareció de su mente y de su vida como si nunca hubiera existido.

Aferró con firmeza las muñecas de Katarina, interrumpiendo la intrusión, y la llevó hacia el dormitorio. La hizo caer sobre la cama, sintiéndose como un macho salvaje y dominante.

Era el momento de demostrarle quién estaba al mando.

Sentía el acuciante deseo de poseerla, pero también de castigarla por todo el dolor que le había causado innecesariamente.

—No voy a ser suave —esgrimió desnudándose. No tardó demasiado en despojarse de su ropa; tampoco en desgarrar las escasas prendas que cubrían el delicioso y femenino cuerpo.

La deseaba, la necesitaba casi tanto como el aire para respirar. La había echado de menos.

Bajó sobre ella como un lobo hambriento. No importaba que esa noche hubiera estado en la cama con otra, su cuerpo estaba más que listo para este momento, para llevar a cabo la acción.

Tenía hambre de Katharina, llevaba meses hambriento, casi a punto de la inanición.

—También te he echado de menos —dijo la mujer con aire sumiso. Algo que no tenía nada que ver con la diosa que tantas noches había sentido el éxtasis entre sus brazos—. No quiero

volver a marcharme jamás.

—No te irás. Tu lugar está a mi lado —gruñó mientras la poseía, penetrándola y convirtiéndose en uno con ella.

Estaba seguro de que había sido brusco y demasiado rápido, pero su polla se deslizó en su interior como si hubiera sido creado específicamente para él.

Y por un minuto sintió que estaba de vuelta en casa y supo que no iba a dejarla marchar.

No podía hacerlo.

CAPÍTULO 14

No recordaba que el sexo con Gwyneth hubiera sido tan bueno. Lo cierto era que lo que había estado haciendo los últimos meses en el Pleasure's, palidecía en comparación.

Había un sentimiento profundo y antiguo que se extendía entre ellos como si algún tipo de atracción fatal los vinculara sin que pudieran hacer nada para deshacerse de la compulsión.

No recordaba haber disfrutado tanto en el pasado. Era casi como si hubiera tenido una revelación y se estuviera convirtiendo en otro hombre.

—Tienes nuevas cicatrices —comentó la mujer mientras acariciaba su pecho con las yemas de los dedos y depositaba de vez en cuando un suave beso sobre las viejas marcas—. ¿Quieres hablarme de ello?

Estaban desnudos en su cama, con las piernas entrelazadas, abrazados, descansando juntos después de la maratón sexual a la que se acababan de someter. Damien tenía hambre, pero no quería romper el contacto. Todavía no.

—¿Sabes qué es lo que más he echado de menos durante el tiempo que hemos pasado separados?

Gwyneth se incorporó, apoyándose sobre un brazo para poder mirarlo a los ojos. No preguntó, solo le dio tiempo a reunir sus pensamientos para encontrar las mejores palabras para explicar lo que quería decir.

—Lo fácil que es hablar contigo, estar contigo.

—En realidad soy bastante complicada, ya sabes. De hecho ha quedado demostrado en más de una ocasión. ¿Recuerdas lo que hablamos hace años? Pues eso, ningún hombre consigue seguirme el ritmo.

—Eso es porque eres una leona. No necesitas a un hombre que luche tus batallas por ti. Te buscas la vida, en todos los sentidos de la palabra. —Damien no quería pensar en nada trascendental, porque no era el momento, pero tenía que admitir que Gwyneth era la única persona sobre la faz de la tierra que lo comprendía y que sabía cuándo hablar o cuándo guardar silencio. Lo hacía reír, lo excitaba y casi le hacía olvidar el dolor emocional con el que llevaba años conviviendo—. Ese idiota de Travis no te merecía y me alegro de que la cagara a lo grande.

Una luz triste iluminó sus ojos, lo que provocó que lamentara sus palabras. No pretendía recordarle su pérdida. Si alguien comprendía lo que se sentía al perder al amor de tu vida, ese era él. Había sido un jodido insensible.

—Maldita sea, a veces debería cerrar la puta boca —la atrajo a su pecho y la besó en la parte superior de la cabeza abrazándola—. A veces la vida nos tiene reservado algo mejor.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro.

Lo cierto era que él mismo había encontrado el camino para seguir adelante. Puede que estuviera medio vivo, desde que había dado la espalda al amor y se contentaba con un poco de satisfacción puntual con mujeres anónimas. Puede que la vida de perversión que llevaba acallara temporalmente su oscuridad y el dolor que tenía la capacidad de paralizarlo y puede que hubiera escogido la vía fácil para seguir adelante. Respiraba y avanzaba, aunque no vivía realmente.

Piper había dejado un enorme vacío en su corazón y no estaba seguro de que alguien pudiera rellenarlo. Nadie encajaría, no en ese lugar.

Aunque si era sincero había encontrado el camino para perdonarse y para despedirse. Había hablado con su esposa muerta, de alguna manera, quizá porque dio un paso muy cerca de la otra vida, porque por unos instantes estuvo a su lado y le dejó claro que deseaba que avanzara y que fuera feliz.

O quizá tan solo fue un sueño.

—No creo que ninguno de los dos supere nunca la pérdida.

—Travis no se merece que guardes luto por su ausencia. Debes enamorarte y encontrar a un hombre que valga la pena —instruyó. Lo había dicho muchas veces, como amigo y como amante, como alguien que la admiraba, la quería y la respetaba. Alguien que deseaba que fuera feliz.

Sin embargo, hoy tenía alguna motivación ulterior, quería ser un candidato al puesto. ¿Acaso estaba en su sano juicio? ¡Había perdido la maldita cabeza!

—Fue muy jodido que me dejara tirada a tres días de nuestra boda, pero creo que lo que peor llevo es que se largara con mi mejor amigo. ¿No podría haber salido del armario un poquito antes?

Damien la miró y tras un par de minutos de lamentos, empezaron a reírse juntos como si la situación en vez de macabra, fuera realmente muy graciosa.

—Estás fatal, Damien. No sé cómo puedes provocarme así, ¡es uno de los traumas de mi juventud! Y consigues convertir todo en un chiste.

—Eres la única que acallas mi dolor y culpabilidad por la muerte de Piper. La risa contigo es tan fácil que me asusta, el sexo es tan bueno que me pone los ojos del revés y el futuro se convierte en una posibilidad. Como si cuando estás conmigo, existir ya no fuera suficiente. Eres peligrosa para mí, incluso más de lo que yo pueda llegar a serlo para ti.

—No tenemos remedio. Cada vez que nos reunimos creamos un tsunami —medio bromeó mirándolo a los ojos. Rodó con ella, sometiéndola con facilidad y colando una de sus piernas entre las de ella.

Sintió que volvía a excitarse, su miembro endureciéndose contra la suave piel de su cadera.

—¿Ves lo que me haces? ¿Ves lo que provocas? Eres una chica muy mala.

Gwyneth se rio.

Damien aferró con firmeza sus muñecas, terminando de inmovilizarla.

—Voy a tener que castigarte.

—No voy a ser una esclava complaciente.

—Me gusta cuando te resistes —gruñó mordiéndole el hombro. No fue rudo, pero sí lo suficiente salvaje como para que sus ojos se oscurecieran. Pudo sentir la manera en que reaccionó su cuerpo.

—¿Vas a jugar al lobo salvaje con tu cautiva, mi señor?

—Voy a recordarte cuál es tu lugar en mi cama.

Stephen estaba bastante nervioso, no podía negarlo.

Llevaba al menos dos horas dando vueltas sin rumbo por el club, pensando en la mejor manera de dirigirse a Gabriel y explicarle lo que le preocupaba. No quería sonar amenazador y, desde luego, no quería que nadie pensara que pretendía iniciar una guerra interna en el Pleasure's. Tampoco estaba dispuesto a que alguien imaginara que pretendía adoptar un puesto en el club que no merecía. No se trataba de nada de eso, tan solo quería garantizar la estabilidad de su pequeña familia.

No quería que Katharina destruyera la aparente seguridad que Mallory, Cole y él habían conseguido en los meses que llevaban viviendo con ellos. Había visto en la recién llegada una contrincante que no iba a dar un paso atrás en la batalla. No le gustaba, no se había rendido a sus encantos y estaba convencido de que iba a sembrar la semilla de la discordia entre los empleados, para lograr que lo desterraran del único hogar que había conocido.

Tenía que estar preparado para largarse de allí con viento fresco, pero necesitaba un poco más de tiempo.

Paseó a un lado y a otro de la puerta en la que su jefe y su esposa ensayaban el número de baile. No quería interrumpir, más por decoro que por otra cosa, a menudo sus ensayos acababan en una maratónica sesión de sexo, los gemidos atravesaban las paredes y podía escucharlos cualquiera que estuviera al otro lado.

Tomó una bocanada profunda de aire y se armó de valor. Entreabrió la puerta con cuidado, pensando que si veía algo que no debiera, cerraría antes de que ninguno de los dos se diera cuenta.

Se asomó con cuidado. La plataforma estaba vacía y la sala parecía desierta. Había un portátil abierto en una de las mesas y un montón de papeles. Gabriel estaba inclinado sobre el equipo de sonido que había en el otro extremo de la habitación y Brenda no estaba a la vista.

Esperó tener al menos unos minutos para hablar con él sin interrupciones.

Golpeó la puerta, pidiendo permiso para entrar y el hombre se percató inmediatamente de su presencia.

—¿Sucede algo, Stephen?

—¿Podemos hablar, señor?

Gabriel dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él, se cruzó de brazos, separó las piernas y esperó a que hablara. Lo intimidaba, no importaba que él mismo fuera tan fuerte y alto como su jefe, quizá incluso un par de centímetros más alto, el hombre poseía esa aura de poder controlado y de evidente sexualidad que lo fascinaba y lo convertía en un tipo torpe y desgarrado con las palabras.

—¿Te encuentras bien? ¿Mallory y el bebé están bien?

Stephen asintió secamente. Se retorció las manos, se daba cuenta de lo que hacía pero no podía contenerse. Estaba demasiado nervioso.

—Habla, muchacho. Empiezas a asustarme —comentó—. ¿Mi hermano te ha llamado? ¿Tienes algún problema con la ley?

Era una deducción acertada, teniendo en cuenta que un policía era el que los había llevado hasta allí. No había sido siempre un ciudadano ejemplar, pero tampoco un criminal. Había hecho lo necesario para mantener a Mallory a salvo, pero sin cruzar las líneas que lo habrían convertido en un asesino. No había matado a nadie, aunque no podía negar que a veces había peleado y malherido a algún tipo en defensa propia.

No, la ley no iba a tener nada en su contra, pero le recordó otro motivo por el que su palabra nunca sería tan verdadera para aquel hombre como la de Katharina, sin importar que nunca en su vida hubiera pronunciado una mentira.

Puede que hubiera omitido unas cuantas verdades, pero jamás había sido un mentiroso y no iba a empezar a serlo ahora.

—No le gusto a Katharina —dijo sin rodeos—. Intentó acostarse conmigo y la rechacé.

Quizá había sido muy brusco, pero quería dejar su postura clara. No iba a consentir que la mujer fuera con algún cuento o que lo acusara de algo que nunca haría. No se había aprovechado jamás de una mujer, siempre había sido un protector, un guardián y tenía la sospecha de que la mujer iba a utilizar cualquier argumento, sin importar que fuera real o no, para expulsarlo del Pleasure's. Había ocupado su lugar en más de un aspecto y, cuando se diera cuenta de ello, no iba a gustarle.

—Parece que Kat tampoco te gusta a ti —dedujo Gabe pensativo—. ¿Puedo preguntar por qué?

No debería responder, a veces era mejor guardar silencio, pero estaba convencido de que no iba a tener otra oportunidad para hacerlo.

—Conozco a las de su tipo —masculló entre dientes. Estaba furioso, intentaba contener su

rabia, pero era superior a él. No quería tener nada que ver con ella—. No soporto a los abusones, acosen a sus víctimas directa o indirectamente —espetó—. Solo necesito trabajar aquí un poco más de tiempo antes de poder alquilar un apartamento para llevarme a Mallory y Cole. Estoy muy agradecido por su ayuda...

Gabe lo cortó.

—La acusación que acabas de hacer es muy seria, chico —lo interrumpió Gabriel. Si siempre lo asustaba un poco, ahora parecía más grande y más oscuro, como si todo el poder que irradiaba habitualmente se hubiera concentrado elevándose a la máxima potencia—. ¿En qué te basas para afirmarlo?

—Quiere lo que no puede tener. Ha irrumpido en el apartamento que se le asignó a Sam, sin importar que ya no le pertenezca. Asegura que va a recuperar su número y su posición en el *Pleasure's*, sin importar qué suceda o a quién afecte. —Y no paró de acosarme desde el minuto en que llegó hasta que conseguí demostrarle que no iba a bailar a su son, añadió para sí, aunque prefirió no decirlo en voz alta. Eso era cosa suya y no iba a compartirlo con nadie más. Podía manejarla.

—Si lo que te preocupa es perder tu número, eso no va a pasar. Gracias a ti y a alguno de los cambios que hemos introducido hemos logrado hacer prosperar al club. Eres un activo importante del *Pleasure's* y mi mujer tiene debilidad por *Le chat noir*. Confía en mí, tu trabajo aquí está asegurado —le garantizó. Intentaba tranquilizarlo, como si fuera una bestia a punto de saltar y le estuviera dando una caricia consoladora.

Puede que fuera efectivo, porque respetaba a ese hombre por encima de todas las cosas, pero no quería a Katharina cerca de él.

—No soy nadie para hacer exigencias, señor, pero... —empezó titubeando. No estaba seguro de que debiera pronunciar en voz alta su deseo, porque lo cierto era que por más que el otro hombre estuviera dándole un voto de confianza, no lo merecía. No era nadie, nada para ellos, lo habían recogido de la calle como a un gato callejero y le habían implementado una fina capa de sofisticación y educación que no iban con él.

—Habla, muchacho. ¿Qué quieres pedirme?

—No quiero que esa mujer se acerque a mí.

—¿Por qué? Si la conocieras...

—Por favor, señor. No se lo pediría si no fuera importante.

Gabriel estaba más serio que de costumbre y tenía el ceño fruncido, pero terminó asintiendo.

—Está bien, haré lo que esté en mi mano para evitar que pueda participar en tu show o acercarse a ti.

Sin embargo, sabía que Gabriel se alegraba de tenerla de vuelta. La quería, la respetaba y no podía negar que Katharina era una magnífica actriz o quizá no era tan desagradable como él la

imaginaba. Quizá tan solo estaba asociando a esta persona con otra de su pasado, otra que había destrozado su vida.

Su madre. Tan similar que lo asustaba más que encontrarse de nuevo viviendo en la calle y sin comida suficiente para llevarse a la boca.

—¿Puedo tomarme la noche libre? —preguntó. Le tocaba ocuparse de la barra, pero necesitaba despejarse. Salir de aquí y quizá viajar hasta el lugar del que venía para mirar hacia el pasado y cerrar esa página de una vez por todas. Tenía que dejar ir todo el dolor y la frustración para poder disfrutar de su futuro.

—¿De verdad te ha trastornado la vuelta de Kat, verdad?

Estuvo tentado de repetir sus palabras, pero fue lo suficiente cauto como para no hacerlo.

En realidad, no aguantaba a los matones. No importaba que fueran hombres o mujeres. O que usaran los puños o cualquier otra arma.

—Va a romperle el corazón a Sam —respondió en cambio—y no se lo merece.

Sabía lo que iba a pasar. Había estado con Rod antes de que subiera a enfrentarla. Se había percatado de que la sencilla mujer que apenas conocía, había quedado olvidada en cuanto el huracán Kat había hecho acto de presencia.

Y había visto la manera en que la pobre mujer miraba al hombre. Dedujo que habían pasado la noche juntos. Para ella lo habría significado todo, pero para él no había sido nada.

Rutina, algo que hacía para olvidar el dolor que la marcha y el desprecio de la arpía le habían provocado.

La odiaba incluso sin conocerla, porque había llegado sentando las bases de la destrucción. No era buena, sabía que no lo era, y no quería contaminarse de su maldad.

Haría lo que tuviera que hacer para mantenerse a salvo y proteger a los que le importaban en el proceso.

CAPÍTULO 15

La visita al médico fue bien, afortunadamente.

La recuperación de Mallory había sido completa y habían logrado abandonar el hospital sin ningún tipo de complicación. Incluso había aprovechado para pasar por la sala de traumatología para pedir que le quitaran la escayola. Estaba harta de llevarla y estaba segura de que se la habían mantenido por protocolo, no porque fuera estrictamente necesaria.

Le hicieron una radiografía y procedieron a cumplir con su solicitud. No podía negar que sentía la zona dolorida y desprotegida, pero era cuestión de recuperar poco a poco el manejo de su brazo. No llevaría más de unos días, quizá una semana. Incluso había comprado las pequeñas pelotas de goma que le habían recomendado para empezar con la rehabilitación y recuperar la fuerza.

Lou la había acompañado en silencio, apoyándola con su presencia sin mediar palabra. Haciéndola sentir segura y recordándole que ya no estaba sola.

Casi se le habían saltado las lágrimas cuando lo había mirado. No porque fuera atractivo o un activo posible para convertirse en futura pareja, sino porque era un amigo sincero y confiable, alguien en quién podría apoyarse sin importar qué sucediera.

Subió los escalones hacia su apartamento. Estaba agotada y tenía ganas de tumbarse y dormir durante doce horas seguidas. Quizá así conseguiría recuperarse del cansancio de la noche anterior y de los dos últimos años. La pesadez del miedo, el dolor de la soledad y de la tensión de no saber cuándo iba a llegar el próximo golpe.

Necesitaba su entorno seguro, su refugio, para poder volver a sentirse a salvo.

En cuanto metió la llave en la cerradura pensó que ya estaba en casa. Le sorprendió no haber puesto los cerrojos, pero estaba tan cansada que no le dio importancia.

Dejó el bolso sobre la encimera de la pequeña cocina y fue directa a su dormitorio. Si solo pudiera dormir y olvidarlo todo. Si pudiera concentrarse en dejar atrás el pasado y abrazar su nueva vida.

Una en la que ya no hubiera dolor, en la que el amor fuera una posibilidad y el sexo algo divertido.

Encendió la luz y fue entonces cuando todo su mundo se deshizo.

Y no por el hecho de que Roderick estuviera desnudo en su cama, abrazando a una despampanante mujer que ya había visto en fotos, sino por la terrible acción de haberlo hecho en su cama.

No era suya, pero la ilusión se había mantenido visible hasta este preciso momento.

La mujer la miró y sonrió ante su presencia, como si no le importara. Se acurrucó más con

Rod y mascullo una queja.

—Apaga la luz y únete a nosotros si quieres.

Samantha tragó saliva y dio un paso atrás. Roderick la miró como si fuera solo una molestia.

Negó, no podía creerse lo que estaba viendo.

Sabía que no significaba nada para él, que el sexo entre los dos había sido solo un momento de debilidad. El tiempo que habían pasado juntos no más que una obligación, pero no había esperado que violara el refugio temporal que él mismo había ofrecido para tener algo que, estaba segura, había tenido un millón de veces.

¿No podía haberse ido a otro lugar? ¿Este era otro tipo de agresión? ¿Necesitaba demostrarle que no valía nada, ni siquiera para él? ¿Qué tenía de malo que todos los hombres tenían la necesidad de despreciarla y pisotearla como si no significara nada? ¿Como si no tuviera dignidad? ¿Como si ni siquiera fuera una persona?

Sintió cómo algo se rompía profundo en su interior, cómo la frágil seguridad que había empezado a crear en su corazón se hacía una vez más añicos.

¿Qué importaba vivir o morir si su futuro estaba destinado a esto? Ser pisoteada una y otra vez, su corazón destruido como si no valiera nada.

Lo que Rod acababa de hacerle era peor que uno de los dolorosos golpes de Carter. Había confiado en él, por primera vez en mucho tiempo, y ahora la miraba como si no tuviera ningún derecho a sentirse dolida.

Y lo peor de todo era que tenía razón.

Este no era su sitio y ese no era su hombre.

Nunca lo sería.

Se dio media vuelta, cogió su bolso y abandonó el apartamento a toda prisa.

No sabía en qué momento había empezado, pero no podía parar de llorar, todo su mundo se había deshecho en un instante. No recordaba que esa mujer en la que se iba convirtiendo lentamente era más dura, mucho más fuerte y despreocupada, para la que una noche de placer no debía significar nada más que probar su recién descubierta libertad.

Aún así, en el fondo seguía siendo la misma chica ingenua e ilusa que creía que sexo y amor siempre iban de la mano. ¿Cuántas decepciones más necesitaba para darse por vencida? Había gente que había nacido para estar sola.

Ni siquiera esperó a que llegara el ascensor, bajó corriendo las escaleras y se precipitó a la zona de recepción del club. Lou estaba en la puerta, como siempre, pero no logró esquivarlo a tiempo y fue como chocar contra una roca.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Lejos... de... aquí —respondió entre sollozos. Trató de apartarse de él, pero no se lo permitió.

Sus ojos encontraron los de Stephen, que pasaba por allí y ordenó:

—Chico, quédate en la puerta.

No dio más explicaciones, sino que salió con ella y la hizo montar en el asiento del copiloto de su SUV.

—¿Dónde vamos?

No tenía ningún lugar concreto en el que poder quedarse y no planeaba molestar a la madame Gacela, a pesar de su generosa oferta, así que se encogió de hombros.

—A un hotel, cualquier lugar en el que pueda alquilar una habitación.

Lou arrancó y, sin hacer más preguntas, se concentró en conducir. Aunque era un hombre de pocas palabras, se había convertido en su ángel de la guarda y la había estado ayudando desde el primer momento en que llegó al Pleasure's.

Podía asegurar, sin miedo a equivocarse, que ese hombre le había salvado la vida.

—Lou —llamó secándose las lágrimas al mismo tiempo y tratando de combatir la angustia que sentía—. ¿Estás seguro de que puedes salir del club justo ahora? Van a empezar a llegar vuestros clientes en menos de media hora.

—El chaval puede cubrirme durante el tiempo necesario para instalarte.

—No quiero causarte problemas —se apresuró a decir—. Podría haber cogido un autobús o un taxi.

—Eso no es necesario —la cortó—. No sabrías cómo llegar a mi casa sin mí.

—¿Tu casa? —inquirió algo aturdida.

No estaba segura de que fuera una buena idea, no quería ser una carga ni para él ni para ninguna otra persona, además de sí misma.

—Estarás a salvo del malnacido de tu ex y lejos de lo que sea que te haya hecho daño.

No hizo preguntas y tampoco la presionó para que le contara exactamente lo que había ocurrido, pero estaba casi segura de que sospechaba quién estaba en medio de su desazón.

Ninguno de los dos mencionó el nombre del hombre que llevaba hiriéndola desde que sus caminos se habían cruzado. Roderick tenía fama de héroe, pero, en su caso, no era más que un villano.

—No creo que alguna vez consiga pagarte por tu amabilidad, Lou.

Había sido un buen amigo, era un hombre serio y muy grande, pero nunca le había dado miedo. Por algún extraño motivo, se sentía bien con sus silencios. A veces había bajado a cenar con él y no hablaban, tan solo estaban juntos compartiendo su mutua compañía sin conversación intrascendental. Se comprendían sin palabras, algo que nunca había compartido con nadie y que le procuraba paz.

El grandullón pareció sonrojarse con su sinceridad, pero no tenía importancia, porque lo que estaba claro era que él marcaba la diferencia en su vida y no se hartaría de agradecerse.

Se detuvo frente a una enorme casa victoriana, casi una mansión, de distintos tonos de azul, con un pequeño jardín delantero y una curiosa valla blanca que acotaba el espacio privado, ofreciéndole un aspecto bastante hogareño. Siempre había pensado que el enorme portero viviría en un apartamento moderno y amplio, sin grandes adornos, no en un lugar tan familiar y con tanta personalidad como aquel, pero... ¿qué sabía sobre él, en realidad, aparte de que se había convertido en una especie de caballero de brillante armadura?

—¿Esta es tu casa?

—Sí —respondió conciso aparcando en la parte trasera, justo en la puerta de entrada al garaje.

No le resultó raro que contestara tan secamente, porque su pregunta tampoco había sido muy inteligente, ya la había avisado de que la iba a instalar en su hogar para protegerla de todo mal.

Cuando salieron, se le hundieron los pies en la nieve, pero no le importó, el frío la hacía sentirse viva y capacitada para seguir luchando. Siguió a su salvador, que seguía sin pedir explicaciones sobre su, probablemente exagerada, reacción y se fijó en los pequeños detalles del porche. Era azul y espacioso, con una puerta doble y dos ventanales que, probablemente permitirían el paso libre de la luz, iluminando toda la estancia y aportándole una alegría desconocida y natural al lugar. Ya le gustaría poder contar con un refugio tan bello y elegante, aunque quizá un poco más pequeño.

—¡Kit! —gritó Lou con su atronadora voz—. Baja ahora mismo.

Los fuertes pasos de un hombre hicieron retumbar el techo, provocándole cierto grado de aprensión, pero en cuanto lo vio aparecer se relajó. Era muy grande, casi tanto como Lou, pero llevaba una sonrisa sincera en la cara y sus ojos llenos de alegría observaron a su acompañante como si estuviera devorándolo. No dudó en atravesar todo el lugar para besarlo y saludarlo como hacían dos personas que se amaban.

—Tenemos compañía —comentó con un carraspeo, tratando de poner una distancia de seguridad entre los dos, pero había un filo cariñoso en el tono que le reveló un lado del gigante que había desconocido hasta ese momento.

El sexy y guapísimo desconocido llamado Kit la miró de forma instantánea y no se limitó a tenderle la mano, sino que la abrazó sinceramente, algo breve, que en ningún momento la hizo sentir violenta.

—Soy Christian White, el marido de Lou, pero puedes llamarme Kit —informó—. Seguro que no te ha hablado mucho de mí, no habla demasiado sobre nada con nadie aparte de mí —aportó guiñándole un ojo a su pareja—, pero sí sé quién eres. Tu nombre es Sam, ¿verdad? Lou me ha contado todo sobre ti. ¿Cómo llevas las clases de defensa personal? —se interesó.

Al principio no supo muy bien qué responder, así que su mirada hizo contacto con la del hombre que sí conocía, tratando de averiguar qué se esperaba de ella.

—Discúlpalo —pidió Lou—. Está pasándose de la raya, es defecto de fábrica.

—No importa —se apresuró añadir, preocupada de poder generar un problema entre los dos hombres. La situación era bastante surrealista, pero se sentía extrañamente a salvo—. Lou es un buen maestro.

—Por supuesto que lo es, le he enseñado todo lo que sabe. Soy luchador de artes marciales mixtas, así que básicamente me dedico a noquear y dejar fuera de combate a otros tipos grandotes como nosotros —informó—, pero no vayas a tenerme miedo, jamás golpearía a una mujer o un hombre fuera del combate. No es mi estilo.

—Tengo que marcharme. Sam va a quedarse con nosotros, instálala en la habitación de la torre —interrumpió el discurso de Kit y le dio las indicaciones pertinentes.

Se dio media vuelta, dispuesto a salir de allí, pero pareció dudar un instante, porque volvió a girarse en su dirección, la miró fijamente y le dijo:

—Puedes confiar en él, no podría matar ni a una mosca y si a alguien se le ocurre intentar herirte, podrá mantenerte a salvo.

—Me encanta esa habitación —aportó Kit cambiando de tema. Hizo bien, porque no le apetecía pensar en lo que su espontánea decisión podía causarle. Estaba en juego su vida, al fin y al cabo.

Gracias a Dios por Lou.

Lo observó salir con el ceño fruncido y sin una sola palabra de despedida y recordó que no le había pedido explicaciones. Mucho mejor, no le apetecía confesar lo que sentía por el idiota de Rod o cómo se había sentido completamente devastada cuando lo había visto en su cama después de haber estado follando con otra mujer. Katharina, que como había quedado demostrado con su oferta, no poseía pudor alguno. ¿Acaso no había podido llevársela a otro lugar? ¿Pretendía recrearse en su traición o tan solo demostrarle lo poco que significaba para él?

No le había importado su dolor, no había corrido tras ella para darle una explicación. La había mirado como si no le importara, como si su presencia tan solo le resultara molesta.

No estaban hechos para estar juntos y no importaba cuántas veces se hubiera dicho lo contrario, cuántas mentiras se había contado, cuántas fantasías había tejido en su mente en las escasas horas que habían pasado separados, desde la intensa noche anterior.

Nunca iban a ser una pareja, no estaba destinado a suceder.

Se quedó quieta en el sitio, con los puños ocultos en las mangas de su abrigo y mordisqueándose el labio inferior sin saber muy bien qué hacer. Sabía que su aspecto sería devastador, había estado llorando tanto que su nariz y ojos estarían hinchadísimos y se sentía helada, como si el calor hubiera abandonado su cuerpo.

Además, todas sus posesiones actuales eran la ropa que llevaba puesta y su bolso de mano. El resto había quedado atrás, cuando echó a correr abandonando la rota seguridad del que había sido

su refugio durante un breve espacio de tiempo.

Una vez más sin recursos.

—Vamos —la animó Kit, tendiéndole la mano—. No te asustes, no me conoces pero confías en Lou. No te dejaría conmigo si no confiara en mí. Es un guardián; no soporta las injusticias.

—¿Hace mucho tiempo que estáis juntos?

—Llevamos dos años casados, unos tres y medio de relación, mes arriba mes abajo —se encogió de hombros—. Mucha gente desconoce lo nuestro, pero no me preocupa. Lou es muy reservado con su vida personal y a mí tampoco me va eso de salir en las revistas del corazón, por más que algunos de mis compañeros se dediquen a exponer por todos los medios su vida privada. Y acabo de soltarte un buen rollo, ¿verdad?

Sam sonrió, tenía que hacerlo. Kit tenía un punto entre chistoso y bebé grandote. Entendía por qué Lou lo quería, nunca había imaginado que el portero del Pleasure's fuera homosexual, tampoco había pensado en cuál sería su situación sentimental, pero fuera como fuera, las cosas en su vida personal parecían ir muy bien. La casa, su chico... en cierto modo, lo envidiaba. Había sabido escoger, mientras que ella era incapaz de juzgar de forma correcta a la gente.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —bromeó, agarrándola con delicadeza por el brazo—. Parece que has estado llorando, espero que no sea por un hombre.

Samantha se preguntó si era real o solo una fantasía de su imaginación. Debía medir al menos metro noventa, estaba en forma, como atestiguaban los músculos de sus abdominales y pectorales, así como sus bíceps. Era un peligro andante, podría aplastarla en un solo golpe, pero no parecía tener un hueso de maldad en todo su cuerpo. Al contrario, desbordaba empatía.

Y estaba completamente enamorado, había quedado claro en la manera en que había saludado a Lou. ¡Qué envidia le daba la pareja!

—Estaba pensando que no tengo más ropa que lo puesto. Soy un desastre, dejé todo atrás.

—No te preocupes. Vamos a la torre, te va a gustar y puede que encontremos algo que te sirva —predijo guiándola por las escaleras. No la soltó ni un instante, pero tampoco le hacía ningún daño. Era tan raro que un hombre la tocara sin causarle dolor físico o emocional, que quiso que el contacto durara para siempre.

—Tenéis una casa enorme y muy bonita.

—Y eso que todavía no has visto nada —presionó el interruptor cuando llegaron al final de la escalera y abrió la puerta de acceso—. Este es mi lugar favorito, aquí se queda mi hermana cada vez que viene de visita. Es bastante femenino y podrás encontrar algo de ropa que utilizar mientras conseguimos de vuelta la tuya.

Sam se dijo que tenía que cerrar la boca. La torre, como la llamaba Kit, era un enorme espacio octogonal con grandes ventanales. Una especie de suite con una cama doble y un espacio con sofás, una mesa de centro y una pantalla de televisión enorme, con la pared llena de imágenes

de lugares increíbles y de fotos familiares, de la que salían dos puertas más.

—Va a encantarte esto, a Gina le fascina —abrió la primera puerta y le descubrió un baño de grandes dimensiones, con una enorme bañera tipo jacuzzi circular, un lavabo con dos senos y un enorme espejo. El inodoro estaba ligeramente oculto, pero en sintonía con el resto de la decoración. Hacía una temperatura estupenda, tanto que tuvo que desabrocharse el abrigo.

—Es impresionante.

—Sobre todo porque no es azul, en serio, Lou tiene un problema con el azul —explicó—. La casa es como un faro potente en medio del barrio y cuando explores por dentro este lugar, vas a ver que hay tanta variedad de azules que te vas a marear.

—¿La casa la decoró Lou?

—Lamentablemente —dijo como si fuera una gran putada, haciéndola sonreír, porque era evidente que le gustaba—. Este es el único rincón con colores cálidos de toda la mansión. Por eso la ha escogido para ti, estoy seguro.

—No sé cómo voy a poder agradecer vuestra hospitalidad. Creo que estoy quedando en deuda con media ciudad —confesó, aunque lo cierto era que no se había sentido tan cómoda en el club como ya se sentía aquí y eso que acababa de llegar. Gabe y Brenda le imponían, tenían mucha vitalidad y carácter y no congeniaban para nada con su personalidad. La gente allí siempre le sonreía pretendiendo animarla, pero tenía la sensación de que solo la compadecían. Odiaba ser la pobrecita Samantha, solo Rod se había portado como un capullo, como si fuera culpable de todos sus males, cuando lo único que había hecho era tratar de compartir con él algo bueno para ambos.

Se había equivocado.

—Si esto no te alegra, no hay nada que lo haga —dijo Kit haciendo que abandonara el baño y la llevara hacia la segunda puerta. Al otro lado un enorme vestidor que no estaba muy lleno, pero que era el sueño de cualquier persona interesada en la moda—. Normalmente no hay quién entre aquí, pero la última vez que Gina vino se dedicó a deshacerse de ropa que ya no quería. He llevado gran parte a la iglesia, pero todavía quedan algunas cosas del invierno pasado. Gina es un poco más grande que tú —comentó, pareció valorarlo y cuando sacó un vestido precioso de lana con cuello vuelto resopló—, bastante más grande que tú, me temo que vamos a tener que jugar a las costureras si queremos que algo de esto te sirva.

—No es necesario, Kit, puedo comprar un par de pantalones vaqueros, un pijama y algunos jerseys hasta que Lou pueda traer mis cosas, no estoy tan mal —su economía daba pena, pero no quería ser un peso mayor para sus anfitriones, ya bastante hacían permitiéndole quedarse allí—. No voy a estar mucho tiempo, quiero encontrar un apartamento y alquilarlo.

—Este lugar está vacío casi siempre, así que ni se te ocurra apresurarte, puedes quedarte todo el tiempo que quieras, la casa es demasiado grande. Y si Gina quiere venir a visitarnos, tenemos diez dormitorios vacíos, puede quedarse con uno de ellos.

—¿Diez dormitorios? —preguntó aturdida.

Kit se rio.

—Claro. Esta casa era de la abuela de Lou que tuvo doce hijos, nadie quiso conservarla, porque sale caro mantenerla y cuando tuvo oportunidad de quedársela cuando su abuela falleció, lo hizo. Seguimos pagando una superhipoteca, pero estamos satisfechos con nuestra compra.

Un perro labrador, de grandes dimensiones, entró como Pedro por su casa y se tumbó en la cama.

—Perdona, Sam. Loki siempre se queda a dormir aquí cuando viene Gina, habrá pensado que tiene permiso para hacerlo contigo también —se disculpó y se acercó al perro, dejándola sola y completamente fría. ¿No podía volver a tocarla? Su tacto suave la hacía anhelar más.

Lamentablemente, estaba hambrienta de afecto.

Lo escuchó dándole instrucciones a su mascota y sonrió cuando se asomó y vio cómo Loki se había tapado la cara con una pata y lo ignoraba completamente.

—Parece que está cómodo ahí, a mí no me molesta.

—¿Estás segura? Solo hace caso a Lou, ni siquiera tiene que decir una palabra, lo mira y obedece como si tuviera algún tipo de poder sugestivo —se quejó, pero lo hizo con cariño—. ¿Y bien? Puede que Lou no sea un cotilla, pero yo sí lo soy. ¿Qué ha pasado para que escaparas del lugar en el que te estaban manteniendo a salvo?

Supuso que este momento tenía que llegar y que lo mejor era ser sincera, sin parecer desagradecida.

—Tan solo algunas diferencias con mi vecino. Se equivocó de apartamento cuando eligió a su amante de turno y acabaron en mi cama, así que no me dejó opción —se encogió de hombros, restándole importancia, nadie tenía que saber lo mucho que le había dolido la acción de Rod.

La boca de Kit se abrió tanto que estuvo tentada de ayudarle a cerrarla, empujando su barbilla con los dedos, pero, por el contrario, esperó a que entendiera la información y reaccionara por sí mismo.

—Qué cabrón.

—Pues sí, supongo que sí.

—Vas a estar aquí mucho mejor. Gabe es un buen tipo, nos conocemos, y estuve en su boda con Brenda. Son una pareja encantadora, se han comprado una casa muy bonita en las afueras, me alegra mucho que les vaya bien. A Roderick lo conozco un poco menos, pero sé que ha estado pasando por una mala racha, quizá solo está sacando su furia y te ha tocado recibir un golpe que no iba dirigido a ti.

En eso se equivocaba, estaba más que segura de que había sido completamente intencionado. Quizá no la odiaba, pero sí estaba enfadado por haberse acostado con ella. No era como si lo hubiera obligado, una cosa había llevado a la otra y, simplemente, el momento había terminado

convirtiéndose en algo carnal.

No se arrepentía, había sido bueno para ella, después de su experiencia con su ex, cualquier breve contacto amable merecería la pena.

—No lo culpo, lo único que me duele es que se metiera en mi cama, aunque tampoco es que fuera mi cama, porque era prestada —respiró procurando tranquilizarse y olvidar el tema de una vez por todas—. No importa.

—Sí importa —la contradijo Kit—. Tus sentimientos importan. Espero que no te moleste, pero Lou me ha contado la situación en la que te encontré...

—Mi exnovio Carter es un maltratador y yo fui su saco de boxeo, eso es todo. Cuando vi la oportunidad de escapar, lo hice, aunque fue bastante tarde y estuve a punto de no contarlo. Lou me encontró y gracias a él sigo viva —se encogió de hombros—. Todo el mundo lo sabe, no me importa que tú también lo sepas.

—¿Por qué...? Sé que no es asunto mío, pero ¿qué sucede para que una belleza como tú siga con un cabrón como ese, cuando le está haciendo daño?

—Porque lo amaba, eso pensaba yo —suspiró, sentándose en el sofá y frotándose los ojos con las palmas de las manos. Su brazo derecho todavía estaba resentido. Se tocó casi sin querer—. No sé juzgar a las personas, por eso no voy a volver a emparejarme.

Kit negó sentándose a su lado.

—¿Qué tal tu brazo? —preguntó. Estaba claro que lo sabía todo sobre ella.

—Mejor, pero todavía duele.

—Tengo un remedio casero, ¿me permites que te dé un masaje? Solo si tú quieres, prometo que no voy a propasarme contigo.

Se rio, no pudo evitarlo. Dudaba que Kit tuviera algún interés sexual en ella. No lo conocía, ¿cómo podía estar hablando tan libremente con él?

—Tienes un don, ¿verdad? —le preguntó en cambio—. Haces que la gente confíe en ti.

—Creo en el honor y la integridad. Jamás he hecho daño a alguien solo porque esté capacitado para ser más rápido, más fuerte y sepa cómo hacer más daño. No es mi estilo. Peleo para desfogar energía, me gusta probarme y llevarme al límite, me gusta ser capaz de defenderme y defender a los que me importan.

—Lou no necesita ayuda en ese aspecto, es muy fuerte.

—Por eso estamos bien juntos, porque aportamos cosas diferentes a nuestra relación pero no nos necesitamos más allá del amor que nos une. Ese es el secreto para el éxito de una relación —le confió—. Y ya vale de tanta conversación, pareces agotada. Voy a preparar la mezcla para ese masaje, puedes darte un baño si quieres hasta que yo vuelva. Tienes toallas limpias en el toallero y todo tipo de jabones y ungüentos de chica en la bañera. Puedes utilizar todo lo que necesites. Te traeré unas mallas de Gina y una camisa de franela que solía utilizar para dormir.

—Gracias —dijo emocionada, tenía ganas de llorar otra vez, en esta ocasión de gratitud—. No sé cómo os voy a pagar todo esto.

—Sería increíble que fueras una buena cocinera, pero si no, seguiremos pidiendo pizza.

Sabía que estaba bromeando, aún así le hizo una promesa.

—Si tienes los ingredientes, una pizza casera es mucho más sabrosa.

—Loados sean los dioses por enviarte a mi vida.

Sam se rio, era exagerado, pero empezaba a caerle bien. Estar allí no iba a ser tan intenso como el club, podía prever que iba a estar tranquila.

—Solo existe esa puerta para entrar y salir de este lugar y... —le hizo un gesto con el dedo para que lo acompañara al vestidor y tocó una pequeña puerta que parecía estar oculta tras el panel de uno de los armarios—. Este pasadizo secreto que usaban Lou y sus primos cuando eran pequeños, para deslizarse hasta la cocina a la hora de la merienda.

Sam se asomó, había un auténtico tobogán allí, en el lugar que debería haber ocupado una escalera. Casi como un parque de atracciones. Incluso había algunos cojines preparados para deslizarse y una enorme lámpara de araña que iluminaba el camino hasta abajo.

Tenía que admitir que su vértigo no compaginaba con aquella rareza de la casa.

—Creo que voy a pasar.

Kit se rio.

—Yo también, pero quería que lo vieras. No está bien sentirse atrapado.

—No me siento atrapada.

—Esa es una buena señal, supongo que te gusto.

Samantha se sonrojó y se apartó de él. No pretendía insinuar ningún tipo de atracción. Kit terminó riéndose:

—Nada carnal, nena —la besó en la mejilla como si fueran viejos amigos—. Instálate y cuando estés lista, baja a la planta principal. Si no me encuentras, grita y apareceré en un plis-plás.

No tuvo tiempo a decir nada, porque el hombre ya se había desvanecido, dejándola con la palabra en la boca. Era un fenómeno activo de la naturaleza y le iba a resultar difícil seguirle el ritmo, pero también poseía una bondad innata, a no ser que hubiera vuelto a errar su juicio.

Fuera como fuese, era hora de descansar. Un baño la ayudaría a relajar sus músculos y aliviaría la presión de su brazo. Todo iba a mejorar, tenía que creerlo, porque de lo contrario, jamás volvería a sentirse a salvo.

CAPÍTULO 16

Cuando Lou volvió, Gabe lo estaba esperando. Parecía bastante preocupado, aún así se disculpó y le dijo que hablarían más tarde. Después de confirmarle que Samantha estaba sana y salva y a buen resguardo.

Lo cierto era que no quería hablar con él y menos delante de Roderick y Katharina. Se negaba a hacerlo, porque a pesar de su capacidad para guardar silencio sin intervenir en los asuntos de los demás, iba a costarle mucho trabajo quedarse quieto después de que el idiota de Rod le había hecho daño a Sam, que lo único que había intentado era ser normal otra vez, después del suplicio que había soportado.

Y el antiguo amo, que ahora no valía dos mierdas para el club, había sido un cabrón con todas sus letras. No podía soportarlo y si se enfrentaba a él, le rompería la cara, después de decirle las cuatro cosas que pensaba sobre su novia o amante o como cojones quisiera llamarla.

Estaba de mal humor y era mejor no tocarle los bemoles, hoy no.

—Vamos, tío, enróllate y déjanos pasar —pidieron un par de chavales, probablemente con su mayoría de edad recién adquirida. Lo habían intentado otras veces y siempre habían obtenido la misma respuesta.

—Sin pase no.

—¡Pues danos un pase! —dijo uno de ellos con fastidio.

Lou no respondió, se quedó estático fulminándolos con la mirada y dejando muy claro que no iba a cambiar de opinión.

—Matón de mierda, larguémonos de este tugurio —espetó el segundo chaval, obviamente resentido.

Lou que estaba harto de tamaña gilipollez lo levantó en el aire, agarrándolo por la parte frontal de su abrigo.

—¿Qué has dicho?

El chaval se meó en los pantalones, literalmente, haciéndole arrugar la nariz del asco.

—No iba en serio.

—Suéltalo o llamo a la policía.

Lo soltó, dejándolo caer por su propio peso. Ambos se apresuraron a alejarse de él, pero sospechaba que no sería la última vez que los veía. Escoria...

—¿Todo bien? —La voz de Gabe lo sobresaltó, no estaba muy lejos de él, apoyado sobre la pared mirándolo con intensidad. ¿Acaso estaba fumando? ¿Desde cuándo lo hacía?

—Bien.

—Pareces nervioso esta noche —apreció—. Quizá necesitas unos días libres.

Gabe era el hombre que lo había contratado, el primero en confiar en él. Le había ofrecido un hogar y sería un ingrato si despreciaba ese acto de bondad. Cuando se retiró del servicio activo, estaba destrozado. Mental y físicamente, no había tenido ningún lugar al que ir, un lugar en el que poder dar rienda suelta a su necesidad de proteger a la gente. El Pleasure's fue la respuesta a un estado psicológico de mierda que casi había acabado con él en el fondo del río. Desesperado y roto, no había tenido fuerzas para mirar hacia el futuro. Gabriel había sido su ángel salvador y siempre le estaría agradecido por ello.

Le debía una disculpa por el modo en que se estaba comportando, pero no podía hacer nada para contener esta noche su furia.

Si el hombre decidía darle vacaciones, tendría que aceptarlo y poner una sonrisa.

—Estoy bien. —Trató de sonar convencido, pero Lou sabía que no había logrado engañarlo.

—¿Dónde está Samantha? —le preguntó, su tono teñido por la preocupación.

—En casa —respondió sin concretar.

—Comprendo. ¿Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites? Si tienes que hablar con alguien, hazlo. Si ese alguien es Rod, respira antes de romperle la nariz, necesitamos que siga siendo guapo para poder obtener beneficios en el club. —Dio una calada a su cigarro y lo tiró al suelo, pisándolo para apagarlo—. Qué mala es esta mierda, no me gusta hacerlo, pero me ayuda con los nervios.

¿Gabriel nervioso? Imposible.

—Fumar mata —dijo en cambio.

—Lo sé y la muerte de la cabeza pensante tras el Pleasure's, sería un varapalo para el negocio, ¿no crees? —bromeó, se dio media vuelta y posó la mano en la puerta.

Supuso que iba a dejarlo en paz, pero no lo hizo, antes de largarse dijo algo más.

—Ten cuidado con Rod, no me gustaría tener que limpiar la sangre de la moqueta.

—Intentaré no matarlo —espetó, la furia presente en su desafío. Quizá lo mejor era un cara a cara, dejarse de sutilezas y contarle todo lo que pensaba sobre él, pero no era su estilo y Sam no le había pedido que lo hiciera.

Había escuchado parte del encuentro que se había producido esa tarde, por eso no había necesitado detalles, estaba más o menos al tanto de la traición de Rod y del descarado de Katharina.

Nunca había tenido una relación personal con esa mujer, no le gustaba su manera de vivir la vida, pero intentaba no cruzarse demasiado con ella.

Cuando necesitó su ayuda, se la ofreció y el resto del tiempo hacía como si no existiera. Katharina no era tan buena como aparentaba y era algo que ni Gabe ni Rod verían. La querían y respetaba ese sentimiento, pero no iba a tragar toda esa mierda. Sabía quién era y no la quería cerca de él o de aquellos que le importaban.

Roderick se dejaba manipular por esa bruja y Katharina no se había molestado en comprobar

que nadie hubiera ocupado su apartamento, quizá sabía de la existencia de Sam y quiso echarla de modo que no pudiera volver nunca más. Más traumas para un alma buena que no merecía nada de lo que se había visto obligada a soportar.

Se mantuvo toda la noche en su puesto, como solía hacer, cuando el último cliente abandonó el club entró en la zona de recepción a despedirse de Mallory, que tenía un aspecto bastante cansado, mientras Cole dormía a sus anchas en el carrito.

—Sube a descansar, me ocupo de cerrar aquí.

—¿Estás seguro, Lou? —se le abrió la boca tanto que tuvo miedo de que se le desencajara la mandíbula.

—Por supuesto. No necesitabas quedarte hasta tan tarde.

Sentía un cariño innato por esta chica. Tenía dieciocho años y un montón de responsabilidades sobre sus espaldas, pero también era risueña y optimista y estaba muy agradecida de formar parte del *Pleasure's*.

No era como Sam, pero también necesitaba protección y aunque no podía llevársela a casa con su bebé, no era la primera vez que había pensado en ofrecerle una habitación para dormir y costear sus estudios de cocina.

Rod se había adelantado, cosa que le parecía muy bien, porque los ángeles de la tierra a veces necesitaban un pequeñito empujón para encauzar su vida.

—Gracias, Lou —respondió y empujó el cochecito del bebé fuera del mostrador para darle un beso en la mejilla y marcharse bostezando.

Cerró con llave y apagó las luces, entró en la zona del bar, donde Stephen estaba terminando de hacer la caja y Miles le daba algunas instrucciones sobre seguridad. Más gente limpiaba y recogía, preparando todo antes de marcharse para la jornada siguiente. Gabe y Brenda ya se habían marchado, aunque Gabriel lo había mirado como esperando que lo tranquilizara respecto a sus intenciones con Rod. No era un salvaje, no iba a derramar sangre, pero solo porque Kit se sentiría muy decepcionado, si empezara a comportarse como un vulgar matón.

Katharina estaba arriba, disfrutando de su vuelta y Roderick lo esperaba con una pequeña maleta destartada a su lado.

Sabía lo que había hecho y lo llenó de rabia. ¿Se había ocupado él mismo de deshacerse de las pertenencias de Sam o había sido su amante quien se había ocupado de la tarea en su lugar?

—Esta maleta es para Samantha —dijo señalando el pequeño recipiente—. Su ropa, su portátil y algunos libros que tenía en el apartamento. Kat los ha reunido para ella, porque supone que le harán falta donde sea que se haya ido.

Hablaba como si no le importara demasiado su destino. Lou estaba tan furioso que supo que si hablaba diría algo que lamentaría después, así que se limitó a asentir y tomar la maleta, la levantó como si no pesara nada y se dio media vuelta.

—¿Está bien? —preguntó Rod y sí parecía haber algún tipo de interés en su voz, después de todo. Y, quizá también, vergüenza. Puede que hasta una pequeña pizca de arrepentimiento.

Lou volvió a dejar la maleta en el suelo, más para no romper nada que por el hecho de que le pesara mucho, y lo enfrentó.

—Deberías decírmelo tú a mí. Salió llorando como si estuviera completamente destruida.

—Le dije que no se apegara a mí. No somos pareja, no lo hemos sido, que folláramos una noche no cambia las cosas entre nosotros. Siempre he sido sincero, estoy enamorado de Kat y quiero compartir mi vida con ella. Estoy dispuesto a aceptar lo que tenga para ofrecer —le aseguró.

Y entonces no pudo resistirlo, debería haberse contenido, pero no quiso hacerlo. Se lo debía por Samantha y por él mismo. Le pegó un puñetazo que logró desestabilizarlo y lo fulminó con la mirada.

—Eres un cabrón —espetó.

Rod no se lo devolvió, se frotó la cara y lo miró tan solo como si no pudiera creerlo. No iba a quedarse para seguir calentándose y terminar haciéndole daño de verdad. Podría hacerlo, estaba capacitado para matar a un hombre solo con sus manos, pero Rod no era malvado, solo un idiota que no tenía ni idea de lo que podría compartir con una mujer como Sam y prefería a una arpía como Katharina.

—¿Te ha pedido Sam que la defiendas?

—No necesita hacerlo y no mereces pronunciar su nombre —escupió recuperando la maleta y saliendo de allí a toda prisa. Estaba harto de ver cómo la trataba. Había intentado advertirla tantas veces, pero no se había atrevido a hacerlo. ¿Quién era él, de todos modos? Solo otro desconocido que sentía algo por ella. No amor romántico, sino una necesidad de cuidarla y asegurarse de que nadie volvía a romperle el corazón.

Se estaba volviendo blando con la edad, incluso Kit lo decía de vez en cuando. En cuanto estuvo en su coche, se regañó por haber perdido los papeles y haberlo golpeado, quizá lo despidiera.

Daba igual. Si eso sucedía, encontraría otra manera de ganarse un sueldo. No sería la primera vez que hiciera trabajos como mercenario o como guardaespaldas o cualquier otra variante que incluyera su enorme cuerpo como activo.

Aceleró, quería llegar a casa cuanto antes y abrazar a Kit. Sentir que en el mundo todavía quedaba decencia y amor de verdad.

Rod sentía una extraña presión en el pecho y, en cierto modo, sabía que Lou había tenido toda

la razón para haberle dado el golpe que le había dado. Se lo merecía, porque se había portado de forma ruin con Sam.

Jamás debió dejarse tentar tanto por Kat como para acabar durmiendo, mejor dicho, follando con ella en la cama de Sam. En ese refugio en el que llevaba un par de meses ocultándose.

La había ofendido profundamente y eso lo hacía sentir mal. No había hecho nada para merecer tal ofensa, sino al contrario. Incluso se había acostado con él, reconfortándolo con su cuerpo, a pesar de los miedos que indudablemente sentía. Había dejado de lado todos sus problemas para centrarse en él.

Y tenía que admitir que lo había sanado de una manera en la que nadie lo había hecho, ni siquiera Kat. Pero no quería pensar en ello, quería seguir con su vida sin complicaciones.

—Parece que Lou tiene buen puño, ¿no? Va a dejarte marca —comentó Stephen llegando hasta él.

Roderick se encogió de hombros como si no le pareciera importante.

—Tiene razón —esgrimió el chico y sabía que no podía negárselo, así que se encogió de hombros y se limitó a responder con su verdad.

—Samantha va a estar mejor fuera del Pleasure's. No ha llegado a sentirse cómoda desde que está aquí. Este no es su sitio.

Rod estaba convencido de esas palabras, pero lo que más le preocupaba, lo que había despertado Samantha dentro de él, era la chispa de su conciencia que le decía en voz alta y clara que existía la posibilidad de que tampoco fuera el suyo. Ya no.

—Espero que esté en un lugar seguro —deseó con inocencia el hombre más joven.

—Christian y Lou son los mejores guardaespaldas que conozco.

La pareja mantenía su vida privada lejos del trabajo, pero todos se habían reunido en la boda de Gabe y Brenda. Puede que no hubieran dado un espectáculo de sentimientos, pero resultaba evidente lo mucho que sentía uno por el otro.

No tenía una relación cercana con el portero, no tanto como Gabe, pero sabía que era capaz de defenderse y protegerla.

La mujer iba a estar mucho mejor lejos de él. Sentía que tenía que hacer algo para compensar el dolor que había causado, producto de su estupidez.

—¿Cómo estás tú? —inquirió Stephen—. El regreso de Kat parece habernos dejado un poco aturdidos a todos.

—Estoy bien.

Pero no mejor. El sexo con Kat siempre era apasionado y divertido. Se lo pasaban muy bien juntos, pero ahora se daba cuenta de que echaba algo en falta. Un sentimiento diferente, una conexión no solo física, sino más emocional.

Con Sam todo había sido diferente y eso que no sentía absolutamente nada por ella.

—Estoy cansado —añadió, deseando encontrar un motivo para alejarse del chaval.

No estaba emitiendo ningún juicio de valor, ni siquiera lo miraba con reproche, a pesar de que no parecía haber conectado con Katharina. La mujer había hablado con disgusto sobre Stephen, como si la hubiera ofendido, aunque Rod no le dio importancia.

En cambio, él no le había mencionado nada sobre la mujer. Ni positivo ni negativo, se guardaba su opinión para sí, dejando claro que no iba a entrar a valorar las acciones de ninguno de ellos. Había estado ausente la mayor parte de la noche, pero en cuanto había regresado, se había puesto a trabajar como si no pasara nada. Como si la recién llegada no tuviera nada que ver con ese extraño comportamiento.

Había mantenido un educado silencio al respecto, incluso sabiendo que Kat no le gustaba y que le gustaría que se largara de nuevo, al menos, en palabras de la propia mujer; por parte de Stephen no había percibido ni una mínima señal al respecto.

Le dolía la cabeza, estaba exhausto y necesitaba dormir. Llevaba casi veinticuatro horas despierto y solo quería encontrar una cama en la que reposar durante las próximas ocho horas.

Una cama solitaria sin remordimientos ni complicaciones.

Iba en dirección a su apartamento cuando cambió de rumbo y acabó en una de las habitaciones temáticas que todavía no estaba terminada, pero era suficiente para esconderse durante la noche y dejar la mente en blanco.

Necesitaba descansar y esa era la única manera de poder hacerlo.

Stephen observó a Roderick abandonar el bar y negó en silencio. No tenía derecho a interferir en los asuntos de su jefe y menos en su situación sentimental, pero estaba convencido de que había cometido un gran error.

Y no se trataba de sexo, ese no era el problema, sino el gesto simbólico que la traicionera mujer lo había obligado a llevar a cabo. Parecía dispuesta a aislarlo y marcarlo como su juguete personal, vapulearlo pero sin darle nada valioso a cambio.

Como ya había dejado claro, conocía a ese tipo de mujer y no le gustaba lo que estaba haciendo. Roderick, al igual que Gabe y Damien le habían dado un hogar y tenía que encontrar la manera de compensarlo por su ayuda.

Apagó las luces y se aseguró de que todo estuviera bien cerrado y las alarmas conectadas. Se dirigió hacia la suite que compartía con Mallory y entró con cuidado. No quería despertarla.

Se asomó a la cuna, donde Cole dormía tranquilo y no pudo apartar la vista del pequeño durante al menos diez minutos. Comprobar que respiraba, su carita angelical, las sonrisas inconscientes reflejo de que sus sueños eran buenos, el aroma a bebé que llenaba sus sentidos y le

demostraba la verdadera esencia del motor del mundo... No había mucho más que pudiera pedir.

Sonrió, satisfecho con su vida, pero también con preocupación. Puede que la llegada de la mujer supusiera un nuevo cambio. No importaría, lo único que necesitaba para salir adelante, para ser feliz era a este niño y su madre. Crearían un hogar en cualquier lugar, mientras pudieran mantenerse juntos.

Aunque le dolería abandonar el club, se había convertido en mucho más que un refugio, allí había encontrado una verdadera familia.

—¿Estás bien? —preguntó Mallory con voz adormilada desde la cama. Bostezaba y se frotaba los ojos. Llevaba un pijama de franela con una imagen de un Piolín sonriente que le recordaba que, en el fondo, seguía siendo poco más que una niña que necesitaba su protección y él un salvaje que la deseaba y no la merecía.

—Voy a darme una ducha y a acostarme —explicó con voz suave, sin querer molestar al bebé—. Vuelve a dormirte, Lory.

—Sí, buenas noches. Me aseguraré de dejarte espacio, quédate conmigo, ¿vale?

Deseó decirle que estaría mejor durmiendo en la otra cama, pero no pudo hacerlo. No le gustaba dormir sola, desde que era pequeña se había sentido protegida en sus brazos y seguía haciéndolo.

Sabía que no comprendía su nueva afición sexual, pero no lo había juzgado ni una sola vez y tampoco había hecho mella en sus sentimientos. Para su chica, seguía siendo ese pilar estable y fuerte que siempre lograba mantenerla a salvo.

Pero al que no deseaba, al que nunca había deseado, a pesar del evidente amor que sentía por él.

Lo veía como un hermano y solo podía vivir aferrado a la esperanza de que algún día ese sentimiento mutara en algo más íntimo, en una atracción adulta entre un hombre y una mujer, que no podían amarse más de lo que ya lo hacían.

—Sabes que lo haré, ahora duérmete.

No iría a ella oliendo a otras mujeres o al ambiente nocturno del bar.

Entró en el cuarto de baño y abrió la ducha. Se despojó de la ropa y se miró al espejo. Sus ojos mostraban el reflejo de la satisfacción sexual que sentía, a pesar de que siguiera existiendo un vacío en su corazón que añoraba ser llenado.

Pero acostarse con Mallory para algo más que dormir sería tan diferente... no tendría nada que ver con *Le chat Noir* y todavía no era el momento. Necesitaban crecer, los dos tenían que hacerlo.

No le preocupaba Warren, nunca serían una pareja.

Tampoco pensaba en la posibilidad de que otro tipo se acercara tanto como para arrebatársela.

Solo le aterraba la posibilidad de herirla en el proceso de encontrar su propio camino hasta ella.

El agua caliente entró en contacto con los músculos de su espalda ayudándolo a relajarse. Su cuerpo saciado y el cansancio auguraban una buena noche de descanso, a pesar de que su mente continuara dándole vueltas a la presencia de Kat en el club, a la ausencia de Sam y a la actitud derrotista que le parecía haber percibido en Roderick.

Sin embargo, nada de eso era asunto suyo y no tenía ningún derecho a interferir en las vidas de los demás.

Bastante tenía con la suya.

Cuando se secó y se enfundó en los pantalones del pijama de felpa que se obligaba a llevar para proteger a Mallory de su propio cuerpo, se arrastró junto a la chica que lo era todo en la vida para él y respiró tranquilo cuando, en sueños, se acopló en su pecho y lo abrazó como si fuera su tabla de salvación en un mundo injusto.

Stephen no podía ser más feliz, tenía todo lo que podía desear, aunque existiera la posibilidad de perderlo todo. No iba a cruzar ese puente hasta que llegara el momento de hacerlo.

CAPÍTULO 17

Damien metió la última caja en el camión de la mudanza que llevaría todas las pertenencias de Gwyneth y los niños a un almacén hasta que encontraran un nuevo hogar. Observó la casa, con el cartel que anunciaba que estaba en venta, y a la mujer saliendo por la puerta principal sin mirar ni una sola vez atrás.

Todo parecía tranquilo esa mañana, desde que les habían entregado el perro y habían terminado de transportar todas las pertenencias almacenadas en cajas de cartón, metido las maletas en el maletero y eliminado cualquier lazo emocional con el lugar, estaban más que listos para emprender camino. Gwyneth había sugerido una ruta que pondría en preaviso a sus perseguidores y que les daría una buena oportunidad para acabar con ellos.

Pretendía tenderles una trampa, convertirse en cebo y para ello lo había desterrado a su propio vehículo, con el fin de mantener las distancias y que estuviera a salvo.

Solo por si acaso, había dicho. Como si fuera a permitir algo semejante. No planeaba dejarla sola y a su suerte, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que sobrevivía a este aprieto. Tenía una larga vida por delante.

—Cuando llegues a la comisaría, tienes que entregar este sobre al capitán Hook. Contiene información confidencial y muy importante, que va a dejar fuera de combate a unos cuantos tipos poderosos de la ciudad.

—No va a pasar.

—¿De qué hablas, Damien?

—No vas a irte sola —aseguró—. He venido para protegerte, no para escoltarte hasta la muerte.

—No voy a morir, soy dura de pelar.

—Entonces no te importará que vayamos en tu coche —aseguró devolviéndole los documentos—. Vas a ser tú quién entregue las pruebas y quién saque de circulación a esos malnacidos y yo estaré ahí para abrirte la puerta.

—No es tan fácil...

—¿Recuerdas con quién estás hablando, Gwynie? Tú y yo ya hemos pasado por un momento difícil antes.

—No es lo mismo. Strider no tenía una red tan extensa como esta. Las nuevas tecnologías mueven millones y cuando están subvencionadas con dinero negro, mucho más. Hay demasiado en juego.

Puede que tuviera razón, pero no estaba dispuesto a dar marcha atrás. Iba a estar a su lado y no había forma de que pudiera cambiar de idea al respecto. Confiaba en ella y en su habilidad

para sacarlos de cualquier tipo de apuro. Además, ¿qué iba a hacer él por su cuenta? Sin importar su rol en el club, no era más que un contable disfrazado de señor de la mazmorra. Al final del día, no era un guerrero, nunca lo había sido.

—Piensa que estás salvándome el cuello. Si ellos fueran tras de mí, no sería capaz de esquivarlos. No tengo tu habilidad al volante, no sé disparar un arma y tampoco soy experto en artes marciales o cualquier tipo de defensa cuerpo a cuerpo. Solo soy un contable.

Gwyneth lo miró con exasperación.

—Los dos sabemos que eres mucho más que eso. Más duro de lo que crees y más capaz de defenderte de lo que quieres hacerme creer, pero voy a picar, porque no estoy segura de tener la fuerza de voluntad suficiente como para separarme de ti.

—¿Tanto me quieres? —bromeó, aunque un nudo surgió en su garganta y el desasosiego en su corazón, esperando su respuesta, como si en sus palabras se escondiera el secreto de su supervivencia.

—Siempre te he querido, Damien, de muchas maneras diferentes y lo sabes.

—No hemos sido una pareja al uso.

—Ni lo somos, pero eso no impide que los sentimientos estén ahí. No soy una princesa, así que no creo en lo de las perdices y el para siempre; la vida me ha demostrado que no hay garantías con los seres humanos. Tienen tendencia a morir o traicionarte.

—¿Crees que voy a traicionarte?

—¿No es la muerte una traición? —Era una pregunta retórica, sabía que no esperaba una respuesta y ambos sabían que aquellas palabras eran originarias de su propia boca, las había tenido durante años en la mente y también en el corazón.

Piper lo había traicionado y lo había hecho pedazos y Gwyneth era la única mujer que había tenido la habilidad de recomponer al menos parte de él, haciéndole sentir de nuevo casi un ser humano que siente, que sueña y que desea lo que no debe tener.

Pero también lo convertía en un hombre con miedo y odiaba esa sensación.

Expulsarla de su vida había sido lo más sencillo, aceptarla y perderla... No iba a pensar en ello.

—Vuelve a hablarme de cosas bonitas mientras nos sacas de aquí. ¿Cómo es eso de que me quieres?

Montaron en el coche y salieron en dirección contraria al camión de mudanzas. Gwyneth esbozó una sonrisa y negó con diversión:

—Te gusta que te alaben, no has cambiado nada.

—Vamos, no me hagas suplicar, quiero escucharlo.

—Has sido muchas personas para mí —explicó ella—. Mi socio en los negocios, mi amante perverso, el hombre de mis sueños, mi mejor amigo... y el papel más importante: el padre de mis

hijos. ¿Cómo no te voy a querer?

—No creo que me haya ganado el puesto de padre, Gwyneth. Como mucho llego a donante de esperma, si hubiera sido más valiente... habría hecho lo correcto, habría estado a vuestro lado.

—No te llamé porque no quería que hicieras lo correcto, quería que desearas estar conmigo por tu propia iniciativa.

Y había sido un estúpido, porque en esos cinco años no había pensado dos veces en ella. No podía permitírselo, se había obligado a encerrar los recuerdos en una aislada zona de su mente.

Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que había sentido algo por esta mujer desde la primera vez en que sus caminos se cruzaron. Algo que iba mucho más lejos que la atracción sexual.

Era una belleza, pero también divertida, inteligente, generosa y con unos firmes principios. Leal y justa, buscaba que el mundo fuera un lugar mejor. Era una idealista, a pesar de todas las cosas feas que había visto y soportado en la vida.

Y disfrutaba sinceramente de las perversiones a las que él era adicto. Algo que Piper nunca había hecho.

Siempre había vivido su sexualidad a medias, intentando con todas sus fuerzas no herir la sensibilidad de su esposa. Se había dicho un millón de veces que no era importante, que lo único que debía importarle era que ambos estuvieran juntos y a salvo.

El sexo era solo un ingrediente más por el que no merecía la pena desechar la mezcla.

Habían sido una buena pareja en todos los aspectos de la palabra.

Sin embargo, con Gwyneth había sido aún mejor y eso le había quemado por dentro, lo había hecho sentir sucio y desleal para con su mujer muerta.

No quería ser un traidor y lo había sido.

Recordó la última noche en el club, cuando Strider lo había obligado a llegar tan lejos que pensó que su alma negra se quebraría finalmente y cerró los ojos tratando de contener las terribles imágenes que se dibujaban una tras otra en su mente.

—No sé cómo me soportas a tu lado después de aquel día...

Las manos de la mujer apretaron con tanta fuerza el volante que parecía a punto de desintegrarlo. No lo había olvidado, seguía persiguiéndola y siempre lo haría, por ello era imposible que tuvieran una posibilidad de futuro.

Una relación equilibrada y sana como pareja estaba completamente descartada. Podrían disfrutar del sexo, como ya habían hecho, incluso volver a tener cierta amistad, pero jamás podría confiar en él.

Aquella noche hacía tanto tiempo la había traicionado. Había permitido que el odio hacia sí mismo se apoderara de él, la culpabilidad por los sentimientos que Gwyneth le había provocado, alejándolo del duelo por la muerte de su esposa, y se había comportado como un animal sin

sentimientos.

—No te guardo rencor, nunca lo he hecho.

—Lo hice a propósito, quería castigarnos a los dos por lo que tú me hacías sentir.

—Tampoco estaba feliz por lo que tú me provocabas. Siempre has sacado el lado más perverso de mí, convirtiéndome en algún tipo de demonio sexual sin voluntad y aquella última vez cruzamos todos los límites. No esperaba que aceptaras la petición de Strider, la habías rechazado más de una vez y ambos sabíamos que era el momento de acabar con todo.

—No te echaste para atrás. Lo vi en tus ojos, estabas dispuesta a seguir hasta el final, a pesar de todo.

—Mejor yo que una criatura indefensa que no tenía ni voz ni voto. Te lo he dicho, no te guardo rencor. Hiciste lo que tenías que hacer, ambos lo hicimos.

Ninguno de los dos quería recordar aquel acontecimiento, pero estaba colgando entre ambos como un peso muerto.

No debían distraerse, en vez de recordar hechos funestos del pasado, deberían concentrarse en lo que los rodeaba. Su enemigo podía estar ahí fuera, esperando el momento apropiado para acabar con ellos.

—¿Alguna vez te has preguntado qué habría pasado entre nosotros si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias? —preguntó Gwyneth en un tono de voz tan suave que no estaba seguro de que realmente quisiera una respuesta.

Aún así, se la dio.

—Sé lo que habría pasado, Gwyneth.

—¿En serio? —se aventuró a mirar su rostro durante un instante, pero no duró tiempo suficiente como para que cualquiera de los dos pudiera leer algo en el otro—. ¿Y qué habría sido?

—Si hubieras llegado a mi vida antes que Piper, habríamos estado juntos de verdad.

Lo que no añadió era que, probablemente, no habría funcionado. En aquel tiempo no era el mismo hombre que hoy y Gwyneth no era como Piper, no se habría conformado con el tipo que era entonces.

—Ya nunca lo sabremos.

—No, no podemos cambiar el pasado.

Gwyneth suspiró, miró por el espejo retrovisor. Todo estaba en calma, algo que ninguno de los dos esperaba. ¿Por qué no estaban recibiendo tiros o empujones con el fin de sacarlos de la carretera? No le gustaba, había algo inquietante en el ambiente. Como si fuera la calma que precede a la tormenta. No quería recibir otro disparo, no quería morir aún y no quería renunciar a la mujer que ahora lo acompañaba. Todavía no.

Y aunque no pudieran hacer nada por el pasado, todavía quedaba el futuro. Había estado satisfecho con la vida que había elegido hasta el instante en que volvió a tenerla frente a él, ahora

una parte egoísta de su conciencia le exigía que diera un paso adelante y tomara lo que se merecía.

Tenerla a ella y la familia que ya habían creado juntos, aunque fuera de forma desestructurada y desordenada. No había mirado más que unos minutos a las caras de los hijos de Gwyneth, sus propios hijos, y el dolor fue instantáneo, pero también esa estúpida esperanza que había surgido en su interior de tener una segunda oportunidad para hacerlo bien.

—No sería un buen padre —dijo en voz tan baja que no esperaba que Gwyneth lo hubiera escuchado, pero contra todo pronóstico lo hizo.

—Ya lo eres. Warren es un gran chico.

—No gracias a mí —se apresuró a explicar—. He sido egoísta y también un irresponsable en lo que se refiere a su educación. No podría ser un modelo para nadie.

—No te he pedido que te cases conmigo, Damien —dijo con una mezcla de furia y exasperación.

—¿Cómo podrías despertarte todos los días conmigo y no recordar la manera en que permití que todos aquellos hijos de puta sobreexcitados te violaran sin mover ni un solo dedo? ¡Seguían mis órdenes, maldita sea! Fui tan culpable como Strider, debería haber pagado por ello.

—¿Por qué insistes en culparte por algo que yo acepté libremente?

—No eres tan inmune al dolor como piensas —expuso él—. Lo llevas por dentro y cuanto más tiempo estemos juntos, más difícil será para ti.

—No, Damien. Hace tiempo que dejé el pasado atrás, ese nunca ha sido mi problema —le recordó. No lo dijo explícitamente, no necesitaba hacerlo. De los dos, él seguía inmerso en una pesadilla repetitiva que le recordaba constantemente todo lo que había hecho, lo que había perdido y las oportunidades que había dejado pasar.

El sexo en la mazmorra lo ayudaba a acallar todos sus demonios, convirtiéndose en una medicina y a la vez en una salvaje perdición que le recordaba, a diario, que jamás volvería a ser un tipo normal.

Moriría solo entre las paredes del Pleasure's, porque para sus amantes no era otra cosa que una jodida fantasía temporal.

—No es momento para discutir —cortó la conversación con brusquedad, necesitaba recular para recuperarse y poder estar a la altura de esta Gwyneth, que seguía siendo la misma y también un poco diferente.

Más adulta, más madura y con las ideas muy claras.

—Mi vida son mis hijos —aclaró ella—. No tengo tiempo para dramas, Damien. Y sin importar lo que pienses, tú tampoco. Cuando consigas reunir el valor de mirarte al espejo, hacerlo de verdad, verás que eres un hombre decente que ayudó a mejorar la vida de muchas personas, incluida la mía. Estás aquí, sentado en una bomba de relojería que va a estallar en cualquier momento y no te veo ansioso por escapar de la responsabilidad que te has impuesto.

—No es...

—No, escucha por una vez. Déjame terminar. Confío en ti, más que en cualquier otra persona con la que haya trabajado o tenido una relación alguna vez. Te busqué porque sabía que contigo a mi lado podía tener una oportunidad de sobrevivir y si no lo hacía, tú te encargarías de velar por la seguridad y el bienestar de mis hijos —parecía a punto de llorar producto de la emoción. Hablaba muy en serio y estaba consiguiendo que él mismo se pusiera sentimental. Incluso tuvo que secar una traicionera lágrima del modo más discreto posible. Los hombres como él no lloraban—. Y sí, Damien, te quiero y siempre te voy a querer. Los sentimientos no pueden borrarse, pero tampoco voy a esperarte siempre. Llegará un momento en el que seguiré adelante, porque es lo que hacen las personas, no porque dejen de amar o porque olviden, sino porque la vida es corta y si no aprovechas a vivirla intensamente cada día, cuando el tiempo pase y te encuentres al borde de la muerte, nada habrá tenido sentido. Quiero sentirme orgullosa de la mujer que he sido y de lo que le he legado al mundo, pero sobre todo quiero ser feliz. Me lo merezco. Ambos nos lo merecemos, puede que no juntos, pero sí mirando al futuro con esperanza y no como tiempo que es necesario matar hasta que nos llegue la muerte.

No dijo nada, no pronunció ni una sola palabra. No había nada que decir y si lo intentaba rompería a llorar por tantas cosas que llevaba dentro.

No sería la primera vez, ya se había derrumbado antes delante de Gwyneth y ella lo había consolado. Habían sido geniales juntos, como dos piezas de un todo que se encontraban y finalmente encajaban en el lugar apropiado.

Aparcó en el parking subterráneo y se aseguró de que no hubiera nadie en los alrededores antes de salir del vehículo, lo miró un instante y le puso en la mano una pistola.

—Está cargada, Damien, solo tienes que quitar el seguro y disparar si la cosa se complica.

—¿Se va a complicar? —Estaba comprobando que su propia arma estaba lista para defenderse en caso de necesidad.

Asintió con resignación.

—No me gusta esto, presiento que algo se acerca.

No iba a debatir contra su instinto, lo había visto en acción.

—Larguémonos de aquí. Envíale los datos al capitán por correo electrónico.

—Sabes que no puedo hacer eso.

Salió del coche y lo miró un instante antes de cerrar la puerta.

—Espérame aquí, va a ser rápido y nadie a excepción de la policía puede utilizar este garaje. Quiso detenerla, salir tras ella, pero cuando se dio cuenta ya se había ido.

No estaba asustado, no tenían nada contra él y aunque fuera una víctima colateral, estaba preparado para lo que fuera que le deparara el destino.

Cambió de asiento y arrancó el coche con toda la intención de salir a toda velocidad en caso

de necesidad. Gwyneth necesitaba un compañero de fechorías y aunque no era tan bueno como ella en esos menesteres, en caso de que necesitara correr, podía echarle un cable.

Esperó que la mañana transcurriera tranquilamente y que pudieran volver juntos a casa.

Una vez entregado el sobre, se la llevaría lejos durante el tiempo suficiente hasta que pudieran tener a los tipos implicados tras las rejas.

Incluso si tuviera que dedicarle un par de años o más, ¿qué importaba? No tenía prisa y sabía que podía mantenerla a salvo.

Y así tendría una buena excusa para permanecer con ella y ni siquiera su conciencia se resentiría por tan apresurada decisión de volver a compartir su vida.

Por ser feliz.

CAPÍTULO 17

Samantha miró a Kit y Lou con curiosidad desde el dintel de la puerta. Estaban desayunando en la cocina como una pareja normal. Kit no llevaba camisa y Lou, completamente vestido, iba sin zapatos, algo que parecía tan extraño en el enorme tipo salvaje y silencioso que lo hizo parecer a sus ojos más humano, más alcanzable.

—Buenos días —saludó con una titilante sonrisa—. No estaba segura de qué hacer, así que...

—Estás en tu casa —la cortó Kit pasándole un brazo por los hombros y guiándola hasta la mesa—. Siéntate, te prepararé algo para desayunar.

—¿Viste la maleta que dejé junto a tu puerta anoche? —inquirió bruscamente Lou.

—Sí, gracias. Están todas mis cosas.

Ninguno de los hombres comentó nada, pero se comunicaron en silencio durante un instante. Probablemente estaban pensando en lo triste que era que no tuviera nada más que esa miseria en el mundo y tendrían razón, porque era algo lamentable. Especialmente, porque había invertido mucho trabajo y esfuerzo para obtener ciertas cosas que había perdido en el mismo instante en que dio la espalda a Carter y una vida de maltrato para obtener de vuelta la libertad.

—Cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedirla —instruyó Kit—. No importa lo que sea, dinero, ropa, libros, alcohol... —bromeó guiñándole un ojo— o entradas para mi próximo combate. Sé que soy irresistible en el ring, deberías venir a verme para alegrarte.

—Pero estás de vacaciones —dijo Sam sin comprenderlo.

Lou suspiró y se levantó para abrir la nevera y sacar algunas naranjas que empezó a exprimir como si le fuera la vida en ello. Parecía molesto.

—Lou está enfadado por eso, no quería que aceptara, pero es por una buena causa y me gusta mi trabajo —repitió mirando al hombre en vez de a ella, como si estuviera enviándole un mensaje alto y claro, en vez de explicarle la situación.

Al parecer se había metido sin querer en medio de una discusión doméstica.

—Creo que debería irme y...

—Siéntate —ordenó Lou con un tono de voz que no admitía réplica mientras le colocaba un enorme vaso de zumo y le servía la tostada y los huevos que Kit había preparado—. Café con leche y dos terrones de azúcar —instruyó a su marido con claridad.

Sam no entendía nada. ¿En qué momento Lou se había fijado en sus hábitos? ¿Desde cuándo era un miembro más de la familia? ¿Y la confianza? Pero sobre todo, ¿por qué no tenía miedo ante las maneras autoritarias y casi agresivas del enorme guardián?

No se entendía ni a sí misma.

—Gracias —masculló aturdida. Aquel lugar era un hogar, a pesar del ambiente un poco enrarecido de esa mañana.

Una pelea doméstica normal y no como las que ella había soportado.

—El combate es aquí mismo, no voy a viajar, solo tendré que retomar mi entrenamiento un poco antes. Sam puede ayudarme... —Kit hablaba con Lou, a pesar de que la usara de comodín—. Podéis venir los dos.

—No iré y lo sabes.

—Lou... —empezó Kit con exasperación.

—No me gusta verte pelear.

—¡Si nunca pierdo! —se quejó él, entonces sí miró a Samantha directamente—. Lou se siente incómodo en los combates, creo que le preocupa que me arranquen la cabeza o acabe magullado...

—He visto las marcas que dejan tus combates, no voy a interferir en tu trabajo como no lo haces en el mío, pero conoces mi problema con la violencia y no quiero ponerme agresivo.

Lou guardó silencio un instante después, aunque el ambiente de tensión no había desaparecido.

Nunca lo había escuchado hablar tanto y con tanta vehemencia. Los sentimientos se escurrían de cada una de sus palabras. El dolor, el miedo, la preocupación... estaban allí presentes, todos ellos.

—No me harás daño, Lou.

¿Hacerle daño? Eso era imposible. Kit era tan enorme como Lou y el otro hombre lo quería, era más que evidente, además podía confiar en él. Sam era una buena jueza de carácter, la mejor, su vida dependía de ello.

Así había sido durante los últimos años. Muchos de los amigos de Carter eran tan violentos como él, por lo que había aprendido a guardar las distancias o simplemente a desaparecer y darles libertad de acción.

Algunas veces le había ido bien, otras... mejor no pensar en ello.

—¿Por qué piensa...?

—Fui militar, sufro de estrés post-traumático —explicó.

—Ya lo has superado.

—Nunca lo haré —espetó Lou, la miró con intensidad y suspiró—. Lamento lo que te ha hecho Roderick, dime una palabra y lo mataré, aunque me pase el resto de mis días en la cola del paro o tras las rejas.

Sam no creía que lo dijera en serio, pero por si acaso...

—No te preocupes, no hay problema. Rod y yo debemos tomar caminos separados, lo he

sabido desde el principio, solo fue el shock de encontrar... la escena. Mi cerebro se descontroló.

—Tú también sufres de estrés post-traumático.

—Yo no he ido a la guerra —lo contradijo con compasión.

—No, Samantha, tú has vivido con ella cada maldito día de tu relación con ese cabrón — aclaró Kit desde su posición—. Vamos a resolver eso, voy a enseñarte cómo defenderte de un tipo más grande y fuerte que tú. Te sentirás segura, adquirirás confianza y podrás mirar cara a cara a ese tipo y darte cuenta de que ni es tan grande ni tan peligroso como pensabas.

—Kit es bueno en eso, más sensible que yo, va a ser mucho mejor maestro —instruyó Lou y salió de la cocina en silencio.

—Siento que te hayas visto involucrada en nuestro pequeño desacuerdo, las mañanas suelen ser más alegres.

—Siento haberme entrometido —se disculpó ella.

—No te preocupes, la culpa es mía, no debería habérselo dicho tan pronto. Lou tiene malos recuerdos de su vida pasada y a veces pierde el control. Soy lo suficiente fuerte para hacerle frente, pero se siente culpable cada vez que sucede.

—¿A qué te refieres?

Se sentó con ella y le hizo un gesto para que siguiera comiendo, mientras le colocaba el café delante y daba buena cuenta del suyo. Esperó un instante, como si quisiera agrupar bien sus pensamientos antes de explicarlos.

—Me costó mucho que me dejara entrar en su vida, no por lo que pudiera pensar la gente sobre su sexualidad, nunca le ha importado, a diferencia de mis problemas para salir del armario, Lou lo ha tenido todo claro desde que era un chaval —aportó, hablando más de lo que parecía educadamente necesario—. Sin embargo, dejó la vida militar en malas circunstancias. Vio morir a compañeros y acabó malherido, tuvo que matar en nombre del país y todo eso que hacen nuestros soldados cuando van a la guerra y que tan difícil es de procesar para el ser humano. Cuando lo conocí, estaba hecho pedazos. Física y mentalmente y me costó mucho que me permitiera acercarme a él. Tanto que estuve a punto de abandonar.

—¿Cómo os conocisteis?

—En mi gimnasio. Estaba entrenando y él entró tras dos largos años de rehabilitación para fortalecer sus músculos y volver a ponerse en forma.

—¿Fue amor a primera vista?

Kit sonrió.

—Veo que eres una romántica.

—Mi experiencia personal no me permite serlo —aportó con sencillez. No había una verdad más absoluta que esa—. Sin embargo, me gusta ver que todavía queda algo bueno en el mundo, aunque no me suceda a mí.

No la miró con lástima, algo que agradeció. Continuó hablando como si no hubiera intervenido.

—No sé qué fue, pero algo me llamó la atención. No me acerqué para hablar con él, porque tenía ese aura de si-respiras-cerca-de-mí-te-mato, pero no podía sacarlo de mi cabeza. Hablé con mi entrenador y me interesé por su situación —explicó con una sonrisa melancólica en la cara. Sus recuerdos, fueran los que fueran, debían de ser especialmente buenos—. La primera vez que me entrometí en su camino fue brusco y agresivo, así que me encandiló completamente.

—¿De verdad?

—Sé que no podrías entenderlo, tu historia no te permite ver el atractivo de la mía, pero te aseguro que para un hombre como yo, acostumbrado a ser el más fuerte y a pelear con unas reglas muy estrictas y en unas condiciones muy controladas para ganarme la vida, Lou fue un soplo de aire fresco. No había normas para él, todo era del tipo de vence o muere y ponía el corazón en cada una de las peleas, en cada uno de los ejercicios en los que participaba. No se arredraba y, si lo tumbaban, volvía a levantarse como si no acabaran de dejarlo magullado y listo para el arrastre.

Sam no podía imaginar algo más cruento y terrible que lo que le estaba describiendo. ¿Cómo podía surgir ahí el amor? Especialmente uno como el que había observado entre ellos. No los había visto más que unos minutos juntos pero podía percibir el cariño, el respeto y la lealtad que se erigía entre ambos.

—Suená bien.

Kit se rio abiertamente, porque sabía que estaba mintiendo.

—No te preocupes, puedes decirlo abiertamente. Parece como si estuviéramos mal de la cabeza, al menos para un observador externo. Sin embargo, nosotros nos entendíamos con los puños y estuvo muy bien. Lo tumbé una y otra vez, pero seguía mirándome con ese ceño fruncido. No me esforcé demasiado, de hecho me acostumbré a darle una buena tunda cada vez que entrenábamos juntos y a hablarle, no en plan de «húndete en la miseria, cabrón, eres un debilucho de mierda que no sirve para nada». No es lo mío, ¿sabes? Me puse a hacer de psicólogo, aunque no tenía ni puñetera idea de lo que debería hacer uno, trataba de ayudarlo con mi terapia inexperta. Lou no pronunciaba ni una sola palabra, me dejaba machacarlo tanto física como verbalmente y cuando acabábamos, simplemente recogía su macuto y salía dedicándome una de esas miradas de sabiduría tan suyas, comunicándose a un nivel muy profundo con mi alma, sin decir nada.

—Parece una rutina inquietante —aportó Sam.

—Hasta que la rutina se rompió. Aquel día estaba distraído, acababa de terminar la temporada con lo que había estado celebrando con los compañeros. No fue una buena celebración, sinceramente. Un exnovio se presentó en el mismo local, estaba bastante resentido porque las

cosas no habían terminado bien y se sentía bastante insultado por el hecho de que siempre hubiera sido, según sus propias palabras, «mi sucio secretillo», así que se dedicó a atormentarme.

—¿Cómo es eso posible?

—Fácil. Nunca me ha gustado airear mi vida personal. No vendo exclusivas a la prensa y, desde luego, no comparto con mis compañeros luchadores mis asuntos privados. ¿Por qué debería hacerlo? Tengo buenos amigos ahí, amigos que saben quién soy, pero no les debo nada al resto. Es trabajo y mi vida privada me gusta mantenerla en mi entorno familiar y punto.

—Parece muy sensato por tu parte —y extraño, pensó Sam para sí. La mayor parte de los famosos salían a diario en el mundo del corazón y, a pesar de que nunca hubiera escuchado hablar de Kit antes, estaba segura de que en el ámbito en el que se movía, muchas personas lo seguirían. Tenía todos los ingredientes perfectos para ser objetivo de las cámaras.

—No se trata de sensatez, se trata de control. No sabes lo que la información es capaz de hacer en manos de un desconocido, confía en mí —tomó un sorbo de su café, que ya debía estar helado y lo dejó a un lado con gesto de desagrado—. En fin, ¿por dónde iba? —Pareció recordar los hechos y sonrió al añadir—: Cuando el estúpido de Dustin intentó ponerme en medio del ojo del huracán, un ángel vengador con muy malas pulgas se interpuso entre nosotros dos. Lo agarró por la camisa y lo apartó de mi camino. Lo arrojó, literalmente, contra la pared del local y el tipo quedó sin sentido. Fue todo un show, la verdad.

—¿Lo detuvieron?

—La verdad es que no lo hicieron, estábamos en el *Pleasure's* y Gabriel siempre ha sido muy benevolente con Lou. Lo ha apoyado en todo momento y encontró una solución perfecta para el problema. Sacó a Dustin de su local y le vetó la entrada, se disculpó conmigo y mis colegas por el mal rato y se llevó a Lou para hablar con él. No pude quedarme quieto, los seguí hasta la zona privada del club y escuché la conversación a medias. Esperaba que le estuviera echando la bronca del siglo a su empleado, pero tan solo hablaba con él con mucha suavidad. Le preguntaba que si se encontraba bien, si quería retirarse, si necesitaba unos minutos para serenarse o podía hacer algo por él. No podía entenderlo, mi entrenador nunca ha sido tan comprensivo, en realidad es un cabrón explotador al que le tengo un extraño cariño —acotó en tono de broma.

—Gabriel es un buen hombre. Me dio un refugio sin pensarlo cuando lo necesité y Lou se ha convertido en un guardaespaldas y un silencioso buen amigo.

—Una vez que Lou te acoge bajo su ala, ya no hay marcha atrás. Lo ha hecho contigo ahora y lo hizo conmigo entonces. Cuando Gabe salió, me miró y me hizo un gesto para que entrara y hablara con él. Admito que me puse nervioso, porque nunca habíamos estado juntos fuera del club y, desde luego, nunca habíamos tenido una conversación. Había hablado yo y él simplemente había escuchado, pero esa noche había pronunciado varias frases seguidas y todas ellas en mi defensa. Podría decirse que estaba en estado de shock, incapaz de creer lo que mis oídos estaban

escuchando.

—¿En serio?

—Aunque no te lo creas —añadió con una sonrisa—. En nuestra relación siempre he sido el que lleva la voz cantante, en el sentido de que no me callo ni debajo del agua, pero aquella noche fue Lou quien lo dijo todo. Seguramente no lo reproduciré de manera exacta, pero fue algo como: «Pegas bien, pero tienes un maldito gusto para elegir a tus amantes». Me dejó completamente descolocado, sin saber qué decir, así que lo miré, me miró y dejé que el hombre de acción tomara la iniciativa.

—Creo que mi mente está entrando en cortocircuito, ¿hizo lo que estoy pensando que hizo o solo es mi cerebro enfermo imaginando demasiado?

—Si lo que estás pensando es que se abalanzó sobre mí como una fiera hambrienta, la respuesta es un rotundo sí. No lo esperaba, ni siquiera sabía que lo deseaba, hasta que sucedió. Lo demás fue dándose poco a poco.

—Parece una escena de una película romántica.

—Puede que así fuera, si se tratara de amor heterosexual, ¿no crees?

Sam sonrió con pena, comprendiendo lo que decía.

—No ha sido fácil para ti, ¿verdad?

—No, a pesar de lo que ves aquí —se señaló a sí mismo para dejar claro a qué se refería—, he sido un cobarde al respecto gran parte de mi vida. Lou ha marcado la diferencia en mi camino, me ha enseñado a conocerme mejor y a apreciarme por lo que soy, sin miedos.

—¿Te sientes mal por defraudarlo con lo de la pelea?

—Es mi trabajo, Sam. Lou lo entiende y yo lo entiendo a él. Lo que le molesta es que vaya a hacerlo en mi período de descanso. La última pelea me pasó factura, empiezo a ser más viejo y un poco más lento. Lo compenso con la experiencia, pero ambos sabemos que muy pronto voy a tener que retirarme, al menos si quiero hacerlo por todo lo alto.

—Se preocupa por ti.

—Más de lo que debe. De todos modos, terminaré convenciéndolo para que venga esta vez, estoy seguro. No va a ser sangriento ni violento, va a ser una exhibición más que otra cosa y me encantaría que tú también vinieras. ¿Quién sabe? Puede que hasta quieras pelear conmigo y darme una paliza.

—¿Quién, yo? Imposible. Mírame, he sido un saco de boxeo durante años, ni siquiera estoy segura de que pueda aguantar un soplo de aire fresco sin desmoronarme.

Kit se quedó pensativo durante un tiempo, después la miró con premeditación, lo que la hizo ponerse a la defensiva.

—¿Qué?

—¿Tienes planes para hoy?

—No. Hasta dentro de una semana que pueda incorporarme al hospital, estoy libre.

—Quiero presentarte a alguien. Haz lo que las mujeres hagan antes de salir a la calle mientras recojo y me preparo. En cuanto esté listo, te busco y nos vamos.

—¿Y Lou?

—Probablemente, ya se habrá marchado. Necesita despejarse y estar a solas para combatir con su mal humor.

—¿Y te parece bien?

—Somos una pareja, nos amamos, pero a veces hay que saber respetar los espacios, el silencio y la intimidad de alguien. Lou necesita enfrentar a sus demonios solo, porque sabe que cuando vuelva estaré aquí y que puede contar conmigo. No es la primera vez y no será la última. Lo resolveremos como hacen los hombres.

—No sé si quiero preguntar.

—No creo que quieras que te lo cuente —le guiñó un ojo y se dispuso a recoger, Sam trató de ayudarlo pero no se lo permitió. La expulsó de la cocina y no pudo evitar abandonar la habitación con una sonrisa.

Le había gustado su historia, disfrutaba viendo que algunas personas sí tenían la felicidad que merecían y le daba esperanzas. Quizá algún día, en algún lugar y con algún hombre llegara su momento.

O quizá su felicidad estaba en sí misma y en su capacidad para alcanzar la libertad, tanto física como emocional.

Kit y Lou eran una medicina estupenda y su hogar el mejor refugio que podría desear.

Siempre estaría agradecida a Gabe y Brenda por ofrecerle el Pleasure's, pero ahora sentía que aquí, en este momento y con estos dos hombres, era el momento adecuado para encauzar finalmente su vida.

Y estaba más que dispuesta a luchar para lograrlo.

CAPÍTULO 18

Rod entró en la sala de máquinas, lugar en el que Gabe estaba trabajando en el ordenador, revisando lo que parecía ser un documento de aspecto legal, mientras meneaba la cabeza con disgusto.

Se sentía incómodo, porque iba a tener que explicarle a su amigo lo que había hecho y su estúpido comportamiento. Herir a Sam, intencionado o no, era de tipos malvados y mediocres. Nunca había sido nada de eso, aunque empezaba a tener sus dudas al respecto. Se estaba convirtiendo en un hombre que no conocía, ni siquiera había podido mirarse al espejo esa mañana.

Y lo más extraño de todo, ni siquiera había querido mirar a Kat. La había evitado como si de la peste se tratara. ¿Qué estaba mal en su cabeza? Se estaba volviendo completamente loco.

—¿Tenemos algún problema? —inquirió aclarándose la voz para llamar la atención de su mejor amigo.

—Nada que no podamos solucionar. Michael ya está en ello, pero quería que lo leyera por mí mismo —Gabe se recostó en el respaldo del sillón giratorio y se frotó los ojos, demostrando su cansancio—. ¿Qué pasa con algunas personas que no son capaces de vivir su vida y dejar a los demás en paz?

—¿De verdad me lo preguntas? —Gabe no era ingenuo, debería saber que eso era habitual entre el género humano.

—Sí, sí, lo sé. Puede que esté intentando ver el vaso medio lleno, pero me estoy cansando de todo esto.

—¿Por qué lado está atacando ahora?

Gabe lo miró fijamente, su rostro denotaba agotamiento y también ira, lo conocía muy bien y no era algo habitual en él. Las cosas podían ponerse bastante tensas, si el más optimista de todos estaba ya en ese estado limítrofe entre la cordura y la locura.

—No ha podido atacar el club, sabes que soy muy estricto con las normas y mantenemos al día toda la parafernalia legal. Por más intentos que cometa, vamos a estar cubiertos. Sin embargo, si tiene la capacidad de hacernos daño.

—¿Por qué? —Rod empezaba a preocuparse.

—El defensor del menor va a hacernos una visita. Creen que Cole y Duncan pueden estar en una situación de riesgo, debido a las actividades que se desarrollan aquí.

—¿Lo sabe Mallory? —preguntó con preocupación.

—No he tenido el valor de decírselo, lo vamos a resolver, mientras tanto Brenda se los ha llevado a casa de forma temporal. Vamos a encontrar una alternativa —aseguró él con confianza

—. ¿No me preguntas por Duncan y Kat?

—No, porque Tony nunca permitiría que se lo arrebataran. Los dos sabemos que tiene contactos hasta en el infierno —le recordó en tono monocorde.

Debería sentir la ira que siempre acompañaba la mera mención de su nombre, pero por algún extraño motivo no estaba allí. No era santo de su devoción, pero tenía que admitir que siempre había velado por la seguridad de su familia.

Y estaba claro que ellos dos eran su familia. ¿Por qué no lo había visto de esa manera antes? ¿Qué había cambiado ahora? Le dolía la cabeza de tanto darle vueltas a toda aquella situación y estaba a punto de colapsar.

—Tienes mal aspecto, Rod. ¿Ha sucedido algo?

—¿Aparte de lo que le hice a Sam? No.

Gabriel lo miró sin emitir juicio alguno, le hizo un gesto para que se sentara en el otro sillón, necesitando estar a su nivel y sabía que estaba a punto de recibir una de las charlas de ánimo de su mejor amigo.

Hizo lo que el otro quería sin poder ocultar una sonrisa. De alguna manera, Gabriel siempre había sido su guía espiritual, su ángel de la guarda personal.

—No te culpes. No estuvo bien, pero se recuperará. Si me preguntas, creo que necesitabas que las cosas sucedieran de esa manera.

—¿Hablas en serio? —Estaba esperando que le echara una buena bronca por jugar con su protegida y lo estaba justificando. ¿Cómo podía hacerlo?—. ¿Por qué no me gritas y me dices que soy un cabrón sin escrúpulos? Me lo merezco.

—Yo también me he merecido que me den una buena tunda más de una vez y tú has estado a mi lado —le recordó—. No voy a justificar tus actos. Samantha ha sufrido bastante por culpa de los hombres, pero hay que tener en cuenta que tú has estado enamorado de Kat durante tanto tiempo que todos esperábamos que sucediera algo así en cuanto te enfrentaras a ella.

—¿Todos?

—Incluso Lou, por eso estaba tan furioso. Ha estado viéndolo desde el principio. No le gustó que la dejara bajo tu protección, porque ese hombre es como un brujo capaz de ver el futuro, te lo juro. A veces me pone los pelos de punta.

—¿Tú también lo tenías claro?

—No —respondió y percibió la sinceridad en su tono—. Y esperaba que Lou no tuviera razón. Sé que no puedes verlo, pero Sam habría sido buena para ti. Probablemente no para el tipo que vive y respira sexo y que siente el Pleasure's como su hogar, pero ¿y para el habilidoso médico que salva vidas y que anhela una familia tradicional? Cada vez más, he visto a ese hombre en ti en los últimos meses. Necesitas volver, estás cansado de todo esto, te conozco y siento que más pronto que tarde, vas a despedirte del club como ya hice yo.

—No te has marchado.

—No, nunca me iré, porque el Pleasure's soy yo. Ambos lo supimos en aquel primer momento, ¿recuerdas? Si creamos este lugar fue para ayudarme a encontrarme a mí mismo, mi refugio, para que lograra superar toda la mierda que arrastraba por culpa de mis acciones, de mis pérdidas y de todo el drama de Prometheus. Tú me liberaste apoyándome en este negocio, dándome un medio para seguir adelante y Brenda me enseñó otro modo de manejar mi ira. Lo hizo con amor y comprendió que el Pleasure's y yo somos uno. No vamos a ir a ninguna parte, pero no volverá a ser lo que una vez fue —guardó silencio un momento—. No para nosotros, ha llegado el momento de dejar paso a la siguiente generación.

—¿Hablas en serio?

—Mira a tu alrededor, Rod. Ya no somos los mismos.

—¿Vas a dejar a Damien a cargo? —inquirió sorprendido.

—No, mi papel va a continuar como hasta ahora. Probablemente, en una década tendré que dejar completamente la actividad pública, porque, seamos sinceros, los años pasan y el cuerpo lo nota. Dudo que en este asunto la experiencia sea un grado —bromeó—, pero a pesar de que mi bastón y yo no seamos famosos en un futuro no muy lejano, este va a seguir siendo mi hogar hasta la muerte. En cuanto a Damien, sospecho que muy pronto va a sorprendernos.

—¿Lo va a dejar?

Gabriel se encogió de hombros, pero sabía algo que él desconocía.

—¿Qué no me estás contando, Gabe?

—Un montón de cosas —lo miró pensativo. Pensó que no volvería a decir nada más, pero finalmente lo hizo—. Sin embargo, hay algo que deberías saber sobre Kat.

Roderick debería haberse puesto a temblar, le daba miedo escuchar lo que su amigo tuviera que decir. Estaba confuso y desorientado, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Quería a Kat, quería formar una familia con ella, quería completar el sueño que había llenado su mente y su corazón durante todos aquellos años.

—Habla. ¿Qué pasa con Kat?

—Ha venido por una corta temporada, volverá a marcharse. Tony me llamó para pedirme el favor de que la vigiláramos mientras se ocupaba de resolver un asunto complicado. Cuando todo termine, vendrá a buscarla.

Debería haber sentido un dolor absoluto, ira y deseos de destrozarlo todo, pero tan solo sintió resignación, como si fuera algo que ya había estado esperando.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de semanas, un mes como mucho. Lo siento, Rod. Sé lo que sientes por ella y sé que Kat no puede resistir la tentación de estar contigo, a pesar de que no quiera hacerlo permanente.

—La quiero —confesó—, pero hay algo que no funciona entre nosotros. Soy demasiado viejo

y estoy demasiado cansado para continuar con este tira y afloja.

—Hay algo más, Rod —añadió acercándose un poco más, como si quisiera estar cerca para que se apoyara en él, en caso de necesidad.

—No dudes, dílo. ¿Qué puede ser peor que darme cuenta de que lo que más he deseado durante años nunca se va a hacer realidad?

—Kat está embarazada, por eso Tony no la quería en medio de los problemas. Le preocupa que pierda el bebé, al parecer les ha costado mucho trabajo lograr el embarazo.

Roderick apretó los puños con fuerza, sus manos descansaban sobre sus muslos. Todo su cuerpo estaba tenso. ¿Por qué Katharina seguía jugando con él? ¿Por qué no podía resistirse a esa mujer y comportarse como un hombre adulto de una vez por todas?

—¿Por qué, Gabe? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué sigue haciéndome esto? No lo entiendo. La quiero, sabe lo que siento por ella y aún así juega conmigo una y otra vez.

Se levantó y le dio la espalda. Se apoyó contra la pared, tratando de coger aire y llenar sus pulmones de vida, recordar quién era y replantearse toda su vida.

—Kat no puede evitar ser como es. Te quiere, Rod. No dudes que lo hace, porque todos podemos verlo.

—Entonces no debería tratar de arrancar mi corazón cada vez que nuestros caminos se cruzan, ¿no crees?

—No la amas de esa manera —recordó Gabe. Lo había dicho tantas veces y nunca lo había creído, pero ahora, después de una noche completa de dar vueltas a su cansado cerebro, las palabras empezaban a calar profundo y a dejarle claro que era posible, después de todo, que Gabe siempre hubiera tenido razón.

Era la persona que mejor lo conocía en el mundo, el único que había compartido con él todo lo que era. Que lo había acogido de mil y una maneras, abrazándolo y apoyándolo en los momentos más bajos.

—Tengo que salir de aquí.

—Tómate el tiempo que necesites, pero déjame saber dónde estás.

Estaba claro que sin importar que se comportara como un idiota, Gabe seguía preocupándose por él. Nunca podría agradecerle lo suficiente su amistad y cariño desinteresados.

—¿Te ocuparás de Mallory mientras pongo mis asuntos en orden?

—Sabes que lo haré. No permitiré que nadie le haga daño o que la amenacen con arrebatárselo a Cole. Haré lo que sea necesario para mantenerlos juntos y a salvo.

—Gracias.

—¿Vas a despedirte de Kat?

Rod lo miró durante un instante y después, sin permitir que su corazón opinara, explicó:

—Ya lo he hecho.

Y era cierto, sabía que había sido el final. La última vez que habían compartido sus cuerpos, el adiós definitivo.

Solo lamentaba que en el proceso de sanar su alma y de encontrar las respuestas, hubiera herido a Sam.

—Todavía estás a tiempo de arreglar las cosas.

—No quiero volver con Kat. Ya he tenido bastante.

Gabe sonrió, sus ojos brillaron y aclaró.

—No estaba hablando de Kat.

No dijo nada, sabía lo que Gabriel esperaba de él y dudaba poder complacerlo. Acostarse con Sam había sido un acto de misericordia, una manera de demostrarle a la mujer que no todos los hombres eran iguales. Rod podía darle ternura y comprensión, placer sin dolor. Eso había pretendido demostrarle, darle algo bueno que atesorar, algo que pudiera opacar la tristeza en sus ojos y devolverle la esperanza.

Sin embargo, no había un futuro romance en ciernes, no podía ser. No era su tipo, no se compenetraban como deberían hacerlo. A pesar de su dulzura y de su entrega, Samantha no era suficiente para un tipo como él, que se deleitaba en la perversión y el sexo en todas sus vertientes.

Sam no podría tolerar sus comportamientos, no podría entenderlo y jamás le permitiría desarrollar el hombre que en realidad era.

—Te llamaré cuando sepa dónde voy.

Gabe no dijo nada, pero parecía saber exactamente lo que iba a pasar a continuación. Le habría gustado que le diera una guía para torpes, porque él no tenía ni idea de a dónde le llevarían sus pasos.

Solo tenía un destino en mente en este momento: la consulta de Susan Montgomery.

CAPÍTULO 19

Damien daba vueltas con el coche por los alrededores de la comisaría. Había recibido un mensaje de Gwyneth en el que le ordenaba, y no se podía decir de otra manera, que se largara pitando de allí. Algo había pasado, intentó contactar con ella, pero su número lo desviaba constantemente al buzón de voz.

Estaba furioso, asustado y preocupado. No sabía qué hacer, por primera vez en su vida no tenía un plan de acción claro y eso lo estaba volviendo frenético. No había visto movimiento sospechoso desde fuera, pero ¿qué sabía él, después de todo, de las maneras de los criminales? Solo había servido de cebo en un par de ocasiones y ambas había acabado vapuleado. La primera vez, psicológicamente destrozado y con unos cuantos hijos desperdigados por el mundo. La segunda, como receptor de una bala que estuvo a punto de costarle la vida.

Estacionó a un lado, frente a una cafetería que estaba parcialmente llena, con lo que supuso que sería un lugar seguro para respirar un instante y concentrarse. No podía dejarse llevar por el pánico, no era su estilo y Gwyneth sabía lo que hacía. Estaba entrenada, era fuerte, lista y sumamente afortunada. Había sobrevivido a muchas situaciones difíciles y lo había hecho con cordura y entereza, a pesar de lo que había tenido que sacrificar a veces.

La admiraba profundamente y la quería. No podía negarlo, ni siquiera para sí mismo. La única duda en su mente era la de si se atrevería a tomar algo que deseaba, a pesar de que eso lo convirtiera en el peor de los traidores. Piper no se merecía que fuera desleal, pero ya estaba harto de vivir condenado a la soledad y una existencia árida y superficial. Quería sentir, volver a reír de verdad, ser el hombre que una vez pudo ser.

Y quería serlo con Gwyneth, maldito fuera por ello.

Sacó su teléfono y marcó el número de Warren. Necesitaba hablar con su hijo, incluso si no era el momento más apropiado.

En cuanto respondió, pudo escuchar los gritos y las risas de los niños y al propio Warren pidiéndoles que guardaran silencio mientras hablaba con él.

—Veo que estás ocupado —fue lo primero que se le ocurrió decir y lo hizo con una sonrisa. ¿De verdad su cerebro le estaba enviando señales para convertirlo en un padre de familia?

Sintió un escalofrío seguido de un enorme sentimiento de expectación y deseo. Quería más de lo que tenía, mucho más.

—Estos críos son muy divertidos, papá, aunque tienen energía como un ejército de trescientos soldados entrenados para luchar hasta la extenuación o la muerte.

—No será para tanto —se burló.

—Créeme, vas a necesitar todas tus dotes de mando para tratar con ellos —aseguró, pero no

parecía enfadado, sino bastante tranquilo, puede que hasta feliz—. Son buenos chavales.

—¿Chavales? Solo tienen cuatro años.

—Casi cinco —aseguró con tono muy serio—. Son muy susceptibles al respecto, no debes quitarles ni un día de edad o se ponen irascibles. Y no se te ocurra llamarlos bebés... en serio.

Damien sonrió. Le gustaba escuchar a su hijo hablando así. Parecía un chico normal disfrutando de la libertad de hacer con sus hermanos pequeños lo que le daba la gana.

Y en realidad eso eran, sus hermanos. Warren había sido un modelo excelente para Amber, seguía siéndolo, sabía que no lo iba a juzgar por este giro de los acontecimientos, pero necesitaba escuchárselo decir.

—¿Te parece bien...? —cortó su discurso, no estaba seguro de que esas fueran las palabras adecuadas. Carraspeó y lo intentó de nuevo—. Después de entregar la custodia de Amber a tus tíos, no parece adecuado...

—Papá, ¿qué sucede? —había preocupación en su voz—. Deja de dar vueltas y vete al grano. No voy a juzgarte, bueno, seguro que te juzgaré, pero deberías estar acostumbrado. ¡Soy tu hijo! Los hijos hacen ese tipo de cosas... No te cortes y habla.

—Sabes que son tus hermanos, medio hermanos —explicó, sintiéndose torpe y un poco tonto—. Gwyneth y yo fuimos... compañeros de trabajo en Prometheus.

—Creo que fuisteis más que eso, papá. ¿Recuerdas que os he visto juntos?

—No has podido hacerte una idea sobre nuestra relación en el medio minuto que hemos coincidido todos en la misma sala.

Ni siquiera estaba seguro de que tuvieran una relación.

—Te olvidas de una cosa. Mamá era una excelente jueza de carácter y veía todo, ¿no es eso lo que siempre me dices? Era muy perspicaz. ¡Adivina! He heredado su don. Estás loco por Gwyneth, debes haberlo estado desde hace años, lo único que no entiendo es por qué la dejaste marchar.

—Más bien le pegué un empujón en dirección opuesta a mí. Lo más probable es que, cuando todo esto acabe, no quiera volver a verme...

—No vamos a deshacernos de los gemelos diabólicos, papá. Me niego.

—No he dicho eso. Yo...

—Deja de hacer el ganso, deja de parecer un pelele, porque no lo eres y sobre todo, deja de pensar en lo que los demás puedan decir sobre tu vida, porque al final el único que tiene que vivir con ella eres tú. ¿Quieres a Gwyneth? Tómala y no desaproveches ni un solo minuto. Eso es lo que planeo hacer con mi chica, en cuanto me lo permita, así que vive el momento. Carpe Diem. Alégrate de que tienes un niño a tiempo completo hasta que arregles las cosas con ella. Y si consigues echarle el lazo, no te lo pienses. Vete a Las Vegas o donde te parezca y cástate.

—¡Warren!

—Ya no eres joven, papá, siento decirlo pero en nada podrás pagar la entrada senior y te arrepentirás de haber hecho el gilipollas. ¿Quieres a Gwyneth? Tómala. Tienes mi bendición y ahora voy a cuidar de tu prole, que están persiguiendo a las pobres gallinas. Avísame si necesitas un testigo o un padrino y estaré a tu lado en la ceremonia, hasta entonces, ¡céntrate, amo y señor de la mazmorra!

Warren colgó sin permitirle añadir nada más, dejándolo aturdido y sí, un poco más tranquilo. Su hijo tenía carácter y le agradaba. Era la comunión perfecta entre Piper y él, así que podía decir que había hecho algo bueno enamorándose de ella en primer lugar. No podría haber tenido un hijo más increíble.

Cuando alzó la vista observó la puerta principal del edificio que albergaba la comisaría y a Gwyneth saliendo con un hombre. Sonreía, hablaban, casi como si fueran dos amigos, pero vio más. Algo que no parecía habitual en ella, como si sucediera algo que trataba de ocultar al mundo.

Miró a un lado y a otro, quizá esperando localizar el coche y a él, no estaba seguro, pero tenía la impresión de que estaba en un aprieto. No era policía, pero sí buen observador, se fijó en lo que los rodeaba, buscando algo o alguien que pudiera servir de base al tipo trajeado que la acompañaba. Uno de sus brazos le rodeaba la cintura y su mano se perdía casualmente por debajo del abultado jersey que Gwyneth llevaba. ¿Estaría ocultando algún tipo de arma? Le hubiera encantado que Daniel o Lou estuvieran allí, pero estaban a una hora en coche de aquel lugar y no podía recurrir a nadie más que a sí mismo.

Palpó por un instante su arma, dudando pero sin apartar la vista de su mujer, porque eso era, no iba a permitir que le hicieran daño. No estaba dispuesto a perderla, no ahora que estaba decidido a intentar ser un hombre completo otra vez.

Abandonó el vehículo, abrió con calma la puerta trasera para dejar bajar al perro aceptando un impulso que le dijo que era la mejor opción y salió paseando como si no tuviera ninguna preocupación en la vida, pero con la pistola firmemente agarrada en el bolsillo de su cazadora, listo para disparar a la primera oportunidad que se le ofreciera.

O quizá tan solo para asustar e intimidar a alguien que estaba haciendo lo que no debía.

Avanzó hacia la pareja con decisión, pero un tipo se interpuso en su camino y lo apartó. Cuando alzó la vista, reconoció a uno de los mejores amigos de su hermano.

—¿Por qué no nos tomamos un café, Damien? Hace mucho que no charlamos.

Lo agarró por el brazo y lo apartó, empujándolo hacia la cafetería. No estaba siendo nada sutil, su ceño se frunció y quiso resistirse, pero no lo hizo. Aún así, no podía dejar de mirar a Gwyneth, sin querer romper el contacto visual.

El perro guardián ni siquiera gruñó, los siguió con tranquilidad.

—Camina y ni se te ocurra quitar el seguro del arma. No queremos que te dispires en un pie —murmuró Dylan con seguridad—. Cam está tras ellos, Michael y Niall le cubren las espaldas.

Lo tenemos controlado.

—¿Qué...?

—No te detengas —añadió entrando con él en el local y llevándolo a una de las mesas del fondo, desde la que tenían una panorámica perfecta a través del cristal. Se sentó con la espalda contra la pared, para poder hacer un control de los visitantes y las posibles amenazas, supuso.

Su acompañante canino se tumbó a sus pies y pareció dormir.

—¿Qué está pasando?

Dylan no pronunció sonido alguno. Damien estaba frenético. ¿Cómo podía dejar sola a Gwyneth?

—¿Podrías por favor explicarme qué coño está pasando?

—Debiste largarte en cuanto recibiste el mensaje —le reprochó, como si sintiera fastidio por tener que estar allí.

—No recibo órdenes de nadie.

Dylan lo miró y le dedicó una sonrisa ladeada, como si aquello le hiciera gracia.

—Ah, sí. Eso me han contado.

—Eres un idiota.

—Ya me conoces, me gusta jorobar al personal. Si es a ti, mucho más.

—¿Ya te has casado con tu novia del colegio y has tenido un par de pimpollos?

La sonrisa de Dylan se mantuvo en su lugar, como si tuviera todo controlado, pero en sus ojos surgió la oscuridad. Otra persona no lo habría notado, pero él lo hizo, porque convivía con ella a diario.

—No soy un tipo familiar, vivo y respiro muerte —aclaró despanzurrándose cómodamente sobre la silla— y sexo. ¿Crees que tu jefe podría contratarme para tu club?

El tono estaba lleno de broma, pero había un pequeño filo serio en alguna parte. Como si no lo hubiera descartado completamente. En otro momento, lo habría pinchado hasta descubrir su motivación, pero ahora estaba demasiado preocupado por la mujer como para permitirse indagar en nada más.

—¿No deberíamos estar ahí fuera protegiéndola?

—Si te hubieras largado, podría estar ayudando. Así me ha tocado hacer de tu puta niñera —le molestaba, estaba claro que le apetecía mucho más disfrutar de la acción que estar allí escondido. Maldito fuera, él mismo quería estar con los demás ayudando a atrapar al que fuera que se hubiera atrevido a amenazar a Gwyneth.

—Yo también quiero salir, podemos ir.

—¿Acaso quieres que los maten? No, deja a los profesionales hacer su trabajo.

—¿Qué hacéis aquí, de todos modos?

—¿Tú crees que Cam es tan idiota como tú? Lleva todo este tiempo velando por la seguridad

de la chica y los niños. La protege desde la sombra, pero no quería perturbar a su hermanito con las consecuencias de sus actos.

He ahí uno de los motivos por los que Dylan siempre había parecido despreciarlo. ¿Todos estaban al tanto de la existencia de los gemelos menos él?

—¿De qué hablas?

—¿Cuántas veces te ha pedido Cam que hables con tu viejo contacto de la policía a lo largo de todos estos años?

No quería pensar en ello. Era más que probable que su hermano hubiera tratado de guiarlo en la dirección correcta, pero él se había resistido con uñas y dientes, por lo mucho que le afectaba esa mujer y lo que le hacía sentir.

—Lo que digo, eres un idiota.

—Un idiota apaleado. Perdí a mi esposa —le recordó.

—¿Y qué? Perdí a mi novia, de forma mucho más dolorosa que tú, y aquí estoy. No me escondo de mis acciones, las afronto.

—¿Has venido a hacer de niñera o a tocarme los cojones?

—No me gustas, Damien. Nunca lo has hecho. Cam te ha protegido lo suficiente y a cambio no le has dado nada. Te has interpuesto en su felicidad una y otra vez, a pesar de todo, él ha estado siempre para ti. Cuando intentaste suicidarte, quedó destrozado. Cuando te pegaron un tiro, pensé que iba a arrasar con el mundo. ¿Para qué? No te mereces nada de eso.

No podía rebatirle ni una sola de sus palabras, porque estaba de acuerdo. Cameron era el mejor hermano mayor que un hombre podía tener y se sentía muy afortunado de poner contar con él.

—¿Qué hacéis aquí, de todos modos? —preguntó en cambio—. Pensé que estaríais en algún país extranjero haciendo alguna misión en nombre del país.

—Estábamos, parte de nosotros, pero en cuanto aterricemos Cam nos llamó a filas para proteger a Gwyneth. Todos la queremos, hemos intentado conseguirla, pero nos ha rechazado. A pesar de todo eso, no vamos a dejarla sola. Es la dama más maravillosa del mundo, solo un caballero podría conquistarla. Lamentable que se haya fijado precisamente en ti.

Damien no había entrado a valorar esa posibilidad. Había pensado en Gwyneth como suya todo el tiempo, sus hijos su responsabilidad, no se había dado cuenta de que habría hombres. Hombres buenos. Deseando estar con ella. ¿Y por qué no? Era preciosa, divertida, inteligente, valiente, leal...

—La quiero —confesó mirándolo con seguridad— y voy a luchar para conseguirla.

Dylan sonrió, no había animosidad, solo diversión, como si no pudiera esperar para verlo.

Entonces solo pronunció:

—Ya era hora.

Y tres tiros procedentes de algún lugar cercano perturbaron la tranquila atmósfera, impactaron contra el cristal y entonces gruñó.

—Joder, otra vez no.

Y el dolor abrasador estalló en su costado en el instante exacto en que Dylan tiraba de él hacia abajo para protegerlo con su cuerpo, con la mala suerte de que su cabeza tocó con algo duro y tuvo que dar la bienvenida a la oscuridad y con ella, a la inconsciencia.

Solo quería despertar para poder confesarle a Gwyneth su amor antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 20

Sam no podía negar que estaba disfrutando. No recordaba haber reído tanto en ningún momento de su vida. Kit no solo era un buen luchador, también un excelente maestro y hasta un cocinero bastante decente, a pesar de su afirmación pasada de que era un desastre en la cocina.

La había llevado a su gimnasio, sorprendiéndola, le había presentado a su entrenador, que resultó ser una mujer y no un hombre. Algo que logró sacarla fuera de sí. ¿Cómo era posible? Nunca había mencionado una entrenadora, hablaba de ella como si se tratara de un hombre burdo y desagradable que lo explotaba. No podía entender nada, al menos al principio, ahora empezaba a darse cuenta de que no importaba el sexo de la persona a cargo, sino la capacidad física y la personalidad. Samantha siempre había pensado que las mujeres eran inferiores físicamente a los hombres, al menos, hasta ahora. Jillian era cualquier cosa menos enclenque. Medía más de metro ochenta, todo su cuerpo estaba lleno de músculos, tenía una mirada dura y su manicura era una pena, pero tenía una cara preciosa y su largo pelo rubio atado en una coleta que caía hasta la mitad de su espalda. Era toda una belleza, siempre y cuando te gustaran las mujeres fuertes.

Tenía la autoestima alta y una seguridad innata que enseguida envidió. Deseó ser como ella, aunque tenía claro que eso era un imposible. No tenía la fuerza física o mental necesaria para llegarle siquiera a la altura de los talones.

Cuando Kit las presentó, Sam se encogió. La percibió como una amenaza y Jillian se dio cuenta enseguida de la situación. No la abrazó o trató de tranquilizarla, la miró y la señaló:

—Este no es tu sitio —dijo con decisión—, pero conozco el lugar apropiado para ti. Ven conmigo.

Buscó a Kit con la mirada, tratando de pedirle ayuda, pero el hombre le sonrió y le hizo un gesto para que la acompañara, dejando claro que no iba a irse a ninguna parte. Estaría allí cuando terminara la charla o lo que fuera que Jillian tenía pensado para ella.

—Deja de temblar, chica. No voy a estrangularte, en serio.

—Lo siento —se disculpó y bajó la mirada tratando de hacerse más pequeña.

Jillian maldijo y le dio una orden:

—Siéntate —señaló uno de los bancos que había en el vestuario femenino y se aventuró un poco más allá, supuso que en la zona en que se encontraban las duchas—. Amanda saca tu esmirriado trasero aquí ahora mismo. Tienes trabajo.

—Que te jodan —gritó una voz de mujer.

Sam trató de hacerse más pequeña aún, temiendo interponerse en una pelea entre dos mujeres fuertes que acabara con ella recibiendo algún golpe por error. Empezaba a recuperarse de las heridas de su último enfrentamiento con Carter, no quería más.

—Ahora mismo no tengo tiempo. Kit está fuera y ha traído compañía.

En ese instante la mujer se asomó, llevaba una toalla alrededor del cuerpo y el pelo corto y negro goteaba sobre sus hombros desnudos.

—¿Ya ha llegado? Le dije que empezaríamos con el entrenamiento mañana, no hoy.

—Como dije, ha venido acompañado —la señaló—. Eh, Sam, esta es Amanda y va a ser tu saco de boxeo durante todo el tiempo que dure el entrenamiento. Hazme un favor y golpea fuerte, chica. Hay que quitarle esa cara de engreída que tiene, ¿no crees?

—No me gusta la violencia —respondió en voz baja.

—Aprenderás a disfrutarla cuando dejes de ser una víctima —le aseguró—. Y tú, no se te ocurra herir sus sentimientos —espetó con brusquedad y salió del vestuario dejándola a solas con la mujer.

—Deja de mirarme como si esperaras que fuera a arrancarte la cabeza, ese es el estilo de Jill, no el mío —aseguró, tendiéndole la mano a modo de saludo—. Llámame Mandy, Kit es uno de mis mejores amigos, voy a ayudarlo con la exhibición del mes que viene. Va a luchar con niños, en realidad, va a dejarse dar una paliza por un grupo de niños y niñas con una sonrisa.

Sam imaginó que podría haber algo similar, aunque dudaba mucho que Lou se hubiera enfadado por algo como eso, tenía que haber una parte de la información que se había perdido.

—¿Niños?

—Bueno, sí. Justo antes de que se enfrente a la joven promesa que terminará por desbancarlo en los próximos años, siempre y cuando no se retire a tiempo.

—Entonces va a ser un combate real.

—Sí, pero no va a perder.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque conozco a Connor, Kit está ayudándolo con su entrenamiento. Tiene la habilidad, la fuerza y la juventud, pero le falta la experiencia. Es muy instintivo, no se para a pensar y eso termina pasándole factura. Cuando crezca, será mejor que cualquiera de los luchadores que Jill ha entrenado, incluido Christian. Pero dejemos el trabajo a un lado, estás aquí por otro motivo.

—Pensaba que Kit iba a enseñarme un par de patadas y puñetazos para defenderme de Carter, por si intenta agredirme otra vez.

—¿Patadas y puñetazos? —Mandy sonrió—. Creo que para eso todavía nos queda un largo trecho, pero te prometo que vas a ser capaz de superarlo. Confía en mí. Una vez que te liberes del miedo, lo demás vendrá rodado.

Sam no estaba tan segura. Ni siquiera debería estar allí, todo el ambiente, desde el aroma a vestuario hasta las mujeres fuertes e independientes con las que se había cruzado, conseguían ponerla más nerviosa aún.

Era fácil estar con Kit, reír con él, la hacía sentir protegida, pero con estas dos

desconocidas... tenía la sensación de que no iban a ser blandas ni protectoras, iban a vapulearla para que sacara el valor del lugar en el que se estuviera ocultando.

—¿Por qué no me sigues? Vamos a proteger tus manos.

—Ayer me quitaron la escayola, una fractura de muñeca, tengo que tomármelo con calma — explicó alzando la mano herida—. No creo que pueda golpear nada.

—No te preocupes, no vas a boxear, pero sigo queriendo proteger tus manos. Es fácil hacerse daño cuando no sabes cómo dar un buen golpe.

Samantha no mencionó que era muy probable que no fuera capaz de golpear nada. No soportaba la violencia, lo que quería era una manera efectiva de defenderse sin entrar en contacto físico con la otra persona.

La siguió hasta la zona de recepción como una autómatas y de camino pudo observar a Kit, que estaba en el ring, sin camisa y haciendo algunas llaves con otro hombre. Jill les gritaba con mal genio, sobre todo al más joven, pero no logró comprender sus palabras, aún así se encogió un poco más. La angustia cerró su garganta y podía sentir cerca una crisis de terror. Buscó a su alrededor, necesitaba algún lugar en el que esconderse hasta recuperar el control sobre sí misma. No estaba lista para salir al mundo, no debería haber salido de la cama esa mañana.

—Sam —la voz de Mandy llegó desde muy lejos, ni siquiera podía enfocarla. Apenas lograba respirar, sentía las lágrimas pujando tras sus ojos, exigiendo libertad, pero tampoco podía llorar—. ¡Samantha! —la sacudió un poco, tratando que entrara en razón, pero el roce de su mano tan solo la empujó más lejos.

Corrió, no supo cómo fue capaz de hacerlo, pero corrió y a falta de un lugar mejor, se acurrucó en un rincón entre la puerta y un armario de almacenaje. Un espacio realmente pequeño. Se envolvió con los brazos y cerró los ojos. Necesitaba sentir que tenía el control, no podía comportarse como una chiquilla. ¿Qué le estaba pasando? Nunca había reaccionado así, ni siquiera cuando Carter la había golpeado hasta casi matarla.

Era una cobarde. Lloró con fuerza, sentía el corazón devastado, le dolía tanto... No sabía juzgar a las personas y no sabía controlar sus propias emociones. Se daba asco, quizá Carter tenía razón cuando le decía que no merecía vivir, que era un ser inservible que no valía ni el aire que respiraba.

Una mano enorme acarició su cabeza con ternura, con una suavidad inesperada, fue un contacto muy breve, después alguien se sentó cerca, pero no tan cerca como para hacerla sentir acorralada y ladró órdenes a su alrededor. Escuchó movimientos de pasos y después nada. La sala se había quedado repentinamente en silencio, ojalá no estuviera todo el mundo observándola, tenía que dejar de molestar a todos aquellos con los que su camino se cruzaba.

—Siento ser tan miserable y cobarde. No debería estar aquí —sollozó.

Levantó la mirada y observó al hombre, esperaba ver a Kit, pero no era él. El chico al que Jill

le había gritado una y otra vez estaba sentado a su lado y la miraba con seriedad.

—Me sentí así una vez —dijo recostándose contra el armario metálico y mirando hacia el fondo como si estuviera recordando. Estaba relajado, medio desnudo, pero nada parecía importarle—. Todo pasa.

—Yo soy el problema —le aseguró— y no es autocompasión, es la realidad. Juzgo mal a las personas y cuando encuentro a alguien que quiere ayudarme de verdad, me comporto como una niña tonta incapaz de controlar sus propios sentimientos.

—Todos hemos tenido miedo alguna vez —la miró y tendió su mano, pero no forzó el contacto, le dio tiempo para decidir qué hacer—. Soy Connor, la nueva promesa que va a poner a Kit en aprietos.

Le dedicó una sonrisa con un hoyuelo encantador en la mejilla derecha y sus ojos azules brillaban con intensidad, dándole un aspecto casi místico. Era muy guapo y muy joven, probablemente ni siquiera tendría veinte. Su cuerpo estaba torneado, más que el propio Kit, era alto, no tanto como su reciente amigo, pero sí más robusto. Parecía una mole con una sonrisa encantadora.

Era, sin duda, una amenaza. Un toque bastaría para desgarrarla, pero su instinto, ese en el que ya no confiaba, le aseguró que estaría a salvo con él.

Aceptó su mano.

—Soy la loca de los nervios, incapaz de controlarse bajo presión. Puedes llamarme Sam.

—Hola, Sam. ¿Querías venir conmigo hacia allí? Estaríamos mucho más cómodos en una silla.

—¿Dónde está Kit?

—Intentó acercarse a ti, pero como no reaccionaste muy bien, decidió llamar a Lou. Debe estar a punto de llegar, mientras tanto decidí hacer un poco de magia contigo. Las damas dicen que soy encantador.

—¿Lo eres?

—Si tienes que preguntar...

Sam sonrió, no fue brillante y desde luego fue completamente forzada, pero intentaba comportarse como una persona normal.

—Va a pasar. Esta fase... pasará. Solo necesitas recuperar la confianza.

—No estoy segura de que sea capaz de hacerlo.

—No es asunto mío, pero voy a decirte algo que a mí me ayudó cuando el cabrón de mi padrastro, que me daba palizas cada vez que llegaba a casa borracho, finalmente se mató y me liberó de su opresión. La única que va a ser capaz de salir de toda esa mierda eres tú, pero no tienes que hacerlo sola. La mejor manera es contar con el apoyo de buenos amigos, es posible que no tengas que convertirte en una luchadora, como hice yo, quizá solo necesitas ser amiga de un par

de luchadores bien intencionados que puedan cubrirte las espaldas y dar los golpes por ti. Sin embargo, tienes que abrirte a la posibilidad de creer que puedes lograr cualquier cosa que te propongas. Sin confianza, tu exnovio va a ser un monstruo cada vez más grande y vas a dejarlo ganar. Me hubiera gustado ser valiente mientras mi padrastro estaba vivo y haber evitado el sufrimiento que mi madre tuvo que soportar.

Sam se recordó que todo el mundo tenía sus propios demonios, incluso los tipos grandes y fuertes, que parecían tener todas las respuestas.

—Carter es más fuerte que yo y tengo marcas que lo demuestran.

—Tú le has concedido parte de su fuerza.

Quería indignarse, reprocharle aquellas palabras, decirle que no la conocía y no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no hizo nada. No emitió ni un solo sonido, no lo hizo por costumbre, porque no era capaz de levantar la voz, porque evitaba los enfrentamientos.

—Ven, levántate —dijo ayudándola a incorporarse y casi la arrastró hasta el ring, la ayudó a subir y entró tras ella deslizándose entre las cuerdas con facilidad. Estaba descalzo y los pantalones cortos permitían ver sus peludas piernas y todos y cada uno de sus músculos.

—¿Vas a golpearme?

—¿Qué harías si lo hiciera? —le preguntó, Sam no respondió, no necesitaba hacerlo, ambos tenían claro que aguantaría los golpes, se encogería tratando de hacerse más pequeña, de dejar la menor cantidad de superficie a su alcance y rezaría para que el estallido acabara pronto—. Lo primero que tienes que aprender es a reaccionar. Si alguien te amenaza tienes dos opciones: defenderte o huir, pero jamás soportar el maltrato. Eso nunca. Eres una mujer valiosa, una persona que merece vivir y que tiene que luchar para lograr hacerlo. Golpéame —exigió con una voz que no admitía réplica.

Sam no podía levantar los brazos, se quedó allí mirándolo.

Connor tomó su mano y le mostró cómo cerrar el puño para no hacerse daño, después volvió a darle la orden.

Lo intentó, de verdad, pero ni siquiera consiguió sentir la necesidad de hacerlo. Negó y dio un paso atrás.

—No puedo.

—No es real, solo es entrenamiento. Pégame —exigió el hombre.

Sam negó de nuevo y trató de alejarse más.

Entonces Connor actuó, utilizó su enorme cuerpo para avasallarla y ponerla contra las cuerdas. Podía sentir el calor que irradiaba su piel contra su pecho y su respiración en la parte superior de su cabeza. Sus manos la aferraban con firmeza aunque sin causarle daño, pero había invadido completamente su espacio vital, haciéndola sentir muy incómoda.

—Empújame.

Sam lo intentó, de veras, pero no fue lo suficientemente fuerte.

—¿Intentas librarte o acariciarme? —preguntó presionándola—. Líbrate de mí, te estoy molestando, me estoy tomando libertades que no merezco, soy un desconocido, no sabes nada sobre mí. No quieres que te toque, oblígame a apartarme.

Samantha lo intentó esta vez con más intención, entonces él apresó sus manos con facilidad y la rodeó colocándose tras ella e impidiéndole todas las vías de escape.

—Empújame Sam, juega sucio. Soy más fuerte que tú, no podrás librarte si no me haces daño. Adelante, hazlo.

Sus manos se aventuraron hacia su vientre, en una caricia y rodaron en dirección a sus pechos. Era gentil, pero estaba tocándola de manera inapropiada y la hacía sentir violenta.

Lo empujó con toda su fuerza y le dio un codazo. Connor se apartó inmediatamente y sonrió.

No era lo suficientemente fuerte para haber conseguido apartarlo, aun así él le había hecho una gran demostración: podía defenderse. Probablemente no ganar, pero sí luchar, no tenía que someterse. Había otras opciones, podía hacer frente al miedo y salir vencedora. No tenía por qué vivir aterrada.

—Esto no cambia nada —le dijo—. Sigo siendo débil. Podrías haber hecho conmigo lo que hubieras querido y no podría haberlo evitado. Soy físicamente inferior a ti.

—Pero eres inteligente Sam y solo necesitas una pizca de instinto asesino, está en ti. Lo superarás con el tiempo y con ayuda de Mandy y todos nosotros. Confía en mí.

Samantha no estaba tan segura de eso como él, pero le había dado algo en que pensar.

—¿Ya has terminado con tu numerito, enano? —espetó la voz de Kit que entró junto a ellos.

—Cuando el alumno se convierte en maestro, el predecesor se queda obsoleto... —aseguró con diversión.

—Vas a tragarte esas palabras, chaval —espetó mientras se acercaba a ella y le tomaba la mano—. ¿Te encuentras bien, Sam? Siento mucho haberte dejado sola.

—No es culpa tuya, solo perdí el control durante un instante. Han pasado muchas cosas últimamente y me costó procesarlo todo.

—Lou está fuera, va a llevarte a casa. Me reuniré con vosotros en cuanto acabe con la lección de Connor. Llevaré pizza, así que relájate, date un baño y haz lo que quieras. Hoy Lou está libre, no tiene nada mejor que hacer que cuidarte.

—Gracias —dijo y se acercó para darle un beso en la mejilla.

Después miró a Connor, que los observaba con seriedad y siguió un impulso. Se acercó a él y también lo besó.

—Gracias, Connor. Espero volver a verte pronto.

—No lo dudes, preciosa. Cuando necesites un puño prestado, llámame. Te daría una tarjeta, pero todavía no tengo una. ¿Tienes buena memoria? —le repitió su número de móvil un par de

veces y sonrió—. Voy a estar esperando una llamada, no me falles.

Kit puso los ojos en blanco, mostrando su exasperación, pero Sam sintió que volvía a encauzar su vida. Se despidió de los dos hombres y se disculpó con las mujeres, corrió hasta Lou que estaba en recepción mirando a su marido y a Connor con cierta preocupación, después la observó.

—¿Por qué no salimos de aquí?

No estaba muy segura de que Lou se encontrara bien. Parecía pensativo, más de lo habitual, pero no sentía la confianza suficiente para preguntarle por su estado.

Entonces recordó que tenía que ser más valiente, tenía que luchar. ¿Por qué no empezar con algo tan sencillo y seguro como interesarse por el bienestar de un buen amigo?

—¿Puedo hacer algo para ayudarte, Lou?

—Hacerme compañía —respondió sin mirarla y abriéndole la puerta del copiloto para que subiera—. Y permitirme cuidar de ti.

—Eso es fácil, Lou. Voy a estar aquí por tanto tiempo como me quieras cerca.

Porque estar con ese hombre, con las personas que empezaban a reconstruir su círculo, la hacía sentir bien, más segura y más fuerte. Le dedicó un rápido pensamiento a Rod y se preguntó si los errores eran parte de la vida o si la esperanza era una ilusión. Había una mezcla de ambos en su situación pasada, de eso no cabía duda.

Quería crecer, interiormente, ser más valiente. No solo para defenderse, sino para luchar por lo que deseaba, pero primero iba a tener que decidir qué quería de la vida y qué le apetecía hacer.

Cuando Lou arrancó el coche hizo una petición, le dio la dirección de Madame Gacela, quería hablar con ella. Sentía que la anciana mujer podría darle algunas guías para mejorar su vida. Tenía que pensar que iba a ir todo mejor de ahora en adelante, quería tomar sus sueños con ambas manos y dejar de pensar en el fracaso, que no era más que una posibilidad, pero ¿por qué no iba a salir vencedora de todo esto?

Algún día moriría, pero no estaba lista para hacerlo todavía.

Quería vivir su vida y disfrutarla, sin miedos y en buena compañía. Quizá no merecía el amor del hombre que se había permitido desear, pero tenía claro que tampoco merecía el odio del tipo que la había engañado y traicionado con sus puños, que había controlado los últimos años de su vida.

Quería una relación sana y saludable. Buenos amigos. Un trabajo que la hiciera sentir realizada. Un apartamento propio y, algún día, una familia.

Quería la libertad de decidir cómo deseaba vivir sin que nadie la castigara por hacerlo.

Y de alguna manera, aunque todavía no supiera cómo, iba a ser capaz de lograrlo.

Porque el fracaso no era una opción, ya no.

CAPÍTULO 20

Habían pasado seis semanas desde su visita a Susan y solo dos desde que había vuelto al trabajo. Rod no estaba seguro de que este cambio fuera la respuesta que llevaba un tiempo buscando, pero por algún lugar tenía que empezar. Su predecesora todavía no se había retirado, pero había aprovechado para disfrutar de los días de vacaciones que tenía pendientes ese año, dejando todo el trabajo en sus manos.

Había vuelto al club cada noche para dormir en su apartamento, incluso había charlado con Kat, pero no habían vuelto a compartir la cama. No por falta de deseo, podía admitir que seguía entre ellos, tan vivo como siempre, sino porque su cerebro le había recordado que tenía que pensar en su propio bienestar y en la seguridad de su corazón. Se merecía un futuro y no lo tendría con ella.

Katharina había intentado engatusarlo más de una vez, pero no lo había conseguido. Estaba enfadada con él, podía notarlo, le había lanzado reproches, incluso había llorado, pero probablemente podría achacárselo a los cambios hormonales propios de los inicios del embarazo y no a algún tipo de angustia por haberlo perdido definitivamente.

Le constaba que había tenido sexo con otros hombres y que había intentado seducir a Stephen. Sin embargo, el chaval parecía haber desarrollado algún tipo de rechazo por ella y se mantenía fuera de su alcance.

La ausencia de Damien le había permitido hacerse cargo de la mazmorra de forma temporal, hasta que Tony volviera a buscarla. Había llamado periódicamente para informar sobre la evolución de la situación, pero todavía no estaba listo para recoger a su familia y llevarlos a casa. No sabía en qué pensaba el hombre, pero fuera lo que fuese, estaba decidido a mantenerlos a todos ellos cubiertos.

Le habían llegado rumores de que Carter Vaughn estaba siendo investigado por prácticas irregulares, tenencia ilegal de armas, tráfico de drogas, agresión con agravantes y una buena ristra de delitos que iban a acabar con sus huesos en la cárcel.

Rod habló con Gabe, para preguntar si Michael había tenido algo que ver, pero todo lo que pudo decirle fue que habían tenido ayuda externa. Una colaboración única y especial que iba a facilitar sacar de escena al agresor de Sam.

De la mujer no sabía nada más que lo que había visto por sí mismo. Estaba trabajando en el hospital, tenía muy buen aspecto. Las marcas de su cara habían desaparecido, había recuperado el brillo, tenía una sonrisa preciosa y estaba convencido de que había ganado peso.

Cada vez que sus caminos se cruzaban por los pasillos, no podía evitar mirarla. Algo había cambiado en ella, quizá porque se sentía más segura o quizá solo fuera el hombre que la recogía cuando terminaba su turno dos veces por semana. Un hombre al que no conocía, bastante más joven que él y que no tenía aspecto de homosexual. Debía de ser su pareja actual o un aspirante al puesto.

Por la forma en que la miraba, estaba convencido de que el tipo sentía algo profundo por Sam, lo que le provocaba una sensación de incomodidad que lo volvía violento.

No se permitiría dejarse ir, porque era un tipo civilizado y tenía una imagen que mantener. Sus pacientes necesitaban confiar en él. En su honestidad, su integridad y su buena praxis. No lo conseguiría si terminaba partiéndole la cara al guaperas.

—Doctor, nos avisan de urgencias. Una mujer de unos cuarenta años, con once semanas de embarazo...

La enfermera siguió informando sobre la situación mientras se colocaba una bata y cogía su instrumental. Avanzó con paso seguro en dirección al ala de admisión, justo donde estaba la consulta. No vio a Sam, a pesar de que una parte de sí anhelaba hacerlo.

En cuanto entró en el cubículo en el que esperaba la paciente, se quedó paralizado. Kat estaba sobre la camilla con muy mal aspecto, pálida y llorosa, abrazándose a sí misma.

—Rod —gimió—. No dejes que lo pierda, por favor. No lo permitas.

Sintió un nudo en la garganta. No debería atenderla él, tenían una historia juntos. Demasiado involucrados, no quería entrometerse en este asunto. El hijo de Tony y Kat, el hombre que le había robado la felicidad.

Sin embargo, no podía dejarla en este estado y, desde luego, no podía dar la espalda a un paciente, sin importar su identidad o el dolor que le hubiera causado.

—Tienes que relajarte, lo primero que tenemos que hacer es una ecografía para valorar la situación y ver cómo está el bebé.

Rezó interiormente para que hubiera latido, porque no quería que la mujer que amaba tuviera que pasar por algo tan terrible como perder a un hijo.

—Siento haberte hecho daño, Rod. Tienes que creerme. No sé qué me pasa, hay algo en mí que no está bien. No debería desearte...

—No te preocupes por eso ahora. Lo más importante es tu salud.

La enfermera entró en la consulta y siguió sus indicaciones mientras la exploraba, una vez que hizo el examen, revisando de forma minuciosa la situación del feto en el interior de su madre y comprobó que el latido era fuerte, se relajó un grado. Después observó la placenta y descubrió el problema. A Kat no iba a hacerle mucha gracia lo que estaba a punto de recomendarle su médico.

—¿Qué pasa, Rod?

—¿Tu médico no te advirtió que tomaras precauciones y tuvieras cuidados especiales durante

la gestación? Con tu edad y antecedentes, el embarazo se considera de riesgo. Deberías estar haciendo reposo y siguiendo una dieta muy específica.

—Sigo la dieta a rajatabla y no he vuelto a levantar pesas.

—Eso incluye nada de sexo, al menos hasta que veamos cómo progresa el embarazo.

Katharina lo miró con cansancio, como si se sintiera hastiada de la vida y de su posición. Como si estuviera harta de sí misma.

—Está bien. Puedo hacerlo.

—Deberías informar a Tony —se apartó y se quitó los guantes, que depositó en una papelera, mientras Honey se ocupaba de ayudarla a levantarse.

Rod abandonó la sala, para entrar en la consulta. Cerró, sabía que Kat se reuniría con él en apenas unos minutos, pero necesitaba lidiar con las emociones que estaba sintiendo.

Odio contra sí mismo, por no haberse percatado antes de la situación de Katharina, y resignación por no ser el hombre al que ella hubiera buscado para crear su familia.

Estaba harto de lamentarse, tenía que salir ahí fuera y buscar una nueva aspirante a mujer de su vida. No podía seguir así.

—¿Vas a regañarme? —preguntó Kat con tono infantil. Lloraba y parecía tan vulnerable allí, delante de él, esperando que se comportara como el tipo paternalista que había sido más de una vez en el pasado.

—No puedo juzgarte. ¿Quién soy yo para hacerlo? Lo único que voy a recomendarte es que te tomes en serio tu descanso, por el bien de tu hijo.

—Es otro niño, Tony quería una niña.

Quiso gritarle que lo que el tipo quisiera le importaba una mierda, pero era un hombre profesional y podía mantenerse educado.

—No creo que haya diferencia. Lo importante es que es vuestro y está sano, ahora debes cuidarte para que ese siga siendo el estado y en unos meses podamos tener un nuevo miembro en la familia.

—¿También tu familia?

—Te quiero, kat. Sinceramente. Eso no va a cambiar hagas lo que hagas, lo sabes.

—Te has alejado de mí... —reprochó.

—No, estoy intentado recomponer mi vida sin ti. No puedo depender de tu voluntad y la de tu marido para disfrutar de unas cuantas migajas de cariño. También tengo corazón.

—¿Destruí tus posibilidades con esa mujer, verdad?

Kat parecía tan arrepentida que se dijo que tenía que tranquilizarla. No había estropeado nada, porque entre Sam y él no había habido ni siquiera una amistad. Tan solo estaban empezando a conocerse y no había prosperado.

—No. No eres culpable, si hay alguno en esa historia, soy yo. No supe comportarme con Sam.

Fui ruin y despreciable y entiendo que no pueda perdonar lo que hice.

—¿Has hablado con ella?

—No.

Tampoco planeaba hacerlo. Sí, había sentido algo cuando habían estado juntos; pero no estaba enamorado. La miraba y veía mucho potencial, sabía que sería una buena mujer para el hombre apropiado, pero dudaba poder convertirse en lo que necesitaba. Estaba vapuleado, había sobrevivido a mucho y aunque empezaba a hacer las paces con su pasado y se estaba recuperando lentamente como un nuevo hombre renacido, todavía le quedaba un largo camino para ser considerado un buen partido otra vez.

—¿Estás loco? Podrías intentar seducirla. Si has sido capaz de dejarme de lado por ella, ¿no crees que quizá merecería la pena intentarlo?

—No me aleje de ti por ella, lo hice por mí. No podía soportar lo que me hacía amarte, sabiendo que nunca iba a ser correspondido.

No quería seguir con esta conversación. Kat necesitaba relajarse y descansar, no convertirse en objeto de golpes verbales que ya no tenían ningún sentido. No le serviría de nada herirla, no lo haría sentir mejor y no pretendía hacerlo.

Aunque hubiera sido un cabrón con Sam, ese no era el hombre que quería ser.

Se acercó a Kat y se saltó todos los protocolos entre médico y paciente. La besó en la frente y la miró a los ojos.

—Te quiero, Katharina, siempre lo haré y no voy a reprocharte jamás que hayas decidido seguir a tu corazón. Deseo que tu familia prospere y que Tony valore la gran mujer que tiene a su lado. Espero que obtengas lo que quieres y que encuentres el camino para ser feliz. Siempre voy a estar aquí para ayudarte cuando me necesites, como un amigo, no como nada más. No puedo ser tu amante, ya no, pero puedes contar conmigo cualquier día y a cualquier hora. Cuidaré de ti.

—¿Por qué siempre dices lo correcto? ¿Por qué eres tan bueno, cuando no me lo merezco?

—Porque soy un idiota que se deja llevar por la emoción en vez de por el cerebro. Ahora deja de llorar y alégrate, tu bebé va a estar bien. Llamaré a Gabe para que venga por ti...

—No es necesario. Stephen está fuera esperando.

—¿Stephen?

Kat lo miró con intensidad y asintió.

—No he sido todo lo buena persona que debería con él, pero me ha demostrado que es capaz de dejar el rencor a un lado para ayudar a cualquier persona, incluso a mí. Es un gran gato negro, ojalá me dejara jugar con él.

—¿Recuerdas la recomendación del médico?

—Una chica puede seguir soñando, ¿no? —sonrió y se limpió las lágrimas—. Es un buen tipo, va a hacer historia en el Pleasure's. Sabéis escoger muy bien a vuestros activos.

—La nueva generación —replicó Rod.

—Sí, supongo que ya es la hora —aceptó Kat—. Tengo un par de sugerencias para vosotros, cuando estéis listos para escucharlas.

—¿Por qué no esperas a que todo se calme, nazca el bebé y podamos organizar nuestras vidas?

—Supongo que puedo guardarme mi as en la manga un poco más... —lo besó en la mejilla y lo abrazó con firmeza, cuando se apartó, sintió que se llevaba con ella la calidez de su alma—. Gracias por haber estado en mi vida, Rod. Jamás lo olvidaré.

No iba a responder, porque podría llorar como si fuera un enclenque sentimental, así que se conformó con devolverle un casto beso y dar un paso atrás.

Katharina no necesitaba sus palabras, se bastaba sola para ocuparse de su propia autoestima. Era una mujer fuerte, decidida con las ideas muy claras.

Una parte de su ser siempre la amaría.

Otra había aceptado que nunca la había amado, no realmente. No como un hombre ama a la mujer con la que quiere pasar el resto de su vida.

Salió tras ella, la observó marchar y en cuanto abandonó la sala, sus ojos se quedaron engarzados en la figura de otra mujer que acompañaba a un niño pequeño lloroso con una escayola en el brazo. Percibió su ternura, el cariño y cuidado que tenía para con la criatura y también se fijó en el brillo de su pelo. Había cambiado su aspecto. Más brillante, quizá se había puesto mechas rubias. ¿Qué hacía? ¿Desde cuándo se fijaba en esas cosas?

Agitó la cabeza, culpando a su cansancio por sus extrañas ocurrencias y volvió a su lugar, tras su escritorio, para tratar de concentrarse en los asuntos que tenía entre manos.

Necesitaba poner en orden sus prioridades y olvidarse de las mujeres por un tiempo. Aunque en su línea de trabajo, no iba a ser nada fácil...

CAPÍTULO 21

Damien seguía de mal humor, después del tiempo que había pasado desde el asalto a Gwyneth. Sentía que no había hecho lo que debería haber hecho. No la había salvado. Una vez más, Cam había aparecido para llevarse el mérito.

Justamente, por supuesto, pero molesto al fin y al cabo. ¿Cómo había quedado frente a la mujer que se había convertido en una posible aspirante al puesto de compañera de vida? Como un pelele incapaz de cuidarla.

¿Cómo iba a convencerla de que apostara por él?

En cuanto todo estuvo bajo control, lo llevaron al hospital. No había recibido un disparo, tan solo una pequeña esquirla de cristal había rozado su costado. Ni siquiera era una herida profunda y había quedado como un tonto debilucho que había perdido el conocimiento. Gwyneth había estado a su lado cuando despertó y le indicó que tenía una conmoción. Cam lo miraba con cara de malas pulgas, del resto del equipo no había ni rastro.

Todavía le escocía ese momento y no quería pensar en él.

Tampoco quería pensar en la casa de alquiler que Cam había conseguido para Gwyneth y los niños o en la decisión que él mismo había tomado, instalándose en una habitación de hotel lo suficientemente cerca como para tenerlos a todos controlados.

Se estaba convirtiendo en un aspirante a acosador, estaba completamente seguro. No tenía el valor de exigirle a la mujer un puesto en su vida, pero tampoco era capaz de marcharse y poner distancia entre los dos.

La quería y maldito fuera por ello, porque no se la merecía.

Alguien llamó a la puerta y valoró la posibilidad de no responder. No le apetecía tener compañía esta noche. Finalmente, la voz de Gabe al otro lado le hizo abandonar su reticencia.

¿Qué hacía ese idiota aquí, de todos modos? Debería estar manteniendo a flote su club.

—¿Qué cojones crees que haces? —espetó nada más abrir. Nada de bienvenidas, no estaba de humor para hacer vida social.

—Yo también me alegro de verte —lo apartó para incursionar en su territorio privado y depositó lo que parecían ser bolsas de comida para llevar sobre la mesa que había junto a la ventana—. ¿De verdad te gusta vivir así? Vamos, hombre. Tienes un apartamento de lujo especialmente esperando por ti y te conformas con este cuchitril. Sin hablar de que Warren ha estado haciendo progresos en su educación sin ti. ¿Te parece eso bonito?

No le parecía nada. Estaba demasiado concentrado en su propia miseria para pensar en cualquier otra cosa. Ni siquiera en Warren. Estaba bien, se había encargado de ello. Hablaba con él a diario y sabía, por su propia boca, de sus progresos. Estaba descubriendo que tenía más de él

de lo que cualquiera de los dos hubiera imaginado. No era malo, pero tampoco bueno. No sabía cómo sentirse al respecto.

—Kat se marcha, necesito que vuelvas. No podemos dejar la mazmorra fuera del negocio. Si no la mantenemos operativa, quebraremos. No quieres que nos hundamos en un mar de deudas, ¿verdad?

—Warren puede sustituirme.

—No está preparado —advirtió Gabe—. Ambos lo sabemos.

—Tampoco lo estábamos cuando Strider nos lanzó de cabeza a ese mundo.

—No creo que quieras la misma iniciación para tu hijo —gruñó con malhumor.

Damien sabía que tenía razón, pero no sabía qué hacer. Ni siquiera había sacado valor para enfrentar a Gwyneth después de la manera en que había fracasado con la misión que él mismo se había asignado. Y tampoco había sido valiente para relacionarse con esos dos niños que eran, en parte, suyos.

No sabía de qué manera comportarse para ser un hombre normal otra vez. Solo un contable.

—Estás haciendo mal las cosas, Damien.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en recrearte en mi miseria.

—No se trata de eso. Joder, tú eras como un padre o algo así en otra vida. No quiero que te autodestruyas. No tienes que ser un tipo soso y aburrido para estar con esa mujer, tienes que ser tú mismo. Y no te veo por ninguna parte. Estás comportándote como un tonto sin carácter —lo acusó.

Tenía razón. La tenía y no podía quitársela, pero escuchárselo decir no facilitaba su situación. Si acaso, la empeoraba.

—Si has venido para dar el golpe de gracia, adelante. Termina conmigo y lárgate para que pueda regodearme en mi miseria.

—Le dije a Cam que debería ser él quién hablara contigo.

—Mi hermano siempre salvándome la vida —dijo con tono sarcástico.

—Los dos sufrimos el mismo mal. Te recuerdo que el mío también tiene complejo de héroe. Son de otra pasta y no está mal, somos afortunados. No tenías que salvar a Gwyneth, de ti solo necesitaba apoyo y quizá seducción. Ahora no estás dándole nada de nada, ¿por qué no te esmeras un poco en procurarle diversión? Puede que eso sea lo único que ambos necesitáis para salir del limbo.

—¿Quieres que base los cimientos de nuestra relación en el sexo? Como si funcionara. Lo hicimos una vez y mira dónde nos ha llevado.

—No te hagas el mártir, no va a funcionarte conmigo —le advirtió—. Date una ducha, vístete, come y haz algo antes de que cualquier tipo con dos dedos de frente te arrebate a tu chica. O coges el toro por los cuernos o vas a arrepentirte toda tu vida.

Sabía que el hombre más joven tenía razón, pero todavía no estaba preparado para luchar esa

batalla. Estaba avergonzado de sí mismo, si ni siquiera podía hablar con Gwyneth mirándola a la cara... ¿cómo diablos iba a ser capaz de convencerla de que era un buen partido?

—No sé cómo hacerlo —le confesó dejándose caer sobre el colchón y frotándose los ojos. Había bebido demasiado durante los últimos días, buscando un valor que ni siquiera estaba allí.

—¿Sabes? No tienes que tener todas las respuestas, a veces es bueno pedir ayuda. ¿Por qué no dejas que tu familia te apoye en esto?

Lo miró con intensidad, observó la mano de Gabriel extendida hacia él y se preguntó si estaría ofreciendo lo que imaginaba. Habían hecho las paces, pero no estaba seguro de que pudiera confiar en que el antiguo lazo seguía allí. No se había roto completamente, pero si había resultado muy dañado con las decisiones que había tomado en otro tiempo.

—Ni siquiera deberías estar aquí. Se supone que debías odiarme.

—Creo que gran parte de las gilipolleces que has cometido en los últimos años han tenido ese propósito. Buscar nuestro odio para sentirte bien. Crees que te mereces el castigo de la soledad y el desprecio, crees que mereces sexo vacío y sin emoción que te deja destrozado en cuanto abandonas las cuatro paredes que se erigen en mazmorra y no es así. Piper murió y fue una auténtica desgracia. Desafortunadamente, las tragedias ocurren. Mis padres murieron también, Brenda fue violada por una panda de delincuentes, mi hermano casi pierde a la mujer de su vida, Rod cree que ama a la persona incorrecta, lo que lo hace sentir miserable e incompleto, sin hablar de todas sus pérdidas, de cada vez que ha sentido su fracaso y yo... mírame, a veces la oscuridad me engulle tan profundo que soy incapaz de mirarme al espejo, pero en ese momento, mi mujer me demuestra que no estoy solo, que tengo personas que me aman y se preocupan por mí. Entonces la oscuridad retrocede, porque la verdad es que sin importar nuestro pasado y nuestras malas decisiones, merecemos ser felices. Todo el mundo merece una segunda oportunidad. No la desaproveches, Damien. Es ahora o nunca, Gwyneth no esperará para siempre y es una mujer de las que merecen la pena.

No respondió, se quedó completamente mudo, lo cierto es que no sabría qué decir ante semejante alegato. Era un tonto, al fin y al cabo, un tonto que deseaba volver a sentir esperanza y creer en sí mismo.

—No tomes una gran decisión ahora, Damien. Recupérate, vuelve al trabajo, a lo seguro y cuando estés listo, cuando todas esas dudas que ahora impregnan tu cerebro y tu corazón se disipen, ve por ella con la seguridad de que eres el único hombre en el mundo capaz de hacerla feliz y velar por la seguridad y felicidad de vuestros hijos.

Damien aferró su mano, se levantó y lo abrazó. Lo estrechó con tanta fuerza que pensó que podría estar haciéndole daño.

Lo había echado de menos durante años y tenerlo de vuelta era como un soplo de aire fresco en medio de su condena. Había recuperado la confianza de Warren, gracias al apoyo de Cam;

había hecho lo correcto con Amber, a pesar del limbo en el que habían vivido durante cuatro largos años y había recuperado a los dos mejores amigos que había tenido en la vida, quizá porque estuvo al borde de la muerte y las personas se daban cuenta en esas situaciones de que el rencor era un peso muerto que no llevaba a ninguna parte, tan solo te hundía en un montón de mierda.

—Volvamos a casa —dijo con seguridad. Si había un lugar en el que podía recomponerse era en el Pleasure's, además había llegado el momento de que hiciera el papel que mejor se le daba hacer: el de amo y señor de la mazmorra.

Y quizá más pronto que tarde sería capaz de entregar su legado a la nueva generación. Quizá en unos meses, Warren fuera capaz de sentarse en su sillón y ocupar un puesto que lo convertiría, finalmente, en un hombre.

Solo esperaba no necesitar demasiado tiempo para volver a emerger de toda su miseria, porque necesitaba estar con esa mujer. Llevaba años necesitándola, incluso si no se había permitido pensar en ello.

Y cuando el momento llegara, le debía una gran declaración y una oferta que no pudiera rechazar.

Iba a tener que pensar con mucha calma en todo eso, el fracaso no era una opción. En este asunto la única posibilidad era resultar vencedor.

CAPÍTULO 22

Sam se sentía estupendamente, a pesar del doble turno al que acababa de sobrevivir en el hospital. Cuando empezó a trabajar allí, tuvo algunas dudas, le costó adaptarse a los ritmos de este nuevo trabajo, pero los niños y la necesidad innata de proteger a los más débiles resolvieron el asunto.

Las dudas se desvanecieron y pronto se encontró bailando en su salsa. Por suerte, no había tenido que mirar demasiadas veces a Roderick, ni trabajar cerca de él. Coincidían de vez en cuando, pero apenas si habían intercambiado un par de saludos corteses llenos de distancia.

Una parte de su corazón estaba triste y decepcionada, había esperado que el hombre se convirtiera en alguien especial. No solo por la noche que habían pasado juntos, sino por los breves momentos en que había visto la bondad innata, la sinceridad genuina y el enorme corazón del médico. Había pensado que podrían haber llegado a ser algo juntos. Quizá no una pareja, pero sí amigos.

Añoraba esa posibilidad, le habría gustado explotar un poco más esa relación potencial, pero con su distancia y acciones le había dejado claro que no significaba nada para él y que prefería mantenerla lejos.

Ni una sola vez se había interesado por su salud o su situación actual. Suponía que todos en el Pleasure's sabían que estaba viviendo con Lou, pero además de Brenda y Mallory, el resto simplemente habían continuado con sus vidas.

Nunca había encajado allí y no había estado el tiempo suficiente como para iniciar relaciones con ellos. Además, se había mantenido al margen, temerosa de que le hicieran daño.

No iba a volver a sentir miedo, ya no.

Mandy la había ayudado con los movimientos básicos de defensa, Jill le había dado algún que otro sermón que soportó sin encogerse, Kit había peleado en broma con ella en el ring, pero Connor, él había sido quién más había hecho en su proceso de recuperación. La había ayudado a recuperar la confianza, no solo en su capacidad para defenderse y decir no, sino a creer algo tan simple como que era un ser humano que merecía respeto, cariño y esperanza.

Se había convertido en un buen amigo. No había una relación romántica entre ellos, ni posibilidad de ella, Connor era un buen hombre, un luchador con un futuro brillante que no quería distraerse con los sentimientos por el momento. Era un mujeriego incorregible. Estar con él era hablar de sexo y nada más, no estaba listo para un compromiso, pero como amigo... era el hombre más increíble, maravilloso y cariñoso que pudiera haber conocido.

Y se sentía dichosa por tenerlo.

Miró el reloj. Ya era hora del cambio de turno, las ocho de la mañana. Había avisado a

Connor para que no la recogiera, no suponía que pudiera haber peligro a esa hora. Un montón de gente entraba y salía del hospital, tanto trabajadores como pacientes, y tenía su coche nuevo aparcado a escasos metros de la entrada.

Además, tenía que ser valiente. Estaba recuperando su vida y no iba a permitir que nadie le arrebatara la posibilidad de ser libre. En su mente ya lo era y había llegado el momento de demostrárselo al mundo.

Corrió hacia el ascensor que estaba a punto de cerrarse y entró por los pelos. Dentro, Roderick con aspecto cansado le devolvió la mirada.

Sam se quedó helada, no había esperado verlo. Intentó darle los buenos días, pero no lo consiguió.

—Hola, Sam —dijo el hombre mirándola con resignación, lamentaba haberlo incomodado con su presencia. Ojalá hubiera esperado al siguiente ascensor.

Y ese no era un pensamiento que la mujer en la que quería convertirse debiera tener. Si no le apetecía verla, peor para él.

—Hola. ¿Qué tal estás?

No iba a preguntarle por Kat, porque no era asunto suyo. Los había visto juntos en un par de ocasiones por el hospital y no quería entrometerse en lo que no la concernía, ni recordar las punzadas de celos que había sentido en el corazón.

No tenía derechos sobre el doctor Hudson y cuanto antes lo entendiera mucho mejor.

—Cansado.

—¿Sobreviviendo a un turno doble?

Rod sonrió, esta vez pareció real y no simulado.

—Creo que llevo soportado más turnos dobles de los que debo desde hace tiempo —comentó—. ¿Estás contenta con el trabajo?

—Me encanta. Al principio me costó un poco adaptarme, pero ahora estoy muy contenta de haber conseguido el trabajo. En realidad, tú conseguiste que me contrataran, debería haberte llamado para darte las gracias.

—Siento mucho lo que pasó con Kat. No debería... —Tomó una bocanada profunda de aire y continuó—. Fui un cabrón sin escrúpulos y no es mi estilo. Me he sentido culpable desde el momento en que sucedió y sé que te debo una disculpa.

Sam tragó saliva con dificultad. No quería hablar de eso, era agua pasada y todavía le dolía.

—No me debes nada. Solo éramos... conocidos. Sí, no creo que pudiéramos etiquetarnos como amigos.

—Por mi propia estupidez —respondió Rod.

—Los dos estábamos pasando por un momento complicado, eso no significa que seamos dos estúpidos.

No quería que él se sintiera culpable, porque entonces le recordaría que ella también había cometido demasiados errores en esa historia. En primer lugar, aceptar sexo por compasión. Eso había estado mal, especialmente, porque sabía lo que el hombre estaba haciendo.

—Aún así, debería haberme comportado de otra manera. Ojalá pudiera volver atrás.

—No, gracias —respondió Sam. Había evolucionado mucho desde ese momento y jamás desearía perder la ventaja que había adquirido. Como Connor decía, ya no era una víctima porque iba a luchar y ganara o perdiera, a partir de ahora ya era una guerrera capaz de llegar hasta el final con la cabeza bien alta—. Mira, Roderick, seamos sinceros. Las cosas entre nosotros no habrían funcionado. Yo no estaba lista para una relación. Ni siquiera para una amistosa. Nos hemos sentido como antagonistas desde que nuestros caminos se cruzaron. No te gustaba y tú me dabas miedo. No es una buena mezcla.

—¿Y ahora? —inquirió el hombre con seriedad—. ¿Sigues teniéndome miedo?

Sam lo pensó durante un instante, porque no era una pregunta que se pudiera responder con sencillez. Tampoco bastaría con un no rotundo, porque en realidad, habría muchos matices encerrados en él, así que decidió ser sincera. Le estaba ayudando mucho en los últimos tiempos y planeaba continuar haciéndolo.

No iba a haber más sonrisas falsas ni más interpretación. Cuando algo no le gustara iba a decirlo y cuando no estuviera dispuesta a soportar determinadas actitudes también.

No iba a dejarse a avasallar por nadie nunca más.

—He cambiado. Estoy aprendiendo a confiar en mí misma y en mi capacidad para juzgar a la gente. Me hiciste daño, pero no fueron tus acciones o tu actitud, fue porque yo lo permití. Debería haber cortado desde el primer instante en el que no me trataste como merecía. No era Kat, pero era una persona. Soy una mujer que merezco respeto y cariño y si alguien no es capaz de verlo, él o ella se lo pierden.

Rod parecía dispuesto a decir algo, pero cerró la boca y guardó silencio. Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones e hizo sonar las llaves. ¿Quizá un signo de nerviosismo? Observaba el panel del ascensor con avidez, como si necesitara alejarse de ella lo más rápido posible.

No podía negar que era un palo para su recién descubierta autoestima y para sus ideas absurdas de una relación sana con él.

«No te olvides de Kat» recordó su mente.

No había posibilidad de nada entre los dos, no debía olvidarlo.

—¿Qué tal está Katharina?

—Ha vuelto a casa con su marido —respondió sin permitir que ninguna emoción se mostrara en su tono de voz.

—Lo siento.

No era asunto suyo y no debería entrometerse en asuntos ajenos, pero lamentaba que aquel

hombre no pudiera ser feliz. ¿Por qué? No tenía ni idea, pero era una pena que el amor se perdiera a causa de las circunstancias incontrolables que gobernaban la vida.

—No lo hagas. Iba a pasar tarde o temprano y ya lo he aceptado.

Las puertas se abrieron y Rod le indicó que saliera primero. Sam quería retrasarse, hablar con él un poco más, decirle que encontraría a alguien adecuado.

Pero habría sido un error, porque quería postularse para el puesto y él no estaba interesado.

—Espero que nos veamos pronto —le dijo con un absurdo tono esperanzado—. Quiero decir, en el trabajo. Que descanses —se apresuró a marcharse antes de que él pudiera responderle o decirle que a él no le apetecía nada estar con ella. No significaban nada el uno para el otro, así que lo mejor era cortar por lo sano.

—Sam, espera —la alcanzó con facilidad, sosteniéndola por el brazo y la miró con intensidad—. Sé que estás saliendo con alguien, pero quizá podríamos tomar café algún día durante nuestro descanso y hablar.

—No estoy saliendo con nadie —contradijo—. ¿Por qué piensas que...?

No entendía nada. Ni siquiera estaba segura de estar lista para una relación. Ni siquiera con Roderick Hudson.

Bueno, si era sincera, con él podría hacer una excepción.

—Te he visto con ese luchador que... en fin, pensaba que vosotros estabais juntos. Viene a recogerte muy a menudo y parecéis bastante íntimos.

—Connor solo es un amigo. Deberías revisar a tus clientes del Pleasure's más a menudo. Es uno de los habituales —sonrió. Le hacía gracia que Rod pudiera imaginarlos juntos. Eso era tan poco probable como que le tocara la lotería.

Nunca podrías decir jamás, pero era casi imposible que sucediera.

Roderick parecía un poco incómodo, se frotó el cuello como si tratara de aliviar el cansancio y la tensión acumulados o, quizá, tan solo organizar sus pensamientos para lograr una respuesta adecuada.

—Supongo que he dejado un poco abandonado el club últimamente... —miró hacia la puerta, por donde una maraña de gente no dejaba de entrar y salir, le hizo un gesto—. ¿Me permites acompañarte a tu coche? Así podré asegurarme de que llegas sana y salva y Lou no tratará de hacerme una cara nueva otra vez.

—Lo siento por eso, Rod. No debería haberlo hecho. Lou se preocupa mucho por las personas que cree que son más débiles y necesitan protección. Ya no voy a ser una víctima nunca más, así que puedes estar tranquilo, no volverá a suceder.

Se sentía un poco incómoda con la situación. Había algo entre ellos, no sabría ponerle nombre, dudaba que fuera una atracción salvaje. Puede que tan solo fuera la vergüenza por haber disfrutado de una noche de sexo sin ataduras y no haber vuelto a hablar ni una vez desde que pocas

horas después se había acostado con otra.

Había querido preguntarle sus motivos para hacer algo así desde el mismo instante en que sucedió, pero ahora ya no tenía importancia. Puede que ni siquiera hubiera pensado en ello. Deseaba a Katharina y la había tenido, después de todo no había ningún tipo de compromiso entre ellos.

Y nunca lo habría.

—Puedes venir si quieres. Hace al menos una semana que no tengo noticias de Carter. Ha desaparecido del mapa. La policía lo está buscando para detenerlo, al parecer ha estado haciendo tratos con la gente inapropiada y han decidido ir a por él —suspiró. Nunca habría sospechado que el hombre que amaba, el que había amado, mejor dicho, pues ya no le quedaba ningún sentimiento por él, ni siquiera odio, había sido capaz de cometer las atrocidades que pendían en ese momento sobre su cabeza—. Me alegro de que el *Pleasure's* haya dejado de ser un objetivo. Siento que tengo que disculparme por los problemas que os he ocasionado.

—No te preocupes por eso, no eres culpable de los actos ajenos.

Caminó a su lado mientras abandonaban el edificio. Estaba bastante silencioso, poseía un aire taciturno y parecía preocupado. Se mantuvo alerta todo el camino, como si esperara que alguien apareciera en cualquier momento para tratar de hacerles daño.

—Carter Vaughn es un completo idiota —dijo entonces rompiendo el silencio y sorprendiéndola.

—¿Por qué piensas eso, Rod?

—Cuando decidió hacerte daño de forma intencionada, cometió su primer error. La belleza hay que cuidarla, quedan pocas personas en el mundo tan hermosas como tú.

Samantha no pudo negar la obvia sorpresa que sentía, después de lo mal que la había hecho sentir con sus hechos pasados, con su indiferencia, ahora decía eso. No podía entenderlo.

—No te sorprendas tanto. Incluso yo he sido un gilipollas incapaz de ver lo que tenía delante de mis narices.

—Te agradezco lo que intentas hacer, Roderick, pero no es necesario. Conozco mis limitaciones, no soy ninguna belleza, tengo un espejo. Sin embargo, sé que tengo un valor incalculable como cualquier otro ser humano. Connor me ha ayudado a entenderlo. No todos podemos ser físicamente perfectos, lo que importa es vivir tu vida sin herir a los demás de forma intencionada y procurar ser feliz.

—Has cambiado desde la última vez que estuvimos juntos.

—En realidad, no lo he hecho —aseguró—. Esta siempre he sido yo, siempre. Desde mucho antes de cruzarme con Carter, lo que pasa es que durante un tiempo lo olvidé. Ansiaba tanto pertenecer a una familia, que estaba dispuesta a soportar cualquier cosa con el único objetivo de sentir que no estaba sola en el mundo y cometí un gran error.

—Te veo diferente —insistió él.

—Puede que el que haya cambiado seas tú —dijo con confianza.

Estaba más que segura de eso. Roderick parecía haber dejado atrás el peso que llevaba sobre los hombros. Parecía más centrado, con las ideas más claras, más responsable. Era un hombre diferente. La mitad de sus compañeras suspiraban por él, pero estaba segura de que prácticamente ninguna sabía a qué se dedicaba por las noches cuando iba al Pleasure's. De ser conscientes de ese hecho, habrían suplicado por una invitación para poder compartir su cama.

Jamás desvelaría su secreto, porque le había quedado claro que trataba de mantener su otra vida al margen. Todas pensaban que se había tomado unas largas vacaciones para formarse y liberarse del estrés con el que lidiaba a diario.

Todo el mundo cantaba alabanzas sobre él y con motivo. Era un gran médico que había salvado muchas vidas.

—No diría que no. Me siento diferente. Resignado, todo el castillo de naipes que se erigía orgulloso en mi mente, se ha desplomado de golpe y estoy tratando de reencontrarme. Ver si aún queda algo en pie.

—¿Roderick Hudson deprimido? No parece correcto. Brenda y Gabe me han hablado sobre ti, mucho, y por sus descripciones eres el alma de las fiestas.

Puede que no debiera haber reconocido que había hablado sobre él con sus amigos y a sus espaldas, pero no pudo contenerse. No quería ver tristeza, sino esperanza. No para sentirse mejor consigo misma, sino porque Roderick, sin importar lo que hubiera pasado entre ellos dos, merecía ser feliz.

Sabía que era una buena persona que había cometido errores, como todo el mundo. Al fin y al cabo solo era un ser humano, no un superhéroe o un dios.

—¿Este es tu coche? —preguntó cambiando de tema. Parecía completamente horrorizado, Samantha se rio abiertamente.

—¿No te gusta?

Podía reconocer que no estaba pasando su mejor momento, había sido un poco vapuleado y puede que no lo hubieran tratado con mucho cariño, pero a pesar de su feo aspecto, era una roca. Iba muy bien y por dentro estaba en forma. La llevaba y la traía con facilidad, consumía poco combustible y podía aparcarlo casi en cualquier espacio. No funcionaba muy bien el aire acondicionado, que escupía aire caliente, pero podía sobrevivir sin él.

—Parece en las últimas.

—Me gustó cuando lo vi y, lo mejor, podía permitírmelo. Necesito hacer las cosas por mí misma, así que en contra de la voluntad de Lou di el paso y lo compré. Connor me apoyó y así me siento un poco más segura, más independiente.

Roderick no hizo ningún comentario, aunque le quedó claro que se moría por hacerlo. Miró

alrededor, para asegurarse de que no había ningún tipo de amenaza y le devolvió su plena atención.

Debía admitir que esa intensidad la puso un poco nerviosa, quizá más que un poco y sintió un cosquilleo en el estómago y unas intensas ganas de besarlo que estaban completamente fuera de lugar.

No estaban hechos el uno para el otro y cuanto antes pusieran distancia entre ellos mucho mejor.

—No apartes la mirada, Sam.

—Yo no...

Volvió a concentrarse en él, porque lo cierto era que lo estaba esquivando. No le apetecía estar allí precisamente ahora, porque se temía que pudiera hacer algo incorrecto.

Probablemente, del tipo de lanzarse a sus brazos y besarlo hasta que no recordara ni su propio nombre. Roderick se largaría a toda prisa si hiciera eso, probablemente furioso con ella por semejante atrevimiento, así que se limitó a esperar allí tratando de hacerse la valiente, a que él tomara una decisión.

—No voy a besarte, Sam, no porque no me apetezca hacerlo, sino porque creo que no debemos ponernos en esa situación difícil otra vez.

¿Qué pasaba con ese hombre que le leía el pensamiento? Ojalá la tierra se abriera y se la tragara.

—Hay un montón de mujeres preciosas ahí dentro esperando una palabra tuya para arrojarse a tus pies, tengo claro que no voy a ser la elegida.

Desbloqueó las puertas del coche y abrió la puerta del conductor, Rod la acorraló contra el coche, mirándola con intensidad.

—Solo para que quede claro, no me interesa ninguna.

—Lo sé, ni siquiera yo.

—No he dicho eso.

—Has dicho que...

—No voy a besarte —repitió él—, todavía. Porque he sido un estúpido desde el minuto uno en que nuestros caminos se cruzaron. Lo que te prometo aquí y ahora, Samantha Jefferson, es que voy a cortejarte y voy a dejarme llevar, voy a seducirte y demostrarte a ti, a los dos, que podemos pasarlo bien juntos.

—Tu amas a Kat.

—Puede que haya llegado el momento de dejar el pasado atrás.

A Sam no le gustó cómo sonaba eso, era como convertirse en la segunda opción, el premio de consolación. No quería, ni siquiera con Rod. No importaba lo mucho que le gustara ese hombre, quería ser especial, única por una vez en su vida.

—No creo que esté interesada en ser el segundo plato de nadie —se escabulló hasta sentarse en el asiento del conductor y lo miró mientras se ponía el cinturón de seguridad—. No te apresures, Rod. Todo el mundo necesita un tiempo de duelo, Kat y tú habéis sentido mucho durante un montón de tiempo, no se va a desvanecer por el hecho de que lo fuerces. No quiero acabar magullada otra vez, no me lo merezco.

Cerró la puerta en cuanto Roderick se apartó y se despidió con una sonrisa triste.

Había dado la espalda al único hombre que conseguiría eliminar todo el dolor de su corazón y darle una nueva esperanza. Sin embargo, si era realista, a veces era mejor sufrir un pequeño desengaño antes de permitir que las cosas fueran demasiado lejos y terminaran por destruirla.

No se podía permitir una decepción tan profunda como la de Carter. Debía ser valiente y tratar de encontrar una relación sana que la ayudara a recuperar la fe en sí misma y en el ser humano. Alguien que la ayudara a creer de nuevo en el amor.

Rod observó el coche de Sam hasta que se desvaneció y después sonrió lentamente. Se sintió liviano y, a pesar del cansancio acumulado después de todo el estrés y el trabajo de la última semana, sentía la energía irradiar por su cuerpo.

Fue a su propio vehículo y montó, aún feliz por el intercambio. No se había decidido a hablar con ella, a pesar de que había pensado en ello mucho durante los últimos días. El destino había tomado la decisión por él y se alegraba de que así fuera.

Su teléfono sonó y pulsó el botón del manos libres. Por suerte, su coche era bastante mejor que el de Sam, por lo que podía hablar con seguridad y legalmente sin distraerse.

Dedicó apenas un pensamiento a la posibilidad de ofrecerle un vehículo en mejores condiciones, pero lo descartó casi inmediatamente. Puede que Sam lo viera como un intento de controlarla, algo que no quería ni imaginar. No esperaba que lo comparara con Carter Vaughn, no tenían nada en común.

—Aléjate de ella —dijo una voz desconocida en el interior del vehículo. Frunció el ceño, ¿cómo había podido conseguir su número? Pocas personas lo tenían.

—¿Quién habla? —Sospechaba quién era, pero quería escuchárselo decir.

—Soy Carter Vaughn —aclaró con voz pomposa, como si no quisiera que hubiera ningún tipo de duda sobre su identidad—. Samantha es mía y si la tocas, morirás.

—No sé de qué estás hablando —pensó en colgar, pero quería hablar con él. En realidad, le apetecía hacerlo—. Sam es demasiado mujer para ti, Carter. Si sabes lo que te conviene, la dejarás en paz.

—Nadie puede impedirme tenerla —aseguró él—, como sea.

Había locura en su voz y no pudo evitar el escalofrío que recorrió su espalda. No tenía miedo por su propia seguridad, pero se temía que podía intentar herirla otra vez. Por más que estuviera mejorando su autoestima, siempre iba a ser vulnerable. No poseía la fuerza física suficiente para hacerle frente a aquel tipo.

No estaba dispuesto a permitirlo. Si algo le sucedía a Sam, sería culpable de no haberla protegido como se merecía, culpable de no escuchar a su cerebro, en vez de coquetear con el estúpido de su corazón que no sabía distinguir el amor.

Estaba convenciéndose de que lo que sentía por Kat era muy especial, pero no lo que había deseado siempre que fuera. Lo cierto era que había creado la relación en su mente sin que la mujer hiciera mucho para sustentarla en el mundo real.

Sinceramente, entre ellos solo había habido sexo y una amistad muy especial, pero al final del día el que estaba en la mente y el corazón de Katharina había sido Tony. Siempre él y Roderick lo había sabido, por más que hubiera intentado hacerse el ignorante.

—Voy a denunciarte a la policía. Las amenazas son un delito.

—Si todavía no estoy en la cárcel después de las falsas acusaciones que tus amigos han hecho sobre mí, ¿qué te hace pensar que esta llamada va a cambiar las cosas? Tócala y morirás — advirtió una vez más.

—Entonces ya vas tarde, hombre. Ya la he tocado y es un bocado delicioso. Volveré a tenerla muy pronto y ni siquiera tú podrás evitarlo.

No supo que lo impulsó a irritarlo, pero se arrepintió casi en el momento en que las palabras abandonaban su boca. Ese tipo era un loco y podría cometer cualquier barbaridad, si lo impulsabas a ello.

Odiaba que hubiera estado con Sam durante aquel tiempo y que la hubiera herido tanto.

—Voy a matarla y, cuando ella esté muerta, iré a por ti.

Entonces cortó la comunicación bruscamente. Creía en sus palabras, así que pisó el acelerador y se dirigió a casa de Lou. Podría llamar, pero sería mejor advertirlos en persona. De paso, podría seguir a Sam, para asegurarse de que el idiota de su ex no trataba de hacer efectiva su amenaza a causa de su propia estupidez.

La falta de sueño estaba afectando a su intelecto.

—Llamar a Gabriel —dijo presionando un botón en el volante. No tardó mucho en escuchar los tonos de llamas y, poco después, la voz adormilada de su mejor amigo.

—¿Qué coño pasa, Rod?

—Solo tengo que advertirte de que Carter me ha llamado y ha amenazado con matarnos a Sam y a mí, ¿podrías hablar con Michael al respecto? He grabado la conversación, tal cual nos enseñó Miles a hacer, creo que podemos tener una prueba más para encerrar a ese cabrón.

—¿Te ha amenazado directamente? —inquirió, su tono mucho más serio y claro. Seguramente

habría salido de la cama para no molestar a Brenda.

—Lo ha hecho el muy gilipollas.

—¿Qué ha pasado?

¿De verdad Gabe era capaz de percibir que algo no iba bien en su mente solo escuchándolo por teléfono? Siempre habían tenido una conexión especial, pero nunca pensó que pudiera llegar tan lejos.

Mentía, sabía exactamente cuán lejos llegaba y por eso siempre que algo se le escapaba de las manos, acudía a él.

De la misma manera en que Gabriel había hecho hasta aceptar en su vida a Brenda. Ahora la mujer era su refugio y Rod había empezado a aceptar que era la manera correcta de hacer las cosas.

Además, no podía negar que él también la quería.

—No lo sé, me he portado como un idiota. Lo he presionado y ha soltado la amenaza. No sé por qué lo he hecho, salí con Sam del hospital cuando acabó nuestro turno y me puse a hacer el gilipollas. ¿Qué coño me está pasando, Gabe? No me entiendo a mí mismo, estoy distraído y confuso.

—Te ha afectado la marcha de Kat. Despedirte de ella por segunda vez tiene que haber sido difícil para ti.

En realidad, se equivocaba. Esta vez había quedado en paz con la decisión de dejarla libre. Katharina tenía que estar con su familia y, sin importar dónde viviera, siempre tendría una parte de su corazón, su apoyo y cariño sinceros. Duncan siempre tendría al tío Rod dispuesto para acudir en su auxilio cuando fuera necesario.

No, no se trataba de la que creía que había sido el amor imposible de su vida. Había algo más, algo a lo que no se atrevía a ponerle nombre. Sam y él no habían estado tanto tiempo juntos como para haber iniciado algún tipo de sentimiento romántico. El sexo solo había sido un intercambio adulto y saludable, nada más.

Aunque hubiera estado lleno de una ternura que nunca antes había disfrutado.

Sacudió la cabeza, tratando de borrar esa locura de su mente. ¿Ternura? ¿Desde cuándo era un tipo tierno? Puede que más que los otros miembros del club, pero también había disfrutado su dosis de mazmorra y sexo duro de vez en cuando. Rod era asiduo al sexo en grupo y al juego de roles eróticos de todo tipo.

—Kat está donde debe estar. Me alegra mucho que cuando llamó a Tony y le explicó la situación, fuera capaz de venir a buscarlos y llevarlos a casa.

—¿Hablas en serio?

Gabe parecía genuinamente sorprendido, lo que le provocó una sonrisa y liberó algún peso desagradable de su pecho.

—Sorprendentemente, lo hago. Me he aferrado mucho tiempo a Kat, la quiero y siempre la querré, pero no estamos hechos para crear una familia juntos. Tony le da lo que necesita, yo jamás podría hacer por ella lo que él hace.

—No voy a decirte que te lo dije, porque es de mal gusto —recordó Gabe haciéndole poner los ojos en blanco—. Entonces, ¿vas a dar un paso adelante con Sam?

—No lo sé. No estoy enamorado de esa mujer, Gabe. Sé que crees que es adecuada para mí y puede que tengas razón, me gusta hablar con ella, huele estupendamente y está preciosa, pero...

—Sí, lo sé. El amor lleva tiempo. Solo mira todo el tiempo que nos llevó a Bren y a mí dar el paso definitivo. No voy a presionarte en ningún sentido, pero quizá sea buena idea de que la ayudes mientras ese idiota de Carter anda suelto.

—Ahora mismo la estoy siguiendo para asegurarme de que no le hace nada.

—No te conviertas en un acosador, Rod. Joder, eso pone los pelos de punta. Avisaré a Lou para que esté atento, gira en la próxima calle y ven a casa, hablaremos aquí. Voy a preparar el desayuno, no tardes.

—No creo que...

—Tienes que hacer esto bien. Te juegas tu vida, la de Sam y vuestra posibilidad de futuro. No le dejes ver a Carter lo mucho que te importa.

—No me...

—Déjalo, tú y yo sabríamos que estás mintiendo.

Rod guardó silencio. Suspiró e hizo lo que su mejor amigo sugirió. Tampoco quería asustar a Samantha. No se merecía vivir con miedo y parecía que estaba superando esa fase.

Era una mujer increíble digna de ser admirada y, por extraño que pareciera, quería ser su mejor y mayor admirador.

CAPÍTULO 23

Damien se despertó en su propia cama completamente solo. Algo extraño cuando estaba cerca del club, aunque no tan raro últimamente.

No se trataba de ningún tipo de castigo, sino de lo contrario. Había perfeccionado la técnica de autoinfringirse dolor para así acallar la voz de su conciencia, pero ya estaba cansado de todo ello y, desde que estuviera en el hospital cuando le dispararon, había llegado a un acuerdo consigo mismo.

Tenía que seguir vivo para cuidar de su familia y sus amigos. En aquel momento Gwyneth no había formado parte de la imagen de su presente, pero ahora era la pieza más importante y no tenía ni idea de cómo ir por ella y decirle claramente lo que sentía y deseaba.

Se levantó de la cama, estaba completamente desnudo. El día anterior se había duchado, afeitado e incluso había dirigido una sesión bastante exitosa en la mazmorra, pero no había tenido sexo. No le parecía correcto hacerlo en este momento, no sin antes tener una conversación de verdad con la mujer que quería que formara parte de su vida.

La mujer que había vendido su casa tan rápido que no se lo podía explicar y que ahora estaba en el momento adecuado para iniciar una nueva vida.

Entró en el cuarto de baño para ocuparse de sus necesidades matutinas, se dio una ducha rápida, sobre todo para desentumecer sus músculos y se lavó los dientes. Cuando se miró al espejo reconoció al hombre cansado que ya era. Necesitaba una inyección de energía para poder volver al mundo con optimismo, pero uno real y no la locura fingida que llevaba esmerándose en mantener durante los últimos años.

Siempre había sido un hombre agradable, divertido, despreocupado y eminentemente sexual. Había dejado a un lado su parte más oscura durante su matrimonio con Piper, pero su muerte hizo que todo lo que había extinguido como si no importara, resurgiera con fuerza y reclamara el epicentro de su existencia.

Ahora que Gwyneth y él se habían reencontrado, tras el tiempo que se había obligado a borrarla de su mente, había vuelto a producirse un cambio, pero no para peor, sino que empezaba a encontrar el equilibrio entre dos hombres que no eran él.

Con Gwynie podía permitirse mostrarse al mundo con todos sus defectos, porque no los encontraba desagradables, sino divertidos e incluso excitantes. Necesitaba verla, decirle lo que sentía, hacerle la propuesta que quemaba en sus labios ansiosa por salir al mundo y dejar caer la máscara que había portado durante tanto tiempo.

Sin embargo, estaba avergonzado por no haber sido capaz de mantenerla a salvo, por haberse desmayado, por no haberse comportado como el hombre que debía ser desde el momento en que

todo terminó en Prometheus y se limitó a darle la espalda y borrarla de su mente como si no existiera y nunca hubiera significado nada para él.

Tenía que pedirle perdón por tantas cosas, pero sobre todo por haberla dejado sola en el peor momento posible.

Y no se trataba de hacía unas semanas, cuando había sido amenazada a causa de su trabajo, sino de hacía cinco años, en el instante en que la miró y después de permitir que la violaran, porque aquel acto sádico no podía denominarse de otra manera, consentido o no, le dio la espalda y no miró atrás. Se desvaneció de su vida como si no fuera otra cosa que una amante pasajera a la que olvidaría con facilidad.

Damien MacPherson el hombre de las respuestas, al que no se le resistía ninguna dama, estaba nadando en un mar de dudas, perdido y sin saber qué dirección tomar.

Se vistió y salió del dormitorio. Warren estaba tumbado en el sofá con el portátil sobre su pecho mientras pasaba imágenes en la pantalla. Se acercó para interesarse sobre su distracción y se sorprendió al ver las máscaras y el atrezzo adecuado para lo que parecía un baile veneciano propio de una mazmorra del Pleasure's o quizá de algún club un poco más macabro.

—¿Warren?

—¡Papá! —Se levantó de un salto, sobresaltado. Se apresuró a cerrar el ordenador y a mirarlo con aire culpable.

—¿Qué se supone que estabas haciendo?

—Nada importante, solo pasando el rato.

A Damien no le parecía que aquello fuera solo pasar el rato, parecía estar muy concentrado en aquel trabajo, después de todo.

—Gabe me ha contado que has progresado mucho en tu instrucción. Lamento habérmela perdido.

—No te ofendas, papá, pero me alegro de que no hayas estado. Gabriel es un profesor genial y no me siento tan violento con él. Puedo preguntar cualquier cosa... tú eres mi padre y es raro.

—¿Estabas haciendo la tarea? —inquirió sin modificar su gesto serio.

Gabriel no le había explicado el procedimiento que había seguido con su hijo o a quién más había acudido para ayudar a Warren a entender este mundo, pero tenía claro que lo estaba haciendo bien. Incluso la postura de su hijo había cambiado. Se movía de forma diferente, no como él, era imposible que pudiera ser igual a otro amo, pero estaba encontrando su propio camino.

Y ahora empezaba a ver en él, lo que había estado buscando durante un tiempo, desde que había cumplido la mayoría de edad.

—Es solo un proyecto. Si le gusta, me apoyará para que lo hagamos real y haga mi prueba final.

—¿Prueba final?

Warren parecía un poco nervioso, pero se sobrepuso fácilmente y lo miró a los ojos, con seguridad mientras decía claramente que estaba dispuesto a hacer lo que Gabriel le había exigido para graduarse con éxito de aquel cursillo improvisado.

—Si soy capaz de defender mi proyecto y considera que es adecuado y paso las pruebas que tiene para mí, permitirá que dirija una noche el show de los viernes. Una velada especial, Brenda y él me ayudarán, pero estaré al mando y tendré que demostrar que puedo ser un buen activo para el club.

—¿Y la universidad?

Warren se encogió de hombros, como si eso no fuera importante.

—Puedo compaginarlo sin problemas. No es tan duro como todo el mundo se empeña en decir.

Damien no estaba seguro de que este fuera el camino apropiado, pero decidió dejar el tema para cuando las pruebas concluyeran. Tendría que hablar seriamente con Gabe, antes de permitir que expusieran a Warren a la realidad del club, pero antes quería hablar de otro tema con él.

—Voy a hacer algo que no te va a gustar, hijo.

—No me asustes, papá.

—Voy a seguir con mi vida. No voy a olvidar a Piper, tu madre era todo para mí y no permitiré que se borre de mi memoria y mi corazón, pero Gwyneth está viva y tenemos dos hijos, tengo que intentar convencer a esa mujer cabezota de que puede estar mejor conmigo y que no tiene que hacerlo todo sola.

Esperaba una reacción negativa por parte de su hijo, pero solo obtuvo una sonrisa.

—Papá, en mi opinión deberías pedirle que se case contigo. Estás viejo y necesitas a alguien que te cuide. Esta vida de excesos va a acabar contigo y ¿cómo vas a ser capaz de cuidar de tus nietos?

—¿Nietos? —ahora llegó el momento de que él se atragantara con la palabra y se quedara pálido.

—No te preocupes, papá. No ha sucedido nada. Por ahora estás libre, además, Mallory ha hablado conmigo muy seriamente. Se asustó mucho cuando vino la mujer de asuntos sociales a valorar el entorno en el que está criando a Cole y me explicó que necesita establecerse de verdad. Me ofrecí para casarme con ella, pero me rechazó. No necesita a un hombre, necesita estabilidad y cree que lo va a hacer mejor fuera del club y con Stephen como apoyo. No sé si son amigos o algo más, pero no me quiere en el cuadro. Solo un querido amigo, eso me dijo, ¿qué te parece?

—¿Estás bien, Warren?

—Supongo que sí. Al principio me dolió, lo reconozco, pero la verdad es que he estado tan sumergido en todo este asunto con Gabe, que me he olvidado de ese dolor tan pronto que me he

dado cuenta de que ha sido algo como Julie. Bonito mientras duró pero no para siempre.

Damien respiró aliviado. No se trataba de que Mallory fuera una mala elección, porque no lo era, pero si conocía a Warren, y lo hacía a pesar de las circunstancias, el chico era demasiado joven para un compromiso tan profundo y a largo plazo como aquel.

Sin obviar que estaba descubriendo que la sugerencia de su padre que había descartado tan fácilmente cuando descubrió lo que hacía, se había convertido en una posibilidad muy real.

Damien estaba convencido de que su creatividad y su atractivo, así como el carácter que lentamente iba forjando, iban a ser unos activos muy valiosos para el club.

Era más que evidente que una nueva generación venía imponiendo su presencia, pisando con fuerza y ofreciendo una gran variedad de posibilidades. Si se retiraba, no se hundiría su mazmorra, Warren sería capaz de coger el testigo, quizá podrían contratar a alguien más y llevar adelante un show mucho mejor que el suyo. Más atractivo y más lucrativo de lo que jamás podrían haber imaginado.

El futuro estaba presente ante ellos y había llegado el momento de dejarlo brillar.

Otro peso se alivió en su corazón y sonrió mientras informaba a su hijo de su decisión. Era el momento correcto, lo sabía:

—Voy a pedirle a Gwyneth que se case conmigo, pero no puedo hacerlo de la manera tradicional. ¿Me ayudarías a conseguir que me acepte?

—¿De verdad quieres que me involucre en eso?

—No podría pedírselo a nadie más.

Y en cuanto las palabras abandonaron su boca supo que lo decía de verdad. No quería a otro hombre participando en lo que tenía en mente, su hijo era el adecuado, el único, el perfecto.

Tenían que hacerlo juntos o no hacerlo, y la segunda no era una opción que estuviera dispuesto a aceptar.

Gwyneth había sido suya desde la primera vez y ya no estaba dispuesto a permitirle escapar.

Había llegado el momento de jugar para ganar y alzarse con la más dulce de todas las victorias.

CAPÍTULO 24

Samantha se aventuró en solitario en una rápida excursión. Quería ver a Madame Gacela antes de que acabara su día libre. Había significado mucho para ella el apoyo que le había brindado en las últimas semanas, cuando había decidido participar de forma voluntaria en uno de sus últimos proyectos, formando a algunas chicas jóvenes en situaciones complicadas, para ocuparse de forma efectiva del cuidado de sus bebés.

A pesar de su edad o quizá gracias a ella, había sido capaz de ver más allá de las apariencias y descubrir que su situación personal también era complicada. No le agradaba Carter y había sido capaz de ver tras la máscara el hombre cruel que, en realidad, era.

Le había ofrecido una mano amiga y le había dejado claro que se sentiría decepcionada, si dudaba un solo instante en aceptarla. Tenía los medios para ofrecerla y era una de las misiones de su vida. Lo que la hacía seguir funcionando como una mujer joven a su avanzada edad.

Habían hablado también sobre Roderick. La anciana lo conocía bastante bien, por lo que la había ayudado a acercarse un poco más al hombre real y no al que sus recuerdos iban configurando en su mente. Volver a tocar el suelo le había demostrado que era un hombre de carne y hueso, esquivo porque había sufrido, pero por mucho que le gustara, dudaba que fuera capaz de conseguir que lo que fuera que había creído percibir entre ellos creciera para convertirse en cualquier tipo de relación a largo plazo.

Le gustaba, lo reconocía abiertamente, pero también estaba convencida de que estaba muy lejos de su alcance. No quería un hombre cuyo corazón estuviera comprometido con otra mujer.

Y eso la dejaba sola una vez más y puede que un poco triste.

Rod estaba ayudando a mejorar las instalaciones de la improvisada clínica que Madame Gacela estaba intentando poner en funcionamiento, además de trabajar sin sueldo para asistir a chicas sin hogar que necesitaban un médico con urgencia. No solo se limitaba a atender partos, sino todo tipo de dolencias.

Era un hombre para admirar y respetar, además de sexy, muy guapo y un as en la cama. Supuso que la experiencia era un grado y, a pesar de las canas que ya teñían sus sienes, seguía siendo un hombre atractivo y un muy buen partido para cualquier mujer soltera.

Como habían hablado esa misma mañana, muchas de las trabajadoras del hospital suspiraban por obtener un pedazo de él, a pesar de que nunca miraba en su dirección con algo más que profesionalidad.

¿Y por qué lo haría? Estaba bien servido con el Pleasure's.

Debía borrar todo eso de su mente, porque no estaba aquí para intentar de encauzar su vida

sentimental y Roderick solo era una distracción muy peligrosa que podría acabar de un solo golpe con su inestable autoestima recién descubierta.

—¡Hola, Samantha! —dijo una voz conocida a su espalda.

Cuando se giró, abrió los brazos para recibir a Mallory. Sus heridas ya habían desaparecido y la reticencia a entrar en contacto con los demás se iba difuminando lentamente. Esta chica, sin embargo, era un poco más especial que el resto del mundo. Le había tomado un sincero afecto, como esa hermana pequeña que nunca había tenido.

Buscó alrededor, esperando ver a Cole.

—¿Dónde has dejado al pequeño príncipe?

—En la guardería, estoy trabajando para Madame Gacela. Se ha tomado unos días libres para descansar y me pidió que me ocupara del negocio. ¿Increíble, verdad? Nadie me había confiado algo tan grande nunca.

—Me alegra mucho que hayas conseguido ese trabajo. Estás muy guapa.

—Gracias, estoy muy feliz. ¿Sabes que tengo mi propio apartamento? Un alquiler social, pero es perfecto para Cole y para mí. Stephen viene a dormir algunas noches con nosotros, hasta que me acostumbre a estar sola con mi hijo, pero el resto del tiempo se queda en el club. Sobre todo las noches que trabaja.

No había ningún tipo de remordimiento o queja en su voz, parecía conforme con el trabajo del chico. ¿Eran solo amigos? ¿Algo más? No era asunto suyo, así que no debía importarle.

—Me alegra mucho que estés consiguiendo establecerte. Te sienta muy bien.

—¿Y tú? ¿Cómo te va todo? —preguntó.

Se habían visto en algunas de las charlas que había dado, pero no habían tenido mucho tiempo para hablar. Al fin y al cabo, las dos habían estado muy ocupadas y Madame Gacela había actuado como una mamá gallina siempre que estaba cerca de ella, como si la anciana fuera un escudo en contra de Carter.

Se preguntaba cómo había permitido que se uniera a su proyecto sabiendo que era una bomba de relojería. Su enemigo podría llegar sin avisar y destruir todo lo que estaban levantando.

—Estoy entrenando y mi trabajo en el hospital es un sueño hecho realidad. He tenido suerte.

En realidad su suerte cambió el día que su camino se cruzó con el de Gabe y Brenda. La pareja había marcado la diferencia en su vida y cambiado su destino. Lou había sido otro de los ángeles protectores que alguien allá arriba había enviado especialmente para vigilarla y cuidarla, sin olvidar a Kit, Jill, Connor y Mandy. Todos se habían convertido en una pequeña familia. Los quería sinceramente y a menudo temía por su seguridad.

Todos luchaban, eran fuertes y capaces de cuidar sus espaldas, pero Carter era taimado y malvado, no hacía las cosas directamente, sino a traición. Tenía miedo de que sufrieran por su causa y era algo a lo que no iba a poderse sobreponer.

—Gabriel y Roderick son ángeles caídos del cielo, ¿verdad? —inquirió Mallory—. Tocan tu vida una vez y la cambian para siempre.

Un grupo de clientes entró y Mallory se despidió. Sam se quedó un momento en el lugar que estaba, pensando en qué dirección tomar, pero finalmente salió y levantó el rostro hacia el claro día. No había nubes y el cielo era muy azul, optimista, como si nada pudiera estropear el buen camino que todo parecía estar siguiendo.

Le habría gustado hablar con Madame Gacela sobre el asunto del alojamiento, porque le había ofrecido un apartamento para alquilar cerca del hospital, pero supuso que tendría que esperar a que la mujer regresara a casa.

No estaba mal con Kit y Lou, pero no podía seguir abusando de su hospitalidad, había llegado el momento de convertirse en una mujer autosuficiente.

—Sabía que más pronto que tarde, podría encontrarte sola. Dile hola a tu dueño, Samantha, ya va siendo hora de que vuelvas a casa.

La presión de lo que parecía ser el cañón de un arma contra su costado le sacó todo el aire de los pulmones. La voz de Carter le provocó escalofríos y la sensación de indefensión la hizo sentir asco de sí misma.

Si le permitía sacarla de este lugar público y llevarla a otro, podría morir en el proceso, no de un tiro, que sería algo rápido, sino de una paliza de muerte.

No estaba dispuesta a morir en el suelo y suplicando clemencia. Ya no.

Reunió todo el valor que sentía y lo miró por encima del hombro, directamente a los ojos, esperando que sin mostrar el miedo que sentía. No estaba lista para dejar el mundo, no ahora que había tantas promesas en el aire esperando para que tomara cada uno de esos caminos y lo siguiera hasta el final, hasta conseguir alcanzar el premio.

—Ya no tienes ese poder sobre mí. No decides dónde voy.

Carter presionó más el arma, haciéndole daño, pero no le permitió disfrutar del poder que había poseído antaño. No estaba dispuesta hacerlo. Si tenía que morir allí mismo, que así fuera. Estaba preparada.

—Muévete o te mato aquí.

—Adelante, Carter. Prefiero morir a ir contigo a cualquier sitio. Me das asco.

El hombre dejó ver su desconcierto durante un instante, después la aferró con más fuerza y la empujó, obligándola a avanzar.

Sam recordó una de las sesiones con Mandy. Una de las primeras cosas que le había enseñado era a convertirse en un peso muerto, en caso de que alguien tratara de llevársela a un lugar más apartado. No debía ponerle las cosas fáciles y así lo hizo.

Se dejó caer, todo su peso sobre él, y rezó para que no disparara el arma por accidente.

Su estrategia consiguió desestabilizarlo y rodó lejos de él. Gritó pidiendo ayuda. Mallory

estaba abriendo la puerta, pero le hizo un gesto para que entrara y cerrara por dentro. No podía alcanzar la puerta a tiempo, pero no iba a permitir que nadie más sufriera a causa de la locura de aquel idiota.

Corrió en dirección opuesta, rezando para poder llegar a su coche. Si conseguía entrar y arrancarlo, podría poner distancia entre los dos, antes de que él la alcanzara. Podría librarse, correr con Lou y llamar a la policía.

Un disparo rompió la luna trasera cuando estaba sacando las llaves para desbloquear la puerta.

—Si no puedo tenerte, no te tendrá nadie, Samantha. Te mataré, si me obligas.

—Irás a la cárcel, todos verán la persona que realmente eres. Nadie va a confiar en ti, si lo haces. Perderás tu posición social, te echarán del bufete y no podrás volver a trabajar como abogado nunca más.

Había recibido tanto maltrato psicológico por su parte durante el tiempo que estuvieron juntos, que decidió usarlo en su contra. Todas las veces que la había hecho dudar, no eran más que un reflejo de sus propias dudas.

—Ya no me importa. Mi vida está acabada y tú y tu amante sois los culpables. Os mataré a los dos y después me largaré lejos de aquí.

—No podrás huir lo suficiente lejos, te encontrarán y te encerrarán.

—¿Por qué has tenido que estropearlo todo? Tú eras mía y me traicionaste.

—Nunca he sido tuya. Te amé durante un tiempo y me escupiste mi amor a la cara, me heriste, me destruiste y cuando me habías aplastado del todo y no pude resistirlo más, mataste el amor que sentía por ti. Ya solo me das lástima, Carter. Y si muero, bueno, al menos seré libre al fin. Libre de ti. Te odio, nunca estaré contigo. No volveré a vivir así, prefiero dejar de existir a la miseria que tú me has obligado a soportar durante estos años.

Estaba tan asustada, pero no más. No podía seguir siendo una víctima.

Recordó las palabras de Connor, nadie podía arrebatarle su dignidad.

La mano de Carter tembló mientras la apuntaba con el arma.

—No me obligues, Samantha. Vuelve conmigo, puedo perdonarte por tu engaño y tu traición. Podemos arreglarlo, solo necesito que vuelvas a casa, al lugar al que perteneces.

—Dispara, Carter. Acaba con esto, no voy a volver contigo voluntariamente.

El corazón de Samantha latía tan rápido que se preguntó cómo era posible que no se saliera de su pecho, pero se forzó a mantenerle la mirada, a no retirarse. Si se sometía, fracasaría de nuevo y estaba cansada de ser la pobre y asustadiza mujer a quién todo el mundo compadecía.

Nunca más.

Era adulta y fuerte, capaz de enfrentar su destino y mirar cara a cara a la muerte. Estaba preparada, no tenía nada que temer.

—Déjala en paz —gritó una aterrada voz desde el otro lado de la calle.

Roderick corría en su dirección, convirtiéndose en blanco absoluto. El rostro de Carter se convirtió en una máscara de frialdad y odio, mientras otras manos tiraban de ella para alejarla de la trayectoria del arma.

Cuando miró a Gabe, negó. Intentó alejarse, pero el hombre no se lo permitió.

Escuchó un disparo, Samantha gritó sin poder evitarlo, tenía que ir con Roderick. No merecía morir por su culpa, no podía permitir que lo hirieran por salvarla.

—No te muevas, Sam —exigió Gabe—. Calla, Rod es listo.

La voz del hombre se escuchó por encima de los gritos y las sirenas que se acercaban por la calle.

—Tendrás que mejorar tu puntería, si pretendes acertar la próxima vez.

Se escuchó el sonido de un puño contactando con la carne humana y sonó de modo muy desagradable.

—Ni se te ocurra jugar solo a esto, jefe —Lou sonó como una apisonadora, el ruido de la pistola contra el suelo fue desagradable y salvaje, cuando se detonó una vez más.

Sam rezó para que no hubiera alcanzado a nadie.

—Vas a pagar con sangre lo que le has hecho a Sam —la voz de Kit también apareció en escena.

Samantha quería ver, Gabriel siguió sin permitirselo.

—Mi hermano viene de camino con refuerzos, dejemos que los tipos fuertes se ocupen del malo mientras tanto.

—Pero Roderick...

No dijo que podría estar herido.

—No lo insultes suponiendo que no es un tipo duro, herirás sus sentimientos y luego no habrá quién lo aguante.

—No tiene por qué salvarme, no es un luchador.

—Puede que no en el sentido en que Christian y Lou lo son, pero sin duda, puede defenderse de un sádico abogado chupasangres, confía en mí.

—No sé si puedo hacer eso.

Gabe sonrió.

—Me recuerdas tanto a Bren... Te irá bien, Sam.

—Estamos escondidos detrás de mi destartado coche, que por cierto ha perdido el cristal trasero y no puedo permitirme repararlo.

—¿Sabes que esta chatarra necesita una renovación completa, verdad?

—Igual que yo —respondió alzando la barbilla con orgullo.

—No he dicho que haya que jubilarla, sino que hay que trabajar en ella.

—¿Hablas de mi coche en femenino?

—Es una bonita chatarra, después de todo. ¿No te ha contado Connor a qué se dedicaba cuando lo descubrieron?

—Sí, lo sé, pero trabajaría gratis y no tengo manera de pagárselo —explicó—. Además, su sugerencia del pago en carnes fue solo una broma.

Aportó poniéndose tan roja como una vez fue la pintura nueva de su coche.

Gabriel se rio.

—Te ha hecho bien estar cerca de él.

—¿No crees que no es momento para este tipo de conversación? Hay un tiroteo al otro lado.

Gabriel se encogió de hombros.

—Con Lou en el cuadro, no habrá ni un tiro más. Lo he visto en acción, es como un fantasma salvaje y está capacitado para controlar situaciones mucho más complicadas que esta. Confía en mí, estamos todos a salvo. Podemos tener una conversación cordial mientras tanto.

Parecía que esperaba decirle algo, así que no respondió, le dio el tiempo necesario para terminar su intervención.

—Vas a tener que tener un poco de paciencia con Roderick. Va en la dirección correcta, pero le lleva un poco más de tiempo que al resto del mundo llegar al objetivo.

—¿Estás diciendo que es lento?

—No es que eso sea algo malo, pero tiende a dar el paso una vez que ha valorado todas las posibilidades...

Sam lo miró con inseguridad. No estaba segura de querer hablar de ese tema con este hombre y en este preciso momento.

—No estoy preparada para una relación, mi ex acaba de apuntarme con un arma.

La policía hizo acto de presencia y Daniel les pidió que salieran. El peligro había pasado, Carter estaba bajo arresto y el resto de participantes tendrían que explicar los hechos, incluida ella, por supuesto.

Su mirada contactó con el hombre que había significado tanto para ella durante demasiado tiempo y tan solo negó, sentía pena por él. Por lo que había perdido, por lo que no había sabido aprovechar. No importaba que no lo mereciera y todo el dolor que le había causado, lamentaba su destino. Ojalá las cosas hubieran salido bien.

Después, miró a Rod. Le alegró ver que no tenía ningún agujero de bala y que, aparentemente, estaba bien. El terror que vio en su cara durante un instante cuando apareció, estaba desterrado, no quedaba nada allí, a pesar de que la miraba con una intensidad extraña.

Kit y Lou estaban hablando con los agentes. La gente se había acercado para interesarse por la situación y Gabe estaba a su lado, a pesar de que no decía ni una sola palabra.

Rod avanzó en su dirección y miró a Gabe un instante.

—Creo que es correcto que tú seas testigo de esto —informó un instante antes de dirigir su atención en su dirección, mirarla con una intensidad que jamás había provocado en nadie y tomar su rostro con firmeza para acercarla a él. Sus bocas se fusionaron en un beso apasionado y desesperado, lleno de deseos y promesas, lleno de sueños por cumplir. Un beso que prometía posibilidades, atracción y quizá, en algún momento no muy lejano, amor. Un amor que podría ser tan duradero como el tiempo. Un amor eterno e inquebrantable, un amor sincero.

¿Podía permitirse anhelar aquello con Roderick? ¿Debería hacerlo?

—No sé qué va a pasar entre nosotros, Sam, pero quiero... —negó—. No, necesito saber que vas a concederme una oportunidad de demostrarte que ya no soy el gilipollas que conociste hace meses, que puedo ser un hombre decente, un candidato a ocupar el puesto vacante de compañero en tu vida, si me lo permites. Pregúntale a Gabe, soy un buen partido.

Miró a su mejor amigo, que parecía muy satisfecho presenciando el momento.

Sam se sintió abochornada, pero para Rod parecía importante su presencia y su opinión, así que esperó a ver qué pasaba.

—No pienso intervenir, esta es tu historia, Roderick Hudson y me proclamo mero espectador.

Le dio un golpe afectuoso en la espalda y a ella le guiñó un ojo, después se reunió con su hermano. Comentaron algo y miraron en su dirección, después sonrieron.

Sam quiso esconderse bajo una piedra y no salir hasta que todos hubieran desaparecido, incluido Rod.

—¿Carter te hizo daño? —preguntó él entonces, un poco incómodo. Como si no tuviera muy claro de qué manera seguir.

Entonces fue cuando su recién descubierta seguridad hizo acto de presencia y se arriesgó, porque la vida era eso, una apuesta y aunque no había seguridad de vencer, había que empezar por alguna parte.

—¿Sabes? Creo que, después de todo, Carter me hizo un regalo —rodeó su cuello con los brazos y lo miró con intensidad—. No soy perfecta, tengo mil un traumas, un montón de imperfecciones y defectos y, probablemente, hay un millón de mujeres mejores que yo ahí fuera dispuestas a lanzarse a tus pies, pero si tú quieres, me gustaría ser la candidata al puesto vacante de compañera, no para siempre, pero sí por ahora. Podría convencerte de hacerlo permanente y no estoy hablando solo de sexo, de eso estás más que sobrado.

—Ya no. El club no me llena como solía hacer antes. Estoy concentrado en mi carrera y en la posibilidad de una relación real con una buena mujer.

Sam sonrió un poco más, no le gustaría compartirlo.

—Podríamos empezar poco a poco —aportó ella.

—Solo si me permites hacer algo por ti antes —exigió él.

Lo miró con desconfianza, no estaba muy segura de qué iba a proponer.

—¿Y eso sería...?

—Cortejarte, mi bella dama, como un príncipe a su princesa o, mejor dicho, un rey a su reina.

—Me vale con un hombre bueno, sincero y fiel que se llame Roderick Hudson y que pone siempre el bienestar de todos aquellos que lo rodean por encima del suyo propio.

—Vas a hacer que me sonroje, Sam.

—Del mismo modo que siempre haces tú. Quién recibe un poco de su propia medicina...

La sonrisa iluminó el rostro de su único candidato, cosa que le alegró, porque últimamente lo había visto muy serio y taciturno. No estaba segura de que fuera una buena opción porque Kat, presente o no, siempre sería una constante en su vida, estaba convencida de ello y, en realidad, no podían hablar de amor. Todavía no.

Pero, ¿cómo rechazar la posibilidad de alcanzarlo? No podía hacerlo porque estaba viva y por primera vez en mucho tiempo quería seguir estándolo.

Observó a su alrededor. No solo el lugar, la gente, el día, sino que se imaginó a sí misma, allí parada rodeada por personas que habían arriesgado su seguridad por ella, para ayudarla y supo que finalmente, había encontrado su lugar en el mundo y que había creado su propia familia.

No iba a permitir que nadie volviera a arrebatársela jamás. Lo primero era ser libre, sentirse querido y, sobre todo, respetarse. Porque si tú no eras capaz de quererte a ti mismo, nadie iba a poder hacerlo por ti.

Connor le había ayudado a descubrir eso que parecía tan sencillo y era tan importante. Era un ser humano con valor y merecía el respeto de todos los demás.

Si alguien no era capaz de ofrecerlo, entonces le mostraría la puerta y lo expulsaría de su vida. Por suerte, Rod era una buena persona, alguien que podría ser importante y significarlo todo, pero jamás volvería a permitir que ningún hombre o mujer, volviera a hacerla sentir miserable.

La promesa de un presente y futuro llenos de luz, aliviaron el peso de su corazón y supo que estaba en el camino correcto para encontrar su final de cuento.

CAPÍTULO 25

Damien estaba nervioso. Hacía tiempo que no había hecho algo parecido y no tenía todas consigo de que aquello saliera bien. Había limpiado a conciencia sus dominios, se había puesto el uniforme propio de amo de la mazmorra y estaba esperando sentado en su trono, martilleando con sus dedos el brazo del asiento mostrando su impaciencia.

Había enviado a Warren con una invitación que esperaba no fuera rechazada y todo su cuerpo estaba hecho un nudo desde que había tomado la decisión de seguir por este camino.

No había nadie más presente, solo él, y empezaba a acusar el silencio que lo rodeaba y lo oprimía haciéndole sentir aterrado, apesado e incapaz de librarse de la oscuridad y dolor que preveía iba a provocarle el rechazo de la única mujer a la que se podía permitir amar.

La única a la que ya amaba. ¿Cómo iba a encontrar las palabras correctas para convencerla de que sus sentimientos eran reales y no una manera de atarla a él para siempre, con el único objetivo de cumplir una obligación que no sentía?

El hecho de que tuviera dos hijos a los que no conocía con ella, ni siquiera era un punto a favor, más bien le provocaba temor y angustia. Le preocupaba hacerlo todo mal con ellos, equivocarse tanto que fuera más un aspecto negativo que uno positivo en sus vidas. ¡Y Gwyneth tenía un perro! Nunca jamás había sido dueño de una mascota y con su tendencia a ser el alfa dominante, iba a tener que luchar con esa bestia para mantener su puesto.

¿Estaba seguro de dar este paso? Más que de ninguna otra cosa en su vida.

Escuchó pasos al otro lado de la puerta y sintió el impulso de levantarse para comprobar que eran ellos, pero no lo hizo. Se forzó a mantener un papel. Era importante que Gwyneth recordara exactamente quién era él para que lo aceptara teniendo presente en todo momento el pasado y las posibilidades que se abrían ante ellos a partir de ahora.

No iba a interpretar el papel de perfecto caballero, iba a enseñarle toda su esencia y a suplicarle que lo aceptara, porque ya no quería vivir sin ella. ¿Podría hacerlo? Sí. ¿Quería hacerlo? De ninguna manera.

Si no intentaba dar este paso, si no luchaba por conseguirlo, de nada le serviría todo lo que había logrado hasta ahora. Su existencia seguiría estando vacía y sin sentido; no encontraría la paz que tanto anhelaba.

Ser él mismo por primera vez en su vida y frente a las únicas personas que tenían la capacidad para comprenderlo y a quiénes quería impresionar con su esencia.

Warren abrió la puerta para Gwyneth y su mera visión le arrebató el aliento. Estaba hermosa con un traje que, estaba convencido, su hijo había elegido. Le había dado vía libre al respecto, pero jamás esperó algo parecido. Era una especie de traje de novia elegante, ligero, nada

pomposo y muy sexy. Llevaba en los pies unas sandalias de tacón blancas que aparecían sutilmente cada vez que daba un paso, llamando su atención sobre sus delicados pies. Todo su cuerpo estaba perfectamente abrazado por el vestido, no era cuestión de encajar en él, era como si hubiese sido creado sobre su cuerpo.

Como una virgen en sacrificio.

Tragó saliva, esto iba a ser mucho más difícil de lo que había previsto.

Miró a sus ojos y percibió los nervios, la inseguridad, pero también el cariño y el deseo, la promesa de que estaba allí esperando que todo fuera bien, que juntos fueran capaces de aceptar lo que el destino les estaba ofreciendo.

Se levantó en ese preciso instante y le tendió una mano. Llevaba sus pantalones de cuero atados con las gruesas cintas. Las manos libres y su pecho descubierto como en los viejos tiempos. Tan solo sus tatuajes decoraban la piel y el colgante que hacía años le había regalado y que siempre descansaba cerca de su corazón. Cálido y pesado, recordándole lo mucho que había significado para él. Durante un tiempo lo llevó sin prestarle atención, pero ahora era todo sobre los dos.

Se mostraba ante su mujer como el hombre que era y, en silencio, rogaba ser aceptado.

Gwyneth tomó su mano aceptando mucho más que ayuda para acudir a su lado.

—Aceptaste mi invitación.

—Es difícil rechazar al amo Damien, cuando este da una orden como esa y más con un ayudante tan fiel.

—Warren no es mi ayudante, sino mi heredero —le aseguró.

Algún día ocuparía su lugar. Un día no demasiado lejano.

—Digno hijo de su padre —aceptó dirigiendo una rápida mirada en dirección de su retoño, que sonrió con satisfacción. Dio un paso en hacia la puerta, pero Damien lo detuvo.

—No, hijo. No puedes marcharte todavía, esto tienes que presenciarlo.

—Papá, no estoy seguro de...

Gwyneth sonrió, Damien se rio abiertamente y puso los ojos en blanco.

—No te sofoques, no va sobre sexo. En serio, ¿qué tienen los jóvenes en la cabeza? —le preguntó en tono bromista a su chica.

—Ni idea —aseguró ella—. ¿Lo mismo que nosotros a su edad?

Los dos se miraron entendiéndose sin palabras. Siempre había sido así, desde el primer momento. Juntos hacían que las cosas difíciles se tornaran sencillas. Formaban un buen equipo, una pareja que se compenetraba profundamente.

—No voy a hacer esto de la manera difícil —pronunció—, pero voy a admitir que estoy ligeramente nervioso.

—¿Ligeramente? —preguntó Gwyneth con una sonrisa—. Yo estoy a punto de echar a volar, si

no te das prisa.

Warren los miraba sin decir nada, pero su postura y gesto parecían decir: «acabad de una vez».

Planeaba hacerle caso.

—No soy bueno para ti, Gwyneth, nunca lo he sido —informó tomándola de la mano y guiándola hasta su trono—. Este ha sido mi mundo durante los últimos años. No como entonces, en Prometheus, cuando fue más pose que realidad. Ahora las tornas se han cambiado y sí, soy ese tipo dominante, agresivo y oscuro que una vez te aterró. El que te hizo tanto daño y permitió que te hirieran sin hacer nada para evitarlo. El culpable de tus peores pesadillas —su voz se quebró y tuvo que guardar silencio para tratar de recobrar la compostura.

Gwyneth apretó su mano con fuerza y negó, pero no le permitió emitir sonido alguno.

—No soy bueno para ti, pero voy a hacer cualquier cosa para tenerte. Quiero ser una constante en tu vida, demostrarte que te amo y que lo he hecho desde hace tiempo. He sido un idiota demasiado concentrado en hacer lo incorrecto, cuando debí aceptar con los brazos abiertos tu presencia en mi vida. Si Piper estuviera aquí ahora, me habría empujado a tus brazos porque entendería algo importante: a ella la amé como un hombre joven que espera un amor eterno y está dispuesto a adaptarse a cualquier cosa para tener un ángel entre sus brazos; pero a ti te he amado como adulto, como hombre real que sabe qué quiere y que solo puede aceptar a su igual. Una mujer fuerte, preciosa y que es capaz de mirarme a la cara y, a pesar de todo lo que sabe sobre mí, aceptarme.

Quería decir más. Quería encontrar la manera de poner en palabras todo lo que sentía, lo que llevaba un tiempo quemándole dentro. No solo respecto a lo que había entre ellos, sino también hablar sobre quién era y qué esperaba de la vida. Necesitaba dejar claro que esto no era un juego y que el futuro, aunque inesperado, era algo a lo que quería aferrarse con ambas manos.

A ella. La quería y la necesitaba a ella.

—Cásate conmigo, Gwyneth. Permíteme compartir tu vida. Ayúdame a ser un hombre mejor y un padre decente.

Warren arqueó una ceja, pero no dijo nada. Su hijo parecía aburrido, pero lo cierto era que no estaba perdiéndose ni un solo detalle de esta escena.

Lo conocía tanto como se conocía, porque en contra de todo pronóstico, era una versión alternativa de sí mismo.

Mucho mejor de lo que él podría ser alguna vez, pero más parecido de lo que a cualquiera de los dos le agradaba.

—¿Ya es mi turno? —preguntó la mujer apartándose de él y dando un paso atrás.

Dio una vuelta alrededor, empapándose del escenario y poco después fijó la vista en su cuerpo. Nunca se había sentido tan nervioso y, si lo había estado alguna vez, era incapaz de

recordarlo.

—Warren y tú os parecéis mucho. No entiende un no por respuesta —comenzó—. Casi me ha arrastrado hasta aquí en contra de mi voluntad.

Su tono no guardaba reproche, pero sí un toque de atención que casi le hizo sonreír. Lo habría hecho en cualquier otra circunstancia, pero no hoy, en el que todo su futuro pendía de un fino hilo.

La balanza del destino estaba ahora mismo tratando de equilibrar lo que merecía, lo que deseaba y lo que necesitaba. Solo esperaba que se decantara en su favor, porque no estaba seguro de cómo podría seguir adelante sin estar completamente vivo.

No ahora que había aceptado que esa mujer era la última pieza para convertirlo en ese hombre cuerdo que hacía años ya no era.

—No voy a casarme contigo, Damien. No creo que estés preparado para dar ese paso. Sigues amando a Piper y no te pediría que dejaras de hacerlo, porque siempre va a estar a tu lado. Es la madre de tu hijo, no importa qué suceda ni qué personas compartan tu vida, siempre formará parte de ti. Sé que crees que tienes un compromiso conmigo, una obligación quizá, pero nada más lejos de la realidad. Soy feliz. No voy a negar que tu presencia ha mejorado mi humor y sí, también mi vida sexual, pero no quiero mirarte y sentir que has tomado la decisión correcta por motivos equivocados.

—Gwyneth, te amo —dijo con vehemencia. No había ni un atisbo de duda en su tono. La quería, lo había hecho desde la primera vez en que sus caminos se cruzaron, a pesar de que entonces no había sido capaz de notarlo. Ojalá no hubiera desperdiciado tanto tiempo—. Te cases conmigo o no. Me aceptes o me rechaces, mis sentimientos no cambiarán y no tiene nada que ver con los niños o con Piper. Solo nos incumbe a nosotros dos.

—No estoy segura de que sea el paso correcto. Las cosas están sucediendo muy deprisa. Hemos estado separados durante cinco años y tú mismo admitiste que ni siquiera me habías dedicado un pensamiento. No puedes hacer esto, no así —se quejó. De haber sido cualquier otra mujer, habría asegurado que había lágrimas en su voz, pero Gwyneth era dura y nunca lloraba—. No puedo apresurarme. No solo estoy jugándome mi felicidad apostando por ti...

La atrajo a su pecho y la besó de una forma en la que no podría pronunciar una negativa más, en la que tendría que someterse a su voluntad, pero sobre todo, tendría que rendirse a la sincera propuesta de su corazón.

La quería, la necesitaba en su vida y estaba dispuesto a aceptar los términos que quisiera imponer. Soportaría cualquier norma, si con eso podía tenerla a su lado.

—Creo que es mejor que me vaya... —interrumpió Warren, provocando que ambos se separaran.

Jadeaban. No solo era el deseo que había ardido intenso entre los dos desde el principio, sino algo más profundo e importante. Estaban unidos y nadie podría quebrar ese nexo, ni siquiera ellos.

—No te muevas de donde estás —espetó Gwyneth con autoridad—. No creo que mi pobre corazón sea capaz de soportar la intensidad que vosotros dos imponéis a mi alrededor. Necesito tomar el aire.

—Necesitas entender que soy sincero con mi propuesta.

—Y tú necesitas saber que no voy a someter a mis hijos a este estilo de vida. Sé quién eres, Damien, y lo respeto. Siempre lo he hecho, pero no es vida para un padre de familia.

—Por eso lo he dejado.

Warren y Gwyneth lo miraron con incredulidad.

—¿Qué has hecho? —inquirió Gwyneth.

—¿Estás seguro, papá? —preguntó de forma simultánea Warren.

—He hablado con Gabe y Rod. Ambos coinciden conmigo en que es lo mejor. Hemos encontrado un sustituto que no solo va a estar a la altura, sino que va a hacer que el Pleasure's se olvide tan pronto de mí que será como si nunca hubiera estado en primer lugar.

Miró a su hijo, no iba a tardar en explicarle qué se esperaba de él para el futuro, pero no era el momento.

—Hablares los tres contigo muy pronto, hijo.

—¿Te has vuelto loco? —interrumpió Gwyneth—. ¡Warren solo es un crío!

—No he dicho que Warren vaya a ser el nuevo amo, Gwynie.

—¿No? Pues a mí me parece que ha sido como si lo hubieras hecho.

—Algún día Warren se encargará de esto, pero por ahora va a seguir siendo un aprendiz —lo miró entonces con el semblante serio—. No estoy infravalorando tu capacidad, hijo, todavía no estás preparado, pero lo estarás y hasta que llegue ese momento, tendrás ayuda.

—¿De qué hablas, papá? —Warren parecía aturdido. Entre molesto y curioso. No sabía lo que le tenían preparado. Estaba bastante seguro de que iba a disfrutar bastante su instrucción.

—Cloto tiene muy mal genio, pero es una buena maestra. Gabe está de acuerdo conmigo en que un cambio del programa supondrá una buena publicidad y lleva una década en el negocio, vas a aprender mucho a su lado. Si es que quieres seguir este camino, eso tienes que decidirlo solo tú.

—Dios, te has vuelto loco —intervino Gwyneth mirándolo como si no lo conociera—. ¿De verdad vas a dejar el club? Tú eres esta mazmorra, dudo que puedas vivir sin ella.

—No he estado tanto tiempo aquí y la verdad es que empiezo a estar cansado de las intrigas, de las rutinas, quiero algo diferente.

—¿Y crees que no te cansarás de mí? —Había vulnerabilidad en su tono—. No podría aceptar que mis hijos... —miró a Warren un momento, pero apartó rápidamente la vista—. Damien, tú y yo vemos la educación de los hijos de forma diferente.

—No he sido jamás un buen padre para Warren, me gustaría tener la oportunidad de aprender a serlo contigo.

—Tampoco he salido tan mal —se quejó el joven—. ¿Sabéis qué? Me largo. Voy a hablar con Gabe para que me explique todo esto, porque es un galimatías de cuidado y papá, estás demasiado ñoño con toda esta mierda de la declaración. ¿Desde cuándo te andas por las ramas? ¡Al grano, amo y señor!

Se dio media vuelta e ignoró su llamada. Como si no tuviera ningún tipo de autoridad sobre él.

Y puede que así fuera, al fin y al cabo, tal y como había dejado claro, no había sido un padre modelo hasta el momento.

—No voy a disculparme por mis errores del pasado, porque no puedo hacer nada para cambiarlos —aclaró mirándola—. No puedo ofrecerte nada más que lo que ves y todas y cada una de mis imperfecciones. No hay garantías de felicidad o éxito, ni siquiera de seguir vivo para mantener la promesa de amor eterno, pero quiero estar a tu lado cada minuto, cada segundo de aliento que me quede hasta el último. Casado o sin casarme, te necesito, Gwyneth. Déjame intentar ser mejor por ti, por nosotros. Estoy cansado de vivir entre lamentos, quiero ser feliz.

—Ojalá pudiera... —las lágrimas aparecieron como un salvaje torrente dejándolo completamente inmovilizado. No sabía cómo actuar con esta Gwyneth, no sabía cómo gestionar los sentimientos. No era su ámbito de experiencia y estaba convencido de que el sexo no sería la respuesta en este momento—. Ojalá pudiera resistirme a ti, pero no puedo —terminó confesando—. Que Dios nos proteja, porque voy directa al abismo y sin frenos, pero te amo. Lo he hecho durante todo este tiempo y si estás dispuesto a intentarlo, lo aceptaré.

—¿Te casarás conmigo?

—No. Todavía no.

—¿Vivirás conmigo?

—Me lo pensaré —respondió—. Tendrás que aceptar a dos niños hiperactivos, un perro muy protector y una mujer salvaje.

—Me gusta mi mujer salvaje.

—¿Solo eso?

—Me estoy adaptando, ¿vale? No soy un buen padre, pero estoy dispuesto a aprender y seguir cualquier manual que tú quieras.

—Nada de clubs para mis hijos.

—No hasta los dieciocho años.

—¡Damien!

—¿Qué? El Pleasure's es un buen lugar.

—No pensarás lo mismo cuando nuestra hija empiece a venir con sus novios a casa.

Damien frunció el ceño. Nunca había pensado en que ahora tenía una hija. Había tenido a Amber, pero no se había sentido como un padre. Todavía no podía esgrimir el afán protector y

paternalista, porque no era natural en él y a pesar de que llevaran su sangre, ni siquiera los conocía.

No los quería y ambos eran conscientes de ese hecho, pero aprendería a hacerlo.

Quería hacerlo. Eran carne y sangre propias, como Warren y su hijo mayor ya los quería.

Era mucho más blando que él.

—Creo que todavía queda mucho tiempo hasta que llegue el momento de tener esta conversación.

—No quiero que te acuestes con otras personas, Damien —exigió muy seria, mirándolo a los ojos—. Sé que es algo normal para ti, pero...

—No quiero que te miren otros hombres, Gwyneth.

—Eso será difícil de controlar —dijo tratando de hacerlo entrar en razón.

—Si te miran, los cegaré.

—No serás capaz...

—No me tientes. Nadie debe mirar a mujer ajena.

Su mujer, porque ya era suya, sonrió.

—Me gusta cuando te pones en plan amo y señor.

—Lo mío es mío y no comparto.

—¿Desde cuándo? —preguntó Gwyneth.

—Nunca podré borrar lo que hice en el pasado —respondió sintiendo todo el peso de sus malas decisiones pasadas—, pero haré cualquier cosa que esté en mi mano para darte el futuro que te mereces, siempre que me permitas estar a tu lado. Sin terceros entre nosotros dos, solos tú y yo, sin límites o prohibiciones.

—Mi campo privado de juegos, ¿no?

—Para lo que tú quieras —dijo, atrayéndola más cerca, quería sentir el liviano peso contra su cuerpo, lo hacía sentir vivo.

—¿Y qué pasa con Piper? —preguntó con obvia preocupación.

Damien pensó que la forma más sencilla de responder a su pregunta era solo con la verdad.

—La he dejado marchar.

Un pesado silencio se extendió entre los dos. Tan cerca, tan real, tan sinceros. Ambos supieron que este corto instante estaba a punto de cambiar sus vidas para siempre.

—Aún así no estoy lista para casarme contigo, Damien.

—Supongo que tendré que ganármelo —concluyó y la besó como quería hacerlo, al fin y al cabo había aceptado que era suya y todo su cuerpo demostró que lo había dicho completamente en serio.

Y, sin más dilación, procedió a despedirse de su preciada mazmorra dándole la bienvenida a la nueva dueña de su mente, su cuerpo y su corazón.

CAPÍTULO 26

Roderick sentía el cansancio en cada músculo del cuerpo. Una vez que la adrenalina había pasado, la tensión le pasó factura. No podía dar ni un solo paso más.

Había hecho un reclamo sobre Samantha. Podría haber pensado que fue el calor del momento, el miedo por haber estado a punto de perderla o la presión que las expectativas de todos los que los rodeaban habían creado, pero si era completamente sincero, había empezado a sentir que esa mujer tenía que estar en su vida.

No iba a ser un camino sencillo. No importaba que Carter hubiera sido detenido o que Kat hubiera salido definitivamente de escena, había muchas cosas que todavía podían ir mal.

Había dejado a Sam con Lou y Kit y, antes de que Gabe pudiera decir algo más, se había desvanecido. Había querido volver a casa a solas para poder meditar cuál iba a ser su mejor plan de acción.

Llevaba una semana encerrado entre estas cuatro paredes y empezaba a sentir que se le caía el techo encima. Su tiempo en el hospital había concluido, al menos de forma temporal, Susan había vuelto y había retomado su trabajo donde lo había dejado, con lo que él ya no era necesario.

El timbre de la puerta lo distrajo y se miró al espejo lamentando su mal aspecto. Tenía barba de tres días, llevaba un pantalón de pijama y una camiseta de manga corta que habían visto mejores días, sin hablar de que sus ojos parecían estar inyectados en sangre. No se trataba de que se hubiera pasado con la bebida, sino de la falta de sueño.

No lograba relajarse lo suficiente como para descansar.

—Ya va —dijo en voz alta mientras tecleaba el código de la alarma que había activado la noche anterior.

No se molestó en mirar por la mirilla para comprobar quién lo estaba visitando a esas horas, porque lo más probable era que Gabriel estuviera allí para echarle un buen rapapolvo.

O quizá su hermana había decidido dejarse caer para comprobar que estaba vivo, después de las últimas ocho llamadas sin respuesta.

Desde luego no se esperaba a la anciana que lo miraba con desaprobación desde el otro lado.

—No esperaba que faltara a su palabra, doctor Hudson —lo regañó. Su tono no admitía ningún tipo de réplica, había ido hasta allí para sermonearlo.

Podría haberla cortado inmediatamente, pero lo cierto era que estaba convencido de que se lo merecía.

—¿De qué habla, Madame Gacela?

—De esa pobre chica a la que has abandonado a su suerte, ¿de qué si no?

—¿Samantha? —preguntó con voz ronca.

La mujer puso los ojos en blanco y entró sin pedir permiso. Observó todo a su alrededor con ojo clínico y se giró muy lentamente para mirarlo.

—Cierra la puerta y no te quedes ahí como un pasmarote, chico.

Era una de las pocas personas que podía hablarle así sin consecuencias.

—¿Ha pasado algo?

—¿De verdad te interesa saberlo?

No estaba muy seguro de querer conocer la respuesta a esa pregunta, por más que hubiera salido de sus labios.

—No tienes remedio —aseguró la mujer con exasperación—. ¿Cuándo vas a empezar con tu plan de seducción? Personalmente, le pondría un anillo en el dedo antes de que Connor se adelante. Ese chico sí que entiende de mujeres...

El luchador joven no iba a interponerse entre ellos. Era imposible. Desde que hablara con Sam lo había investigado, no por considerarlo un rival en su intención de tener una relación con la enfermera, sino por mera curiosidad.

Los resultados habían dejado claro que no era un chaval con posibilidad de comprometerse a corto plazo. No solo tenía una brillante carrera en perspectiva, para la cual una relación significaría un yugo inquebrantable que lo retendría y le impediría avanzar, sino que llevaba dos años en el *Pleasure's*, disfrutando de ciertas prácticas que jamás encajarían con Sam. Estaba más que seguro de eso.

—No creo que sea un rival.

—Si no es Connor, será otro. Estás perdiendo el tiempo —aseguró como si estuviera hablando con la verdad más absoluta.

—Estoy de acuerdo —aceptó—. Estoy planeando la mejor manera de acercarme a ella. No me gustaría fracasar por apresurarme.

—Prefieres fracasar por dormirte en los laureles, ¿verdad? ¡Jóvenes!

No podía considerarse joven. Había sobrepasado la barrera de los cuarenta y se sentía muy viejo. Llevaba unos cuantos golpes a sus espaldas y lo peor de todo era que cada vez veía más lejos sus viejos sueños. Una familia, un perro, rutina... Alejó la imagen, no le apetecía recrearse en lo que de momento no tenía y en lo que quizá jamás conseguiría.

Sam y él tenían una posibilidad de hacerlo bien, pero podía cagarla fácilmente. Tal y como había quedado demostrado.

Ella acababa de salir de una relación muy complicada. Había quedado traumatizada y a pesar de que había evolucionado mucho en muy poco tiempo, dudaba que le resultara fácil confiar en él. A pesar de que había entre los dos cierta química que podría facilitar las cosas.

Por su parte, Kat había sido como un huracán que lo había dejado todo patas arriba y no iba a desaparecer tan solo por un corte de pelo nuevo y una actitud más atractiva y optimista.

Tenían que ir paso a paso.

—Eres idiota, Roderick —declaró con contundencia Madame Gacela—. Los hombres sois lentos, demasiado lentos, por eso he tenido cuatro maridos y al final decidí quedarme sola. Siempre encontráis la mejor manera de estropearlo todo.

—¿Cuatro maridos? —Desconocía ese dato sobre la mujer, aunque no podía negar que no había logrado sorprenderlo.

Siempre la había visto como un alma libre, aunque eso no le daba derecho a entrometerse en su vida.

—No llegamos a firmar los papeles o ir frente a un cura, pero cumplieron con esa función — hizo un gesto de negación con la cabeza, desestimando su historia—. Soy vieja y tengo mis batallitas, pero no importan. Lo que quiero saber es cuándo vas a ir a buscarla de una vez y traerla al lugar al que pertenece.

—Creo que eso es apresurar las cosas.

—Veamos. Le has mandado un ramo de margaritas, una cesta de fruta, una pizza, ¡hasta un cachorrillo descartado! Pero en todos estos días, no has sido capaz de presentarte tú mismo.

No tenía por qué darle explicaciones, pero iba a hacerlo.

—La estoy cortejando, eso es todo.

—Eso es una idiotez. Samantha no necesita regalos, necesita compañía. Un hombre en el que llorar, unos brazos que la reconforten y un hombre que la haga gritar de placer. Eso es lo que necesita esa chica. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto, Roderick?

«Cuando encuentre la fuerza y la convicción que he perdido», dijo solo para sí.

—Tengo que encontrar la mejor manera de hacer las cosas, eso es todo.

—Ya lo he hecho yo por ti —espetó la mujer y le entregó una tarjeta—. Más te vale que no faltes, porque de lo contrario te retiraré mi palabra para toda la eternidad.

—¿Qué es esto?

—Una auténtica cita, apuesto a que no habéis tenido ninguna. Y si me haces caso, no se quedará en charla amistosa, acabará en esta casa y en esa cama que no has utilizado en toda la semana.

Esa mujer era bruja, ¿verdad? ¿Cómo podía saber lo que no había hecho?

—Tengo muchos años —respondió ante su estupefacción.

Lo dicho, leía la mente.

—No creo que sea muy buena idea que Sam venga aquí.

—No es aquí, es en la tercera casa de la izquierda, al final de la calle. Por cierto, la he comprado. Podrás verla desde la mayor parte de ventanas de tu hogar y, a partir de hoy, Samantha va a vivir allí, aunque todavía no es consciente de eso.

—¿De qué está hablando?

—Estaba esperando poder alquilar uno de mis apartamentos, pero ahora que trabaja para mí como voluntaria, no podría aprovecharme así de ella. ¿No crees? Le cobraré un alquiler simbólico y mataré tres pájaros de un tiro.

—¿Tres?

—Le ofrezco seguridad, pájaro número uno. La pongo a tu alcance, para que hagas lo que tienes que hacer y dejes de tener esa cara de amargado que parece afín a ti en los últimos meses, pájaro número dos. Agradezco la ayuda que me está prestando y con la excusa de celebrar algunas de las reuniones con las chicas en su salón y patio, la dejo bien instalada, en el lugar más perfecto para que pueda estar cerca del único hombre que le interesa, pájaro número tres.

—No va a salir bien —aseguró Rod.

—También he hablado con Susan, tiene un candidato alternativo para cubrir su puesto. Mi propuesta sigue sobre la mesa. Serás tu propio jefe y podrás contratar al personal que desees. Estarás en tu salsa, con los medios más modernos a tu alcance y la sabiduría de nuestros antepasados trabajando en común. Tendrás tiempo libre para hacer lo que quieres hacer; es decir, formar una familia. Tienes que ponerte a ello si no quieres ser abuelo antes que padre —recitó como si lo hubiera estado ensayando en el espejo durante un tiempo.

A Rod le molestó que hubiera hablado con la doctora Montgomery a sus espaldas, pero no podía hacer nada para controlar a Madame Gacela. No solo era un alma libre, sino que era una anciana y respetaba su edad y experiencia.

Puede que este nuevo camino en el que nunca había pensado, esta opción inesperada, fuera la correcta para poner finalmente en orden su vida.

Tenía que hablar con Gabriel al respecto o quizá por una vez debería ser capaz de decidir por sí mismo, sin involucrar a nadie más. ¿Qué deseaba de verdad? ¿Cómo podría superar el dolor por haber perdido vidas en el pasado? ¿Cómo afrontaría las nuevas pérdidas en el futuro?

—Cada segundo perdido es un desperdicio, Roderick —le recordó la anciana—. Recuerda eso. El tiempo vuela y al final no sabes dónde volaron los años que se fueron.

—Lo sé —aceptó. Había tenido mucho esa sensación últimamente.

—Reúnete con Sam y trata de cortejarla, pero de verdad. Dúchate, duerme un par de horas, ponte un traje y cómprale una docena de rosas, pero dáselas tú. Si no te mueves ahora, si sigues desperdiciando oportunidades, terminarás arrepintiéndote. Sería una pena que llegaras demasiado tarde.

La mujer se colocó el bolso en el brazo y sonrió. Un aroma a rosas llenó sus fosas nasales y le recordó a su propia abuela.

—Supongo que podría seguir el consejo.

—No lo supongas, hazlo de una vez. Eres un buen chico, mereces ser feliz.

Suspiró y se dirigió a la puerta como si no hubiera sucedido nada, como si no le hubiera leído

la cartilla y lo hubiera vapuleado sin compasión.

Quería ser un hombre mejor, pero sobre todo quería ser más feliz. Encontrar lo que Gabe ya tenía. Quería a su Brenda, una mujer que estuviera deseando verlo y a la que él estuviera anhelando tener.

Podía imaginarla en casa, esperándolo con un bebé, quizá dos. También podía imaginarse trabajando a su lado, codo con codo, trayendo nuevas vidas al mundo.

—Madame Gacela —llamó.

La anciana solo se giró a medias para mirarlo, esperando a que hablara.

—Voy a aceptar su propuesta. ¿Cuándo quiere que firme el contrato?

Una lenta sonrisa apareció en el ajado rostro.

—Mi abogado se pondrá en contacto contigo mañana a las cinco de la tarde.

—¿Y por qué no a primera hora de la mañana?

La anciana sonrió.

—Porque si eres el hombre que creo que eres, a esa hora vas a estar muy ocupado —le guiñó un ojo con picardía y caminó con cuidado hasta su coche clásico.

No se despidió ni siquiera cuando arrancó y avanzó a un ritmo tranquilo a lo largo de la calle.

Rod observó su estela, hasta que desapareció en el horizonte y se rio a carcajadas. Una señora mayor acababa de ponerlo de vuelta y media y no solo se lo había permitido, sino que iba a dejarla salirse con la suya.

Entró en casa y cogió su móvil, que descansaba sobre el asiento del sofá en el que había dado vueltas sin dormir durante toda la noche, pulsó la marcación rápida y en cuanto respondieron, atajó:

—No sabes lo que acaba de pasarme, Gabe. Deberías sentarte...

Sam entró en la casa con la llave que Madame Gacela le había dado. No estaba muy segura de ser capaz de entender los motivos que la mujer le había dado para alquilar este enorme lugar para ella sola. Bueno, sola no, Limbo, un entrañable perro sin raza o con más razas de las que podía detectar, la miraba con confianza desde el suelo. Era poco más que un cachorro, pero por suerte alguien lo había adiestrado y se comportaba muy bien.

Limbo iba a ser su única compañía durante un tiempo, aunque cada vez que lo miraba recordaba al hombre que aunque desaparecido en combate, no cesaba de obsequiarla con cosas que deseaba, soñaba o había decidido que alguna vez tendría.

No podía comprender cómo había podido deducir quién era y qué cosas le gustaban, con las escuetas conversaciones que habían tenido.

Sobre todo, teniendo en cuenta que había estado pensando en otra mujer la mayor parte del tiempo que habían compartido. O que había sido una imposición. O tantas opciones y ninguna buena que se deprimía solo de pensarlo.

Llevaba noches soñando con el momento en que volviera a verlo y las cosas que le diría o lo que haría.

No había sucedido. Todavía no y se temía que la cosa no iba a avanzar en una buena dirección. Cuanto más tiempo se mantuvieran alejados, más posibilidades de que el hombre entrara en razón y la dejara en la estacada.

—Limbo, vamos a estar solos tú y yo durante un tiempo en esta enorme casa.

Encendió la luz y tuvo que ahogar un gemido de puro placer. Era como un sueño, solo faltaban risas infantiles y adultas, persecuciones placenteras, conversaciones transcendentales, reuniones de amigos...

Pero ya no estaba sola, podría tener todo lo que quisiera. Por extraño que resultara decirlo, ahora podía afirmar que era libre.

—Soy libre —le dijo a Limbo—. Puedo hacer lo que quiera y nadie va a castigarme por ello.

Se quitó los zapatos y los dejó tirados en medio del recibidor.

—¿Ves? No pasa nada. Una casa con objetos desordenados es un hogar feliz. Tenemos que empezar a forjar el nuestro —se puso a su altura y lo besó en el hocico—. Eres precioso y soy muy afortunada de tenerte. Voy a decírtelo todos los días para que nunca lo olvides y no pienses que no eres querido.

Ojalá alguien le dijera lo mismo. Te quiero, eres importante para mí y soy muy afortunado por contar contigo en mi vida.

Sus amigos habían empezado a decirle cosas bonitas, darle abrazos inesperados o golpes toscos. Connor la trataba como a un colega, a menudo le dejaba marcas, pero eran marcas buenas y siempre se disculpaba.

Le había permitido hacerle su propia marca y había presumido de su moratón, luciéndolo con orgullo. Dejando claro que una mujer que hasta ese momento no parecía ser muy fuerte, se lo había hecho.

Estaba renaciendo de sus cenizas como el ave fénix y la estaba haciendo sentir muy bien.

Se sentía más guapa y sexy, preparada para cualquier cosa.

Bueno, cualquier cosa, excepto confiar plenamente en cualquier persona. Eso iba a llevarle un tiempo. No era tan fácil como parecía.

Los ladridos de Limbo la hicieron girarse y sus ojos se engarzaron con los de Rod. Salía de la cocina, estaba impecablemente vestido con un traje y corbata, sus ojos brillaban con diversión y una sonrisa apareció en cuanto observó el lugar en el que había abandonado sus zapatos.

Samantha se forzó a quedarse quieta y no recogerlos ni disculparse por lo que acababa de

hacer. Esta iba a ser su casa, no la de él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Solo un recado. Como buen vecino, tengo que darte la bienvenida al barrio.

Se acercó como un lobo a punto de saltar sobre su presa. Era el simpático, el perfecto caballero afable, pero podía ver su salvajismo, la atracción que crepitaba entre los dos. Al menos, ella podía sentirla, ojalá fuera en ambas direcciones, porque podría abrazarse con tan solo rozarlo.

—Gracias por...

—Todavía no has visto nada.

Su boca se inclinó sobre la suya y apenas rozó sus labios en un casto beso.

—Hola, Sam.

—Hola —masculló. Estaba sin aliento, apenas podía pronunciar un solo sonido.

—¿Estás bien?

—Hace mucho calor aquí dentro.

Rod siguió sonriendo, parecía tener preparado algo que no estaba segura fuera capaz de tolerar. Al menos no con la seriedad y la entereza que un cortejo del siglo XIX ameritaba. Eso era lo que había estado haciendo durante la semana anterior y no estaba segura de poder sobrevivir si se alargaba mucho más.

—¿Por qué no salimos a la terraza?

Limbo ladró y fue el primero en correr hacia la puerta abierta y saltar directo a la piscina.

Sam salió del trance en el que había entrado en presencia de Rod y salió corriendo detrás, alterada.

—¡No creo que sepa nadar! Se ahogará —gritó conmocionada.

Saltó tras el animal al agua, estaba congelada. El aire salió de sus pulmones y empezó a tiritar. Era incapaz de mover los brazos.

Roderick saltó tras ellos y la rescató, Limbo salió por sus propios medios.

Sam estuvo a punto de morir de la vergüenza, en cuanto estuvieron los tres fuera, miró al hombre y quiso esconderse en cualquier parte.

Rod estaba tumbado en el suelo partiéndose de risa, parecía tener un ataque.

—No es gracioso.

—Sí, lo es —aseguró entre carcajadas, incapaz de levantarse.

Sam frunció el ceño molesta.

—No me gusta que se burlen de mí.

Roderick la atrajo a él y siguió riendo. La besó brevemente, pero apenas podía contenerse.

Sam trató de escapar, pero el médico tenía una fuerza sobrehumana y la mantuvo en su lugar, sin hacerle ningún daño.

—Tenías calor, ahora ya te has refrescado.

—No es gracioso, vamos a morirnos de una pulmonía o algo peor. Tenemos que quitarnos la ropa mojada y secar a Limbo.

El perro se acercó y se sacudió encima de ellos.

El traje de Roderick había quedado completamente arruinado y sus vaqueros estaban helados sobre la piel, empezaba a sentir que se congelaban.

Iba a morir allí fuera, los dos lo harían, mientras el tipo loco que pretendía cortejarla reía hasta el final.

—Tengo frío —pronunció tiritando.

—Te calentaré —aseguró él y la miró, las carcajadas dieron paso a una risa más tranquila y le apartó un corto mechón de pelo de la frente hacia un lado, acariciando su piel en el proceso—. Eres preciosa, incluso cuando te enfadas.

—No juego en tu liga, Rod —se quejó, sabiendo que sus palabras eran completamente ciertas.

—Discrepo. No te había mirado bien, pero... tienes algo Sam, algo que hace que todo mi cerebro colapse y me sienta ligero. Es algo nuevo, algo diferente que nunca había sentido.

—¿Qué has fumado? —inquirió poniendo distancia entre los dos y apresurándose a entrar en la casa. Como todavía no conocía bien la distribución, se conformó con regresar al recibidor y abrir la maleta para sacar una toalla que envolvió a su alrededor mientras empezaba a quitarse la ropa con mucho cuidado de no dejar ni un pequeño fragmento de piel a la vista.

Estaba helada y no quería morir de esa manera.

Las manos de Roderick la atrajeron hacia su duro torso y gruñó en su oído:

—Pensé que iba a resultarme más difícil conseguir que te quitaras la ropa. Tendré que comprarle un enorme y jugoso hueso a nuestro perro.

—¿Nuestro?

—Eso pone en los papeles de la adopción —comentó con calma, haciéndola girar hacia él—. Lo mejor será entrar en la bañera, es lo que más rápido te hará entrar en calor.

La levantó en sus brazos como si no pesara más que una pluma y no tardó en cumplir su amenaza. Cerró la puerta del baño, para evitar que Limbo los interrumpiera y la dejó en el suelo mientras abría el grifo y se quitaba su propia ropa.

Tragó saliva cuando quedó completamente desnudo. No debía mirar, tenía que concentrarse en mantener sus ojos fijos en la pared del fondo.

—¿Sam?

—¿Qué? —Le costaba respirar, su corazón latía apresurado y todo su cuerpo estaba en tensión.

—No me ha salido nada nuevo desde la última vez —informó sosteniendo su barbilla para hacer que lo mirara a los ojos—. Voy a desnudarte. No va a suceder nada que no quieras que

sucedan, no soy de ese tipo de hombres.

—No te tengo miedo —declaró.

—Lo sé —aceptó él y parecía más relajado que nunca antes en su presencia—. Primer escollo superado.

Había dicho la verdad. A diferencia del pasado, durante su estancia en el Pleasure's, en el que había valorado en cada ocasión las posibilidades de salir mal parada en una discusión con él.

Pronto había entendido que era un hombre íntegro y que jamás haría daño a nadie intencionadamente.

—No creo que pueda ser normal —dijo entonces, permitiéndole seguir con su labor. Ignorando las sensaciones que las caricias sin intención le provocaban—. Me gustaría ser como esas mujeres con las que sueles estar, Rod, pero no creo que nunca pueda borrar del todo lo que me ha pasado.

La ayudó a entrar en la bañera de agua caliente y la acomodó entre sus brazos mientras el calor hacía que miles de agujas se clavaran en cada centímetro de su piel.

—No quiero que seas como ninguna otra mujer. Solo tienes que ser tú misma.

Podría haber dicho lo que estaba pensando, que no era suficiente para estar con él, pero se negó a hacerlo. No quería ser esa chica insegura nunca más. Había superado un enorme bache y empezaba a sentir que tenía valor y que como el resto de personas del mundo era única.

Podía gustarle por ser quién era, ¿verdad?

—Todavía no sé muy bien cómo ser contigo.

—No pienses en ello, tan solo déjate llevar. Nadie es perfecto. Yo no lo soy y no esperaré que tú lo fueras.

Sus manos acariciaban suavemente su piel. No era una caricia erótica, sino más bien reconfortante. Decía: «estoy aquí y no voy a marcharme a ninguna parte». No importaba que estuvieran desnudos, en una casa desconocida o con un cachorro que empezaba a lloriquear al otro lado de la puerta cerrada. Lo único que merecía la pena era este momento de paz y calma.

Roderick la hacía sentir que todo estaba en el lugar correcto, a pesar de que no siempre se comportaban de la forma correcta o no pudieran elegir las mejores palabras. A veces sus acciones la herían, quizá porque lo que suponía y lo que en realidad había era muy diferente. Estaba avocada a la desconfianza, porque la habían enseñado a pensar siempre lo peor de la más terrible de las maneras.

—No sé cómo es posible o si lo es, quizá tan solo es una ilusión de mi mente, pero cuando estás conmigo siento que todo está bien y que realmente puedo dejar el miedo y el dolor atrás. A pesar de... a pesar de todo, Roderick. A pesar de saber que no soy adecuada para ti, que tu corazón pertenece a otra y que el futuro es incierto... no me importa. Solo quiero aferrarme a este momento y no permitir que termine nunca.

«Quiero quedarme para siempre entre tus brazos», dijo solo en su mente. No se atrevía a ir demasiado lejos. Si se apresuraba, todo podía irse al traste.

No quería que terminara tan pronto.

—No voy a mentirte, Sam. Cuando te conocí, no la primera vez que te vi, sino la primera que hablamos. Cuando llegaste y te instalaste en el apartamento que había estado ocupando Kat, te odié. Durante un breve instante, sentí que habías llegado para robarme mis recuerdos, mis posibilidades de un futuro feliz. Pensé que serías la causa que me apartaría de la mujer que amaba para siempre y que no podría hacer nada al respecto —la abrazó con firmeza, para evitar que se moviera y concluyó—. Me equivoqué. Me ha llevado un tiempo llegar hasta este punto, pero me he dado cuenta de que lo que sentí entonces fue una premonición. Tú ibas a cambiar mi futuro, sí, ibas a hacer que tomara un rumbo inesperado, pero a mejor. Kat y yo nunca fuimos una pareja y no podríamos haberlo sido. No se trataba solo de su situación sentimental, sino también de lo que yo siempre he querido. No podría haberse convertido en esposa y madre, porque en su concepción de la vida no se incluye la exclusividad y habría sido incapaz de compartirla con otros hombres.

—Ambos trabajabais en el club. Es vuestra forma de vida.

—Ayudé a fundar el Pleasure's para proteger a Gabriel, no porque fuera un objetivo en mi vida. Hice cosas por él que no habría hecho por ningún otro hombre, porque él hizo cosas por mí que ningún otro hombre o mujer habría sido capaz de hacer. Nuestra relación nunca ha consistido en una amistad corriente, ha ido más lejos en todos los sentidos de la palabra. Puedo afirmar que amo a ese hombre y que ha sido el eje vertebrador de gran parte de mi vida adulta —explicó—. Aún te queda mucho que conocer sobre el hombre que soy y los hechos que me han traído hasta este momento, no todo ha sido un camino de rosas, pero es cierto que estar a tu lado me da algo nuevo. Algo diferente. Esperanza.

—No creo que yo...

Rod la interrumpió.

—No somos perfectos, somos humanos.

—Tú te aproximas mucho a la perfección —aseguró. Así lo veía. No solo físicamente era un hombre atractivo, sino que su personalidad atraía masas. Era bueno con los niños y los ancianos, culto, destacaba en su trabajo y todo el mundo parecía sentirse cómodo a su alrededor.

Todos, ella incluida.

Además, tenía una amplia experiencia sexual, como había podido comprobar.

—Créeme, estoy lleno de defectos. Creo que me has idealizado. No lo hagas, cometo grandes errores. Tú has sufrido alguno de ellos.

El día que lo encontró retozando con Kat en las sábanas en las que había dormido hacía apenas un día, profanando el refugio en el que se había ocultado del mundo, tratando de desaparecer.

—Entonces me hizo daño y no puedo negar que todavía escuece, pero creo que fue bueno que sucediera. Necesitabas estar con ella, supongo que para comparar o para darte cuenta de la realidad de vuestra relación. No digo que no la quisieras, para mí es evidente que lo haces y siempre lo harás, pero puede que durante vuestra separación hubieras idealizado el sentimiento. Sé lo que es, a pesar de todo lo que Carter me hizo, tuve un momento de flaqueza en el que pensé que no era tan malo, después de todo. ¿Por qué había huido? Lo quería y podíamos arreglarlo, siempre lo arreglábamos. Estaba equivocada y agradezco no haber seguido ese impulso, pero... somos débiles y lo conocido es más fácil de aceptar que lo desconocido.

Roderick suspiró, como si estuviera cansado. Puede que los dos lo estuvieran.

—No sé, Sam. No tengo todas las respuestas. Katharina y yo hemos sido amigos, algo más que amigos, pero estaba equivocado en lo que a nosotros concernía. Tú... —guardó silencio, buscando las palabras correctas—. Tú me impactaste con tu presencia. No se trataba de una atracción física instantánea, sino de algo más sutil y mucho más profundo. Estar contigo fue una experiencia única, pero el cambio que he visto en ti y en el que no he tomado parte, ha terminado por demostrarme que no me necesitas. Ni a mí ni a nadie, lo has conseguido tú sola y esa fortaleza me seduce y me pide a gritos que no me aleje de ti. Quiero aferrarme con fuerza a esta atracción, a este sentimiento, para impedirte que me abandones a mi suerte. He vagado sin rumbo durante años y cuando te miro siento que he encontrado a mi ancla.

—No va a ser fácil. Tengo mil defectos...

—Yo tengo un millón. No hay garantías para nadie, pero tenemos que intentarlo.

—¿Sin cortejo del siglo XIX? —pidió con la esperanza de que no se sintiera insultado por lo que su pregunta implicaba. Quería más contacto y más modernidad. Más Roderick Hudson al completo.

—Joder, sí. Soy lento pero no idiota —soltó con una nueva risa y la ayudó a levantarse para abandonar el agua que había ido enfriándose durante su conversación—. Mejor que salgamos de aquí antes de que nos convirtamos en un par de pasas o ese chucho termine por destrozar la puerta.

—Se llama Limbo —lo informó alzando la barbilla, obviando su desnudez.

—Me gusta —aseguró con convicción.

Y pensó que su vida había estado en ese intermedio durante muchos años, pero que al fin iba encontrando el camino correcto.

Le dedicó un vistazo sin pudor y se felicitó por tener tan buen ojo para los hombres.

Al fin y al cabo todo el mundo tenía derecho a cometer a un error. Carter había sido el suyo, pero Roderick... Roderick era esa promesa que los cuentos de hadas te hacían empujándote en la dirección adecuada para encontrar a tu verdadero amor.

El único que podría complementar tu alma para siempre.

El médico capaz de sanar todo su dolor.

EPÍLOGO

Seis meses después

El Pleasure's estaba temporalmente cerrado. No por mucho tiempo, tan solo durante un par de semanas, lo necesario para reestructurar los programas, terminar de implementar la decoración de algunos dormitorios y contratar a las personas que iban a ocuparse de aquellos puestos que habían quedado vacantes en el momento en que sus tres líderes habían dado un paso atrás, hacia bambalinas.

Gabriel observaba a sus mejores amigos desde su lugar en la mesa. Se habían reunido todos para celebrar una boda. Nunca hubiera imaginado que sería Damien quién acabaría dando el paso y no Rod. Samantha y él se estaban tomando su relación con mucha calma. Bueno, eso si no te fijabas en el vientre ligeramente hinchado de la mujer. Había sido inesperado, al menos eso habían dicho, pero ambos, tanto él como ella relucían de felicidad. Conocía a Roderick desde hacía el tiempo suficiente como saber que ese había sido siempre su sueño. Había querido formar una familia pero no había encontrado la manera de hacerlo.

También percibía el miedo que había en él. No quería perder a Sam y a pesar de sus conocimientos y de su habilidad para traer a los niños al mundo, seguía dando vueltas alrededor de la mujer como una mamá gallina preocupada por sus retoños.

O, mejor dicho, como un hombre enamorado.

—¿Todo bien, Gabe? —inquirió su propia esposa.

Brenda no estaba embarazada y no iba a estarlo en un tiempo. Quizá deberían pensar en tener hijos, pero por ahora no estaba preparado para compartirla. Habían perdido demasiado tiempo jugando al juego de la amistad. Ahora quería seducirla en todos los rincones del mundo y en el club. Su show era uno de los pocos números del programa antiguo que iba a mantenerse tal cual.

Y no era tan antiguo después de todo, pero tenía que admitir que ambos disfrutaban de la exhibición y de lo que venía después, en la intimidad de su propio dormitorio.

Gabriel sabía que el Pleasure's era él mismo, su criatura. No estaba listo para dejarlo marchar del todo y Brenda se había adaptado a esta vida tan fácilmente que nunca dudó que fuera perfecta para él.

Lo comprendía, lo cuidaba y lo sanaba como nadie más era capaz de hacer, ni siquiera Rod.

Lo miró una vez más. Se alegraba de que hubiera conseguido la felicidad que merecía. Puede que les estuviera costando un poco más que al resto establecerse como pareja, pero había habido un cambio más que evidente en los dos. Ni siquiera la presencia de Katharina en la celebración los desestabilizó.

Había visto la duda en los ojos de Sam. Miedo y desconfianza, todavía trataba de sobrevivir a las consecuencias de su desastrosa relación con Vaughn, pero Roderick ni siquiera había tenido una segunda mirada para su antigua amante. Más bien al contrario, había sido cordial, pero sin mostrarse cariñoso o demasiado cercano. Había saludado a los niños, apretado la mano de Tony y abrazado rápidamente a Kat, después había vuelto con Samantha y la había rodeado con un brazo dejándole claro a todos los presentes que la mujer le pertenecía.

No dejaba de acariciar su barriga, probablemente sin darse cuenta, y tenía esa mirada absurda que se les ponía a los hombres cuando sabían que iban a ser padres y llevaban tantos años deseándolo.

O cuando habían encontrado a la mujer adecuada.

Roderick estaba enamorado de Sam, del hijo que habían hecho juntos y del hogar que estaban creando. Su nuevo trabajo en la clínica privada, atendiendo a mujeres embarazadas en situación de riesgo, había hecho mucho para aliviar la carga de su conciencia y le daba más tiempo para lo que de verdad importaba: ser feliz y disfrutar de la vida.

—Todo bien, Arco Iris —respondió con satisfacción—. Nunca imaginé que podría tener esto. Una auténtica familia en mi club.

—Nuestro club —lo pinchó rodeándole el cuello con los brazos—. Damien está irreconocible, ¿verdad?

—Nunca lo había visto sonreír tanto. Creo que va a resquebrajarse su cara en cualquier momento, tengo preparado el número de emergencias en la marcación rápida de mi teléfono.

Su esposa se rio abiertamente.

—Eres malvado.

—No me digas que no lo has pensado.

El antiguo amo había cambiado de rumbo su vida casi sin darse cuenta y parecía estar complacido con ese hecho. Nunca pensó que podría sentirse bien cerca de él. Nunca aspiró a lograr perdonar el dolor que le había causado en el pasado, pero estar cerca le recordó lo que los había unido en un primer momento. La amistad profunda que aún latía con fuerza entre los dos.

Eran como dos caras de una moneda perversa. Ambos dominantes y sexuales. Gabriel la luz y Damien la oscuridad, pero les había funcionado y habían conseguido grandes beneficios para el club. Incluso la sesión de despedida que habían hecho de forma conjunta, con el beneplácito de sus respectivas parejas y su presencia, había sido un gran espectáculo. Sus clientes habían lamentado la marcha, pero la habían aceptado, sobre todo después de que Warren y Cloto tomaran el testigo sorprendiéndolos incluso a ellos. Sin olvidar la presencia de su gato negro.

Ya no era solo una mascota, era mucho más. Uno de los nuevos ganchos del club. Stephen habían sido una buena opción desde el principio y no era el único, pero no era momento de pensar en el negocio. No había nada de lo que preocuparse. El futuro del Pleasure's estaba en buenas

manos.

Iba a sobrevivir mucho después de que todos ellos se fueran, estaba más que seguro de ese hecho.

—Parece que todo el mundo es feliz —dijo Brenda con calma, acariciándole la espalda en una caricia llena de tierna camaradería. Se conocían tan bien después de todo el tiempo que habían estado juntos, que tocarse era tan natural para ellos como respirar.

—Ya era hora de que lo fueran.

—¿Te arrepientes de haber dejado la mazmorra?

Gabriel la miró con intensidad. Habían hablado muchas veces sobre ese tema y su respuesta siempre era la misma:

—Me arrepiento de no haber comprendido antes que tú eras todo lo que necesitaba para poner en orden mi vida.

—A veces me pregunto cómo es posible que todo haya cambiado tanto en tan poco tiempo.

—La vida no se detiene, Bren, para ninguno de nosotros. Ni siquiera para Daniel —intentó bromear, señalando a su hermano que parecía estar a punto de colapsar sobre la pared en la que se apoyaba. Ser padre de gemelos no era tarea sencilla y por lo que le había contado, estaba bastante necesitado de sueño. Sus sobrinos eran un par de diablos que no paraban ni dormidos.

—Mientras estés conmigo, deja que fluya —concluyó su mujer haciéndolo sentir más que satisfecho—. No me mires así —advirtió.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—Oh, sí lo haces. Tenemos compañía y no es momento para escabullirse...

—Nadie lo notará.

—¡Lo harán! Y todos se darán cuenta de lo que estamos haciendo. Eres un perverso. ¡Es el día de Damien y Gwyneth!

—Lo es, pero le agradecería que alguien lo disfrutara a su manera. Confía en mí, hace años que lo conozco.

—Te has vuelto completamente loco.

Pero no se apartó cuando su mano se aventuró por debajo de su falda y comprobó que ni siquiera llevaba bragas.

—Me estás matando, Bren.

—Exageras —aseguró facilitándole el acceso—. Supongo que nadie nos echará de menos...

Seguramente lo harían, pero no le importaba. La arrastró lejos, tratando de ocultarse antes de que lo interrumpieran, pero no era su día de suerte.

Roderick lo miró justo en ese instante y susurró algo en el oído de Sam, mientras se dirigía hacia ellos.

—Ni se te ocurra escabullirte, ha sido idea tuya reunir a todo el club.

—Vuelve con tu chica antes de que Lou te la robe. O peor, Connor.

—Connor mantendrá las manos quietas, si sabe lo que le conviene —gruñó fulminándolo con la mirada.

Todavía tenía ciertos problemas de celos cada vez que se acercaba a Sam. Aún así, le demostraba con su ceño que la quería y que quería al tipo lejos, pero que no iba a exigirle que rompiera la relación de amistad o decidir sobre sus amigos.

—Es difícil hacer lo correcto —le dijo Brenda entonces con un suspiro. Ambos sabían que su huida había sido abortada, iban a tener que esperar un rato más antes de deleitarse en los brazos del otro.

—Lo es, pero la quiero. No sé cuándo sucedió, pero lo hizo —reconoció con estupor. Todavía estaba asimilando esa información y los sentimientos que lo habían golpeado con más fuerza de la esperada—. Nunca pensé que pudiera querer a alguien además de a Kat.

—No querías a Kat de esa manera —le recordó Gabe.

—Y como ya te dije, tenías razón y yo estaba equivocado.

—Lo sé, nunca me equivoco —aseguró.

Brenda puso los ojos en blanco.

—Mejor iré a reunirme con las chicas, antes de que vosotros dos y el tercero en discordia —indicó mientras Damien iba en su dirección—, decís algo que tenga que compartir con el resto de mujeres de la sala. Y veo que vais a empezar a comportaros como hombres en cualquier momento...

—Somos hombres —dijo Damien uniéndose a los otros dos con una sonrisa.

La besó en la mejilla obligándolo a fulminarlo con la mirada. No le gustaba que se acercara a su mujer y aunque Brenda había aprendido a quererlo, en contra de su voluntad, cuanto más distancia hubiera entre esos dos, mejor.

—No os peléeis, ya sois adultos —les recordó esfumándose.

Durante un instante los tres permanecieron en silencio. Gabriel no les prestó atención, pero supuso que estarían haciendo lo mismo que él, observando a sus respectivas mujeres y la belleza que inundaba la sala.

No eran perfectas, ellos tampoco. Sin embargo, los sentimientos que los unían facilitaban que la felicidad vibrara en el aire.

—Nunca pensé que estaríamos aquí los tres, años después, mirando a nuestras parejas y dándonos cuenta de que nos hemos convertido en tres tipos normales —dijo Damien.

—Lo haces sonar tan aburrido... —interrumpió Gabe—. Puedes hablar por ti, no soy normal y nunca lo seré. Afortunadamente. Brenda me abandonaría si lo fuera.

Su esposa era la creatividad en persona y la vida a su lado siempre era inesperada. La rutina era tan ajena a ellos como el agua al desierto.

—No se puede decir que Sam y yo sigamos una ruta marcada tampoco —aportó Rod con discreción. Siempre había sido el más comedido de los tres, el que dedicaba más tiempo a pensar antes de pronunciar algún sonido—. Nos lo estamos tomando con calma.

Damien puso los ojos en blanco.

—Por eso la has dejado preñada, ¿verdad?

—Habla el que tenía dos hijos de los que no sabía nada —gruñó Roderick, devolviéndole la pulla.

—¡Paz, hombres! No es momento de discusiones. Los dos sois un par de sementales de cuidado.

Se dirigieron a la vez hacia él y si las miradas mataran, lo habrían dejado seco en el sitio.

—Entendido, no pronunciaré ni una palabra más al respecto. Mis labios están sellados —informó. No tenía ganas de perder algún miembro que pudiera necesitar un poco más tarde.

—Siempre hemos sabido qué hacer —acotó Damien.

—Eso no es cierto, nunca hemos tenido ni idea de qué camino tomar. Hemos vagado sin rumbo, perdidos. Hemos cometido errores imperdonables, pero al final el futuro nos ha dado lo que nos merecemos —aportó Roderick convencido—. Hemos encontrado buenas mujeres que nos han devuelto a la senda correcta y que nos han dado felicidad y estabilidad.

—Y esperanza, Rod. No te olvides de la esperanza.

—Lo inesperado siempre es lo mejor —determinó Damien—. Nunca esperé recuperar mi corazón, pero aquí me tienes... casado por segunda vez y con la mujer adecuada.

—Os merecéis lo mejor —dijo Gabriel emocionado—. Habéis sido mis guías, mis mejores amigos y nunca olvidaré lo que hemos compartido entre estas cuatro paredes.

—Habiendo llegado tarde, podría asegurar que no hemos tenido el tiempo suficiente para estrechar lazos como en el pasado, pero entiendo lo que dices —respondió Damien—. Una amistad como la nuestra jamás podrá romperse, no después de todo a lo que hemos sobrevivido.

—Estoy de acuerdo —terminó Rod y ofreció sus manos a los otros dos hombres, los tres terminaron fundidos en un abrazo.

—El Pleasure's cierra una etapa de su vida —informó Gabriel—, pero se abre ante nosotros un camino nuevo y lleno de buenas, nuevas y grandes oportunidades. No permitamos que el dolor vuelva a teñir nuestra amistad. Juntos afrontaremos cualquier cosa.

—Juntos seguiremos dirigiendo el club —le recordó Damien.

—Juntos haremos que la nueva generación encuentre lo que nosotros ya hemos alcanzado. No solo el amor o el conocimiento absoluto, sino la única verdad que nadie, sin importar quién sea, puede arrebatarte. Juntos les enseñaremos que no hay nada más valioso que la libertad de reconocerse a uno mismo y actuar en consecuencia y que nadie tiene derecho a juzgarte —concluyó Roderick mirándolo directamente.

Ambos sabían que en otro tiempo no habían sido capaces de asimilar esa gran verdad. Porque no se trataba de estar solo o acompañado. De tener pareja o no tenerla. La libertad iba más allá de los lazos que se establecían con hombres y mujeres, estaba arraigada al ser humano. Los deseos, los sueños, la capacidad de tomar decisiones y equivocarte. Todo formaba parte de la vida y, por supuesto, todo estaba incluido en la receta que había conformado el club en primer lugar.

Porque esa era la esencia del Pleasure's, por eso había sido creado, para que de forma segura, placentera y muy real, todos sus integrantes pudieran disfrutar plenamente de la libertad y descubrir quiénes eran.

Y a veces esa libertad te llevaba hasta tu final de cuento.

Por ahora sus puertas permanecerían cerradas, pero antes de lo que cualquiera pudiera imaginar, el Pleasure's retornaría a la vida y entonces una nueva era comenzaría en manos de una nueva generación.

El ciclo de la vida jamás se detendría y mientras el club permaneciera en pie, la oportunidad de encontrar justo lo que estabas buscando, siempre estará latente. Esperando por ti, solo por ti, para cumplir tus más oscuras fantasías y satisfacer tus más profundos deseos.

«Bienvenidos al Pleasure's club, una noche más sus líderes abren las puertas para recibir con placer a todos aquellos que siguen buscando un lugar en el mundo en el que no sean juzgados. Venid, sentid, deleitaros en la satisfacción de ser libres entre nosotros, porque pronto vuestro futuro estará aquí, llamando con decisión a la puerta y exigiendo vuestra atención. Pronto lo inesperado será realidad, la vida os entregará lo que habéis estado buscando, pero hasta que ese momento llegue... ¿queréis una invitación? El plazo de solicitudes queda abierto».